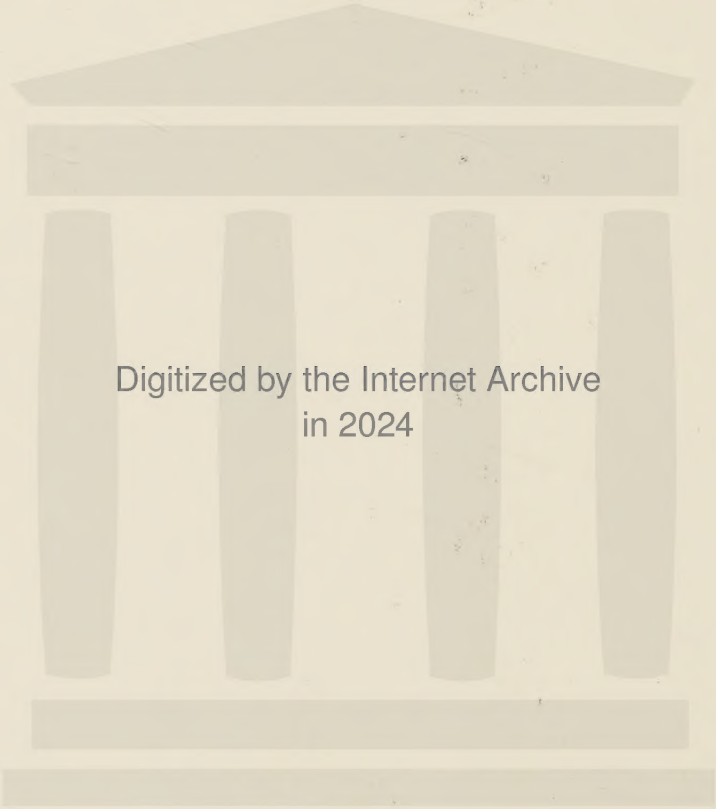
José Carlos Mariátegui

UNIVERSITY OF ARIZONA
3900102933536 4

Crónicas

Escritos Juveniles

La Edad de Piedra 2



Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/escritosjuvenile0002jose

BIBLIOTECA AMAUTA/OBRAS COMPLETAS DE JOSE CARLOS MARIATEGUI

JOSE CARLOS MARIATEGUI

PQ
8497
M367
A6
1987
V.2

ESCRITOS JUVENILES

(LA EDAD DE PIEDRA)

TOMO II

Crónicas

Estudio preliminar, compilación y notas
de
Alberto Tauro

BIBLIOTECA AMAUTA
LIMA PERU

Primera edición, Lima, 1991.

© Empresa Editora Amauta S.A.
Alcanfores 1096, Miraflores,
LIMA - 18

Amalia Cavero Mariategui de Cornejo

Para mi hermana Guillermina,
con todo mi afecto.

Junio 24/914

José Mariátegui

NOTA EDITORIAL

En abril de 1987 se publicó el primer tomo de los ESCRITOS JUVENILES de José Carlos Mariátegui que comprende la producción en poesía, cuento y teatro de la "edad de piedra". Este segundo tomo, que abarca la prosa del estilo "crónica" como tan acertadamente delimita Alberto Tauro en el Estudio Preliminar, recién aparece en la fecha, casi cuatro años después.

Debemos una explicación a los lectores. En primer lugar, la tarea de recopilación, difícil para estos textos, que provienen casi exclusivamente de la prensa diaria o hebdomadaria, cuyas colecciones no están a la disposición en un solo repositorio: deben buscarse en varias colecciones incompletas, mal conservadas casi siempre, lo que complica la primera y más delicada fase de esta serie, la compilación. Por otro lado, las dificultades económicas de los últimos años no han permitido trabajar con la holgura necesaria, y el sello Amauta, sin fines de lucro, dedicado a las obras de y sobre José Carlos Mariátegui y a la difusión de las mismas, no tiene otro respaldo que el de sus directores y sus lectores.

Este tomo II de ESCRITOS JUVENILES contiene un rico material que permite reconocer, en el Mariátegui de la etapa formativa, los gérmenes esenciales de su perfil intelectual definitivo, el que lo consagraría después como el escritor y luchador social más representativo del Perú contemporáneo.

Nos proponemos terminar, en este año y el comienzo del próximo, los tomos restantes de ESCRITOS JUVENILES. Así precederán a la edición de obras completas en formato mayor –con la revisión y complementación de los tomos de la serie popular– con que nos disponemos a conmemorar, en 1994, el centenario del nacimiento de José Carlos Mariátegui.

Los Editores

Lima, enero de 1991

Sabemos que José Carlos Mariátegui apeló al encanto popular y la ligereza de la crónica, al acometer la tarea de labrarse un lugar propio en los rangos del periodismo; y que el seudónimo adoptado en ese momento implicó una definición, signada por el tono y la intención del género. En cierta manera, dejó asomar así el temprano anuncio de un programa profesional. Porque su concepción reaccionaba contra la opaca e impersonal columna que entonces aparecía bajo el rubro de "crónica local", y que apenas era un rutinario y escueto registro de ocurrencias vecinales, familiares y policiales, desahuciaba las reseñas noticiosas, que a menudo se presentaba como misivas epistolares –al estilo de aquellas que Ricardo Palma consagró al desarrollo de la ocupación chilena en Lima (1)*–, y cuyo carácter privado se aparentaba respetar al insertarlas sin firma o bajo el embozo de un seudónimo más o menos hechizo; e inclusive marcaba distancia con respecto a los parámetros que la historia clásica imponía a la narración ordenada según la sucesión de los tiempos. En un nuevo modelo, diseñado por la inquietud creadora, la crónica periodística estaba destinada a combinar algunas esencias del cuadro de costumbres y de los episodios realistas, pero asumiendo imágenes y observaciones*

(1) Las referidas misivas de Ricardo Palma fueron publicadas en El Canal, periódico editado en Panamá (1881-1883) bajo los auspicios del cónsul peruano. Compiladas por C. Norman Guice (Lima, Mosca Azul Editores, 1984), han aparecido en un volumen 86 de esas misivas, suscritas con el seudónimo de "Hiram". Pero además envió otras, suscritas con el seudónimo de "Sirius"; e inclusive es posible que en atención a su seguridad personal, en las condiciones de la ocupación chilena, también usara algún otro seudónimo.

que tradujeran el espíritu del cronista y de su época. Debía ser animado comentario del suceso que pasa, o evocación de la peripecia cumplida por alguna figura antañona, pero siempre a base de una interpretación libre y sugerente. Y aunque la luz del análisis la calificara como un testimonio, porque es susceptible de ser convertida en una alegación de parte, en tanto que el autor puede distorsionar la objetividad a base de una personal visión de los hechos, y aun limitar la veracidad en función de su intencionalidad; lo cierto es que los matices y la gracia del estilo contaminan a la crónica con las más inquietas formas literarias, haciéndola unas veces sobria y sencilla, otras exuberante e ingeniosa, o frívola e intrascendente, o grave y razonada. En verdad: moldeándola como un género tan vibrante y versátil, tan simple y complejo como la vida.

Recién se incorporaba ese género a los planes de la prensa cotidiana europea, y la perspicacia juvenil de José Carlos Mariátegui acertó a reconocer las fecundas perspectivas que planteaba a la formación intelectual del periodista y al ejercicio profesional del periodismo. Pues, al revisar las publicaciones llegadas a la mesa de redacción debió atender a los esquemas seguidos por cronistas españoles o franceses, y alcanzó a concebir y perfeccionar su propio modelo de la crónica: inspirada siempre en la actualidad, ajustada al interés y la sensibilidad popular, ágil, amena y reflexiva; fundamentalmente volcada hacia la dilucidación de los problemas humanos o de los conflictos ligados con algún asunto inquietante; y, desde luego, comprometida con el curso de la vida y su inagotable gama de posibilidades. Bien podía anticiparse que la crónica liberaría al periodista de ser el anónimo apuntador de datos e informaciones incidentales, para convertirlo en el escritor dedicado a describir, glosar y criticar los hechos de la vida social y cultural; y tanto por la originalidad de su estilo, como en atención a la acuciosidad y la corrección de sus enfoques, el cronista empezaba a ocupar un lugar propio en los círculos intelectuales. Y desde ese momento se podía advertir: primero, que se enriquecía el contenido y la trascendencia del periódico, al incluir en sus columnas un comentario ilustrado en torno a la actualidad, y matizar así las especiosas reflexiones del director y los ocasionales vuelos de la colaboración literaria; segundo, que se abría una exigencia ética y técnica a la calidad y la diversidad del trabajo requerido al periodista; y tercero, que se agregaba una expresión de nuevo cuño al diálogo entre el periódico y el lector.

Demás está decir que a la sazón debía ceñirse el cronista a su propia intuición, para suavizar las asperezas y las aristas del nuevo género. Porque una cabal aproximación hacia su público debía conducirlo a seguir cierta estrategia: para auscultar los hechos acordes con las inquietudes o las afinidades colectivas; para atenuar los refinamientos verbales que la élite iniciada aplaudía en las colaboraciones literarias; y para atender en cambio a la orientación de las gentes comunes. Además, porque la crónica se halla ligada a lo efímero de las ocurrencias o los temas que la actualidad impone, y en verdad arriesga la fama el escritor que se empeña en trabajos tan perecibles como los ecos de tales temas u ocurrencias. De modo que en sus orígenes y sus proyecciones se advierte ostensibles diferencias entre la crónica y la creación literaria: pues ésta se ciñe a exigentes cánones, y aquella se encuentra limitada por los alcances de la cultura social y la inquietud del momento. Y fácilmente se colige que el escritor ha llegado a la excelencia cuando hace de la crónica un género transparente, y en sus perfiles demuestra originalidad y elegancia, amenidad y maestría, como en sus escritos juveniles lo ilustra José Carlos Mariátegui.

En pocas palabras: la crónica periodística tiene sus raíces en las circunstancias humanas de un momento determinado, y en el comentario que inmediatamente se destina a preservarlas para el recuerdo. Y el cronista, inquietado por aquel rasgo de la vida, tiende a reconocer la coherencia de lo visto con el drama humano en general; y a la postre adapta su trabajo literario a un peculiar modo de ver cuanto acontece. Pues, como incidencia ocurrida en el tiempo, la crónica debe tener un desarrollo dinámico y aun desenvolverse en secuencias entrelazadas. De allí que Juan Croniqueur anunciara desde su iniciación que se proponía ofrecer a La Prensa *una serie de "crónicas madrileñas"; y aunque su intento quedó frustrado, adoptó más tarde algunos epígrafes que sugirieron su intención de insistir en los temas abordados en las publicaciones respectivas* [2]*. En cada caso, el epígrafe mencionaba una cantera donde el ingenio del periodista encontraría vetas de buena ley, o anunciaba el proyecto de una campaña;*

(2) Los epígrafes que anteceden a uno o dos artículos y sugieren la posibilidad de haber sido anuncios de series, sucesivamente destinadas a llamar la atención sobre asuntos de interés público, fueron los siguientes: "Crónicas", "Comentarios", "Por esas calles", "El suceso del día", y después "Los reportajes ocasionales", "Por los suburbios", "A la vera del camino".

e, implícitamente, Juan Croniqueur reveló así los horizontes abiertos a sus inquietudes profesionales. Hasta que sus desveladas iniciativas se cristalizaron en las series tituladas "Del momento" y "Guignol del día". Pero es probable que la dirección del diario les opusiese algunas reservas y acabara por decidir su interrupción: pues de otra manera no puede explicarse que las cuarenta crónicas de la primera fuesen espaciadas a lo largo de catorce meses, y que la ágil ironía de la segunda sólo alcanzara a desplegarse en diecinueve crónicas correspondientes a la actualidad política de un mes [3]. *Nos aventuramos a suponer que esas presuntas reservas están vinculadas a los cambios registrados en la dirección del periódico, y quién sabe si a los prejuicios cernidos en torno a la autoridad personal del joven cronista, que apenas tramontaba la adolescencia y no podía exhibir una constancia de estudios universitarios* [4] *para apoyar sus informaciones y sus juicios.*

Lo cierto es que sus crónicas no aparecieron con la frecuencia que hacía necesaria la actualidad de sus temas, y que entre ellas transcurrieron largos intervalos, durante los cuales hubo de dar a la publicidad poesías y cuentos, reportajes, críticas de arte y de teatro, notas literarias y algunos apuntes ocasionales. Armáronse así las piezas de un proceso definitorio: de un lado, la perceptible aspereza del trato opuesto al

(3) El 11-IV-1914, con la publicación de una crónica sobre "La semana santa". Pero debe advertirse que, a despecho de la habilidad comprobada en la primera crónica suscrita con su famoso seudónimo, pasaron dos años y medio antes de que se le reconociera una posición en la redacción de *La Prensa*; que en el curso de lapso tan dilatado sólo habían mediado 11 meses desde la tercera a la cuarta, y exactamente un año, seis meses y veintiocho días desde la anterior a "La semana santa".

(4) Entre los principales redactores y colaboradores de *La Prensa*, durante esos años cursaron estudios en la Universidad Mayor de San Marcos los siguientes: Pablo Abril de Vivero, Luis Fernán Cisneros, Antonio Garland, Alfredo González Prada, Ismael Portal, Luis Ulloa Cisneros, Alberto Ulloa Sotomayor, Abraham Valdelomar, Hermilio Valdizán y Félix del Valle. Y también fueron estudiantes universitarios muchos de los escritores jóvenes de Arequipa, Cusco y Trujillo, a quienes *La Prensa* acogió e hizo eco, en aras de su orientación liberal. Pero no es posible dejar de recordar que no fueron universitarios algunos periodistas tan representativos y celebrados como Ezequiel Balarezo Pinillos, César Falcón, Federico More, Leonidas Yerovi y, desde luego, José Carlos Mariátegui.

cronista zahorí, a fin de limitar sus trabajos a la intrascendencia de lo frívolo –"La moda harem"–, lo pintoresco –"La procesión tradicional"– o lo sensacional –"El apachismo"; y de otro, la benevolencia discernida a las creaciones literarias de Juan Croniqueur, a quien ya se veía asomar como un poeta a la moda y se lo aplaudía por el escepticismo y los matices sentimentales de su lirismo. No obstante, es obvio que José Carlos Mariátegui llegó a encuadrar en la crónica sus propósitos expresivos, en atención a la versatilidad de sus formas y la riqueza de los contenidos que podía volcar en ella. Le pareció propicia a la descripción de una realidad determinada o la evocación de un momento histórico, al esclarecimiento de valores culturales, y a la explicación de las tensiones que el hombre afronta en la vida social. Aun subjetivamente se aficionó al nuevo género porque sus dificultades le planteaban un doble reto: en lo tocante al estudio y la meditación que debía consagrar a la preparación de cada crónica, y que gradualmente se proyectaban en la ampliación de su acervo cultural; y en lo tocante a la proyección que lograse mediante la oportunidad, la seriedad y la veracidad que debía conjugar, pues ya soñaba con "la gloria del escritor [o] del poeta, que dejan en sus libros [o] en sus versos muestra eterna"[5].

Según aflora en esa idea, advertimos que los ensueños juveniles hacen pensar a Juan Croniqueur que se aproxima a la perennidad mediante su trabajo periodístico y la sinceridad expresiva de su lirismo. Son nebulosas anticipaciones, que lo halagan en el fecundo secreto de su soliloquio y lo tientan con una ambiciosa perspectiva de su realización personal. Pero a ellas se asocian los ejemplos que guarda la memoria de la experiencia humana, en tantas viejas crónicas que hablan de los personajes a quienes nimbó el aura del triunfo por su exaltación mística, su sabiduría, su arte o su heroísmo; y fácilmente puede preverse que el cronista de nuestros días se halla en aptitud de perpetuar a las figuras que hoy representan esos valores, y contribuye a ello con la animación que para siempre les confiere la vibrante relación de sus pasos.

---

(5) Cf. en "El ocaso de una gloria", las reflexiones en torno al accidente que truncó la carrera artística de Sarah Bernhardt. Leemos: "El triunfo y la gloria de los artistas de la escena, de los que dejan testimonio permanente de su genio... no son el triunfo, ni la gloria del escritor, del poeta... que dejan en sus libros, en sus versos... muestra eterna".

Es, precisamente, la concepción que Juan Croniqueur aplica a la redacción de sus crónicas. Cada una es claro resultado de un metódico proceso de elaboración, que supone: acopio de la información pertinente, en grado tan amplio como lo exigiera la comprensión cabal del caso tratado; selección crítica de esa información, para lograr el ordenamiento de los datos respectivos y su fácil comunicación al lector; una redacción hábilmente cernida, desde la presentación inicial del tema; y un desarrollo argumental o secuencial, enderezado a aplicar las enseñanzas implícitas en la conducta de los personajes presentados y a confirmar la apreciación introductoria. La conclusión, es la unidad; tanto en lo formal, como en lo temático. Y de allí que veamos la crónica como la experiencia que abre paso a los ensayos de José Carlos Mariátegui, pues, al ser concebida y trazada aquella con ese rigor, promueve los planteamientos orientadores que en éstos emergen y desvela su preocupación por las señales que preceden al futuro en ciernes.

Demás está decir que Juan Croniqueur consagra su atención a las grandezas y las debilidades, a las virtudes y los defectos del hombre. A las tradiciones que imparten carácter, firmeza y dignidad a la existencia de los pueblos. A las empresas que realizan los sueños del espíritu y abren las vías del progreso. A todo aquello que preserva los ideales del bien y la justicia, la verdad, la belleza y el arte. Siempre a través de una actitud contemplativa, serena, razonadora, ajena al desplante o la iracundia: porque entiende que el cronista es un espectador de los hechos, y sólo en casos extremos apela a una buida ironía que deja al desnudo la sinrazón.

Si así cumplió Juan Croniqueur los objetivos que pudo trazarse en lo atañedero a la definición y el perfeccionamiento genérico de la crónica, es lógico reconocer que al mismo tiempo realizó una esforzada tarea de afirmación personal. Pues, basta recordar las singulares calidades de su primera crónica; el veto que inmediatamente impuso el director a sus artículos, para castigar el hecho de que aquella hubiera aparecido sin su conocimiento; y la ingenua tonalidad que adoptó en sus posteriores colaboraciones, para obtener la previa aprobación directoral y renovar las ocasiones de salir al encuentro de los lectores. Y puntualizamos: además de su primera crónica, durante un lapso de tres años y tres meses sólo se halla en las columnas de La Prensa *seis colaboraciones respalda-*

das por la firma de Juan Croniqueur, y dos anónimas que se le pueden atribuir. La última de ellas comenta el "sacrificio bárbaro de Nodgi", el almirante japonés que se hizo el hara-kiri para tributar su póstumo homenaje al emperador Mutsuhito; y aunque nadie lo haya sospechado hasta ahora, juzgamos que sus términos debieron motivar una segunda censura directoral, pues no se halla otra explicación al silencio que luego hubo de mantener su novel autor durante un año y casi siete meses. Es sólo una hipótesis, ciertamente; pero los hechos inducen a sostenerla, porque reflejan la paciente y silenciosa pugna que hubo de mantener el "alcanzarejones", para que en la redacción del diario se le asignase el lugar adecuado a sus aptitudes y sus aspiraciones. Ya era notorio que actuaba como un oficioso y eficaz corrector de las distracciones o las ligerezas que en sus notas deslizaban algunos redactores; y aunque algunos testimonios aseveran que se le trataba con afecto y se le profesaba la consideración que su diligencia merecía, es posible que en su postergación influyese cierto prejuicio universitario o una cómoda continuidad de la limitación ocupacional. Lo primero, porque entonces solía desconfiarse dela autenticidad del bagaje cultural que pudiera desplegar quien no hubiese frecuentado los claustros académicos, y por ello pudo dudarse de la perspicacia que Juan Croniqueur demostró en sus crónicas sobre las manifestaciones públicas de los radicales españoles y sobre el "sacrificio bárbaro" del almirante Nodgi; y lo segundo, porque se encaraba su caso con los estrechos criterios determinados por la costumbre, y se pensaba que aun esas inserciones esporádicas entrañaban una muestra de aprecio, en tanto que así se permitía a José Carlos Mariátegui rebasar la modesta posición que se le había asignado al iniciar sus servicios en el diario.

Por otra parte, se advierte que el novel escritor moderó sus íntimas deliberaciones y, aparentemente, adoptó una actitud que le permitiera doblegar las razones o los pretextos aducidos por el director. Sujetó sus temas a las eventuales o posibles preferencias del comadreo popular; pero sin renunciar a la versación que requiriese en cada caso, y manteniendo en su desarrollo la propiedad del lenguaje y la conveniente elevación del estilo. Tal como lo denotan las crónicas aparecidas durante el período que siguió a la amonestación ocasionada por la primera publicación de Juan Croniqueur. Por ejemplo: en su frívola disertación sobre el cambio que en la moda femenina había operado la adopción del pantalón bombacho

*usado desde tiempos remotos en el harem turco, asocia los nombres de los modistos notables con la descripción de las innovaciones que efectuaron en el traje femenino, y aun explica la aceptación o el rechazo de algunos usos en relación con las corrientes sociales de la época; o traza un cuadro risueño de algunas formas de simulación que en París excita la necesidad de supervivir, o fantasea en torno a la existencia aventurera y trashumante de los andarines, o presenta las escenas de unción y devoción que se asoc*iaban a las ceremonias de la semana santa. Y una tónica semejante adoptó tras el aparente silencia*miento que siguió a la crónica sobre la supervivencia del hara-kiri en Japón: pues otra vez destacó el dolor y la contrición que los limeños solían demostrar durante la semana santa; y quién sabe si para satisfacción de quienes pudieron mirar su autoría con reticencia, consagró estudiados trabajos a la enfermiza ola de suicidios motivados por el amor, a la defensa de los árboles que en Lima debían ser cuidados para bien del ornato y la salud, y a otros temas convencionales. Todo ello quiere decir que en esas crónicas iniciales ofrece Juan Croniqueur las respuestas destinadas a moderar, esquivar o neutralizar los obstáculos que al comienzo nublaron su carrera de escritor; que los intervalos impuestos a sus publicaciones no quebrantaron su conciencia de sí, ni la firmeza de su vocación; y gracias a una impaciente lectura de clásicos y modernos, fue labrándose aquella coherente concepción del mundo que luego dio hondura y precisión a cada uno de sus trabajos literarios. A través de la inteligente ocupación de sus ocios, y el cauteloso enfrentamiento a ciertas o presuntas censuras, llegó a ser un cronista bien informado, serio, original y notoriamente maduro; y, al mismo tiempo que aguzó su sensibilidad ante los problemas humanos, logró forjarse el carácter requerido para lograr sus fines.*

Juan Croniqueur no había cumplido aun sus veinte años, cuando fue plenamente incorporado a la redacción de La Prensa; *y superadas ya las dificultades que inicialmente se le opusieron, dio vida a una serie de crónicas sobre sucesos y conmemoraciones "Del Momento" (11-V-1914). Principalmente signadas por las inquietudes que suscitara la I Guerra Mundial, nos hacen revivir la zozobra creada por el estallido trágico, el asesinato perpetrado contra el pacifista Jean Jaurés, la conducta heroica del rey Alberto de Bélgica, las temerarias incursiones efectuadas por el aviador Roland Garrós, el hazañoso fin del crucero "Dresden", las disímiles actitudes que ante la contienda asumieron escritores como Mauricio*

Maeterlinck, Pierre Loti y Gabriel D'Annunzio, así como el severo enjuiciamiento de ideologías belicistas que abogaban por el empleo del terror como medio de socavar el ánimo de las poblaciones civiles o intentaban justificar la preeminencia germánica. Pero las aproximaciones a los temas "Del momento" no debían limitarse a los estruendos y las implicancias del conflicto: pues, en verdad, se proponían reflejar la imagen integral del siglo con la vivacidad y la diversidad que se desprendiesen de los hechos; y, no obstante exponer un caso concreto, cada crónica lo mostraba en su contexto temporal y cultural, propendiendo a su coordinación con otros elementos característicos de la época. Por eso se refirió también a la vigencia de las lecciones históricas de Mariano Melgar y Martín Jorge Guise, o al palpitante recuerdo del eclipse del poderío de Napoleón Bonaparte en Waterloo, así como a la gracia de Max Linder, la frivolidad del "Moulin Rouge", la naciente afición por los deportes, o la aparición del feminismo en las pujantes reclamaciones por la paz. En su conjunto, la serie revela una concepción orgánica y fluida de la vida social.

Es posible que la suspensión de esas crónicas (18-VI-1915) fuera ocasionada por la preferencia que la dirección de La Prensa *otorgara a otros artículos, que por esos días había iniciado Juan Croniqueur para dar novedad a las relaciones de los asuntos policiales (25-IV-1915). De acuerdo con un enfoque renovador, que muy pronto halló una excepcional acogida entre los lectores, abandonó el tono despectivo que a la sazón se aplicaba a los delitos y los delincuentes. Advirtió que era inadecuado e injusto ver sólo sus aspectos sórdidos y la violencia involucrada, e ignorar la influencia que sobre ellos pudieran ejercer la sensibilidad exacerbada, o la ambición, o cualquier estímulo aleatorio; y, en consecuencia, los presentó como resultados de las circunstancias y no como ejemplos de patología social. Se esforzó por comprender, antes que condenar, y dio interés humano a las crónicas sobre crímenes pasionales y aventuras dolosas que en esos meses dieron tema a las tertulias limeñas. Pero no apartó su visión de otras inquietudes del momento, que representaron alguna ilusión de progreso, como la aviación; o la fortuna que anuncian las vagas promesas de la lotería y los augurios cartománticos de las gitanas; o los triunfos y los desengaños que acompañan a la genialidad artística o el éxito profesional, como los vivieron Sarah Bernhardt y Tórtola Valencia, Delmira Agustini o el púgil Jack Johnson.*

No es necesario efectuar ahora un escrutinio de las formulaciones ideológicas deslizadas en esas crónicas, ni una dilucidación que lleve a precisar sus fuentes informativas o sus afinidades críticas. Basta reconocer la significación que tienen en la historia del periodismo peruano, por haber contribuido a introducir y delinear una forma genérica tan incitante como ilustrativa. Y, sobre todo, basta reconocer la importancia que las crónicas tuvieron en la formación personal de José Carlos Mariátegui, en cuanto lo llevaron a enriquecer y seleccionar su cultura; a pergeñar las vivaces escenas en las cuales tenemos hoy la comedia política de su tiempo, y que acertó a trasmitir en sus "Voces" de modo tan incisivo como versátil; y a desprenderse del egotismo lírico, para asumir la tarea orientadora que habría de realizar a través del ensayo.

Alberto Tauro

Juanita Martínez de la Torres, Lima, 1919. Hermana de Ricardo y amiga de José Carlos Mariátegui quien, con el seudónimo de Juan Croniqueur, le dedicó un poema ("Minerva Victrix", [illegible]) comentario elogioso a su pintura. Foto

"Anita España". Nombre de la artista española que actuó en Lima en 1916. Juan Croniqueur le dedicó el poema "Interpretación" (Ver t. I de Escritos Juveniles)

CRONICAS

CRONICAS MADRILEÑAS

La popularidad de Lerroux. El mitin de Jai Alai. Un poeta festivo. Madrid, enero de 1911.

Señores redactores:

De tanto hay que hablar, en esta alegre y bella capital de España, que mis crónicas se limitarán a tratar de todo aquello más interesante y seductor.

En mis correspondencias no hallarán, pues, cabida, aquellos asuntos dignos de ser tratados por un criterio imperturbable y maduro, ni encontrarán en ellas tampoco los lectores de *La Prensa*, disertaciones sesudas, serias investigaciones de carácter científico, ni intrincamientos psicológicos que no son para tratarlos por esta pluma pecadora.

En cambio, hablaré de las cosas del día con un criterio ligero, sin detenerme en reflexiones de sabihondo y sin pedanterías ni remilgos de estilo pedestre y aliñado, contaré lo más importante que ocurre en España y en esta su metrópoli, la coronada villa del oso y del madroño.

En Jai Alai Valencia se verificó el primero del presente un mitin organizado por los radicales, en el que hubo mucha gente, mucha bulla y mucha ociosa palabrería. Asistieron a dicho mitin, entre otros prominentes y conspicuos radicales, los señores Azzati, Iglesias (don Emiliano) y el estupendo señor Lerroux.

Hablando en verdad, y sin pizca de intención de ofender al talentoso Lerroux, este político español ha tenido y tiene, quizás más que ninguno de sus colegas, el poder mágico de atraer irresistiblemente las multitudes. Ni Sol y Ortega, el famoso republicano, ni Melquiades Alvarez, el orador eminente y talentoso, han podido hacerse de la popularidad de Lerroux, a quien todos conocen y de quien todos hablan. Es que Lerroux es el prototipo del orador sensacional, el de las palabras sonoras y convincentes y el del gesto persuasivo: habla al pueblo ávido de aplaudir, que lo comprende y enloquece vitoreándolo.

Un escritor famoso decía: el libro que todos leen huele a plebe, y si parodiamos este proverbio elocuente diremos: el hombre que todos conocen y aplauden huele a plebe. Porque así es la idiosincrasia de la muchedumbre, y los que estudian con detención su particular psicología y la explicitan con inteligencia en su provecho: esos son los endiosados, los fetiches predilectos de las masas, que no comprenderían quizás a talentos superiores irreprochables.

Pero veo que me aparto de mi tema y que nada aún he dicho del mitin de Jai Alai. Justo es decir que la concurrencia fue inmensa, y que no faltaron bastantes mujeres, lo que prueba el progreso del feminismo en España.

Los discursos que se pronunciaron, fueron encaminados en su mayoría a atacar a los grandes y eminentes republicanos, Azcárate y Pablo Iglesias, y a los solidarios, de lo que se deduce que estos íntegros señores radicales, no quieren amalgamarse con el gran número de republicanos, que por ser éstos moderados difieren de ellos en que no están tocando sin descanso el clarín de guerra. Los radicales quieren precipitar los acontecimientos mientras que sus colegas republicanos trabajan activamente –y ya en gran parte lo han conseguido– por hacer evolucionar el espíritu nacional. Quien como Pablo Iglesias ha dedicado y dedica, hoy como ayer, su talento y aptitudes luchando por la causa republicana, no merece pues el calificativo infame de traidor, con que se le obsequia. Y este odio tan gratuito de los radicales hacia los republicanos conscientes como Iglesias, proviene sin duda entre otras causas y pretextos nimios, del espíritu absorbente de los satélites del radicalismo, que ansiosos de gloria y popularidad quieren para ellos el orgullo de ser los fundadores de la república de España.

Ellos quieren ser los que aprovechen los frutos de la planta republicana, cuyas simientes echaron con tanto trabajo y tan incansable lucha aquellos valientes paladines que se llamaron Pí y Margall y Joaquín Costa, y que son hoy Pablo Iglesias, Azcárate y el mismo Lerroux que hoy provoca la disidencia.

Entre otros discursos pronunciados mencionaré sólo aquellos que más merecen citarse.

El señor Azzati, tribuno fogoso, pronunció un discurso que terminó diciendo entre otras cosas "que Lerroux es como un gigante de la fábula griega al que cuanto más se trataba de hundir más se elevaba su estatura".

El joven y elocuente orador Emiliano Iglesias, dijo durante su peroración que la Bastilla no la tomarían los libros, sino las picas de los

ciudadanos.

Para terminar, Lerroux, en medio de la expectación general, pronunció un discurso lleno de conceptos brillantes y de frases asombrosas. Y la multitud le escuchaba embebida, recogiendo de sus labios las frases sonoras y elocuentes. Recordó Lerroux el nacimiento del radicalismo en España, hizo historia de todas las vicisitudes sufridas por los que patrocinaban su causa, manifiestos en que los solidarios quedaban aislados de la opinión. "No quieren enterarse –dijo– que ya les llegó la hora del relevo como a los generales cuando cumplen su edad y quieren permanecer en sus destinos" (¡Olé!) y terminó diciendo entre otras cosas: "El primer combate se trabará el día que Maura y La Cierva sean llamados al poder. Ese día me veo fusilado".

La ovación que siguió a este discurso no es para ser descrita. Todos enronquecían, vivando a Lerroux y al Partido Radical.

Por la noche del día en que se verificó el mitin se dio un banquete en Miramar, en honor de Lerroux y –claro está– sobraron los brindis... y las libaciones de champagne.

Juan Pérez Zúñiga es un poeta festivo español, que todos los días nos prodiga las radiosidades de su numen selecto. Escribe sus versos graciosos y sutiles, impregnados de un decir burlesco y de un salero netamente madrileño. Porque mientras los hermanos Alvarez Quintero, poetas andaluces hartos de gloria y de prestigio, nos hablan sólo del castillo solariego, del cortijo rústico y amable, del baturro decidor y de la aldeana robusta y guapota, Pérez Zúñiga se burla a más no poder del pollo futre y vanidoso, del señor de banca grueso y agitado y de las porteras madrileñas, nuevas madamas Pipelet, parleras y regañonas. A todos nos hace reír este sátiro burlesco, que sólo vive para mofarse de cosas serias.

¿Quién no recuerda de sus "viajes morrocotudos", esa obra impregnada de su risa loca y estrepitosa? Nadie. Todos nos sabemos de memoria aquellos pasajes chistosísimos, en que Pérez Zúñiga y su amigo Xaudaró ruedan por este pícaro mundo en busca del "trifinus melancólicus", como en otros tiempos el hidalgo manchego, amador de Dulcinea, vagaba, acompañado de su locuaz escudero, por cortijos y serranías, en busca de aventuras con gigantes y encantadores quiméricos.

Y tiene Pérez Zúñiga otra particularidad: él no se ha pegado a ninguna escuela literaria; su literatura lleva el sello de su originalidad característica. Y es que Pérez Zúñiga, sólo sabe hablarnos en su lenguaje vulgarizado, suyo y muy suyo, despreciando los refinamientos del habla castellana y

los acicalamientos del estilista, que él no usa en sus fáciles composiciones. Y no me pidáis nada serio, porque este sátiro de patas de chivo y cara peluda sólo sabe reírse, reírse siempre con su risa alocada y sarcástica.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 24–II–1911. Y en *Invitación a la vida heroica - Antología* (Lima, 1989), pp. 31-34)

LA MODA "HAREM"

Lo que dicen los modistos parisienses.–Las evoluciones de la moda.–De los trajes amplios a la falda pantalón.

(Especial para La Prensa)

¿La moda ha evolucionado en pos de un traje original y nuevo? De ninguna manera. Los "Reyes" de la moda, los modistos de la metrópoli francesa han ideado sus nuevas creaciones, inspirándose en los modos de vestir más remotamente antiguos, en las túnicas de las púdicas diosas del paganismo, en los vestidos griegos y en los bíblicos trajes de las vírgenes hebreas. Los nuevos vestidos son pues una remebranza de lo pasado, una evocación de los viejos tiempos, cuyas costumbres renacen hoy con un ligero tinte de modernismo.

La leyenda nos pinta a las mujeres antiguas, púdicas y hermosas, cubiertas por túnicas ligeras y telas vaporosas, que dejaban entrever la pureza de las formas y marcaban al paso la línea delicada de los contornos.

Poco a poco vino introduciéndose el vicio, la perversión de las costumbres puras. Nació entonces la idea de cubrir más el cuerpo de la mujer, velando su hermosura con tejidos más gruesos y menos vaporosos.

Y tras este despertar, que nos trae a la memoria a la Eva, completamente desnuda que al adivinar la necesidad de un traje se cubre de hojas y de flores, vino la idea de cubrir los encantos femeninos, no con uno sino con dos o más trajes.

La civilización trajo consigo el uso de las enaguas amplias y pesadas, de los calzones de blancos tejidos, de los corpiños perfumados, del corsé tosco y rígido y sobre esta vestimenta interior, el lujoso atavio de un traje plegado y deslumbrante de larguísima cola y recargado de gruesos encajes.

La silueta verdadera de la mujer desaparecía completamente ante estos encantos completamente artificiales.

Tomemos el viejo retrato de una antepasada y contemplaremos el

corpiño adornadísimo, el busto resaltante gracias al corsé, la cintura del grosor de un puño y la falda amplia que abre en el bajo como un abanico y que daba a la mujer de antes la figura de una mariposa.

En aquel entonces privaban las aplicaciones gruesas de cordoneado de seda, que hacían pesadas los abalorios deslumbrantes y las mostacillas ensartadas en hilos de oro. Entonces nada más elegante que los tejidos de seda lujosos pero pesados.

Esas eran las "toilettes" de hace un siglo. Algún tiempo después comenzaron las innovaciones en el campo de la moda. Hicieron su aparición modistos ansiosos de prestigio, empeñados en la creación de nuevos modelos. Los primeros resultaron demasiado vulgares. Había en ellos un derroche inusitado de pasamanerías y abalorios. Eran demasiado lujosos, pero muy poco elegantes.

Es, pues, desde este nuevo siglo que han comenzado las más rápidas evoluciones de la moda.

Modistos genialísimos como Paquín –el "rey de la moda" como se le llama.–, Redfern, Callot, Worth y otros más han ideado las creaciones más originales, muchas de las cuales han triunfado ruidosamente. Pero todos los modelos creados han tenido su período de apogeo para quedar luego relegados al olvido.

Vino primero la falda "princesa", que acortaba notablemente el talle y dibujaba a perfección la línea de la cintura. Esta moda gustó mucho. Y tuvo la suerte de tener un largo período de apogeo. Era verdaderamente hermosa esa alta falda que aprisionaba el busto, suprimiendo la blusa y haciendo triunfar al "Figaro", la chaquetilla diminuta, imitación fantástica de la de los toreros.

Tras la decadencia del traje "princesa", surgió la "levita", la chaqueta de severo estilo sastre, que imitaba unas veces el riguroso "jaquet", otras el ceremonioso frac y a veces la propia levita masculina. Esta moda fuerte y hombruna estaba condenada a desaparecer muy pronto, pero las mujeres le dieron vida en su afán por imitar las costumbres masculinas.

La muerte del traje "princesa" y de la "levita" puso a prueba la fantasía de los modistos parisienses. Se hacía necesaria una moda original y nueva que nada tuviera de vulgar ni de conocida. Y los príncipes de la moda inspiraron entonces sus modelos en los trajes de las leyendas griegas. Nacieron entonces los vestidos "directorio". Faldas muy ceñidas que hacían visible la curvatura de las caderas y la cintura y que por el escaso vuelo de la parte baja, hacían menudo y musical el paso. ¡Era la resurrec-

ción de los antiguos "Tanagras"! Y estos trajes poéticos mantuvieron largo tiempo su predominio.

Los vestidos "directorio", se trasformaron para tener más vida en la falda "entravé", la que a su vez ha preparado el camino al advenimiento de la moda "Harem". La falda "entravé" ha dado margen a las más vehementes polémicas entre los críticos europeos. Un agudo y satírico "croniqueur" francés decía que las mujeres vestidas con la falda "entravé" parecían paraguas envueltas! Y la sátira no es del todo injusta.

La falda "entravé" a pesar de sus encantos, nació condenada a desaparecer muy pronto. Las mujeres clamaban contra ella. "Es un martirio –decían– el que se nos impone, al usar estas faldas que apenas nos permiten caminar".

Era pues necesario buscar un modelo más apropiado. Esta vez no fueron Paquín, un Redfern, ni otro modisto, los que lo inventaron. Fueron las mujeres, empapadas de "feminismo", las que idearon la nueva y revolucionaria manera de vestir.

Y para crear el modelo que había de triunfar definitivamente, buscaron para inspirarse los usos de los harenes turcos.

Si las novelas francesas han podido tanto y han hecho evolucionar el espíritu de las mujeres turcas, también han podido las leyendas orientales y las novelas de Pierre Loti, impresionar favorablemente a las costumbres otomanas, a las mujeres europeas.

Ha sido este un intercambio de ideas y costumbres.

Es pues la "falda-pantalón" un modelo arrancado de las leyendas de los harenes turcos. Y de ahí viene el nombre que ha adoptado la nueva moda.

Si pasamos a estudiar la "falda-pantalón", debemos antes declarar que no está constituida por un solo modelo. Son varios y diferentes tipos de "jupes-culottes", los que hasta ahora se han ideado. Faldas bombachas, recogidas, como pantalones de "clowns". Pantalones auténticos velados por delante y detrás con una ancha estola, o cubiertos con una sobre-falda de discretas aberturas.

Paquín, Redfern, Callot, Worth, Decroll, han expuesto públicamente que su opinión es adversa a la nueva moda y han negado que corresponda a ellos su paternidad advirtiendo sí que no pueden negarse a confeccionar las "jupes-culottes", porque ello los arruinaría, dado lo rencorosas que son las mujeres.

A nuestro modesto entender la "jupe-culotte" no es todo lo artístico que debe ser el modelo predilecto de la generalidad. Sufrirá muchos fracasos.

Pero tiene que triunfar, precisamente porque disgusta a la mayoría de los hombres y porque las mujeres vencerán este obstáculo con el capricho y la tenacidad que las distingue.

En Lima hace ya la nueva moda sus pininos. La joven y bella tiple Isabelita Elizalde ha servido de "maniquí" para los modelos de "falda-pantalón" confeccionados por la casa A.F. Oechsle. También la intrépida domadora, Mlle. Padowska ha estrenado recientemente una lujosa "jupe-culotte". Sólo que en Mlle. Padowska, esto no tenía mucho de original, porque la joven domadora usa en sus varoniles ejercicios, pantalones auténticos.

Ya hemos dicho que la revolucionaria moda, triunfará a despecho de las teorías moralistas de las abuelitas y de las protestas de los papás.

Y para terminar agregaremos que en París se va imponiendo ya la "falda-pantalón". Las principales casas de modas de la metrópoli francesa, tienen a su servicio, gran número de "maniquíes" que pasean la "jupe-culotte" por las más concurridas avenidas parisienses. Un gran modisto de la "Rue de Paix" confecciona actualmente "faldas-pantalón" para baile. ¡Sí lectores, falda-pantalón para baile con encajes, gasas y larga cola... de lindas cintas que caen de la cintura!

También los tejidos para la confección de los trajes, son hoy muy distintos de los de antaño. A los pesados terciopelos de otros tiempos, han reemplazado los terciopelos "mouseline", los terciopelos "fouard", y a los "ottomanes" y demás antiguas telas de seda, los "shantungs", los "pompadour", las gasas ligeras y los tules transparentes.

Vamos pues camino de ver a todas las mujeres ataviadas con originales pantalones. Naturalmente, que para que esto se realice, hay de por medio muchos obstáculos.

La crítica parisiense, a este respecto, se encuentra muy dividida.

No faltan mujeres que hayan lanzado la idea de "boicotear" a la naciente moda.

La perspectiva de ver a la mujeres envueltas en estas túnicas deliciosas que van delatando al paso la morbidez de las formas femeninas, está pues, muy avanzada.

Al llegar a este punto los que se precian de mejores vaticinadores enmudecen.

Sólo cabe preguntar:

¿Formarán las mujeres enemigas de la "moda Harem" una liga para resistir a la invasión de este nuevo traje?

¿Veremos a todas luciendo la "jupe-culotte"?

¿Será Lima un centro propicio para esta nueva expresión del modernismo en el vestir?

JUAN CRONIQUEUR

Nota.– Escrito ya este artículo ha ocurrido un acontecimiento que en nuestro concepto, marcará el comienzo de una era de progreso para el uso de la "jupe-culotte" en Lima. Miss Mary Robinson Wright ha efectuado el viernes último un paseo matinal por nuestras calles centrales, ataviada con una correcta y lujosa "falda-pantalón". Era el modelo que vestía la distinguida escritora norteamericana un traje delicioso de lana azul marino con adornos de seda negra, en que el pantalón quedaba casi completamente velado por una encubridora sobre-falda.

Miss Mary Wright se paseó por donde quiso sin ser absolutamente molestada. Todos la veían pasar dirigiéndole miradas de curiosidad y admiración. Hasta entonces, sólo dos jóvenes y bellas artistas se habían puesto la revolucionaria falda, ahora es una correcta y elegante "yanqui" la que luce la "jupe-culotte".

Repetimos. Este acontecimiento marcará el comienzo de la generalización del uso de la nueva manera de vestir. Está pues, muy cercana la realización de la perspectiva de ver a todas nuestras limeñitas ataviadas con elegantes trajes de "odaliscas" que irán delatando al paso la delicada línea de los contornos y ritmando al andar una música armónica y suave!

Vale.

(En *La Prensa:* 7-V-1911)

LECTURAS AMENAS

Los badauds de París

En todas partes cuecen habas y en todas partes hay tontos. No es, pues, de extrañar que haya muchos en París, sobre todo teniendo en cuenta que, según recientes estadísticas, hay en Europa un tonto por cada seis listos. Ahora bien: en los países donde el comercio no ha llegado a su completo desarrollo, se trafica con los productos de la tierra o de la industria; pero en París y otras grandes capitales, en que está casi agotado todo, los más listos, cuando no pueden con otra cosa trafican con la tontería humana, verdadero "manantial que no se agota".

Esto, claro está, no es un descubrimiento mío; es un Mediterráneo descubierto hace años. Lo que no lo estaba es una de las formas de este comercio, que un diario parisién acaba de comunicar a sus lectores.

Con frecuencia un "bon bourgeois" atraviesa lentamente el Puente Nuevo o cruza con toda su burguesa tranquilidad la plaza de Vendóme, y cuando más abstraído se halla en sus pensamientos, se le acerca un joven pálido, algo tembloroso, ojos brillantes, gestos rápidos, y mientras dirige sus miradas a todas direcciones, enseña al paseante un reloj de oro, una sortija, un monedero, indicando, acto seguido el precio: seis francos, diez.

El perfecto "badaud" se da cuenta inmediatamente de lo que se trata. La palidez intensa del vendedor, su intranquilidad manifiesta y la rapidez con que trata de operar, le indican claramente que la mercancía es robada, y, por consiguiente, la seguridad de comprar por poco dinero un buen regalo para "madame" o una buena joya con que "epatar á maitre Jacques", al señor "maitre" del pueblo. Y de cien casos, en los noventa y nueve compra hecha.

Pues bien: el tal individuo opera en París y en pleno día con toda la tranquilidad, y, según asegura quien ha tenido la paciencia de seguirle asiduamente, realiza pingües beneficios. Y la policía ¿qué hace en París? dirá el lector: ¿Por qué no le prende? ¡Ah! Pues porque no puede. El tal

sujeto no es más que un comerciante que "compra" y vende sus géneros y, además, es un gran cómico que se caracterizará a la perfección. No dice nada, no hace el artículo hablado; con el gesto y un perfecto "maquillaje" lo indica y el "badaud" compra, sin tener derecho a llamarse a engaño, cuando luego se encuentra con que ha comprado el género pagándolo más de lo que vale. Para algo vale el saber representar una escena de Novelli.

En cierto modo el origen del tal comerciante se parece al de un curandero de París cuya clientela llegó a ser tan numerosa y tan grande su fama, que el colegio de médicos le llevó a los tribunales.

Llegó el día del juicio sin que el buen hombre hubiese negado ni afirmado nada durante el sumario, por lo cual el numeroso público que llenaba la sala daba por descontada su condena. Terminadas las declaraciones de los testigos y probado ya claramente que ejercía la medicina cobrando honorarios, preguntó el presidente al acusado:

–¿Tiene usted algo que agregar?

–Sí, señor presidente.

–Pues sírvase manifestarlo.

–Que soy doctor en medicina.

Y acto seguido sacó de su bolsillo el título de doctor expedido en París y con la brillante calificación de "sobresaliente".

El tribunal y el público quedaron estupefactos. Pero el acusado explicó su conducta, diciendo al presidente:

–Mientras ejercía la medicina como tal doctor, nadie vino a consultarme. Estudié mejor la psicología de este pueblo, me hice pasar por curandero, y en verdad, no he tenido que arrepentirme.

El tribunal lo condenó a un franco de multa, con derecho a apelación, y así terminó el juicio.

Pero también se acabó la clientela: la gente no quiso consultarle más al saber que ejercía legalmente.

"Infinitus est numerus....."

J.C.

(En *La Prensa*: Lima, 08-V-1911)

LA SEMANA DE DIOS

Silenciosos y tranquilos han transcurrido los días de la santa semana que hoy termina. No ha habido en ellos el brillo fastuoso de que estaban revestidas las fiestas cristianas de otras épocas; pero tampoco puede decirse que han pasado olvidados. Como todas las fiestas religiosas y profanas, que caracterizaron a la metrópoli limeña de tiempos pasados, la semana santa ha perdido mucho de la pompa de sus ceremonias. Al cronista le gusta más así calladamente solemne, porque la quietud y el silencio de estos días le seduce, y no encuadra con el espíritu que a sus ceremonias debe caracterizar, la alegría bulliciosa de las fiestas profanas.

Se debilita en las ceremonias de la semana santa, el sello de soberbia fastuosidad que en ellas imprimió la vida colonial, como, poco a poco, se extingue en todas las fiestas que en la ciudad se celebran, el carácter que han tenido antiguamente.

Pero como lo que representa la tradición de un pueblo no puede desaparecer, de pronto, sino extinguiéndose lentamente, siempre encontramos en las fiestas limeñas, cualquiera que sea su índole, la influencia de las viejas costumbres. No alcanzaremos a ver nosotros, que desparezcan el "pan de dulce" pascual, ni el "turrón de doña Pepa".

Los días santos han sido celebrados en Lima con el ceremonial religioso de costumbre. En los templos iluminados por bombillas eléctricas y amarillentos cirios, ha resonado vibrante la voz de los oradores sagrados, que gustan en sus prédicas, para ser irresistibles y convincentes de las frases resonantes y de los ademanes efectistas. Las mujeres, luciendo los trajes ceñidos, sencillamente elegantes que la moda hoy les impone, han ido a los templos, desfilando ante los altares en que se elevaban majestuosos monumentos, entre tules, flores y luces. La tiranía irresistible de su vanidad, las ha obligado a hermanar, en las ceremonias religiosas, el culto sagrado de las cosas divinas, con el culto pagano de la moda.

Líbrenos el cielo de desconocer la infinita poesía que encontramos, atrevidamente en este contraste. Las damas limeñas, muestran claramente

su psicología de pecadoras creyentes en esta exteriorización de sus sentimientos religiosos.

Casi no existe ya, en la sociedad limeña, el cerrado conservadorismo, de que se le ha acusado. El modernismo de las europeas, ha florecido poéticamente en nuestro medio. La deliciosa religiosidad de nuestras mujeres se ha hermanado con las páginas características de ese modernismo triunfante.

De la evolución femenina, que cada día mayores triunfos conquista, no tendremos aquí seguramente, el afán de las mujeres por obtener el derecho de votar, ni la fiebre por dedicarse a profesiones liberales. Las mujeres limeñas, serán siempre, deliciosamente inútiles y frívolas. Y así también, serán siempre adorables.

Tampoco pensamos, que los hombres no sean aquí creyentes. Todos casi lo son. Muchos muéstranse indiferentes en materia religiosa y muy pocos enemigos del culto católico. Pero en estos días de semana santa, los más indiferentes se conmueven, y, dedican unos cortos instantes a recordar los días en que pequeñuelos, escuchaban la voz cariñosa de la madre, que los iniciaba en el culto de Dios.

El jueves santo hemos contemplado, como todos los años, la romería de las limeñas, de templo en templo, visitando los monumentos, y hemos hallado muy hermosas y poéticas estas peregrinaciones religiosas. Ante los tabernáculos resplandecientes hemos visto prosternada a la multitud heterogénea y devota, diciendo en voz muy baja sus oraciones y llegamos a envidiar la sencillez de los creyentes.

Así ha pasado la semana santa del señor, anunciada bulliciosamente por el pregón de los vendedores del tradicional bizcocho.

Hemos gozado de varios días silenciosos y tristes. Casi, casi los vemos irse con pena. Se escapan rápidamente, confundiéndose en la vulgaridad de los días comunes. Hoy, muy temprano nos despertarán las campanas que tocando a gloria serán echadas al vuelo. Es el último día de la semana y lo encontramos algo así como el despertar de la realidad después de un sueño.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa* : Lima, 8-IV-1912)

LOS ANDARINES

Los andarines llegados a Lima, recientemente se marchan prosiguiendo sus grandes caminatas, tras larga estadía, reparadora de las fatigas de viaje, en esta ciudad.

Nos parece que debe ser para estos andarines, bastante penoso, tener que reanudar el viaje, después de prolongado descanso. Una ciudad que les brinda su protección y hospitalidad, debe ser para ellos, algo así como un oasis en el desierto interminable que, con fuerza de voluntad sobrehumana, recorren.

Por eso, sin duda, sólo abandonan los centros poblados, cuando la tiranía terrible del plazo que para su marcha tienen determinado se lo exige, con imperiosidad cruel. Entonces cogen su morral y recomienzan el viaje interrumpido, llevando sólo apuntes nuevos en el imprescindible y pesado libro de notas.

¡Pobres andarines! Las gentes los ven llegar y partir, sin que su suerte les importe. Algunos, los que comprendemos la grandeza de su peregrinación, les creemos dignos de interés. Su paso interrumpe la indiferencia con que vemos pasar todas las cosas. Muchos de esos andarines, son hombres derrotados en la lucha de la vida, que encuentran en el viaje, una forma de suicidarse o de enriquecerse de un golpe, pero no faltan entre ellos espíritus aventureros que se lanzan en pos de lo desconocido, por placer o por espíritu. Y son estos peregrinos, caballeros armados del ideal, los que merecen toda nuestra admiración. Nuevos Quijotes abandonaron el terruño, y marchan de pueblo en pueblo, sin rocín y sin escudero.

No siempre los andarines, que a los peligros en su viaje escapan, tienen suerte al final de una jornada. Una enfermedad imprevista, cualquier demora, les arrebata la recompensa ofrecida –si por ella viajan– y terminan su marcha con una desilusión terrible, abrumadora. Recordamos haber conocido un andarín francés, que llegó a París, después de recorrer el mundo, cuando hacía veinticinco horas, que se había cumplido el plazo fijado para el término de su viaje. Este "globe–trotter", no se desanimó por

este fracaso, y comenzó una nueva caminata a través de todos los continentes.

A Lima llegaron últimamente, y casi uno tras otro, tres andarines. Fue el primero de ellos, Galdo Madrigal, de nacionalidad peruana, que ha dado la vuelta al mundo, obteniendo título de campeón. Vino después Armand Ory, joven estudiante francés, corresponsal viajero de "Le Matin". Había partido de San Petersburgo, recorriendo Europa, Africa y el sur de América. Poseía un libro de autógrafos, como pocos hemos visto, por lo completo y ordenado.

Por último, llegó Humberto Peyronel, argentino, de peluca extraña y desmesuradamente larga. Aunque sus viajes se habían reducido a través de la Argentina, Chile, Bolivia y el sur del Perú, parecía el más resistente y el más fuerte de los tres *globe–trotters*. El más andarín. Aseguraba ser campeón de reputación inmejorable, conocido con el nombre de "El velox".

Seguramente, no debe haber sido modesto en su auto–elogio, pero tampoco habrá pecado de exagerado. Así nos parece, por la gran caminata de resistencia que efectuó el sabado en el velódromo. En apuesta con Mitchell, el boxeador, recorrió 20 millas, dando 29 vueltas a la pista. Mitchell sólo llegó a dar 27 vueltas, en el mismo tiempo empleado por Peyronel. Esta marcha la hicieron a paso gimnástico. Antes había probado el andarín argentino la fortaleza de sus piernas, con una marcha de Ancón a Lima en cuatro horas, diez minutos.

Nuestro compatriota Madrigal, debió salir ayer en viaje al norte, junto con Peyronel pero ha recibido orden del Sport Club de Buenos Aires, del que es representante, para dirigirse a esa ciudad.

Madrigal supone que esta llamada es para que tome parte en algún campeonato.

Será el último de los tres andarines que abandone esta tierra.

Los tres van en distintas direcciones, armados sólo de una voluntad invencible.

Tal vez alguno de ellos pierda la vida en el camino, y deje su cadáver, olvidado en un vericueto de la tortuosa senda...

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 1º-V-1912)

POR ESAS CALLES

Tonterías

Comienzan los días invernales con el cielo entoldado y las lluvias finas que ponen en los jardines, sobre los pétalos de las flores marchitas, una constelación de puntos diamantinos. Y principian, también, a surgir las divinas siluetas, los cuerpos admirables de belleza, los rostros que son un milagro de blancura entre la brillante suntuosidad de los terciopelos. La ciudad tiene un aspecto de silencio y de vaga tristeza. Nadie se resigna a las mañanas sin sol, a las tardes grises y lluviosas, que obligan a las mujeres a ocultar las manos entre graciosos y amplios "manguitos". Todo el encanto de las telas ligeras desaparece. Los colores suaves, los tintes finos pierden su prestigio.

Son los tiempos, como ya dijimos en otra ocasión, de los paños pesados, de los sombreros adornados sin vivezas de colorido, de los sombreros amplios y llanos. Y este cambio radical en el vestir, significa un cambio completo en la silueta de la persona. Acaso os parece más recatada, más seria, más grave, vuestra alegre amiga, más alegre todavía entre los vaporosos trajes de verano. Vosotros que las vísteis en un balneario, con los rizos meciéndose al impulso de la brisa, o jugueteando entre las olas del mar; vosotros que las vísteis jugando con señorial distinción el "tennis"; enseñando, merced a las peripecias del juego, el nacimiento de las piernas finas; vosotros, en fin, que las contemplásteis flirteando a la hora del crepúsculo, cuando el sol parecía una hostia de fuego que se hundía en el mar, dejando una estela temblorosa de matices encendidos, no os acercáis ahora a ellas con el mismo desenfado, con la misma frescura con que antes lo hacíais. El veraneo mismo juntaba a las personas desconocidas en amables y pintorescas charlas. Cualquier accidente en esas playas bañadas de sol os interesaba. Ahora, parece que comprendiendo la monotonía de la ciudad, se les obligara a permanecer mudas, sombrías, dentro de la severidad elegante de los trajes de invierno.

Y es que la vida en los balnearios es vida de encanto. Aquí en la ciudad, la política, los negocios, los escaparates, los teatros, os hacen olvidar las conversaciones frívolas, la alegría plena de vivir para contaros emociones, para pasear a lo largo de las calles diciendo lo que, aquí, el invierno no permite, porque en los balnearios el deseo de respirar aire puro os deja solos, libres, con el espíritu agil y la imaginación pronta a la galantería.

Allá, en un balneario, suenan las risas de las mujeres; aquí, las bocinas de los automóviles... Y ahondando más y más os podría referir las razones por las cuales no simpatiza con el invierno, pero el cronista obligado por la estrechez del tiempo y la falta de espacio, ha escrito esta crónica al volar de la pluma, sin cuidado, sin cariño, porque la hora de dormir ha sonado, y porque el invierno mismo ha querido envolver su espíritu en la tristeza de esta noche sin estrellas, de esta noche obscura y opaca.

La lluvia comienza... y el cronista muerto de frío, pone fin a estas... tonterías.

(En *La Prensa*: Lima, 18-V-1912)

POR ESAS CALLES

El Apachismo

¡Lima se moderniza!

Eso es evidente, indudable. No hay más que compararla con la ciudad de ahora 10 años, triste, con rezagos de una vejez que parecía imposible de desterrar, por lo arraigada.

Hoy todo ha variado. Las casas antiguas, de amplios patios, llenos de macetas de encendidas flores, se han trocado en modernos y suntuosos palacios, con numerosas ventanas provistas de elegantes cristalerías, de adornos arquitectónicos de belleza extraordinaria; automóviles de todas dimensiones y de formas exóticas cruzan sus calles, lanzando su ronquido alarmante, coches, bicicletas, tranvías. Es para aturdirse o para que se aturdan las viejas que no tienen inconveniente en declarar que cualquier tiempo pasado, sin automóviles atropelladores y sin tranvías victimarios, fue mejor... Pero el tiempo transcurre, y la vida cambia. La tranquilidad, la placidez beatífica de la antigua Lima se ha tornado en una efervescencia atolondradora, en un movimiento continuo, en una nerviosidad loca...

Antes la cosa más audaz se hacía en silencio. Hoy se anuncia, se hace ruido al rededor de cualquier suceso baladí. Los mismos cronistas alborotamos el cotarro. ¿Que un ministro se ha constipado? Anotamos el número de estornudos que da al día... ¿Que se ha cometido un robo?... Los diarios se apresuran a buscar los retratos de los rateros y en la primera plana se ostentan gallardamente. Y eso de ocupar la primera plana, dicho sea de verdad, no es cosa tan fácil como a primera vista parece. Se necesita haber realizado algo que haya conmovido a los habitantes: un asesinato, un robo, un incendio, algo importante, en fin...

Generalmente, conmueve más un apache que un diputado con un discurso plagado de frases brillantes. Y acaso al público grueso le interesa más, mucho más, lo primero que lo segundo. Ved si no, cómo sigue y lee de un tirón las hazañas de los apaches. Ayer no más, Lima entera hablaba

del apachismo y sus proyecciones. Tema de "palpitante actualidad" para cualquier conferencista barato, sediento de gloria "huachaferil"

¡Los apaches!

Son los hombres del día y serán los hombre de mañana. Ellos tienen la virtud de apoderarse de lo ajeno. "Los medios no importan cuando los purifica un fin". Estas palabras están clavadas en su escudo y las repiten sin ruborizarse. Tomar lo ajeno sin consentimiento, es algo muy nuevo y muy cómodo.

La vecindad está viviendo en perpetua inquietud. Ve apaches hasta en la sopa.

Ayer, en una casa de cierta calle apartada, penetró despacio un ciego a solicitar una limosna. El ciego se introdujo por el callejón de la casa, silenciosamente. En el traspatio, cansado de llamar, tuvo que sentarse a descansar en una gran silla recién pintada. Era muy de mañana. En la casa todos dormían. Sólo la cocinera estaba preparando el desayuno. Y le dijo que esperara hasta que sus amos se levantaran de la cama. Mientras tanto, lo dejó allí, sentado. Luego le obsequió un pan con chicharrón y una taza de café. Al lado de la silla, por extraña coincidencia, había una maleta fina y flamante.

De pronto la cocinera salió a hacer algunas compras. Y el ciego quedóse solo. Pasó un buen rato...

Se levantó, por fin, con los ojos soñolientos una de las niñas, y al atravesar el patio se dio de manos a boca con aquel personaje misterioso, y gritó desaforadamente.

–¡Un apache! !Un apache!

No se podría pintar el desbarajuste que hubo. Las mujeres, en camisa, se ocultaban bajo las camas. Los hombres se habían marchado ya a sus quehaceres. Y el ciego, alarmado con el vocerío, corrió con la taza en una mano y la maleta en la otra, y con el sillón recién pintado, pegado a sus posaderas...

–¡Ay! ¡Se va el apache! ¡Se va! gritaba más fuertemente la niña.

Y la voz de una vieja, áspera como la de un sargento, dijo:

–¡Atájalo! ¿Qué se lleva?

–Un "servicio de té", la maleta y un sillón recién pintado.

–¿Dónde se lo lleva?

–En el...en las posaderas se la ha pegado...

Vino la policía. Se capturó al presunto apache. Se esclarecieron las cosas. Y el celador, respirando, dijo:

–Aquí no ha pasado nada.

Sólo el pantalón del pobre ciego había sufrido...Parecía un mapa mundi...

(En *La Prensa*: Lima, 7–VIII–1912)

UN VATICINADOR DE DESGRACIAS

Poco tiempo hace, nos hizo saber el cable, que en Chile, un profesional reputado, con especiales conocimientos en Astronomía, apellidado Cooper, había anunciado que a fines del presente mes ocurriría un espantoso terremoto en Valparaíso.

La reputación de que goza Cooper y la certeza que acerca de lo que sostenía, expresaba en su vaticinio, hizo que este produjera inmensa alarma en las gentes sencillas. La profecía fue conocida a poco por todos los pobladores de Valparaíso y lugares circunvecinos, y no fueron escasos los que pensaron en la necesidad de rogativas, para conjurar el peligro que los amenazaba. Hubo, también, quienes, por tener el alma limpia de pecados para cuando llegara la vaticinada catástrofe, resolvieron donar sus bienes entre los indigentes y comenzaron a hacerlo, con gran regocijo de los favorecidos por la donación, que bendecían al milagroso astrónomo. Los creyentes se dieron a la penitencia, esperando consternados la catástrofe que había de arrebatarlos, probablemente, a la vida.

Contribuyó a que la predicción de Cooper causara gran espanto, el hecho de que antes del terremoto que asoló Valparíso hace varios años, hiciera igual pronóstico. La alarma estaba, pues, justificada por este antecedente.

Natural y lógicamente, las personas entendidas en materia científica, trataron de hacer comprender a Cooper lo infundado de su vaticinio. No había motivo alguno para esperar que ocurriera un fenómeno sísmico. Y agotaban los razonamientos, llenando las columnas de los diarios.

Pero el astrónomo en cuestión se manifestaba empeñado en sostener su aterrorizador pronóstico, y, solemnemente, seguía anunciando un terremoto, un espantoso terremoto, que destruiría Valparaíso y enterraría a sus pobladores bajo los escombros de las construcciones.

Entonces, se dieron cuenta todos, de que no se trataba de un hombre de ciencia equivocado, sino de un loco, de un obcecado, de un sujeto que estaba llevando el terror con sus predicciones siniestras a todos los

habitantes del puerto y de las poblaciones cercanas. Y sobre el vaticinador, que lanzaba a todos los vientos un pronóstico absurdo, destinado únicamente a causar temor en los sencillos y en los ignorantes, fueron los ataques de los profesionales de Chile y de muchos de la Argentina.

El pobre vaticinador está abrumado con los ataques de que se le hace objeto. Pero con la inconsciencia de un desequilibrado, sostiene su predicción, tenazmente. ¡Pobre sabio! Le imaginamos perdido entre un maremágnum de volúmenes inmensos, enflaquecido y con el semblante cadavérico, extraviado y centelleante el mirar, poseído de la fiebre de las investigaciones científicas. Y enloquecido, perdida la razón en los estudios, en la sed de conocer lo desconocido, suponer próxima una catástrofe, pensar que está en el deber de anunciarla, y con todo el calor de un apóstol, con todo el convencimiento de un profeta, abandonar el gabinete en que consume su existencia, y salir a predecir un terremoto, una convulsión terrestre horrorosa, que hundiría en la ruina al puerto, y haría perecer de espanto a los pobladores. Y en su locura, recorrer las calles, hablar a las muchedumbres, alarmándolas intensamente con lo espantoso de su vaticinio. Porque estamos convencidos, porque tenemos la arraigada persuasión, de que nunca tras de uno de estos profetizadores de catástrofes, se esconde un pillo, un bribón dispuesto a burlarse de los incautos, sino siempre alucinados sujetos, en cuyo cerebro la agitación tempestuosa de las investigaciones científicas ha apagado la luz de la razón, que al hablarles, sugestionan a las gentes sencillas y buenas, que saben del goce inefable de orar devotamente y de hacer penitencia.

J.C.M.

(En *La Prensa*: Lima, 14-IX-1912)

EL SACRIFICIO BARBARO DE NODGI

Acaba de contarnos el cable cómo se han realizado los funerales del Emperador Mutsuhito, cuya magnificencia y solemnidad ha dicho del cariñoso recuerdo que el pueblo japonés guarda por el que fue su soberano y ha evocado viejas costumbres, olvidadas al influjo de la civilización europea.

Hubo en ellos, desfilar esplendente de plebeyos y de magnates, todo lo que constituye la pomposa suntuosidad de las grandes fiestas orientales, tras de una sangrienta tragedia que recuerda usanza antigua y bárbara.

Nodgi, el vencedor de Puerto Arturo, héroe de una epopeya grandiosa, no quiso que los restos de su monarca fueran inhumados solos y sintiendo despertar en su espíritu el anhelo invencible de una muerte salvaje, pero para él honrosa, oyendo la voz de la sangre, inspirándose en el ejemplo de nobles antepasados, fue hasta el féretro abrumado por la gloria áurea de sus condecoraciones y de sus entorchados, y hundió en su vientre la hoja brilladora de su sable de guerra, lanzando un grito de satisfacción y de dolor. El *hara kiri* estaba consumado. Un viejo guerrero y su esposa, compañera de infortunios y alegrías, habían rendido bárbaro tributo a la memoria de Mutsuhito. Al pie del féretro yacían dos cadáveres, en medio de una laguna de sangre, en que flotaban humeantes las vísceras.

Así ha creído cumplir con su deber Nodgi. Murió su soberano y sintió que se debía todo a él, y que a sus compatriotas sólo correspondían los lauros de sus triunfos. Tal vez pensó que ellos fueron conquistados también por el monarca, que en su hábil actuación de gobernante, con brillante clarividencia, había previsto las futuras azarosas contingencias por que había de pasar su país y supo prepararlo para que fuera triunfador. Aquella legión fiera, adiestrada, marcial y disciplinada, que logró una victoria en el asedio del puerto inexpugnable, debía su adiestramiento y su disciplinaje a la acción inteligente del emperador, ya que su fiereza y su marcialidad son herencia de las generaciones pasadas, de ímpetus bravíos y de actitudes gallardas. Factor principal del triunfo fue esta legión

invencible, que supo escalar las murallas de las fortalezas y salvar los vallados de las trincheras, sobre montones sangrientos y humeantes de cadáveres, que supo triunfar de un ejército poderoso en la ribera de un río de impetuosa corriente, atravesándolo sin necesitar de puentes ni de balsas, cuando las víctimas fueran suficientes para formar un vado. Así debió pensar Nodgi, orgulloso, egoísta, al sentir que su vida pertenecía a aquel emperador, grande por la fuerza y brillantez de sus concepciones. Y al sentir que no se debía a su pueblo, se generó en su espíritu la idea del sacrificio.

El hecho que hoy conmueve al país de las gheisas y de los crisantemos, evoca fuertemente sus costumbres extinguidas. En tiempo en que el Japón no sabía aún de la civilización moderna y de sus progresos, y en que vivía conforme a sus usanzas tradicionales, la muerte del monarca era seguida por el suicidio, en derredor de su tumba de muchos de sus servidores, que tenían a orgullo cumplir el hara kiri. Y fuera del Japón, en todos los países orientales y en los americanos, como en éste que fuera imperio del Tahuantinsuyo, nos dicen los que han escrito la historia, descifrando la leyenda, era manifestación de duelo imprescindible el sacrificio voluntario de innúmeros individuos. Así, en torno del cadáver de Atahualpa, rodaron los despojos de sus concubinas, con el rostro amoratado y el cuerpo contraído en el último terrible espasmo de la asfixia.

¡Pobre Nodgi! Su memoria se confundirá en el Japón, con el recuerdo de otros guerreros que, como él, tuvieron este supremo gesto de desprecio a la vida y de fidelidad al soberano. Apenas si de cuando en cuando algún bohemio amante de las cosas de esa tierra llena de encanto, que la visite, pedirá conocer la tumba del héroe, y le hará la limosna de un recuerdo.

J.C.M.

(En *La Prensa*: Lima, 14-IX-1912)

EL SUCESO DEL DIA

No es, ciertamente, un suceso vulgar, uno de aquellos que se pierden y se confunden en las crónicas de sangre y de crimen, el drama pasional realizado ayer. Los protagonistas vienen a sumarse a los no muchos Romeos y Julietas que en el mundo han sido y que hoy, alejados del romanticismo de otros tiempos ya lejanos, nos parecen hasta exóticos y extravagantes.

Cualesquiera que sean las causas que hayan inducido a estos jóvenes amantes a poner fin trágico y común a su idilio, no hay duda acerca de que se trata de dos naturalezas impresionables y apasionadas, vaciadas en idéntico molde y bastante extrañas en tiempos en que el amor, siendo siempre el amo dominante y reverenciado, no constituye la razón más poderosa para el suicidio.

En realidad, los suicidios que han tenido asuntos de amor como origen, dejan ya de ser frecuentes. Van resultando pocos los amantes, por intensa que sea su pasión, que hagan al amor el inexplicable sacrificio de la vida. Escasean hasta los que empujados por una decepción amorosa, ven con la ruina de sus ilusiones la desolación de su porvenir y buscan la muerte en un tóxico o en un pistoletazo de efecto breve y a cubierto de antídotos. Y aun suponiendo que los suicidios por amor tengan corriente realización, nadie podrá afirmar que en los tiempos presentes abunden Romeos y Julietas y existan muchos hombres o mujeres que se avengan a morir en brazos del amante.

La exaltación y divinización de la muerte a que hoy se dedican ilustres escritores, podría talvez despertar en ciertos espíritus, culto y afecto a ella, a la consoladora amorosa y fiel que dice Macterlinck. Pero como no es presumible que estos héroes de novela hayan recibido la influencia de la literatura, sería de preguntarse si la propaganda objetiva del cinema, que poquísimo tiene de edificante y moralizadora, ha intervenido en sus caracteres sencillos y románticos para decidirlos a tan trágico fin. Y en cualquier sentido que el lector responda, aceptará sin duda la posibilidad

de que los dramas llenos de violencia, desbordantes de pasión, de los *films* de moda, al par que todas las escenas de los mismos en que el crimen es parte, impresionen a los temperamentos jóvenes, poco expertos en las luchas de la existencia y fácilmente sugestionables por lo que a sus ojos se presente como humano y posible.

De cualquier suerte, con o sin influencia de las exhibiciones cinematográficas, el caso merece atención. Quién sabe el drama doloroso que encubre la vida de estos jóvenes, quién ha penetrado la causa que los empujó a poner término a su existencia. Adivinamos escenas novelescas, vívidas, suponemos un idilio ardiente y romántico. Ellos fueron hostilizados por la vida en lo que era su más grande afecto y resolvieron sacrificarse juntamente. La encontraron hosca, cruel, aborrecible y quisieron abandonarla al mismo tiempo. Y con firmeza fueron al cumplimiento de su propósito. La muerte les atraía irresistiblemente y creyeron hallarla más amable, más consoladora. A orillas del mar, lejos de las gentes y del bullicio. Sobre la rocosa superficie de un peñasco, se unieron tal vez en un abrazo violento y trágico. El cielo estaba lleno de sol y las olas se agitaban rumorosas y musicales. Pero la vida les retuvo. Tal vez, un incidente cualquiera, un testigo inoportuno torció sus intenciones y hubieron de alejarse de la playa. Tal vez si la naturaleza les habló misteriosamente y si en la soledad del paraje sintieron que todo entonaba un himno al amor y a la vida.

Y fueron a un cuarto oscuro y triste, buscando en la noche, en su lobreguez protectora del mal y amiga de todo placer y de todo dolor, un cómplice para el crimen. Una prenda de ella arbitró los recursos precisos para adquirir hospedaje en el cuarto que había de ser testigo de su muerte. Aquí se hace el drama terriblemente trágico e impenetrable. Son largas las horas que los amantes pasan igualmente inquietos por la angustia del instante. Ambos tiemblan ante la perspectiva de la muerte vecina y les invade un sentimiento de cobardía casi tan fuerte como su resolución. Ha llegado la aurora y ellos están ahí todavía resistiendo las tentaciones de la vida. La luz comienza a hacerse en la habitación y el día que nace también les habla de la vida, del amor, como el silencio armonioso del paisaje, como el mar. Pero su decisión es más fuerte que estas incitaciones. Ya no vacilan, y sus labios buscan ansiosos la poción que debe abrirles los brazos de la consoladora y pronto hay sólo en la habitación un quejumbroso rumor de agonía.

Ha sido el fin trágico de un romántico idilio.

Si el drama hubiese ocurrido en otros tiempos, habría inspirado una novela sentimental y conmovedora, o un poema de amor terriblemente doloroso y trágico.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 29-IV-1914)

POR LOS ARBOLES

Denunciando un atentado arbolicida en el Jardín Botánico

Traemos hoy a las columnas de *La Prensa*, una información, que si no tiene para el público la importancia noticiosa de un suceso del día, es de un interés evidentemente más real y refleja las impresiones más hondas y sinceras del cronista. No es ahora el hecho que emociona y conmueve; es asunto de ornato local, de vida de la urbe, que habla intensamente al sentimiento. Los árboles, los pobres árboles, que a la vez son fuente de lucro y objeto inestimable de adorno o higiene nos han dado en esta ocasión interesante tema.

Motiva la información una honrada protesta. El señor Eugen Veter, primer jardinero del Parque Zoológico, ha llegado a nuestras oficinas para contarnos la destrucción de valiosos y viejos árboles en el Jardín Botánico. Al apuntar los datos proporcionados por el señor Veter a nuestro cronista, hemos agregado algunas impresiones con relación al estado de las arboledas en la ciudad, a la urgente necesidad de conservarlas y repararlas, y a la conveniencia de propender al desarrollo de los parques, como el medio de embellecimiento y salubridad más de acuerdo con los modernos principios de la higiene urbana.

El cronista ha recorrido nuestros parques y alamedas y ha podido apreciar su estado lamentable de descuido . Por sus ojos han desfilado todos los árboles de la urbe: todos, las palmas contemplativas y empenachadas del Zoo, los ficus centenarios de la Alameda Grau, los pinos que son de trecho en trecho en las afueras como cúspides inaccesibles, las palmeras de la Plaza de Armas, selváticamente aglomeradas, los sauces tristes, pensativos y mustios del camino que va al Cementerio, que susurran monorrítmicos y parecen quejarse en la mudez de las noches.

En el Jardín Botánico

El señor Veter nos ha dicho, indignado, cómo se destruye árboles de valor inestimable en el Jardín Botánico. Este establecimiento, conforme nuestros lectores saben por la información que al efecto publicara este diario, ha sido entregado en arrendamiento a una empresa particular, para su conservación. Como en retribución se recibe, además, una suma mensual, expresamos ya que tal arrendamiento no tiene nada de objetable. Pero es el caso, que los arrendatarios sólo encuentran provechos en el cultivo de las flores, descuidan los árboles, y han llegado a cortar algunos que, en su concepto, no eran útiles. El negocio ha primado sobre cualquiera otra consideración, pues, seguramente debe haberse creído también que no sería escaso el monto de la madera extraída, considerado a precio de leña.

Según nos ha dicho el señor Veter, han sido destruidos ejemplares tan valiosos como antiguos, árboles que entre otros méritos tenían el de deber su plantación y aclimatación a los esfuerzos de aquel gran sabio que tanto estudio dedicó a la flora peruana, el célebre Raimondi. Son árboles de nuestras selvas, árboles que tienen su historia y que no merecían ciertamente que después de haber sido respetados a través de un siglo, fuesen destruidos por manos profanas, y en atención a razones exclusivas de lucro.

Las fotografías que publicamos nos han sido ofrecidas como pruebas de la realización de este atentado contra la conservación del jardín en referencia.

En el Zoo

En el Parque Zoológico existe una vasta y selvática variedad. Es ahí donde se advierte mayor cuidado y donde los ejemplares dan pruebas eficientes de que a ellos llega con frecuencia la mano cuidadosa de un jardinero y un riego generoso y oportuno.

Los árboles muéstranse diseminados en algunos sitios, agrupados en otros, o alineados en calles y avenidas, a distancias precisas, descolgando sus brazos añosos como rendidos al peso del follaje exuberante.

Los cedros, los robles, son junto con los pinos, los que quizá más se destacan. Parecen orgullosos de su belleza salvaje, de su majestad y de su gigantesca altura. Los ficus enlazan sus frondas y bajo de ellas reina una penumbra tibia y protectora. Las palmeras ponen su nota de trópico y de

selva. Pero nada tiene tan especial carácter como las majestuosas palmas reales, que hacen círculo en torno al pintoresco kiosco y que inflexibles, como índices que señalaran el cielo, elevan la gallardía de sus penachos.

En la Alameda de los Descalzos

Los árboles de los Descalzos ofrecen el aspecto de todos los árboles rústicos en la estación otoñal. Se desgajan las ramas y la alameda solitaria y evocadora se alfombra de hojas secas.

Ahí no llega nunca acción municipal ni particular de eficacia, que se manifieste en el cuidado de la arboleda. Y los viejos árboles, con rememorar tantos recuerdos, dan una triste impresión de abandono. Ellos han llegado a su ocaso. Cuando fueron florecientes y jóvenes, qué fastuoso desfile de alegría y de vida el que pasó bajo las frondas. Marquesas de pie menudo y manos marfilinas, virreyes de blanca golilla y luciente espada, cortesanos garridos de altivo airón en el chambergo, damas coquetas y donairosas de grandes y limeños ojos. Cuántas escenas galantes, presenciadas por estos troncos mudos y centenarios, en la vieja alameda, que hoy sólo recibe la visita de mendigos harapientos y uno que otro paseante solitario. El recuerdo de las historiadas aventuras en que fueron parte algún virrey poeta y alguna criolla cortesana, parece flotar en el ambiente. Y la mudez del paraje parece invitar a la evocación. Es que los árboles, testigos callados de lo que fue, y el surtidor de la fuente, dicen el monorritmo de sus añoranzas.

En el Parque de la Exposición

El Parque de la Exposición da una impresión de exuberancia selvática.

Los árboles están ahí muy cerca unos de otros y entretejen sus copas, en las cuales es más o menos desconocida la mano del jardinero.

En los diversos polígonos en que el parque se secciona, agrúpanse innumerables árboles, en su mayor número robustos de troncos y abundantes de follaje.

Precisa ahí mayor cuidado, por tratarse no de un bosque suburbial, en que la frondosidad bastase, sino de uno llamado a ser aristocrático parque, como lo exige su ubicación, y aun el nombre de "Bosque de Boloña", con que fuese bautizado por nuestras personalidades edilicias, tan fecundas en adaptaciones nominales.

Las alamedas

Si respecto de paseos y parques, como los citados, se advierte tal desentendencia municipal, fácil es comprender que a las alamedas no se extiende labor alguna del concejo. Pese a la existencia de una sección que se intitula de alamedas y paseos.

En la Alameda Grau los árboles carecen de agua, en razón de que cuando se les riega se hace esto utilizando unos surcos irregulares, que sirven como acequias, y motivan desbordes innumerables. Cuando ocurre tal cosa, los vecinos elevan quejas unánimes y el municipio entre que se calle el vecindario y se rieguen los árboles, escoge lo primero. La única poda que ahí se conoce es la que de *motu proprio* suelen realizar algunos vecinos faltos de leña en sus cocinas o ansiosos de un negocio productivo aunque ilegítimo.

En las avenidas Alfonso Ugarte y de la Magdalena, son idénticas las prácticas de conservación y cuidado. Y es también igual el sistema de poda puesto en práctica por particulares inescrupulosos. Cualquiera se cree con derecho para cortar de raíz un árbol y llevárselo, con la seguridad de no ser molestado.

Y si esto apuntamos en cuanto a las dichas alamedas, resulta innecesario decir cuál es el estado de las restantes, la del Tajamar, Acho y el Camal, entre otras.

El municipio aparece resueltamente refractario a todo principio de ornato e higiene en este sentido. Ya lo hemos visto vender para fines industriales el terreno que debió dedicarse a la proyectada Plaza Carrión.

Los árboles del Cementerio

Los árboles son también amables centinelas de los muertos. En el cementerio ora forman calles entre los cuarteles de nichos, ora se pierden o se diseminan como celosos guardianes.

En las noches de luna en que comulga la palidez de su luz con la blancura misteriosa del campo santo, son los cipreses y son los sauces llorones los solos que interrumpen la monotonía del cuadro. Semejan fantasmas inmensos, que evocasen la vida de los que fueron, en un paraje de desolación y de muerte.

Y el viento con que parece sentirse hálito de invisibles y ambulantes espíritus, y que susurra modalidades invariables, agita a ratos nerviosa, convulsivamente, a los árboles, que son también en el cementerio leales y compasivos amigos de los hombres.

La higuera de Pizarro

Es un árbol de la historia. Tiene para los que gustamos de estas cosas, un gran valor tradicional. Y nos dice más de la vida nacional que muchos pergaminos y que muchos infolios.

Sábese de la higuera legendaria, que fue plantada por don Francisco Pizarro, en el Palacio de todos nuestros virreyes, dictadores y presidentes, y esto nos demuestra que el gran capitán, en su rústica y caballerosa sencillez, supo también amar a los árboles y conoció el valor de un recuerdo.

A la sombra de la centenaria higuera han meditado y reposado muchos jefes de Estado, desde los más ilustres hasta los más oscuros. Y ha sido ella testigo obligado de múltiples y luctuosas escenas que han ensangrentado la que fuera casa del conquistador.

Fomentemos las arboledas

Entendemos que las observaciones apuntadas bastarán para llevar al convencimiento público el estado de abandono de nuestras mezquinas arboledas.

La indiferencia de los municipios en esta materia es clamorosa y mayor aún que esa indiferencia la incultura del público.

Los árboles en casi todas las alamedas se mueren de sed, sin que nadie se acuerde de ellos, a menos que sea para cortarlos y transformarlos en leña.

Esto con los viejos que pueden resistir tales ultrajes, que en cuanto a los muy jóvenes, a los recién plantados, es difícil conseguir su conservación en la proporción de diez por ciento siquiera. Recordamos que en la Avenida del Sol, con motivo de la celebración de la fiesta del árbol, se plantó numerosos arbolitos y que muy pocos llegaron a alcanzar desarrollo. Las gentes se complacían en arrancarlos, en romper sus raíces. Es una voluptuosidad extraña la que sienten en matar los arbustos, en sentir cómo se quiebran las raíces y se desgajan las ramas nacientes y ver cómo brota de las heridas de los tallos la savia que es la vida de las plantas.

En el público se debe inculcar sentimientos de amor y respeto a los árboles, a que también parecen ajenos los municipales.

Tal propaganda, unida a una labor sistemada y activa en pro de las arboledas, será de beneficio evidente para el progreso de la urbe.

Son los árboles en todas las capitales del mundo, motivo de preocupación para los municipios. Ellos no sólo contribuyen a la belleza de las ciudades, sino que ofrecen condiciones de salubridad imprescindible. En la monotonía de las grandes ciudades llenas de edificios enormes, gigantescos, los árboles ponen su nota campesina, hablan de la naturaleza, reviven la visión del campo y ofrecen sensaciones de vida y color que la artificialidad de las cosas urbanas se niega a dar.

Al influjo de arraigados principios de higiene y estética, la tendencia moderna en la constitución de las ciudades es la amplitud de las vías y la difusión de los parques. Así sabemos cómo se evoluciona en el sentido de la ciudad-jardín, antítesis de la urbe populosa en que la población se asfixia por la pobreza de la atmósfera.

La especial conformación de Lima, en que domina completamente la limitación y la aglomeración de las ciudades antiguas, es precisamente un motivo poderoso para que se le procure dotar de mayores condiciones de salubridad, ensanchando las vías nuevas y formando jardines en los suburbios, aún no urbanizados. Esta es la forma de salvar la grave deficiencia del crecimiento urbano, que no está sujeto, por desgracia, a un plan estudiado y uniforme.

Las arboledas son por estas circunstancias especialísimas de necesidad esencial y a su fomento deben tender los mayores esfuerzos.

Los árboles son hermosos y son bienhechores

De los árboles, ha dicho Marcel Prevost, anatematizando su devastación: "Son hermosos y son bienhechores". Son hermosos; y "a la belleza del mar y de la montaña sólo puede compararse la del bosque. Pero yo no sé lo que de más viviente, de más próximo al hombre reside en el esplendor del bosque. Un gran árbol es un ser que respira cerca de nosotros y que lejos de empobrecer nuestro aire lo purifica. La arquitectura de los árboles que varía sin fin, nos ofrece ejemplos inagotables de fantasía decorativa. Ni la montaña ni el mar alcanzan esa variedad... En fin, mientras el espectáculo de las montañas, como el mar, es más bien desconcertante y desequilibrante por su enormidad misma, se exhala del bosque una sensación de calma, de recogimiento, de serenidad. El árbol es a la vez la sombra y el abrigo, y todo esto dentro de lo armonioso, de lo pintoresco, del movimiento, del color".

Los árboles y la leyenda

A través de los tiempos los árboles han sido siempre los amigos del hombre.

Testigos callados de la historia del mundo, los envuelve un misterio inviolable de leyenda.

Hubo países en que se consideró sagrados algunos árboles y se les rindió culto con religiosa reverencia.

Se les ha amado siempre. Ellos tienen la elocuencia abrumadora de su silencio.

Nada habla mejor del enigma impenetrable de las primeras edades, que los milenarios árboles de Líbano, viejos y fuertes como montañas graníticas.

Los olivos de Getsemaní son objeto de especial veneración, porque entre ellos agotó el cáliz de sus amarguras el Divino Galileo, en los preludios del drama tremendo.

Dícese de las antiguas divinidades que residían bajo la sombra de olivos, encinas y abedules. Y la tradición vistió siempre de misterio la soledad sonorosa de los bosques.

Finalizamos

Tienen los árboles todo el infinito encanto de su misterio, que se hace más intenso en la soledad. Entonces parece que se sintiera palpitar el alma de los árboles. Parece que se les hallase, según sus especies, una peculiar psicología.

Así los robles se nos antojan pensativos y patriarcales; adivinamos el orgullo y aristocracia de las palmas; sentimos seductoramente traidores los manzanillos aromosos; vemos en las encinas y en los cedros a los abuelos de los bosques; los cipreses nos semejan centinelas funerarios; y son los sauces, los árboles de todos los senderos, y amigos y guías de los caminantes sentimentales.

"Son hermosos y son bienhechores", se ha dicho, y si el mérito de su belleza y de sus tradiciones no basta para que se les respete y se les conserve, merezca siquiera atención suficiente el supremo argumento de sus beneficios.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 18-V-1914)

CONTIGO, LECTORA

Causerie

Más a la amistosa instancia de quienes redactan esta revista que a la seducción de tornarnos en comentadores de cosas femeniles y como tales en confidentes y amigos tuyos, debes lectora nuestro asentimiento a charlar en esta página contigo. Hemos de declarártelo francamente, en obsequio a la sinceridad que para ti nos prometemos y sin que nos merezca consideración el temor de no parecer galantes.

Y no es que nos seduzca poco el tener que escribir para tan amble público femenino, sino que nos tememos demasiado no saber dar a estas crónicas la ligera, la risueña amenidad con que quisiéramos regalarte. Nos asusta la posibilidad de que nuestra plática no te sea amena y, al contrario, te parezcan demasiado serias, cansadas y empalagosas nuestras divagaciones, y no baste toda nuestra voluntad y todo nuestro esfuerzo para ofrecerte algo digno de reclamar tu atención y exigir de tus ojos inquisidores y coquetones el milagro de detenerse en estas líneas.

Porque para nosotros, lectora, lo sesudo, lo meditativo, lo grave, no debe tener cabida en cabecitas hechas para albergar ilusiones y ensueños volanderos, y amamos tanto a las que sólo saben de la coquetería y la frivolidad como detestamos a las que tienen el mal gusto de engolfarse en el estudio de problemas tremendos y en la solución de áridas y groseras cuestiones.

Seguros estamos, lectora, de que tú gustas más de la delicadeza de una página de Prevost, de la distractiva variedad de una revista de modas, del encanto del flirt, de una novela de amoríos y de un poema idílico, que de cualquier tópico tan profundo como antipático del feminismo que quiere robar a las mujeres el natural encanto de su frivolidad y de su gracia y tornarlas en austeras tenedoras de libros o en grandílocuas oradoras de plazuela.

A cualquier espíritu cultivado y sentimental, que ame la armonía de las

cosas humanas, ha de ser, por supuesto, más sugestiva la figura de una "midinette" parisina que la de una sufragista londinense, desgreñada, rabiosa, de aquellas que se lanzan a la conquista del voto femenino por los medios más inverosímiles y violentos.

Sinceramente, nos indigna que las mujeres renuncien a su alta condición social, para buscar la concesión de un derecho tan prosaico y tan grosero como el del sufragio, que entre otras virtudes tendría la de confundirlàs en las bulliciosas explosiones partidaristas de la plebe.

Felizmente para nosotros, lectora, todas aquellas teorías del sufragismo y del feminismo serán por mucho tiempo en nuestro medio cosas exóticas insuficientes para entusiasmar a las mujeres limeñas que saben cómo valen más su gracia, su donaire y su elegancia que todas las conquistas del feminismo imaginables.

A veces, amable lectora, se nos ocurre, y no sin razón que la inventora de las más antipáticas de estas teorías, debe haber sido alguna "nurssy" fea que jamás saboreó el halago de un requiebro, o alguna cuarentona calabaceada. Y es muy probable que cuando así pensamos estemos en lo cierto.

Porque, es indudable, ninguno de los derechos conquistables puede significar más para la mujer que la hermosura y la gracia. Si nos permitimos inquirir en la razón de ser de la mujer en la naturaleza, seguramente nos convenceremos de que no es otra que la que motiva la existencia de las flores, de todo lo bello y de todo lo armónico. La gracia y la belleza son en la mujer tan valiosas como inútiles la sabiduría y el dominio de las ciencias políticas. Una mujer hermosa vale más, para este cronista por lo menos, que una docena de sabios viejos y apergaminados, no por exceso de sentimentalismo, sino por extremado culto a la Belleza, supremo bien de la vida. Si no existiesen mujeres bellas y graciosas no se habría producido la guerra titánica de Troya y no tendríamos, en consecuencia, la epopeya de Homero; Dante, sin Beatriz, se habría dedicado seguramente a catedrático de astrología o de latín, y ni Cervantes habría escrito el Quijote porque le habría faltado Dulcinea.

El poeta exquisito de las rimas, que tan bien comprendió estas cosas, dijo ya:

"Mientras exista una mujer hermosa habrá poesía".

JUAN CRONIQUEUR

(En *Mundo Limeño*: Nº 1, pp. 12-13; Lima, 21-VI-1914)

EL AÑO UNIVERSITARIO

Al expirar cada año universitario, cabe enunciar, desde hace muchos, la esperanza de que el siguiente vea surgir de la bruma misteriosa de las horas que vienen, los días felices en que se comience a poner las bases de la reforma de nuestro viejo y querido instituto de enseñanza superior. La reforma de su organización, la reforma de sus métodos, la reforma de la ciencia misma que hoy propala, la reforma –que en este caso es la renovación y selección– de su personal docente y hasta la reforma misma de los ideales que casi pudieran llamarse –en amarga paradoja– los intereses sin alas de ensueño que hoy preocupan el espíritu de la juventud; el momento redentor, en una palabra, en que se encienda la pira incineratoria de vicios y de daños, que deben sacrificarse en homenaje a la mente y al corazón.

Nada puede decirse de entusiasta, de esperanzador, de grato, sobre el año universitario que expira. La pluma no se estremece al acorde de ninguna sincera ilusión revivida, ni las ideas quieren tener contornos epitafiales para decir el elogio del año que se va. Trágico, vergonzoso, indigno en la vida política es tan sólo un año opaco y lamentable en la vida universitaria, que sólo se ha distinguido por una tendencia peligrosa a hacer de la Universidad un dominio de política sectaria, interesada e ilegal, y por una apatía moralmente delictuosa de los estudiantes hacia el único centro de su comunidad estudiantil, que –aunque por culpa de ellos mismos– está mohoso y sin brillo, es el único broche que aún sostiene a la vida, las banderas en derrota de los vibrantes ideales que otrora tuvieran coloridos de pujanzas y glorias.

No es el frasear irónico de un pesimismo injustificado; no es el reflejo de ningún prejuicio; no significa la expresión de ninguna idea lógicamente preconcebida, porque si éstas dijéramos, sí que pondríamos marcos negros al cuadro. Es única y sencillamente, el correr del velo que oculta un espejo en el cual la verdad de la vida universitaria puede verse cara a cara y sin dudas.

Convendremos, con todos sus detractores, en que el Centro Universi-

tario no llena ninguna de sus finalidades fundamentales, ni accesorias; pero haremos una interrogación que reclama respuesta: ¿cómo puede llenarlas?

¿Quiénes lo han abandonado, dejando que su local cambie de centro intelectual en centro de otro carácter?

¿Quiénes se regocijaron cuando se instaló modesta pero correctamente su biblioteca y no volvieron nunca más a ella en demanda de un libro? ¿Quiénes reclaman, vociferan, protestan, exigen, del Centro Universitario y se niegan a abonar un sol mensual para su sostenimiento? ¿Quiénes piden la revista de la institución y no colaboran en ella, ni con su esfuerzo intelectual, ni siquiera con el importe de un número?

¿No somos por ventura todos? Dedúzcanse por tanto consecuencias y deslíndense responsabilidades. Allí está por tanto el Centro Universitario, obteniendo sacrificios inconmensurables, devociones enormes, de los espíritus generosos que han tenido la ingenuidad de echarse sobre los hombros una tan ruda faena, para recoger censuras y desengaños, para romper las alas de su ilusión contra la argamasa de todos los indiferentismos: para sostener, quizás hoy, quizás mañana, el cadáver de ese cuerpo que ya está en putrefacción y manchar no sólo su vida estudiantil con las secreciones del muerto, sino su tranquilidad con los reproches aunados de Arlequín y de Pacheco.

¿Vale todo eso un esfuerzo vigoroso e iluso? ¿Dónde están, cuáles son, las frases, tajantes o suaves, hirientes o suplicantes, con sedosidades de guante o con chasquidos de látigo, petitorias o autoritarias, rectas o quebradas, sumisas o altaneras, que es preciso usar para llegar al alma de nuestra juventud indiferente y hacer que de ella brote en un supremo arranque de primavera y de vida, de verdad y de arrogancia, la voluntad imperiosa de seguir otra senda?

Bien muerto está el año universitario vencido. Sobre su tumba no cabe ningún amable epitafio y es grande favor el que se le hace si se suprime en ella la inscripción sepulcral. No diremos que "en su memoria pueda elevarse la estatua de un pensador con las manos en los bolsillos", pero sí la de un pensador que no pensara en nada y que usara, siquiera de vez en vez, escarpines...

¿Cuándo surgirá al recuerdo de un año universitario vencido, la imagen de la Primavera, coronada de laureles y con la diestra sobre el corazón?

J.C.

(En *La Prensa*: Lima, 8-I-1915)

EL OCASO DE UNA GLORIA

Ha sido un hecho cruel, inesperado, penoso. Un hecho de aquellos que no revisten caracteres trágicos, pero que son tal vez más amargos, más lamentables. Es una gloria que termina, una vida que interrumpe el torcedor fatal del destino, una tortura lacerante, profunda, infinita, que empieza; ocaso, desgracia y tortura más dolorosas que la muerte, que es quizás, en veces, un remedio y una consolación.

El cable nos lo dijo ayer, tras informarnos día a día del penoso proceso de este ocaso.

Sarah Bernard ha llegado al término de su carrera artística tristemente, dolorosamente. Un accidente, producido sobre la escena, sobre el tinglado familiar y querido, postró a la artista y la condujo a una clínica, donde la sierra fría y luciente de un cirujano le ha amputado una pierna.

Y la artista admirada, célebre, triunfal, que oyera durante más de cincuenta años las ovaciones y los clamores de aplauso de innumerables públicos, ha quedado enferma y triste, viendo cómo se apagan todas las luces que antes alumbraran su existencia, y cómo se alejan poco a poco de su alrededor todas las gentes que hasta ayer se disputaban el honor de su trato.

Su coquetería de mujer, sufrirá grandemente con esta desgracia que la invalida, que la postra para siempre y que la hace sentirse vieja, vencida y fea. Y tal vez, en un rasgo de los más femeninos, llora que el accidente no la derribara en su juventud, en pleno florecimiento de sus triunfos y que los bisturíes de los cirujanos no hubiesen herido la carne fresca y perfumada de entonces en vez de la senil y pobre de ahora. Ultimo rasgo de coquetería que la imaginación fantaseadora del cronista concibe.

Por su mente desfilará una angustiadora procesión de recuerdos, recuerdos hermosos de su carrera triunfal de artista mimada, de sus aventuras de heroína caprichosa y extravagante, de sus inquietudes y refinamientos de mujer inteligente y genial.

Hace más de medio siglo que esta viejecita, que ha querido ser siempre

joven y que nunca han abatido las miserias de la vida, llegaba a la aurora de su gloria. Lozana, sugestiva, vibrante, su nombre alcanzaba el más elevado puesto en la escena francesa. Era la intérprete insuperable de los mejores dramas, la creadora exquisita de los más complejos roles. En su temperamento delicado y nervioso de francesa, dejábase sentir la influencia inmortal, el cálido grito de su sangre hebrea.

Y fue un camino de éxitos y satisfacciones el suyo. La celebridad propicia el amor y Sarah Bernard recibía el homenaje de admiración de artistas, poetas y dramaturgos triunfantes. Un día se casaba con un burgués adinerado, que prestó a su nombre bíblico la simpática eufonía de su apellido francés, y otro día le dejaba por encontrarle tal vez demasiado vulgar, demasiado bueno o demasiado enamorado, que para el caso sería defecto igual. Esta unión, que era tan sólo un accidente en la vida de la actriz, dejaba un niño, Maurice Bernard, que más tarde paseara sus extravagancias y sus locuras artísticas por todos los centros de moda de la Ville Lumiére.

Otro día Sarah viajaba por América, con fausto de princesa oriental y hacía alto en este apartado rinconcito que es Lima, en cuya vida monótona y pobre puso su estadía un paréntesis de arte excelso. Y en esta gira por el nuevo mundo ganaba, junto con nuevos laureles, algunos millones que sus manos arrojaban dispendiosas para mantener su exquisito boato.

Otro día alarmaba a todo Nueva York, viajando con una domesticada tigresa, que se regalaba voluptuosamente recostada a los pies de su ama gentil.

Otro día otorgaba sus favores a Jean Richepin, enamorada de su talento, y vinculaba su nombre y su celebridad al nombre y la celebridad del poeta.

Así, rara, inquieta, excéntrica, transcurrían los días de su mayor auge. Sarah no envejecía. Agil como un felino, fresca como si aún conservase su cuerpo aromas de juventud, fuerte, vigorosa, era la misma Sarah admirada y triunfal, y pasaban por ella los años sin marchitar sus laureles y sin ajar su lozanía.

La ancianidad de la artista genial se elevaba sobre el más alto pedestal de gloria. Y era siempre la admirada, la engreída, la triunfadora. Oscar Wilde escribía para ella ese admirable poema trágico de "Salomé" y Sarah ponía en su interpretación de la bailarina bíblica todo el fuego de su temperamento artístico, se encendían en sus labios vibrantes sensualidades de hebrea y besando furiosa la cabeza ensangrentada de Yo Kanaan, realizaba el prodigio de lascivia que la imaginación enfermiza del gran

poeta inglés soñara.

Uno de sus últimos éxitos más notables fue el de *L'Aiglon*, que Edmundo de Rostand escribiera para ella. La prensa recordó entonces que Sarah, "la divina Sarah", había cumplido sesenta años. Sexagenaria y todo, supo caracterizar a un muchacho de dieciocho años e hizo sentir al público las hondas amarguras y desvelos del infortuado "aguilucho", cuya vida se agostara en la atmósfera de intrigas de que le rodearan los cortesanos de Metternich y al influjo del nostálgico recuerdo de las glorias militares de su padre.

Y no sólo en la escena el temperamento artístico de Sarah alcanzaba sus brillantes manifestaciones. Amante de las artes plásticas, cultivaba la escultura y supo poner una maravilla de expresión en el busto de Victoriano Sardou, que sus manos modelaron como gentil recuerdo a la memoria del literato que le consagrara casi toda su obra dramática.

Hoy llega, repetimos, al ocaso de su gloria. Es para ella un instante doloroso, en que la abrumará la vida con el recuerdo glorioso de su pasado y la angustia lacerante de su presente. Pero más hondamente penosa le será aún la contemplación de sus días por venir. Sola, triste, olvidada, la ancianidad será más dolorosa para ella que para cualquiera otra mujer que nunca saboreó los halagos de la gloria y la celebridad. Y es que el triunfo, que la gloria de los artistas de la escena, de los que no dejan testimonio permanente de su genio, viven casi tan sólo lo que dura su paso por el tablado. No son el triunfo, ni la gloria del escritor, del poeta, del pintor, que dejan en sus libros, en sus versos, en sus lienzos, muestra eterna. La gloria de Sarah Bernard tendrá sólo en adelante vida de recuerdo. El olvido hará su obra lentamente, inevitablemente. Por eso, cuantos sienten y comprenden todo el dolor de esta tragedia cruel, dedicarán a la memoria de la gran actriz, un póstumo homenaje a su arte divino, que hace un cuarto de siglo aromó la tristeza del vivir limeño.

(En *La Prensa*: Lima, 24-II-1915)

LOS REPORTAJES OCASIONALES

Cuando no es con la policía, con los rateros...
Cómo se inician – Cómo reinciden – Cómo llegan a ser los "conocidos rateros" de los partes policiales diarios...

Hay una criolla historia rateril con sus ribetes de filosofía.

Esto no lo sabíamos ni el público ni nosotros. Pero a la ignorancia se le derrumba con razones. El peso de un pensamiento o de una razón puede más muchas veces que el filo de la justicia. Por supuesto, también se trata de la justicia criolla.

La institución judicial es entre nosotros la más ignorante de las instituciones. No va más allá de sus narices. Y así y todo sus narices deben de ser muy cortas.

Ha ordenado una batida sin tregua a los "sospechosos". ¿Quiénes son los "sospechosos"? ¿Cómo se ha dictado esa orden y cómo se cumple?...

Señores, yo no soy ratero...

Ayer, un adolescente casi, se acercó a nosotros, sombrero en mano:

–Señores, yo soy ratero...

Nos abotonamos rápidamente el saco y pusimos la mirada en el horizonte, buscando, inútilmente, el límite y consuelo, por si acaso lo requería, de un inspector cercano. El inspector se empeñó en que el horizonte estuviese en las nubes.

Nos inmutamos un poco. Nos apercibimos a la defensa. Abrimos los ojos de par en par, con fiereza.

El adolescente comprendió que estábamos resueltos a defendernos, personalmente, ya que a la policía no la veíamos ni la hubiéramos visto con anteojo marino.

–Señores: Ustedes se han equivocado, o, mejor dicho, yo me he equivocado. Fui ratero...

–¡Y!...

–Y ya no soy. Actualmente mi honradez es grande, vivo de mi trabajo; sólo conocen mi momento fatal de mala conducta en la intendencia de policía...

–¿Y?

–Nos persiguen, señores; nos persiguen los detectives para hacer vanos alardes de sus conocimientos. ¿Es que una vez purgada la falta no puede uno arrepentirse y ser, después del castigo, hombre honrado? Entonces, ¿qué objeto tiene el castigo?...

Poco, pero bien hablado.

Venga usted, le dijimos. Son interesantes sus ideas.

–Siéntese.

–Gracias.

–Hable usted. Tenga usted un cigarrillo ex-joven aficionado...

–Aficionado, no. Empujado por circunstancias ajenas a mis convicciones; estimulado por la policía (!)...

–Chst. Hable usted con orden.

Mi primer robo...

–Señores, yo era "periodista"...

–¡Mentira! ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo? ¡Usted es un...!

–No se alteren, señores: yo vendía periódicos.

–¡Noble tarea!

–Las gentes leen poco. La difusión de los periódicos en el Perú no ha llegado a ser tan abundante como en otros países. Debiera venderse, con ser mucho lo que se vende, de poco tiempo a esta parte, por lo menos el doble. Pero saben ustedes, señores, y estas son observaciones mías, Lima es una ciudad de "gorreros"...

Por un individuo que gasta hay cuatro que aprovechan. Saque usted la cuenta y verá que los "gorreros" están en mayoría.

–¿Y dónde están esos "gorreros"?

–Son como Dios. Están en todas partes: en el Parlamento, en las calles, en las peluquerías, en... Bueno, en todas partes.

–Lo mismo ocurre en otros sitios –le afirmamos nosotros.

–Ocurre con otras cosas. Con el periódico, no. En otros lugares el diario es un artículo de primera necesidad. Satisface un apetito –¿está bien dicho?– general . Igual lo compra el señor que lleva campanillas en los

caballos de su coche –que de ahí supongo que venga aquello del "señor de campanillas"– que el hortero humilde y el barrendero nocherniego.

–Se expresa usted bien.

–Regular no más, señores.

–Yo sé, porque lo he leído, que en Buenos Aires hay "periodistas", vendedores de periódicos para no alterarlos, que se han jubilado a expensas de la venta de diarios. Disfrutan de una posición holgada. No han perdido sino la voz.

–La voz, ¿por qué?

–De pregonar, señores. Aquí este negocio del periódico recién va siendo regular. Cuando yo tenía ocho años no alcanzaban las ganancias sino para cambiarse un par de calcetines cada seis meses.

–¡Shits! –estornudamos.

–¿Que les pasa, señores?

–¡El recuerdo, amigo!

Le miramos a los pies y aspiramos fuerte por si no nos habíamos dado cuenta.

La situación de nuestro hombre era muy distinta, indudablemente.

Un detalle de detective legítimo.

–Permanecí vendiendo periódicos, sin embargo, hasta no hace mucho. De eso vivía. Fumaba "colillas". Hacía paseos, pero mi situación estaba lejos de ser cómoda.

He almorzado algunas veces con seis centavos. Un sancochado que quitaba la cabeza. Había que poner un microscopio para encontrar un pedazo de carne...

Bien. Una tarde fui a una fonda de más fuste, con la misma elegancia natural con que un señor de "leva y tarro" entra en ese establecimiento demasiado limpio que es el hotel Maury. Era mucho más caro el nuevo restaurant. El plato de menos precio valía ocho centavos y el de más alto era doce.

Una lista que nadie leía. Individuos ya de edad, aunque no más honrados que nosotros los vendedores, pues que, eso sí, nuestra honradez, señores, es más fuerte que el gobierno con todas sus ametralladoras... ¡Luz eléctrica en lugar de kerosene!

Y era dueño hasta de cuarenta centavos para derrocharlos en una sola comida. Para sacar el periódico del día siguiente dejé en poder de mi compañera, una prima mía, cierta cantidad. ¿Qué ocurrió?...Como tenía muchísima hambre y no vi la lista, ni los precios, comí demasiado. Los

cuarenta centavos eran insuficientes. Cuando me hicieron la cuenta temblaba como si me hubiera atacado repentinamente de "baile zambito".

Un hombre bien vestido puede quedar debiendo: el traje hace en ciertas ocasiones la honradez. Un muchacho mal vestido no puede ser honrado. No había más que un camino: el de la comisaría.

¡Ira del destino!

–¿Y cómo hizo usted para deshacerse de la cuenta?

–Espérense ustedes. Era una mesa larga. Todos los que comían resultaban mayores que yo. Imposible huir, y, además, no me parecía decoroso. De pronto, el individuo que estaba a mi vera, comprendiendo mis tribulaciones me dijo que no me mortificara, que él me pagaría la comida. Yo le puse "los cuarenta" a su disposición. El los rechazó, sonriendo...

Insistí yo y él me dijo que no fuera "tonto"...Se empeñó en pagar con tanto ahinco que no tuve más remedio que dejarle.

Era un "cholo". Alto, delgado, nervioso. Simpático, muy simpático, vivo de palabra y de andares. Gracioso. Un gran pañuelo negro sustituía al cuello. La camisa era de Lobitos.

Tenía una sortija de oro de 9 y 9 quilates en el dedo chico. ¡Buena sortija! Este hombre en vez de gastar en sortija ¿por qué no se comprará cuello y corbata?

Fue lo único que se me ocurrió pensar.

En el mal camino

–Esa noche fue de gran felicidad. Me sobraban "los cuarenta". El "cholo" me obsequió cigarrillos. Conversó conmigo. Me dijo que yo era listo y que me iba a dar a ganar mucho dinero.

Fue una protección repentina. Y me acordé de lo que mi madre me repitió en muchas horas de desolación. Hay Dios en la tierra.

Mi madre, señores, era una santa.

–No lo dudamos; pero al grano, al grano.

–Aquel hombre me dio cita para que lo viera a las dos de la tarde del día siguiente en la plaza de Armas. Se pasaba las tardes en los bancos públicos.

A la larga fuimos muy amigos.

Regalóme un vestido que dijo ser de un hermano suyo. Me compró un par de botas en la calle de Trujillo. Mis compañeros de "periodismo" al contemplarme bien trajeado me hacían asco...

–Ah!

Y un sábado me obsequió el "cholo" con una cajetilla de cigarrillos habanos. ¡Habanos!, ¿sabe usted?...

–¿Qué profesión tenía el "cholo" ese?

–Me dijo que estaba al servicio de un abogado. Le pagaba muy buen sueldo y lo quería muchísimo.

Mañana en la noche, me dijo un día, debo hacer un traslado de máquinas de escribir del estudio del doctor a mi cuarto porque hay necesidad de que las reparen. También voy a hacer la reparación de otras de varios doctores amigos de mi patrón. Ahora, es cuando te necesito.

Esta noche irás a verme en la calle de ... a las 9, que mi patrón sale a las ocho y ya no necesita las máquinas, pues mañana es domingo. Yo te esperaré en la esquina.

Me esperó, en efecto en la calle y a la hora prefijada.

Cómo fui ladrón

Una vez en compañía de este individuo que tanto me había protegido y del cual yo no sospechaba en esos momentos absolutamente nada, me ordenó casi:

–Hombre, vamos para que saques las máquinas. Ya está abierta la puerta. Ahí tienes un coche. Deposítalas en él y embárcate y dile al cochero que te lleve a mi casa. ¡Toma, le pagas un sol y tú quédate con el otro y aguárdame en mi domicilio que yo voy a ver si los otros doctores le han dejado la llave a los porteros para extraer sus máquinas.

Mientras me decía estas palabras jugaba con un manojo de llaves como para alejar cualquier sospecha.

Entré, y al cabo de cinco minutos puse dos máquinas de escribir en el coche...¡y arrea!

En la casa

Era una sola habitación estrecha en los altos de una calle sin nombre. El "cholo" tenía la mar de aparatos: desentornilladores, cinceles, martillos, tenazas, etc., etc.

Al poco rato de haber llegado se presentó el "cholo" en su domicilio. Me manifestó que los otros doctores no le habían dejado las llaves a los porteros. Dándome tres soles más, me dijo que me fuese a dormir y que

lo viera el miércoles en la plaza de Armas.

El miércoles fui a la plaza de Armas. Me llevó a comer a una fonda más que regular. Bebí y fumé y luego me entretuve en una casa de –¿cómo diré?– de puntos suspensivos...

Quedamos en vernos el sábado próximo a la misma hora en la plaza de Armas.

–El sábado te puedes ganar más dinero todavía –me declaró.

–Bueno; bueno, dije yo alegre como unas pascuas. Dejé de vender periódicos.

Ese otro sábado me mandó a hacer la misma "operación". Sólo que cuando estaba cogiendo una máquina cayó la policía. Me apresaron. Yo confesé cómo había sido la "cosa". No se prestó oídos a lo que afirmaba. Se me trató despiadadamente. El "cholo" había desaparecido de la esquina, en el coche seguramente.

¡Perdido! ¡Arruinado! ¡Muerto!

En las siete comisarías

–Luego aprehendieron al "cholo". El "cholo" decía que yo era el ratero, que no me conocía, pero su estampa había quedado en la intendencia. Era, pues, un ratero profesional. Un ladronazo de primera cuenta que conoció la cárcel, "inclusive".

A mí me enviaron a las siete comisarías. Un día en cada una. Sin proporcionarme ni almuerzo ni comida. Sin que se averiguase si yo era un ratero, efectivamente.

–¿Y cómo no se murió usted de hambre?

–Sencillamente, porque caían otros presos y con sus dineros mandaban por alimentos. De sus raciones me pasaban algo. Les advierto a ustedes que "eso" da rabia. Les juro que uno después de sufrir castigo tan injusto, sale como estimulado a seguir para merecer entonces tal represión. Le hacen perder la vergüenza a los que la poseen al ponérsele en contacto con criminales, borrachos y asesinos. Se le familiariza a uno con las comisarías.

–¡Ya lo conocen en todas!

–¿Qué más da volver a la obra? se preguntarán algunos...

Felizmente yo no pensé lo mismo. Sentíame honrado y salí a poner un puesto de periódicos. Ascendí de categoría en mi legítimo oficio. Ahora la paso bien, bastante bien en compañía de mi prima.

Me ha venido, no obstante, un aviso que ha puesto un poco de intranquilidad en el sosiego de mi negocio: La policía está cogiendo a todos los que han robado alguna vez. Yo estoy considerado en la intendencia como un ratero de verdad...

¿Es esto justo, señores? ¿Si mañana me apresaran, señores, "ello" sería lógico? ¿Qué policía es esta?

Lanzadas las tres preguntas el hombre se paró en seco, solicitando con la mirada y con la actitud nuestro asentimiento.

–Ni asentimos ni desautorizamos la historia –le dijimos–. Sentaremos en nuestras columnas cuanto usted nos ha dicho. Por lo demás, el mejor crítico y juez es el público.

Y tú dirás, lector...

El de la ventanilla de la crónica.

(En *La Prensa*: Lima, 25-IV-1915)

"LA HISTORIA SE REPITE, SEÑORES..."

Vosotros habéis oído decir que las historias se repiten.

Es una frase consagrada por el uso y convengamos en que para obtener ese patrimonio ha precisado que dilatada experiencia la acredite.

El vulgo –aunque parezca mentira– equivoca contadas veces. Sus refranes, dicharachos, proverbios, adagios y toda esa serie de frases hechas con que a veces nos revienta la paciencia, son productos de una verdad que ha venido destilándose y cristalizándose de muy atrás.

¿Por qué, si la historia se repite, esta novelesca verdad de los falsificadores y de las torturas, no había de tener precedentes? Hénos aquí dispuestos a recorrer el mundo, si fuera preciso, para conseguir una historia añeja que reviviese al comprobar su identidad con la actual.

El viejo que cuenta los cuentos...

Hay una alameda lejana y descuidada en que dos filas de árboles bien poblados resisten a los embates del tiempo y a la falta de solicitud que con ellos se manifieste. Esos árboles corpulentos están rodeados de plantas menores de tamaño: rosales escuálidos, acacias débiles, matas de claveles, y presidiéndolo todo, enormes magnolios que aroman el misterio inquietante de las noches, llenándolas de insinuaciones sensuales.

Se nos manifestó, hace algún tiempo, que ocurría en tal alameda, una escena singular. Había un viejo que se recreaba en contar ante auditorio de dudable selección viejos cuentos, narraciones veraces, anécdotas preñadas de picardías y que el auditorio vivía noche tras noche en suspenso en torno de ese buen señor.

Sin embargo, la curiosidad no pudo más que la pereza y un día y otro pecaron sin que nuestra inquietud periodística llegara hasta las barbas de ese buen anciano que vertía en tan poético lugar historias de tan rara sazón.

El miércoles de la semana que hoy vence hizo una noche admirable que engalanó el silencio y dio a la alameda un ambiente propicio a reminiscencias de tal linaje. Y a ella fuimos con propósitos de extraer una historia de labios del viejo que se nos antojaba campechano y asequible.

Duro fue el equívoco, como luego verá el lector.

Al llegar al paseo distinguimos en mitad de él, en una banca, amparada por la penumbra que sobre ella tendía las ramas de dos árboles tupidos, a un núcleo de personas. Por lo pronto no habíamos sido defraudados: era cierta la existencia de ese mísero señor.

Nos acercamos lentamente.

–Buenas noches las del Dios de las alturas.

Hubo un repentino movimiento de curiosidad en todos los que escuchaban.

–Amparados sean Uds. del Cielo –nos respondió una voz bronca y cansada.

Era el viejo.

–Señor: permítame que interrumpa vuestros cuentos en nombre del periódico, que no es otra cosa que el servidor de un público más amplio que el que os rodea, para pediros la verdad de una historia.

–Pida Ud. que mi saber, si bien no alcanza a parangonarse con el de los sabios que regentan las instituciones nacionales, posee tan vastas raíces que no será escaso para satisfacer vuestra demanda.

–Señor, yo sé que Ud. cuenta cuentos.

–¡No, no! –dijo casi a coro el auditorio.

–Unas historias reales de las familias pudientes que volverían negros a los blancos –aseguró una negra superior a lo más negro que ustedes conozcan.

–Y cada robo que Dios tiembla y el diablo parece Santo, observó otro.

–Y cada crimen que quita la cabeza...

–Y unas historias de la guerra con Chile que no están en ningún libro...

–Y otras cosas buenas, muy buenas... finalizó un chiquillo alegremente.

Mientras tanto observamos al viejo con la mirada. El, con una sonrisa de bondad e inclinando hacia adelante la cabeza, tocada de un sombrero de paño que el tiempo había descolorido, asentía a todo orgullosamente.

La cara más arrugada que una ciruela, los ojos escondidos entre las "patas de gallina" que la vejez había puesto en torno de ellos; se diría jamás chicos pero vivos y prontos como los del lince; la barba noble que de estar un poco más cuidada no habría sido tan amarilla; las manos en otro tiempo finas como las de un marqués, eran ahora idénticas a esas cinco líneas que

tiran los chiquillos para figurarlas en sus dibujos cuando "hacen personas".

Era arrogante. Era simpático. Era de noble estirpe sin duda.

–¿Ud. sabe si antes de ahora se realizó alguna tortura famosa, semejante a las que actualmente relatan los periódicos locales y que han producido indignación en el público?

–Déjeme Ud. "escarbar" en la memoria. No sería extraño que supiese alguna.

Y con la cara en alto miró fijamente al cielo.

–Yo quiero que sea verdadera –le anuncié.

–Oh, yo no cuento nada falso, ni los cuentos.

–Es que como lo veíamos a Ud. mirar a la luna creíamos que la iba a extraer de allí...

–No, señores, es una manera de aislarse para hacer memoria únicamente.

–Bien, muy bien.

Y después de un rato en que nos entreteníamos contemplando el fisgoneo de que eramos objeto por parte del público, nos dijo violentamente:

–¡Listo!

–¡Venga!

El primer capítulo...

–Esta es una verdadera historia que rebuscando en los periódicos antiguos podrá ser hallada tal vez. Sucedió en la provincia de Pacasmayo (Chepén) en el año de 1889. Allí había sentado sus reales que no eran pocos, pues que vivía con la holgura que corresponde a un hombre de posibles, don Gerónimo Vega acompañado de su familia y de un sujeto que padecía de enajenación mental...

–¡Hola!

–Es costumbre que cuando mi lengua está en acción no corran las demás.

–Acatado.

–Familia acomodada y burguesa, sin sucesos que conmovieran su vida, discretamente llevada. De pronto un buen día, o un mal día, para decir con propiedad, el nombre de la familia andaba en lenguas del pueblo.

–¿Qué pasó?

–No es permitido, el que se me interrumpa, señores.

–Es que como han intervenido las lenguas del pueblo.

–Las suyas no tienen ocasión en este menester.

–Prosiga que somos todo silencio, señor.

–Como les decía a ustedes, un mal día se alteró la quietud monástica en que trascurrían los días de esta familia con motivo de un suceso sensacional que el pueblo alargó y ponderó sobremanera con esa imaginación "abultadora" que caracteriza a las muchedumbres... ¡Había desaparecido el cofre de alhajas de la familia Vega! ¡Y de alhajas que valían una barbaridad!

–Algo así como la guerra europea vamos...–dijimos nosotros.

–Se callan Uds... y hablo yo, o hablan Uds. y me callo yo.

–De ninguna manera: usted habla.

–¡Bien!... –estos puntos suspensivos significan un carraspeo del viejo que nos puso los pelos de punta, tal como si se limpiase la garganta con lija– bien, bien...

El pueblo dijo que el cofre guardaba un tesoro formidable.

–¡Caramba y era cierto!

Y se contaban entre los pobladores:

–Había una esmeralda más grande que una palta.

–Y un diamante que era como "sucursal" del Sol.

–Y una sortija que igual no la tiene el Papa.

Excuso, para ser breve, comentarios mayores y más disparatados aún...

–Pero Uds. me preguntarán.

–Nada, absolutamente. –nos apresuramos a decir...

–No, digo Uds. se preguntarán para sus propios interiores, ¿qué hizo don Gerónimo? Y ¡qué hubieran Uds. hecho ante un "incidente" semejante!...

–Nosotros...

–Es por la tercera vez que le digo que se sirva no interrumpirme.

–Señor: es que Ud. nos preguntaba.

–No es cierto: yo aderezo así mis narraciones.

.....

Como se le agriara el carácter resolvimos permanecer en el mutismo de una estatua...

–Pues llamar a la policía, hombre, llamar a la policía.

–Lo mismo habíamos pensado, señor.

–Por última vez, ¡cierren Uds. la boca!

–Prosiga Ud., señor.

–¡Y qué hizo la policía, dirán Uds.!

–Nosotros no podemos decir nada.

Nos dedicó una mirada hostil.

–Casi nada. Casi un poco... ¡lo que hace desde 1889 hasta hoy! Capturar a dos honrados e inocentes pobres hombres por simples sospechas... ¡Las historias se repiten, mis caros amigos!...Jó, jojórojójó...

Fue una risa como una tempestad dentro de una olla. Así: un disparate de risa.

–¡Y las torturas, mis amigos! ¡Y las torturas! ¡Cómo creen Uds. que fueron?

A ver, piénselo Uds. ¿Cómo creen Uds. que fueron?... ¡A ver, jovencitos...! ¡A ver! ¡A ver!

–Como Ud. quiera que fueran, señor.

–A insolencias repetidas espaldas "volvidas"... Y nuestro hombre se puso de pie para marcharse, porque le interrumpiéramos una vez más.

–Siéntese. Le juramos a Ud. que... es que nos presiona Ud. tanto para que le respondamos que ¡claro! salimos con cualquier cosa.

–¡Cualquier cosa es un jarro sin asa, mis amigos! –Continuemos, no obstante... En vista de que estos infelices no querían declarar ni media "parola piú" –como decimos los que dominamos la lengua del bachiche de la esquina– se les encerró en la menguada cárcel del pueblo de Guadalupe. Una vez en aquel lugar se cogió al que más resistencia ofrecía y se le colocaron paralelamente en las coyunturas de los huesos de los dedos de las manos unos lapiceros. ¿Uds. dirán que para escribir?... ¡Pues no señor!... Para amarrarlos fuertemente por los extremos y producirle un dolor que si Ud. lo tiene a bien puede ensayarlo en el momento en que lo necesite. No satisfechas con esto las autoridades, le "metieron" los gendarmes tal "tanda" de culatazos y de puntapiés que lo dejaron molido. Un esbirro cuyo nombre no puedo recordar, se entretuvo en ponerle la espalda a pinchazos con su sable igual que un mal matador de toros el morrillo a su adversario... ¡Horror de los horrores!...¡Yo tiemblo de ira al recordarlos y al leer en los periódicos las últimas torturas he pensado que quienes las practican merecen de desayuno un vaso de láudano... con tostadas para amenguarles los dolores de estómago...

Señores, la víctima de tanto suplicio murió aniquilado.

Figúrense Uds. que los gendarmes le daban con combas de hierro en las

vértebras y en los riñones, que la sangre le salía al hombre por la boca, como sale de un grueso caño el agua, que la vida iba ahuyentándose de ese individuo poco a poco entre gritos desgarradores y lágrimas inútiles... ¡Horror! –Echemos tierra, amigos míos.

Tales escenas se desarrollaron en presencia del otro individuo para que así confesase la verdad que estaban empeñados en sacarles.

Se confesó ladrón frente a la amenaza de que iba a correr idéntica suerte que su compañero. Señaló como autor a un caballero Sánchez, quien fue apresado y puesto en libertad inmediatamente por ser falsa la acusación.

–Las alhajas las tengo en mi casa, en Chepén –dijo para librarse de algún modo.

–Ajá, ladronazo, bien muerto ha estado el otro bribón.

Se lo llevaron a Chepén. El hombre fue a su casa a buscar un cofre que en realidad no poseía ni había pensado poseer. Buscó en todos los rincones ansiosamente. Lloraba como un bendito. Imploraba a Dios... y Dios, señores, no puede poner un cofre donde no hay nada...

Los esbirros que le acompañaban desenvainaron sus sables y lo cruzaron a planazos.

El hombre gritaba y maldecía.

–¡El cofre!... ¡El cofre, so ladrón!... clamaban los esbirros.

De pronto, vio el individuo un cajoncito debajo de su cama y se lo entregó a la policía. La justicia lo cogió y al ver que sólo contenía clavos redobló sus crímenes.

Señores, al individuo se le arrastró de los cabellos desde su casa hasta la cárcel y de allí a un lugar vasto y solitario que queda detrás del panteón.

–Te fusilamos o confiesas adónde está el cofre –le maltrataron los esbirros.

–Pero, padrecitos míos, decía el hombre entre sollozos, como quieren que confiese si yo no he tomado...

Cuatro balazos le abrieron el corazón, por toda respuesta.

La policía para evadirse de responsabilidades anunció que este sospechoso se había fugado de la cárcel; que el otro, aquel que dejó de existir a consecuencia de las torturas, se había suicidado comiendo cal y, para despistar a los jueces le llenaron, en efecto, la boca de esa "materia"...

El tercer capítulo

El viejo, lleno de fatiga, carraspeó y después de una amplia pausa nos

dijo:

La historia no termina aquí, señores. Un año después de los sucesos narrados, cuando el olvido echa sombras sobre todo, al loco que habitaba en compañía de la familia Vega le dio la ventolera por abrir un hueco en el corral de la casa.

Tanto interés demostró en hacerlo que la familia le atisbaba con inquietud. Y, señores, ¡la gran sorpresa! Luego de ahondar en la tierra el loco sacó intacto el cofre.

La familia apresuróse a quitárselo de las manos y a destaparlo: ¡la gran sorpresa! ¡No había desaparecido una sola alhaja! Allí estaban la plata, la esmeralda quiero decir, los brillantes famosos y los rubíes de quiméricos tamaños.

El epílogo

Ahora bien, jovencitos: ¿está clara la verdad de esta dolorosa historia? ¿Es o no es una lección? ¿Se ha aprovechado o no se ha aprovechado?

Señores, esto aconteció en el año del Señor de 1889. Hoy, ¿no es casi igual lo que ocurre? Y en los discursos se dice que progresamos. Esa sí que es pura novela, jovencitos. ¡Que audacia, señores! La audacia, general es. El progreso, mentira irrisoria es, señores.

–Señor, su nombre, le suplicamos.

–¿Para darlo al público?

–Sí, señor.

–Gracias. Los paseos al valle de Ate parece que se oponen a la salú...¡Jojorojó! ¡Jojorojó! Otra risa estupenda con carraspeo y todo.

–En todo caso, diga usted que soy Parihisa o una cacatúa cualquiera.

Previo un apretón de manos nos despedimos de él.

Nuestro viejo púsose de pie y en compañía del auditorio se fue a tomar un reconfortante.

En el camino nos gritó:

–La verdad de la historia la garantizo. Si hubiese alguna responsabilidad mía es. Yo no soy irresponsable... ¡y que los esbirros tomen el desayuno que les deseo!...

¡Amén! –le gritamos, riendo de la sangrienta burla.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: 2-V-1915)

COMO MATO WILMANN A "TIRIFILO"

Conversando con el victimario en el Hospital "Dos de Mayo"

La muerte de "Tirifilo" ha sido, sin duda, uno de los hechos más sensacionales de nuestra crónica del delito, en los últimos tiempos.

Este tremendo combate entre dos héroes de la chaveta y del box criollo, que ha tenido en medio de su ferocidad ribetes de justa caballeresca, ha reclamado toda la atención del público y se ha destacado sobre las vulgaridades de los hechos de sangre que cotidianamente consigna la prensa.

Recogidas por los cronistas y la policía, se han publicado distintas versiones sobre los antecedentes del suceso y sobre el suceso mismo, que no resultan del todo claras y completas.

Por esto, la de Emilio Wilmann, "Carita", que ofrecemos a continuación, tiene especialísimo interés, aparte del que necesariamente ha de prestarle su carácter de relato de uno de los actores de la sangrienta tragedia.

"Tête-à–tête" con "Carita"

En busca de la versión de Emilio Wilmann, "Carita", fuimos al hospital Dos de Mayo.

Wilmann se asiste en la sala de San Luis y ocupa la cama No. 14.

A su lado vigila un inspector de crucero.

El aspecto de "Carita" no denota el estado de suma gravedad que podía atribuírsele, dada la magnitud y número de heridas que en el combate con "Tirifilo" recibiera.

Aunque la fiebre no le abandona, se advierte que mejora.

Habla sin fatigarse, en voz baja.

Al informarse del objeto de nuestra visita, no muestra extrañeza alguna. Parece que nos esperara. Y se allana a responder a todas nuestras pregun-

tas. Todas. El, que es "un hombre formal" desea que se sepa la verdad. Va a decírnosla...

La "verdad" sobre los antecedentes

"Carita" no está de acuerdo con las versiones que sobre los antecedentes del suceso se han dado a la prensa. Mucho menos con los que se refieren a su persona. Son "versiones injustificadas", nos dice.

–¿Es cierto que usted buscó a "Tirifilo" para desafiarlo?

–No, señor. Es inexacto. Yo estaba con otros amigos en la pulpería de la esquina del Chalaco, cuando él llegó. Yo no lo he buscado. No tenía motivo...

La respuesta del victimario nos sorprende:

–¿No tenía usted motivo?...

–Ninguno, señor.

–¡Cómo! ¿Y la enemistad que le guardaba a usted de antiguo?

–No es cierto, señor.

–¿Que no es cierto? ¿No tuvieron ustedes causa de desavenencia... por mujeres, según dicen?

–Fantasías. Invenciones de la gente que no sabe qué acumularle a uno. Son "decires sin comentario"...

Por poco no soltamos la risa. Nos contuvimos a duras penas. A pesar de todo, nos sonreímos un poquito.

–Hubo, sin embargo, algún disgusto reciente entre "Tirifilo" y usted. Recuerde, hombre. A ver...

–Pero no de los que se supone...

–No ve usted...

–Fue, que para año nuevo, por no sé qué cosa sin importancia, "Tirifilo" me mandó preso y me tuvo quince días en la intendencia.

–Ajá. ¿Pero tenía influencia para conseguirlo?

–¡Claro! Si el difunto era soplón...

–¿Y después, no tuvieron ningún pleito?

–Nada, señor. Hasta el domingo que...ya ve usted...

En la esquina del Chalaco...

Pedimos al herido los detalles del hecho. Todos. Desde que "Tirifilo" y nuestro interlocutor se encontraron, en la mañana del domingo 3.

Wilmann comienza a responder a nuestras preguntas.

–Como ya le he dicho a usted, a poco más de las 7 de la mañana del domingo, yo estaba en la esquina del Chalaco con otros amigos, bebiendo unas copas. Fue entonces que llegó "Tirifilo".

–¿Luego, usted no lo buscó en lo absoluto?

–¿No se lo he dicho ya? Eso es una invención de tantas.

–Bueno. Llegó "Tirifilo", ¿y luego?...

–Luego nos pusimos a conversar tranquilamente, hasta que a uno que ahí estaba también, se le ocurrió recordar un pleito entre otros dos, por motivo de no sé qué cosas que había hablado el "Tirifilo".

–¿Sabe usted cómo se llamaba ese individuo?

–No, señor. Este recuerdo parece que no le gustó al "Tirifilo", que se puso a decir, sin más ni más, que todo lo que él decía lo sostenía como hombre, en cualquier terreno. Y de allí vino que entre los dos comenzase la gresca. Yo intervine, para apaciguarlos: "Ya está, pues. No hay que seguir con lo mismo. Vamos a tomar una copa". Y sirvieron la copa y la bebimos.

–¿"Tirifilo" también?

–No; "Tirifilo" no. Seguía molesto y no quiso tomar.

El desafío

Yo, que tercié en la discusión ajena, me eché encima su cólera. Y poco a poco, la cosa fue subiendo de tono; hasta que me dijo que él era muy hombre y que con él nadie se metía...

–¿Y usted qué le contestaba?

–Yo, señor, sin hablar con él casi para nada. Pero no me iba a quedar callado. Y por fin, me dijo: "Vamos a pelear"...

–¿Usted aceptó?

–Claro. Vamos, pues, le dije. Y él me contestó: "Es que contigo tengo que pelear a cuchillo".– Como quieras, le contesté. Y fuimos, pues, señor.

Wilmann se calla un momento, como para dejarnos que admiremos su resolución y valor al aceptar el desafío de un hombrazo como "Tirifilo". "No podía ser de otro modo. Lo desafiaron y no se iba a quedar atrás".

El duelo

Prosigue su relato, instado por nuestras preguntas.

–Y fuimos, sí, señor. "Tirifilo" se trajo "su arma". Yo fui por un saco de alpaca, que después lo recogieron y llevaron a la intendencia, según me dicen.

–¿Y el "arma" de usted?

–Yo la tenía conmigo, señor.

–Ajá. ¿Había mucha gente con ustedes?...

–Algunos amigos y otros hombres que "curiosiaban"...

–¿Y después?

–Después, peleamos, pues, señor...

–Bueno, pero los detalles del lance. Queremos alguno...

Wilmann no sabe relatarnos bien el duelo. De sus pocas frases, sacamos en limpio que debió ser la escena más emocionante y trágica. Ambos contendores, tapándose con el brazo izquierdo, cubierto por un saco, se acometieron múltiples veces, asestándose golpes cuya certeza sabían evitar. Las puñaladas se sucedían y los combatientes no lo advertían casi...

–¿Qué tiempo duraría el combate?

–¿Qué tiempo? Veinte minutos, serían...

¡Veinte minutos! ¡Se imagina el lector duelo más sangriento, crispante y terrible que éste en el cual dos héroes de la chaveta, sin reparar en alevosías, se acometieron durante veinte minutos a cuchilladas!

¡De una vez! ¡A ver cual muere, "Tirifilo"!

"Carita" sigue su relato, después de una pausa. Pero no es una pausa que impone la emoción del recuerdo, sino el cansancio físico que le causa su delicado estado. "Carita", reconstruye fríamente las escenas del suceso. Sin inmutarse, inalterable, tranquilo. Pero, eso sí, ya lo oiréis de sus labios: él es "un hombre formal". Y tan formal. "A mucha gente le consta..."

El combate se desarrolla con creciente violencia. Los ánimos de los duelistas fueron excitándose, gradualmente. Era Wilmann el que llevaba la peor parte. Los golpes de "Tirifilo" resultan casi siempre certeros y sólo el valor y el "conocimiento" de su contendor podían en mucho librarlo de ellos. Con seis cortes en el cuerpo, graves algunos, y con un tajo tremendo cerca de la muñeca de la mano izquierda. Wilmann seguía luchando.

–¿Y no le debilitaban las heridas y la hemorragia? ¿No sentía usted el dolor?

En el rostro de Wilmann se ha esbozado ligera sonrisa. Apostaríamos a que se compadece de nosotros y que se espanta de nuestra pregunta.

–¡Qué, señor! Yo no sentía nada. La cólera, no lo deja sentir a uno. Ya ve usted, tenía seis cortes, y como si nada. ¡Tiraba cada golpe!...

Esta vez su gesto es casi orgulloso.

Y continúa:

–Sí, señor. Yo estaba fuera de mí. Furioso... y cuando uno está así... tan "caliente" no se acuerda de las heridas. ¡Qué iba a dolerme nada! Pero siempre me daba cuenta de mi estado. Me vi todo bañado en sangre y creció mi rabia. Entonces le dije a "Tirifilo": "¡De una vez, "Tirifilo"! ¡O yo te mato, o tú me matas! ¡A ver cuál muere!". Todo esto en pleno combate...

–¿Y "Tirifilo" contestó...?

–Que bueno. Lo mismo que le propuse: "Claro, o yo te mato o tú me matas". Y así seguimos. "Tirifilo" me dio un corte en la cara: este que ve usted.

Y "Carita" nos señala un tajo a medio cicatrizar, que tiene en la mejilla izquierda y que cubre un esparadrapo.

–Este corte aumentó mi rabia. Me volvió loco...

El chavetazo final

...y le asesté un golpe a "Tirifilo", con todo ímpetu. "Tirifilo" lo esperaba e hizo un movimiento para esquivarlo. Había fallado, pero "Tirifilo" por poco se resbala, y necesitó un esfuerzo para no perder el equilibrio. Yo lo ataqué entonces. Fue la definitiva... Ahí no más cayó el hombre... Y apenas me pudo decir: "Me has muerto..." Quiso sacar su revólver y matarme de un tiro, pero no tuvo tiempo...

"Carita" se calla. Nosotros imponemos una tregua a nuestras preguntas, casi sorprendidos. Esperábamos que "Carita" sufriera alguna emoción por ligera que fuese o que tratara de disculparse en algo. Pero nada. Para él es la cosa más natural. Lo habían desafiado. Peleaba. Pudieron matarlo. Lo protegió la suerte y él aprovechó para asestar una cuchillada a su contrario. ¿Lo mató? Bueno; con él pudo pasar lo mismo.

Vuelve a hablar, sin que le interroguemos:

–Ya ve usted, señor, cómo han sido las cosas. El otro también pudo matarme. Este puntazo que tengo en la tetilla derecha (nos lo descubre), por casualidad no fue más hondo. Y si entra un poquito, muero ahí mismo. Asimismo, estoy todo cortado...

"Carita", un hombre formal...

Proseguimos nuestro interrogatorio:

–¿Cuántos años tiene usted?

–Veinticuatro.

–¿Tiene usted familia?

–Sí, señor. En el norte de la república y en el Uruguay.

–¿Hacía mucho tiempo que conocía usted a "Tirifilo"?

–Como no. Siete años, más o menos. Pero nunca tuve intimidad con él. Un conocido no más...

–¿Y en qué se ocupaba usted?...

Habíamos reservado para el final esta pregunta. La habíamos guardado de propósito.

"Carita" nos contesta inmediatamente:

–Soy ebanista. Trabajabo con mi hermano.

–¿No frecuentaba usted el trato de gentes como "Tirifilo"... como las que trataban con "Tirifilo"?...

–No, señor. También esas son invenciones... Yo soy un hombre formal. Muchas personas pueden responder por mí. He trabajado siempre y me he ganado el pan honradamente. Y aquellos a quienes he servido pueden garantizar mi conducta.

"Carita" se defiende por primera vez, durante nuestra entrevista. No quiere que se le crea un mal hombre, un vago. Sostiene que no se tiene fundamento, cuando así se afirma.

Le preguntamos por su estado. Nos contesta que no lo deja la fiebre, y que en la noche le sube hasta 40 grados. Y salimos enseguida. El olor de la sala llena de enfermos nos marea. Y el interrogatorio nos ha cansado a nosotros más que a Emilio Wilmann, que sigue inalterable y sereno y hasta ha tenido un gesto risueño para despedirnos...

(En *La Prensa*: Lima, 6-V-1915)

ESPANTOSO DRAMA DE CELOS

Un parecido fatal
Horrible error de un marido

En una hermosa población de Venezuela, donde el clima es benigno y la vida se desliza apaciblemente, se ha desarrollado hace poco una dolorosa tragedia, de la que resultó víctima inocente una pobre señora.

El error, origen del drama que estamos por relatar, nació del extraordinario parecido entre la víctima y una hermana suya, menor de un año, que residía en Caracas.

Vivía en Guzmán Blanco, estado de Miranda, un joven matrimonio compuesto por la señora Rosalía Gutiérrez de Ibáñez y su esposo Luis Ibáñez Robles.

Rosalía y Luis se habían casado hacía muy poco tiempo y su unión había sido la consagración de un amor muy grande. Rosalía era de modesto origen pero muy agraciada y relativamente instruida. Conoció a Ibáñez Robles en un baile y lo amó. El no era rico. Poseía una pequeña finca en Guzmán Blanco, cuyos productos le permitían cursar estudios de derecho en Caracas, pero juzgó que atendiéndola personalmente, su heredad daría mayor fruto y le permitiría casarse antes de obtener el título. Después continuaría sus estudios como alumno libre.

Su proyecto se realizó en poco tiempo y el nuevo matrimonio fue a establecerse en Guzmán Blanco.

Ibáñez dividía su tiempo en el cuidado de la finca, el cariño de su esposa y los libros, de los que no se olvidaba, porque tenía el firme propósito de continuar sus estudios.

Cuando se aproximaron los exámenes dijo a Rosalía:

–Yo debo partir para Caracas. Los exámenes se efectuarán dentro de algunos días y es conveniente que esté allí con anticipación.

–Yo te acompaño.

–Como gustes.

–Sí, te acompañaré. No quiero quedarme sola aquí.

Y dos días más tarde partieron hacia Caracas, donde Ibáñez se consagró por entero a repasar las lecciones y completar su instrucción.

Rosalía mataba el tiempo conversando con sus padres y efectuando alguna que otra excursión a los alrededores de la bella capital venezolana, porque su esposo sólo iba a comer y dormir.

Una noche dijo a Ibáñez:

–Mañana iremos a pasar el día a casa de los González.

–¿Con quién vas?

–Con papá y mamá; pero si ellos no quieren ir me haré acompañar con la muchacha...

La muchacha era una negra de cincuenta años, que había servido de aya a Rosalía y a su hermana.

El estudiante no opuso dificultad alguna al proyecto de su esposa. No tenía por qué sospechar de su mujer, cuyos actos habían sido siempre correctos.

Cuando llegó el instante del paseo, Rosalía se vistió con traje adecuado. La negra le ayudaba a hacerse la toilette.

–¿Quiere el sombrero negro, niña?

–No; quiero el que me regaló ayer mi hermana. A Luis le gusta mucho como me queda. Después que Maruja -la hermana- irá con un sombrero igual y así nos reiremos de los concurrentes al paseo, haciéndolos confundir.

Poco después, Rosalía se dirigió a casa de los González, acompañada de la negra, porque sus padres, ya viejecitos, manifestaron deseos de quedarse.

Mientras tanto Luis se dirigía a la universidad, de la que se retiró siendo ya muy tarde, después de dar un brillante examen.

Al atravesar una de las calles más céntricas, vio pasar un coche ocupado por una pareja. El estudiante se estremeció. La muchacha que iba en ese coche, en compañía de un hombre, era la suya. Intentó seguirla, pero ni un vehículo desocupado pasaba por allí y tuvo que desistir de su intento.

Volvió a casa de sus suegros mortificado por horribles celos.

–¿Dónde está Rosalía? - preguntó al llegar.

–No ha vuelto aún.

–¿Con quién fue al paseo?

–Con la negra Manuela.

–¿Por qué no la acompañaron ustedes?

–¿Para qué hijito? Nosotros seríamos una sombra en una reunión de personas jóvenes.

Los celos de Ibáñez tomaron proporciones gigantescas. La negra, pensó, se ha quedado en alguna casa de Caracas y ella se ha ido con el otro. Esa creencia se hizo convencimiento cuando vio regresar a su esposa. Vestía de la misma manera que la vio en el coche por las calles céntricas. Era ella, no cabía duda. Y un odio profundo empezó a roer el corazón de Ibáñez, incitándolo a la venganza.

–Me pagará bien caro el engaño –pensó.

Y no pudo dormir, calculando cuál sería su mejor venganza.

Al día siguiente emprendió con ella el regreso, con destino a Guzmán Blanco. Una vez allí, sus celos hicieron explosión.

–Y esa mujer eras tú, dijo a su esposa, después de relatarle el fatal encuentro.

–¡Qué calumnia, Luis, qué calumnia! Nunca hubiera esperado semejante ofensa de tu parte.

–Eso es. Hazte la ofendida ahora. No faltaba más que ese detalle para acabar la comedia de modo maestro.

–Bueno, basta de injurias. No estoy dispuesta a tolerarlas más. Ahora mismo me darás dinero y partiré a casa de mis padres.

–¡Ah! ¿sí? pretendes regresar con mi dinero al lado de tu amante, ¿verdad? Pues no será. No saldrás. Morirás a mis manos.

–No, Luis, no. Perdón por una inocente. Perdón, Luis.

–Ya no hay perdón para ti.

Loco de furor, Ibáñez estranguló a su esposa.

Poco después se presentaba a la policía.

–He muerto a mi mujer, manifestó.

–¿Por qué?

–¡Porque me era infiel!

Los padres de la infeliz Rosalía y su hermana vinieron a Guzmán Blanco tan pronto como tuvieron conocimiento de la tragedia. La confusión se explicó y todo quedó esclarecido.

Ibáñez, abrumado por los remordimientos y el dolor, resolvió morir. Su ceguera lo había llevado a un lamentable extremo, inexplicable en un hombre de su ilustración. Su vida, como hombre libre o presidiario, era ya imposible. Y una mañana amaneció con la cabeza destrozada, en la celda donde estaba alojado.

(En *La Prensa*: Lima, 17-V-1915)

UN AVENTURERO DE FOLLETIN

Vamos a hacer en cuanto sea posible –que tratándose de un aventurero vagabundo y osado como éste es muy difícil– la historia folletinesca del doctor Alberto de Sarak, conde de Das, sonado huésped nuestro hace poco más de quince años.

Vuelve a nuestra memoria y a la actualidad este embaucador de historia, con motivo del escándalo en que su nombre de caballero de industria se ve rodeado nuevamente.

Ha sido en Rosario, importante capital de la República Argentina, que el conde de Das ha realizado sus últimas fechorías.

Revisando nuestros canjes de Buenos Aires, encontramos en uno de ellos la siguiente información en la cual son relatadas:

"La policía de Rosario de Santa Fe está seriamente preocupada en buscar el paradero de un falso conde, aventurero famoso y afortunado, que acaba de desaparecer de aquella ciudad, después de hacer numerosas víctimas.

El doctor Alberto de Sarak, conde de Das, tal es el nombre del ya famoso delincuente, llegó a Rosario hace poco menos de un año. Algún tiempo después, se supo que era hombre de larga y accidentada historia, cuyas principales páginas figuraban detalladas y exactamente en los registros policiales de Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro, donde el falso noble había dejado triste memoria de su paso.

No obstante esos antecedentes muy poco recomendables por cierto, el conde de Das logró captarse las simpatías y atraerse la protección de algunas personas altamente colocadas en la política y en el comercio de Rosario.

Bajo el patrocinio del doctor Abalpa, director de la Asociación Pública, dio una serie de conferencias sobre ciencias ocultas, cuyos resultados no fueron despreciables, al parecer, pues lo decidieron a fundar un instituto para instruir en los conocimientos que eran de su especialidad.

Sus relaciones con la policía de Rosario tuvieron principio en oportu-

nidad de una acusación criminal que formuló contra él una persona muy conocida y vinculada en aquella ciudad.

El conde de Das se comprometió a curar un enfermo mediante la suma de 20,000 pesos, pero éste murió.

El asunto tuvo mucha resonancia y se comenta aún animadamente, por ser un legislador provincial el principal actor.

Ultimamente se anunció que el conde de Das contraería enlace con una señorita de la alta sociedad rosarina, cuyo padre le exigió, como condición "sine qua non", que justificara por medio de la prensa la posesión de sus numerosos títulos científicos y heráldicos, como asimismo que explicara y comprobara la procedencia de las condecoraciones que ostentaba.

Parece que la exigencia no fue muy del agrado del conde que, "ofendido" por tanta desconfianza, resolvió abandonar la partida y desaparecer, pero no sin estafar antes a varias personas, todas las cuales han acudido a la policía y solicitado la detención del delincuente.

Entre los damnificados, figura en primer término el padre de su prometida, al que el falso conde –ya que no pudo quitarle la hija– le defraudó 8,000 pesos".

El conde de Das en Lima

Fue en octubre de 1899 que llegó a Lima el conde de Das, acompañado de su esposa.

Se presentó como delegado del Supremo Consejo Esotérico del Thibet y se rodeó de deslumbradora reputación de profesor de ciencias ocultas.

Era entonces el conde un hombre de mediana edad, de proporcionada estatura y más bien delgado que grueso. Su tipo revelaba al individuo audaz e inteligente y la fuerza y profundidad de su mirada y la barba negra y poblada que enmarcaba su rostro, contribuían a darle aspecto de hombre un tanto misterioso y sugestivo, que era al que seguramente aspiraba el presunto maestro de ocultismo.

La señora de Sarak, condesa de Das, era una mujer joven, gruesa, y a la cual a poco de verla con buenos ojos y salvando deficiencias armónicas ligeras, podría haberse tomado como una mujer casi simpática. No sabemos si era también ocultista o si su marido había reservado para él sólo el dominio de sus misteriosas ciencias.

Como en las últimas aventuras de Alberto de Sarak no figura la condesa presunta, hay que suponer o que ha fallecido o que se ha separado del

conde, cansada de seguirlo en su funambulesca y azarosa vida o abandonada por él como un estorbo.

El centro Esotérico Porvenir

A poco de llegado a Lima el conde de Das, el 26 de octubre de 1899, reunió en su alojamiento a ocho conocidos caballeros, con el objeto de cambiar ideas acerca de la forma de constituir en Lima un centro esotérico.

Sarak, que se titulaba delegado especial del Supremo Consejo Esotérico del Thibet, deslumbró a sus invitados, cuya afición a investigaciones de esta índole había averiguado, con una disertación sobre la conveniencia de constituir el centro.

La respetabilidad aparente del presunto profesor de ciencias ocultas y la maña que éste se dio fue bastante para conseguir la satisfacción de sus propósitos.

La idea del conde fue acogida con entusiasmo por los estudiosos aficionados a las ciencias ocultas, a quienes había reunido, y entonces el aventurero expuso que era necesario abonar cien soles por la carta constitutiva del centro y que él como delegado del tantas veces citado consejo del Thibet, expediría.

Fue entregado el dinero a Sarak y quedó constuido el Centro Esotérico "Porvenir del Perú", bajo la inmediata dirección del supuesto delegado del Supremo Consejo del Thibet, que se iniciaba así en la ejecución de su original plan de estafa.

Una sesión al aire libre

Agitaba al mundo en esa época el vaticinio de Falb, que anunciaba un formidable cataclismo.

El extraordinario caballero de industria creyó conveniente sacar partido de la sorprendente profecía, y en una reunión que celebró el centro esotérico el 9 de noviembre, declaró que un *mahatma* o *gurú* se había apoderado de él como médium, ordenándole que dijese a sus socios allí reunidos que buscasen un cielo sin nubes para ver *la obra de los maestros y la destrucción de los mortales.*

Era en vísperas del día en que debía tener lugar el cataclismo que Falb tuvo a bien vaticinar.

El doctor Sarak, iluminado siempre o *médium en trance*, para emplear

su terminología técnica, ordenó a sus amigos que se trasladasen a Chosica a presenciar el magno espectáculo.

Los socios del centro esotérico lo escuchaban, encantados de poder comunicarse por medio de hombre tan excepcional, con misteriosas y sobrenaturales fuerzas.

Y resolvieron trasladarse a Chosica el domingo 12 de noviembre.

Así lo hicieron, haciendo el viaje en el tren que partía en la tarde.

En Chosica se sirvió una magnífica comida a los excursionistas, dispuesta por Sarak, que tenía en este punto refinamientos de gastrónomo, pero pagada, como es de suponer, por sus amigos del centro esotérico.

Terminada la comida, el profesor y conde llevó a sus discípulos a realizar una investigación en la atmósfera, utilizando un lugar en alto. Por el camino señaló una ligera nube y afirmó enfáticamente que era un *maestro*, como lo había comprobado su señora que antes lo había visto pasar por una montaña.

Para hacer más completo el efecto de su fantástica disertación, hipnotizó a sus compañeros, haciéndoles creer que dentro de la nube pasaban los espíritus de grandes personajes, entre los cuales se contaba el de Garibaldi.

Quiso guardar del solemne momento una prueba gráfica y tomó una fotografía.

Y terminó así, en mudo coloquio con las misteriosas fuerzas invocadas por Sarak, la rara sesión al aire libre y en noche solitaria del centro esotérico.

Desarrollada la fotografía, tomada por Sarak, resultó ser, según su explicación, la de un *mahatma* en figura de mujer bonita.

Los entusiastas teósofos del centro la aceptaron a pie juntillas, con excepción de uno que recordaba haber visto el original de esa figura de mujer bonita en un álbum de fotografías del propio Sark, que no tenía nada que ver con *mahatmas* ni *gurús*.

El denuncio de la duda fue arraigando poco a poco en el cerebro de este discípulo de Sarak, que comenzó a desconfiar del verboso y fantaseador maestro que así les hacía pasar la silueta de una bailarina, tal vez, como la de un ser sobrenatural que había tenido la galantería de hacerse visible a los ojos de tan afortunados mortales.

Los buenos asociados

El conde de Das no cesó de explotar a las generosas personas que se

reunieron para formar el centro esotérico.

Ellas le abonaban sus cuentas, que no eran por cierto muy modestas, aparte de las que dejaba pendientes.

Y como el conde de Das era amigo de regalarse, organizó varios banquetes, a los cuales asistieron los miembros del centro que, como de costumbre, fueron los que sufragaron las prodigalidades de su anfitrión.

Para revestir de un carácter especial estas fiestas, las consideraba como ágapes rituales de la sociedad, durante las cuales disertaba sobre temas teosóficos.

El conde, descubierto

Contribuyendo a su propaganda, el conde de Das publicó en uno de los diarios locales algunos artículos relativos a teosofía, que llamaron acerca de su persona la atención de quienes no lo habían tratado.

Muchos empezaron a dudar de la autenticidad del profesor de ciencias ocultas, primero, y del noble, después.

El doctor Christian Dam, que dirigía entonces *El Libre Pensamiento*, fue el primero en descubrir y comprobar que Sarak era un embustero, que tenía cuentas con la policía de la Argentina y Chile, países en los cuales había realizado audaces hazañas.

El *Libre Pensamiento* desenmascaró a Sarak y finalmente reprodujo un artículo de *La Ilustración Hispanoamericana*, publicado en enero de 1891, en el cual se decía que usurpaba el título de conde lo mismo que el de médico, que su verdadero nombre era Alberto Santini Sgalupo; y que había sido procesado en Madrid por estafa. Contenía algunos otros datos concretos el artículo reproducido, en el cual se añadía que Santini era de nacionalidad italiana.

En presencia de una situación tan delicada, el supuesto conde que desarrollaba tranquilamente sus planes y dirigía una revista publicada por el centro esotérico y titulada *El Loto* a nombre de la cual también obtuvo dinero, resolvió abandonar el país.

En viaje a Panamá

Sigilosamente y evitando ser visto por sus colaboradores del centro esotérico, sobre todo, se embarcó Sarak o Santini el 31 de marzo de 1900, tomando pasaje para Salaverry.

En realidad se dirigió a Panamá, de donde posteriormente pasó a Cuba.

El redactor en jefe de *El Loto*, señor Carlos Paz Soldán, publicó un aviso en los diarios diciendo que ni en ese periódico ni en el centro eran responsables de las deudas y compromisos contraídos a nombre de ambos por el falso conde de Das.

Sarak había cobrado diversas sumas por suscripciones y cotizaciones para dicho periódico.

Además, dejaba en Lima buen número de cuentas por pagar que le habían sido concedidas en gracia a su énfasis y talante de aristócrata y hombre de ciencia.

Y había cobrado varias acciones de cincuenta soles para el establecimiento de una "Casa de Salud, Recreo y Convalecencia" que tenía el proyecto de fundar en Matucana. A esa casa de salud la sindicaba con el título de "Esperanza", que podría haber sido alusivo e irónico.

En Cuba, Venezuela y EE.UU.

De Panamá pasó a Cuba el conde de Das.

En La Habana, por desgracia para él, no pudo realizar ninguna de las hazañas que seguramente tuvo proyectadas.

Habían llegado ahí sus antecedentes, portados por *El Libre Pensamiento*, que en su calidad de periódico doctrinario tenía amplia circulación en todo el continente.

No fue mejor su fortuna en Venezuela, donde también se tuvo oportuna noticia de sus especulaciones.

Sedujo más su embuste, a lo que parece, en Estados Unidos, donde permaneció por algún tiempo, siguiendo su habitual costumbre de esquilmar a los incautos creyentes en su ciencia fantástica y en su más fantástica representación del Supremo Consejo Esotérico del Thibet.

Otros antecedentes

El presunto Sarak no ha sido sólo procesado y condenado en Madrid, sino también en Bruselas.

En 1892 fue expulsado de la Sociedad Teosófica y un año después, con su acostumbrada audacia, volvía a ingresar a ella, con un nombre supuesto y era nuevamente expulsado.

Es, indudablemente, un interesante tipo de audacia y habilidad extremas.

(En *La Prensa*: Lima, 22-V-1915)

EL CRIMEN DE ANOCHE

Los tranquilos vecinos de la calle de Matamoros fueron dolorosamente sorprendidos anoche, con un trágico suceso realizado en una de las casas de vecindad de dicha calle.

Es la vieja historia de los celos. El amante desdeñado, resuelve matar a su enamorada y suicidarse después. La sorprende en un momento fatal; dispara tres tiros de revólver; y caen destrozadas dos vidas mozas, poniendo fin trágico al idilio de un día.

Fue así:

En la vecindad

Hace dos años, más o menos, fueron a vivir en un departamento exterior de la casa No. 564 de la calle de Matamoros, la señora Etelvina viuda de Vargas, acompañada de su hija de veinte años Julia Vargas.

Las nuevas vecinas se conquistaron la simpatía y la amistad de las antiguas, al poco tiempo.

De carácter bondadoso, apacibles y honestas, supieron con esas cualidades atraerse la estimación de la vecindad.

En la casa todos las respetaban y querían, y con todas conservan amistosas relaciones.

Entre los vecinos, la del principal, la señora Petronila viuda de Valderrama y su nieto, Honorio Márquez Valderrama, se distinguían por la amistad que profesaban a las recientes habitadoras de la casa.

La señora Vargas hacía pocos años que había llegado de Tacna, donde su esposo desempeñó por mucho tiempo, hasta su muerte, un cargo oficial.

Su hija, obligada por la pobreza en que las dejara la falta del padre, se destinó de costurera en la casa Oeschle y, consagrada a su trabajo, permanecía en la casa sólo en las pocas horas de descanso.

Estas mismas condiciones de honestidad y pobreza contribuyeron a captarles el respeto y estrechar más la amistad que las otras viejas vecinas

Los primeros amores

Viviendo así, la señora Vargas y su hija pasaron un corto tiempo.

A poco, Julia y Honorio, el nieto de la señora del principal, que desde un principio cultivaban amistad de vecinos, entablaron relaciones amorosas.

Fueron unos amores sencillos, ingenuos, de adolescentes.

Los jóvenes se veían a hurtadillas, aprovechando los descuidos de las madres, que llevaban consigo las escapadas furtivas de la joven a la puerta de calle.

En la vecindad se conocieron bien pronto estos amores, y lejos de hostilizarlos, más bien se complacían en favorecerlos.

De esta suerte, Julia y Honorio se entregaban a su pasión amorosa, lo más libremente que les permitía la amenaza de ser descubiertos por la señora Vargas o la Valderrama.

La oposición maternal

Así, amándose a escondidas, pasaron algunos meses.

Pero la dicha les duró bien poco.

No fueron bastante la precaución de los amantes y la buena voluntad de los vecinos, para evitar que estos amores llegaran a conocimiento de la señora Vargas.

La madre de Julia, al enterarse, manifestó la más franca oposición a tales relaciones.

A partir de este momento, los enamorados se vieron perseguidos constantemente por la señora Vargas, que no se despreocupaba en la vigilancia de su hija para impedir cualquier entrevista con Honorio.

Sin embargo, y gracias a la vecindad en que vivían, los amantes pudieron burlar más de una vez el vigoroso espionaje de la señora Vargas.

Se veían de tarde en tarde, y con muchas precauciones, amparándose en la obscuridad del patio.

Estas entrevistas, cuenta una vecina que gustaba de espiarlas, eran tiernas, y en ellas se lamentaban dolorosamente de la oposición que les hacía la señora Vargas.

Honorio era siempre el que se manifestaba más contrariado.

En su hogar, la madre de Julia, no desperdiciaba oportunidad de combatir las inclinaciones amorosas de esta.

Tal oposición, acompañada de sabios consejos maternales, consiguió al fin menguar un tanto el amor de Julia.

La señora Vargas no transigía con que Honorio fuera empleado en el telégrafo, y la desatinaba más, el que antes hubiese pertenecido a la marinería del transporte "Iquitos", a cuyo bordo y en tal condición fue a Europa en el último viaje de este buque.

Novio de tal condición no quería la señora Vargas para su hija y de aquí la obstinada firmeza con que procuraba deshacer las relaciones de los jóvenes.

Las veleidades de la joven

Cuenta una vecina del barrio, que Julia, cediendo a la oposición maternal y a la constancia de un nuevo galante, poco a poco fue manifestándose menos enamorada de Honorio.

Este, en tanto, seguía cada vez más rendido a los hechizos de su vecina.

Julia aceptó los requerimientos del nuevo enamorado con reservas tantas, que se guardó muy bien de ser descubierta por Honorio, a quien, por otra parte seguía fingiendo el mismo amor de antes.

De esta manera, divirtiéndose con esta dualidad amorosa, Julia se la pasó varios meses, sin que nadie lograra descubrirla.

El desengaño del joven

La misma vecina cuenta que la precaución de Julia y las hostilidades de la señora Vargas, no impidieron a Honorio darse cuenta de la existencia de un rival, que tal vez sería más afortunado que él para alcanzar la simpatía de la madre y el amor de la hija.

A partir de este descubrimiento, se supone que Honorio se dedicó a cerciorarse de la verdad de sus sospechas.

Ya inquiriendo en la vecindad, o espiando a Julia, por cualquier otro medio, el amante celoso procuró adquirir la certidumbre que ansiaba.

Antenoche, nos cuentan, Honorio, aprovechando un descuido de la señora Vargas, tuvo oportunidad de hablar breves instantes a Julia.

La entrevista, como todas las de los jóvenes, fue tierna, y ambos se hicieron cálidas promesas de amor.

Después de ella, el enamorado, siguiendo su plan de espionaje, se marchó a la calle, fingiéndose tranquilo, y se puso a observar desde la

esquina a Julia.

Dicen quienes aseguran haberlo presenciado que Honorio llegó a descubrir a su rival, conversando amorosamente con Julia y pudo convencerse de la infidelidad de ella.

Honorio, después de este descubrimiento, regresó a su casa, sin poder hablar nuevamente con Julia, que ya se había retirado a sus habitaciones.

El crimen

Honorio no volvió a ver a Julia durante el día.

Anoche, después de la hora de la comida, pudo hablar con ella unas cuantas palabras a hurtadillas, entrándose a sus habitaciones enseguida.

Al entrar, pidió a su abuela que le proporcionara la llave de una cómoda en la cual se guardaba su ropa, y también, un revólver Smith calibre 38, de un tío suyo, el cura de San Mateo don Alejandro Valderrama, que habita con ellos.

Honorio cogió el revólver, y luego de cargarlo, se lo echó al bolsillo, saliendo enseguida de su casa sin decir una palabra a nadie.

Julia estaba todavía parada a la puerta de su departamento, en el patio de la casa.

Al encontrarse con ella Honorio, intempestivamente, le disparó dos tiros, uno de los cuales le atravesó la caja toráxica, produciéndole una muerte instantánea; el otro le hizo una pequeña herida en el brazo derecho.

Inmediatamente, el matador se disparó otro tiro en la sien derecha, matándose al mismo tiempo.

El ruido de las detonaciones atrajo a la vecindad, a muchos transeúntes, quienes se encontraron con los cadáveres de los jóvenes.

La madre de Julia, que leía en la misma habitación, en cuya puerta estaba su hija, apenas sintió las dos primeras detonaciones se levantó asustada, y en el mismo instante la vio caer muerta.

La policía

Uno de los gendarmes del cuartel de *San Lázaro*, al oír las detonaciones, se apresuró a dar aviso al inspector de servicio en la esquina próxima, Vargas No. 77, quien en el acto se constituyó en el teatro del suceso y dio parte de él a sus superiores.

Momentos después, se presentaron el oficial Pender y el mayor Villa-

vicencio; luego el comisario de la jurisdicción, señor Luna, y más tarde, el intendente comandante Scamarone.

El juez del crimen de turno, doctor Velarde Alvarez, llegó a los pocos momentos, y levantó el sumario.

La muerte de Julia Vargas y de Honorio Márquez la constató el médico de policía, doctor Pflucker.

Cumplida su misión, las autoridades abandonaron la casa de las víctimas, dejando los cadáveres a sus respectivas familias para su sepelio.

(En *La Prensa*: Lima, 1º-VI-1915)

POR LOS SUBURBIOS

Un bandido famoso

Lugar pintoresco, Cantagallo.

A la orilla del río, sentados sobre una piedra inmensa, más sólida que muchos cerebros de literatos noveles, se pasa uno la tarde oreándose, en verano, y corriendo, para desentumecerse, en invierno.

Corriendo a jugar a los escondidos con "una" media naranja...

No penséis mal, los árboles frutales abundan por esos fértiles terrenos.

Hay por allí más de una "hacienda".

Descontado está que, a duras penas, caben en esas propiedades doce platanares, los dueños y los burros en una aglomeración democrática y tierna.

Si hubiéramos salido disparados por otra senda, les estaríamos a ustedes aburriendo con una disertación literaria como para dejarlos calvos o "eterizados". Sin sentido y sin ganas de respirar.

El panorama, desde el interior de cualquiera de esas covachas es espléndido de colorido.

Rosales y jazmineros, claveles y violetas, destacan la viveza de sus colores, sin alineamientos ni cuidados.

–Las flores, como las mujeres, cuanto más mal se les trata, arden y retoñan mejor.

Pura observación campesina.

Las gentes del campo son rudas y no disponen de galanterías porque todas las agotan prodigándoselas a los animales que les corresponden con hechos.

Y no hay amor sin interés...

Otro día, os contaremos algo de estas gentes. Por hoy vamos a referiros una historia dolorosa.

Don Juan María

Este hombre es de tragedia. Hace ocho años que vive allí, merodeando.

Ha sido pampero, pero no es argentino.

Veloz, cortaba el aire de las pampas en un corcel brioso y ágil. Jamás necesitó de estribos, ni de espuelas, ni de monturas. Con las piernas pegadas a los ijares de la bestia, el sombrero amplio, el poncho pintoresco y el cerebro vacío de todo pensamiento que no fuese el de devorar lo antes posible la inmensidad, salía en busca de "golpes" seguros.

Caballo y jinete formaban una masa ansiosa de infinito.

Estos bandidos que luego viven apaciblemente en la honradez soliviantan el ánimo. ¿Por qué no les dejan concluir su carrera? La justicia es injusta.

Un balazo en el cráneo es el digno punto final de su vida o una vejez sin estrecheces.

Esta mano rugosa que estrecho con admiración ¿ha suprimido cuántas vidas? ¿Cuatro, seis, ocho? ¡Mano respetable de todas maneras!

¿Hay algo más grave que arrogarse, porque sí, el derecho de Dios?

Para nosotros, no.

Juan María es su nombre. Parece un "mono" seco.

Cuando curiosamente le mirábamos el rostro, nos dijo.

–Las arrugas son las cicatrices de las heridas que nos va asestando la vida...

Frase cursi, pero redonda. Digna de un hombre que ha luchado de poder a poder con la realidad.

Los bandidos, como los toreros, no le conceden importancia a la existencia. Son admirables. La exponen con la misma serenidad con que el lector cambia una peseta en veinte centavos.

Aquella frase de un torero, "más cornás da el hambre", tiene, como dice un escritor español, pase libre a través de los siglos. Vale por un discurso de Castelar. Esta es una exageración, por supuesto.

Ostenta Juan María una pera copiosa, un plumerillo blanco, fino, que arrancándoselo, podría servir para limpiar el polvo de joyas y de estatuillas delicadas. Los ojos chicos, de tanto haber mirado al infinito, brillan, duramente, como el acero.

Ojos pequeños y agudos, la mirada es un estilete que rinde a cualquiera otra que se le enfrente.

La traza de este hombre es asquerosa.

Se diría que viste de retazos. Lo más limpio y brillante es su barbilla en forma de puñal.

¿Será lo único que se lava? Es raro que viviendo al pie del agua haya reñido con "ella". De lo que consigue en los alrededores, en un recodo, junto a las compuertas, vive. Se procura patatas y verduras.

Hace ocho años que no varía de posición. Tampoco lo desea. Ni envidioso ni envidiado, se siente a su gusto. Comparten su miseria dos americanos del norte, exmineros del Cerro de Pasco que, en mangas de camisa y con chaleco, se entienden con el viejo, desde hace cuatro meses, por señas.

–¿Usted ha estado siempre así?

–Yo he dominado y he sido terrible. Fui aventurero, audaz y valiente. No había en toda la pampa fuerzas más poderosas que mi carabina y mi puñal.

Hacendados riquísimos se arrodillaron a mis plantas después de entregarme la bolsa, demandando, como infelices chiquillos, mi perdón. Era mi orgullo. Mi nombre, en alas de la fama, fue registrado por los periódicos.

Una vez y cien fui la información interesante. Llenaba la actualidad. Los cronistas, por su cuenta, engrosaban mis hazañas. Siempre los que escriben para los periódicos de estas cosas son dueños, más que de verdades, de su caletre. Le atribuyen a uno crímenes que paralizan la circulación de la sangre. Y yo, en realidad, lo único que hacía era pedir limosna...

–Sí, pero con carabina y puñal.

–Porque en "otro estilo", jamás conseguí un céntimo.

–Es curioso.

–Es natural. El miedo es más poderoso que la razón.

–¿Y cómo cayó usted por acá?

Hace una pausa. Respira fuerte y dejando caer la frase con una pesadumbre de poeta con hambre, dice:

–¡Yo mismo no quiero recordarlo!

–Pues de todo lo que nos ha contado, esa es la parte más importante.

–¡Sea! Una vez atravesó la pampa un señorón. Le acompañaba su hija, lozana, gallarda y fresca como todas las que crecen en el campo. Traía consigo el señor aquel una cantidad de dinero tan grande que tentaba a un

santo.

Lo cogí por el cuello. Era más fuerte que yo. Me la ganaba. La hija, desmayada, quedóse tendida jadeando.

Fueron cinco minutos espantosos.

Con mi puñal, haciendo un soberano esfuerzo, le rasgué la espalda. Perdió sangre en abundancia. Se debilitó un poco. Creí que lo había muerto y una pena enorme me embargó.

–¿Por qué? ¿No había usted matado tantas veces en frío?

–No lo sé: Acaso la niña... De todos mis crímenes es el único que me mortifica, no tanto por el señorón, sino por el mal rato que le hice pasar a la niña, y por las consecuencias.

–¿Mató usted al padre?

–No pude vencerlo, a pesar de las heridas. –Gasté mi energía. Sintiéndome sin fuerzas, vencido, arremetí contra mi contrincante y lo tiré boca-arriba y corrí, corrí hasta alcanzar a mi caballo. Tuve indecisión francamente. El señorón se incorporó.

De los cinco tiros que hizo, cuatro le fallaron. Uno agujereó la copa de mi sombrero...

–¡Mucha suerte!

–O mucha desgracia. Porque era el primer hombre que logró vencerme; la primera empresa que me salió mal. Si me quita la vida me hace un favor. A todos nos llega una hora en que la muerte nos haría un bien enorme.

En manos de la policía

–¿Y qué le ocurrió luego?

–En posesión de algunos centavos pretendí vivir sin amarguras, sin desafiar los riesgos a que me exponía la "profesión", sin familia y sin cariños. ¿Era un castigo? Si el destino se encarga de hacer justicia, esta vida miserable de tantos años basta para purgar mis faltas.

Volviendo a la historia: Un día lo pasé íntegramente en la ciudad. Allí me di a la bebida. Hube de quedarme dos o tres días más, encantado de la animación de la urbe. Seguí bebiendo, incansablemente, como si el licor fuera el viento. Una noche, borracho hasta la médula, tambaleaba por la calle de... De pronto, una pareja se detiene.

El señorón y la niña, que lanzó, al verme, un grito estupendo. Pretendí huir. ¡Imposible!

Desaté mis iras de borracho.

La policía me apresó inmediatamente. Dormí cual un lirón en un calabozo.

A la mañana siguiente, cuando desperté, vi derrumbada mi existencia. Con todo había contado, menos con este final, que era el legítimo. Sacaron fotografías de mi persona. El retrato publicóse en más de treinta periódicos, que en vez de dolerse de mi desgracia, expresaban su alegría.

Seis años de pericia en escapar de la policía, aun dentro de la ciudad, no me valieron de nada en una noche.

De la cárcel conseguí evadirme con otros compañeros italianos. Y de Chile vine a esta tierra, hace...

–¿Qué tiempo?

–Más de veinte años.

–¿Y cuenta usted?

–Setenta y dos.

–¿Y su dinero?

–Está escondido en la pampa. No sumará arriba de ocho mil soles.

–¡Caramba! ¿Por qué no hace usted un viaje y lo recoge?

–Temo que me prendan nuevamente. Además, no vale la pena. Quién sabe si lo han descubierto, aunque no lo creo. Yo no podría trabajar allí. Soy muy conocido y muy viejo. No sirvo para nada. Aquí vivo de la caridad. Todo el mundo me socorre. Yo no he sido un ladrón y un asesino por gusto sino por necesidad.

La mejor prueba es mi conducta de ahora. ¡Vean ustedes, cómo vivo!

–¿Es que sus fuerzas físicas no son las mismas?

–Es que con las fuerzas físicas acaban las morales. El tiempo es el único consejero. No sirve ser malo...ni bueno. Los buenos se quejan y los malos se arrepienten.

–¿Usted se ha arrepentido?

–Totalmente... ¡Oigo misa todos los domingos! A veces, en las noches, despierto ofuscado.

–¿Qué le asusta?

–Un extranjero riquísimo a quien le destapé los sesos de un balazo formidable. ¡Los ojos le saltaron como dos bolas!

–¿Y?

–Y se me antoja, de noche, que me están mirando.

–Eso es infantil.

–Es cierto. Y ya ustedes se habrán convencido que hay criminales más culpables que yo y, sin embargo, viven bien.

–No crea usted.

–La historia que le he referido, ¿verdad que no es horripilante? ¿Un solo detalle de la guerra de hoy no es peor? Ya lo aprecian ustedes, si me dedico a guerrero con uniforme habría llegado a mandar un gran ejército.

–¡Quién sabe, hay diferencia...!

–Seguramente. Si sólo he matado con un mal trabuco y un puñal, acompañado y con armas como las de hoy, figúrese ¡habría concluido con el mundo!

–Comenzó usted muy tarde o concluyó muy temprano su profesión –le dijimos nosotros, despidiéndonos...

–¡Sí, sí!

¿Ha sido, en efecto, un criminal quien nos refirió esta historia? Cualquiera lo averigua.

Muchas veces del caletre de un pobre hombre de estos salen más cosas que del de los periodistas. ¡Y nos engañan y, lo que es peor, nos hacen engañar al público!

¡Como si la cuestión se redujera a pasar el rato!

(En *La Prensa*, Lim, 17-VI-1915)

A LA VERA DEL CAMINO

Los saltimbanquis

> Huanta, julio 30.- La municipalidad, si bien es acreedora al aplauso público por los estímulos que hace para incrementar las industrias locales, también merece censura, por consentir frecuentes corridas de toros y exhibiciones de saltimbanquis; diversiones que hablan desfavorablemente de la cultura de la provincia y que parecían ya definitivamente proscritas.

Ha sonado la hora final de los saltimbanquis. Y no suena así como así, de cualquier modo y en un gran centro donde nadie perciba el tañido de la campana sepultural. Esta vez el reloj del tiempo es el buen reloj *tric traquero* de la torre de la iglesia de Huanta. Los huantinos esperan impacientes que la cultura de su Municipio la impela a expulsar a los artistas parias. Y casi están tentados de pedirle al señor alcalde que adelante las agujas del reloj.

Y como no quieren ser injustos los huantinos; como no quieren ir en boca de los payasos en desgracia con título de enemigos de los saltimbanquis, no sólo la emprenden contra ellos, sino que se van de un solo envío contra las corridas de toros. Estamos por creer que Noel, el antitaurófilo apasionado de España, ha mandado unas cuantas circulares de propaganda hasta Huanta. Pero no, no es posible; aquello de la campaña contra los toros es ya gastado. Gastado en los grandes centros. De modo que aun cuando los huantinos lo disimulen, su odiosidad es sólo contra los saltimbanquis. Y como son gente brava, los huantinos, expulsan a los artistas hambrientos, de las piruetas y del trapecio.

Aprendamos, en Lima. Hasta hace poco se exhibían en las calles más céntricas de la ciudad, un oso, un pandero y un hombre. La gente se arremolinaba y el oso cantaba, y el pandero tañía y el hombre ganaba. Nadie se escandalizó. Y era en Lima. Somos unos incultos. ¿Para qué habrá venido aquí María Guerrero? ¿Para qué irá a venir Caruso? No es este su medio. Aquí recibiremos siempre con los brazos abiertos a los saltimban-

quis expulsados de Huanta.

En Huanta hay un convento que recuerda aquellos monasterios de monjes guerreros y bravíos, legendarios en la tradición y en la historia. Esos monjes son árbitros de vidas y haciendas, al decir de las crónicas, en la provincia. Ya los concebimos con el cilicio justiciero en la diestra, a la cabeza de los huantinos indignados, expulsando del templo -es decir de Huanta, en este caso- a los fariseos.

Ya vemos a los nuevos rabís de la serrana Galilea de estas tierras, impidiendo la profanación hecha por las piruetas y por los cantos de los pobres vagabundos. Y no sabemos por qué nos viene a la imaginación la idea de una pícara transformación de la escena, si de pronto rasgara la escena la marcha espléndida y sonora de *'I Saltimbanchi'* y frailes y huantinos sintieran correr por las venas una inquieta sangre pecadora.

J.C.

(En *La Prensa*: Lima, 2-VII-1915)

COMENTARIOS

Bonafoux proscrito

Es muy importante el cablegrama de París, que ayer publicaron los diarios y que anuncia la expulsión del territorio francés del conocido escritor Luis Bonafoux, sin mencionar las causas determinantes de esta medida radical.

La figura literaria de Bonafoux tiene un inconfundible sello personal. Es uno de aquellos literatos que sin llegar a las alturas de lo definitivo, ni de lo genial, ni de lo trascendente, alcanza sin embargo, en su época, una popularidad que muchos con mayores méritos envidiarían. Mientras decenas de escritores, cuyo valor intrínseco es mucho mayor que el de Luis Bonafoux, laboran ignorados para el gran público y son apenas los serenos compañeros de horas selectas para ciertas gentes cuyo buen gusto paladea sus sabrosas mieles, ese atribiliario e insolente literato puertorriqueño domina a los públicos y se apodera de ellos con el látigo de su crítica mordaz, injusta muchas veces, fogosa siempre, talentosa invariablemente, y recibida con el indiscutible placer con que la bestia humana satisface sus instintos de crueldad.

Poco o nada en cierto orden de ideas ha escapado y en buena parte de América y de Europa a algún ataque de Bonafoux. El ha clavado las garras de su crítica sobre todos los prestigios que han cruzado su mirada y sobre las cosas que no se adaptaban a su manera de enfocarlas. Con Fray Candil y con Souza Reylly, pudieran formar, a pesar de sus diferencias específicas, una satánica trilogía, ante la cual los públicos satisfechos en su gula de reputaciones y de ideas destrozadas, se inclinarían pletóricos y aclamadores.

Y es curioso que la Francia de todas las libertades, la Francia única en su inmutable devoción a la idea, la Francia liberal, expulse a un escritor extranjero por un delito de opinión. Bonafoux debe haber inquietado a las masas con una propaganda peligrosa para el sentimiento público, debe

haber llevado a muchos espíritus sin firmeza, el virus de la renegación y a muchas almas débiles la semilla de la desconfianza. Se habrá enseñoreado como siempre del gran público y habrá pontificado brutalmente contra supremos intereses nacionales que podrán ser equívocos o engañosos, pero que son siempre supremos intereses nacionales.

Y vamos a oírle seguramente. Su pluma rebozará rudeza y aplicará el cáustico de sus pasiones en esta nueva y mundial oportunidad que se le brinda de hacerse oir ávidamente por la galería. Se va a correr el telón. Tras de él espera el gran trágico para hacer convulsivamente su papel que, aun cuando pueda ser efectivamente sentido, es en todo caso teatral.

(En *La Prensa*: Lima, 10-VII-1915)

LA RUTA DE ICARO

ASOMANDOME AL INFINITO

(Impresiones de un vuelo, escritas
para el día de hoy, aniversario de Chávez)

Esta mañana blanca y tibia de primavera, me he despertado madrugador y alegre. Y ansioso y vehemente he puesto prisa en echarme a la calle, espoleado por el recuerdo de que la noche anterior he dado al aviador Figueroa –a este hombre-pájaro que tuvo el atrevido empeño de desafiar la hostilidad traidora de los Andes–, mi palabra de acompañarlo en el vuelo.

En esta casa de *La Prensa* debían esperarme a las nueve, unos amigos de periodismo y de bohemia, pero perennes informales no han sabido hacer el milagro de vencer por una vez siquiera su pereza de impenitentes nocheriegos. Y he encontrado sólo a uno, sajón en sus promesas, cronométrico en sus citas. Con él he ido en demanda del tranvía a Bellavista.

Y en el paradero, puesto ya el pie en el estribo, otro amigo me ha interrumpido para oír de mis labios la refrendación de la noticia de que yo iba a volar, que ha llegado a sus oídos. Cuando le he dicho que era cierta, aún ha dudado y me ha dicho luego: "¡Vaya un gusto de matarse!". Me he despedido. El carro se ha puesto en marcha. Y yo me he escrutado a mí mismo, sereno y tranquilo, para inquirir si tengo miedo, si estoy un poco arrepentido de la promesa al aviador amigo, si temo el vuelo, si ha hecho en mi espíritu impresión, ligera u honda, el augurio que sucedió a la interrogación del amigo que se llegó a mí hace un instante. Pero me he hallado indiferente, quieto, sin más sentimiento que uno muy grande de vehemencia por llegar lo más pronto al aeródromo y mirar el peligro. He ansiado la emoción fervientemente. Mi compañero me ha hablado de cosas distintas y me ha mirado muy hondo. Seguramente piensa lo mismo que yo: que debo sentir miedo. Yo le he contestado sonriente y he visto con

placer cómo pasaban raudos los árboles, los postes y las tapias del paisaje pelado y escueto y he pensado que cada instante me acercaba un poco a Bellavista.

Cuando he llegado al aeródromo ya estaba allí Figueroa. Es aún temprano. El aviador debe efectuar la ritual revisión de su monoplano. Entramos al hangar. Hay dentro una penumbra tibia, un acre olor a bencina y a petróleo. Los mecánicos escudriñan en el motor y lo abastecen cuidadosos para el vuelo. Figueroa va y viene de un lado a otro y observa un punto cualquiera de su aparato con ojeada minuciosa. Luego torna a nosotros y nos habla. Yo veo en sus ojos que sospecha que estoy inquieto. He pensado que tenía razón y he vuelto a escrutarme a mí mismo. Esta vez me he asombrado mucho de descubrir nuevamente que no tengo miedo. Figueroa ha callado. En el hangar se oye sólo el ruido metálico de herramientas que funcionan en manos presurosas. El ruido se interrumpe y hay un gran silencio. Yo he pensado en estos instantes angustiosos del hangar que deben preceder a las grandes hazañas. He pensado en Chávez, cuando aguardaba el alistamiento de su aeroplano, en el hangar, antes del vuelo trágico. He pensado en Pegoud cuando ante su máquina en revisión, soñaba con esa estupenda acrobacia del "looping the loop".

De pronto, Figueroa ha ordenado que se abriesen las puertas del hangar. Y al interior de la barraca ha entrado de un golpe la luz y yo he imaginado que el monoplano tenía un franco esperezo de alegría ante la visión de este retazo de infinito. Luego, los ayudantes del piloto han conducido fuera el monoplano. Figueroa, mi amigo y yo, los hemos seguido, mientras lo llevaban hacia la pista.

Nos hemos parado en seco. Figueroa me ha colocado en la cabeza un gorro de lana que apenas me deja libres los ojos, la nariz y la boca. No he querido aceptarle los anteojos. Y he concentrado todos mis pensamientos y todas mis ansias en pos del solo objetivo del viaje. He querido sentirlo. He ansiado sentirlo. Pero por una extraña rebeldía de mi naturaleza, el miedo no se ha presentado.

Figueroa ha subido a su asiento en el monoplano. Mi asiento es el siguiente al del piloto. Se me recomienda que en el instante de la partida eche el cuerpo adelante, para facilitar el *decollage*. Y Figueroa me dice: –Si quiere usted hablarme, gríteme al oído. Un ayudante impele con fuerza la hélice y esta se pone un segundo después en movimiento vertiginoso. El torbellino formidable de viento que forma la hélice me aturde un tanto. El polvo que levanta y la violencia del remolino me ciegan casi. Siento que

me azota los ojos una ráfaga terible y turbia. Y sufro una sensación de malestar indefinible.

A una voz de Figueroa se da suelta al avión. He sentido que corríamos velozmente y que nos despegábamos del suelo, perseguidos aún por la sensación de la ráfaga inexorable. Cuando he abierto los ojos, el monoplano volaba sobre el mar. La impresión de malestar ha desaparecido por completo. La hélice es ya sólo como un gran ventilador. El torbellino de aire pesado y terroso, fue la última sensación del suelo hostil. Yo lo he mirado con odio y he sentido un bienestar inmenso cuando el aeroplano ascendía sobre el mar con la proa puesta al infinito.

La mañana es clara y tibia. El cielo se diría huateado por nubes blancas, a través de las cuales se adivina la concavidad azul. Tras de las nubes blancas, que sus fulgores hacen transparentes, pugna por escaparse el Sol. Yo miro hacia abajo. El monoplano describe una ligera curva siguiendo la línea de la orilla. Y veo a un lado el mar. Al otro, el campo verde y cortado geométricamente por las líneas pardas de los tapiales. Y el campo me hace la impresión de un gran plano preciso y luminoso. Viajamos, con rumbo hacia la Magdalena. Sobre la escarpa de la orilla se empinan las olas como una amenaza y revientan en una alba floración de espuma. Y las rocas y la arena de la orilla son todas evanescentes cuando las olas espiran.

He sentido de pronto que el monoplano se inclinaba de un lado. Un ala se ha erguido mientras la otra ha declinado. Pienso que viramos. Y quiero pensar que es un accidente, que vamos a caer, creo que he atrapado el miedo y que voy a tener el deseado minuto de angustia. Pero enseguida advierto que viajamos con rumbo al Callao nuevamente. Miro cercana la blanca mancha del Cementerio de Bellavista. Y, entre el marco del panorama verde, la miro poética. Allá en la lejanía, Lima brumosa y gris se recoge medrosa al pie del cerro cuya cima envuelve la niebla como un cendal de tristeza.

He sacado el reloj. Son las once de la mañana. Luego he gritado una frase al oído de Figueroa. El me ha respondido, pero he advertido que su voz se ahogaba en el mugido formidable del motor y que el torbellino que nos envolvía me sustraía su respuesta. He vuelto a gritar y entonces sí le he oído contestarme. He pensado en la gran angustia de un coloquio de estos, monosilábico, clamante, entre un piloto y un pasajero perdidos y ante la gran inquietud de una tragedia próxima.

Repentinamente el monoplano asciende y baja luego. La impresión de este descenso rápido es angustiosa y molesta. He sentido una depresión

muy grande y el primer malestar del vuelo. Pero, ignorante de que este tumbo inesperado era efecto de una veleidad del viento, he seguido confiado. Y he sentido otro tumbo más recio. Figueroa, imperturbable, movía sus palancas.

El monoplano avanza por encima del Callao. Me asomo hacia abajo y miro la población que es a mis ojos como una de esas ciudades de cartón con que juegan los niños. Irregular, parda, la miro recortada por el mar azul que se pierde en la lejanía brumosa. Y atisbo las calles, donde las gentes diminutas como soldaditos de plomo están puestas a mitad de la calzada. Las adivino sorprendidas por el ruido del motor, con las caras al cielo y un gran rictus de admiración en los semblantes atónitos. Pienso en que estos hombres-pájaros que así dominan los espacios, deben tener cuando pasan sobre las ciudades un gran gesto de orgulloso desprecio para todos los que no saben levantarse un palmo de la tierra e ignoran la sensación augusta del infinito.

La Punta se alarga como una sombra hacia el mar. Y el mar está poblado de naves y de barcas. El Dársena pizarroso, oscuro, se extiende entre el abigarrado conjunto de las naves tímidamente agrupadas a sus flancos. A mis oídos no llega un solo rumor de la ciudad. Ansío una voz cualquiera de la población bullente y agitada, deseo un toque lento y armónico de campanario que turbe el monorritmo ronco de la hélice. Pero parece que la ciudad callara, que la ciudad durmiera y que no hubiese más sonido que la sinfonía ululante de los aires.

Hemos virado nuevamente. Volamos otra vez, proa a la Magdalena. A un lado, miro el mar. Al otro, la costa. Repentinamente, las nubes blancas que envuelven el cielo azul y luminoso, han sufrido un desgarro. Un haz de luz solar, rubia y caliente, ha caído sobre la barquilla y la ha hecho luminosa. Yo sueño que el sol ha hecho un gran esfuerzo para rasgar las nubes que lo apresan y para envolvernos en una blanca epifanía de luz, como una salutación. Y he entornado los ojos al sentir que este rayo me quemaba los párpados, amorosamente.

Hemos dejado atrás, nuevamente, el aeródromo. Avanzamos raudamente hacia la Magdalena. Miro el paisaje de Lima que se tiende a lo lejos. Siento que corremos hacia él. Pronto el aeroplano traza una curva. Volvemos a Bellavista. Rápidamente dejamos atrás La Legua. La blanca casa de campo de una hacienda, simula una paloma yaciente en la verdura. Una embestida del viento nos hace subir para descender luego. Yo ya me he habituado casi al vértigo de estas sacudidas.

Inesperadamente, Figueroa hace cesar el motor. El movimiento de la hélice aminora de pronto. Miro hacia abajo. El cementerio de Bellavista, surge otra vez entre el paisaje campesino. El cementerio abajo. La máquina se detiene y se lanza raudamente hacia el aeródromo. ¿Voy a sentir el minuto de angustia? ¿Vendrá el miedo? No tengo tiempo para seguir pensando. Las sensaciones son rápidas, sucesivas, violentas. El monoplano está ya muy cerca de tierra. Toca el suelo y se eleva luego un trecho como en un arrepentimiento. Se me antoja una golondrina que llega a ras de tierra y torna a remontarse. Vuelve a tocar el suelo y vuelve a elevarse, esta vez más débilmente. Al fin se detiene. Yo he sacado nuevamente mi reloj. Son las once y diez minutos. He estrechado la mano a Figueroa. Una multitud abigarrada y vocinglera, llega hasta nosotros corriendo.

Mi amigo viene a mí, el primero, inquisidor, curioso. Cambiamos sonrientes una impresión rápida. Me desencasqueto el gorro. Callo. Y pienso que es una gran lástima haber tenido tantas sensaciones raudas y no haber sentido el ansiado minuto de angustia y miedo. Y me lamento del extraño placer que no he gozado...

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 27-IX-1915. Y en *Invitación a la vida heroica - Antología* (Lima, 1989), pp. 51-56)

36,514

Un mundo de esperanza.- La expectación. Comienza el sorteo.
–¡La Lotería de Navidad! ¡El fin!

Todos los años, pobres y ricos, juegan a la lotería por esta fecha con ansia extraordinaria. La sed de la fortuna es tan grande y la miseria va tan en aumento que apenas si hay casa de Lima en que las familias no dispongan, después de la cinco de la tarde de una serie de billetes del sorteo que serán arrojados al canasto con un gesto despectivo y amargo. Hasta ayer se los guardaba y mimaba. Eran la mejor promesa y la esperanza acariciada. En muchos casos la salvación definitiva. En otros el placer de haber sido obsequiados por el sport con un nuevo éxito.

No es raro que este sorteo encienda alegrías en las clases menesterosas. Es como un remedio tan eficaz como inseguro que todos necesitan, al que todos tienen derecho y del cual nadie puede vanagloriarse de usufructuar. El azar habrá de discernir el premio. Y el azar ni es justo ni es injusto. Es como ciego que reparte palos y concede gracias.

En esta época de miseria espantosa no es extraño que la Beneficencia haya vendido totalmente los números. Las "guerrillas" desaparecían de manos de los viejos suerteros y de la "palomilla" vocinglera que invade restaurantes, cafés y hasta los templos ofreciendo el billete que "indudablemente" ganará la batalla y lo llevará a uno de la pobreza al hall de la fortuna... Con 50,000 soles se puede vivir con más holgura y hasta es posible evitar crímenes ahora que la moda o la pobreza –es igual– los exigen...

Después de todo es más fácil matar a una mujer que comprarle un automóvil...

En la plaza de Armas

La gente se ha levantado temprano. Hay quien ha pasado la noche en

vela. Hay quien ha soñado un presupuesto, sin descuidar la compra de una tina con "agua perfumada" para "deshacerse" de este calor que nos desorienta y nos embrutece. Con calor y todo, el tabladillo pintoresco que se levanta en la plaza para realizar el sorteo se vio desde horas antes del comienzo rodeado por una cantidad considerable de personas.

Comentarios risueños. Alegrías inusitadas. Emociones engañadoras por anticipado. En fin, el tabladillo, con sus blancos toldos, era la guillotina para miles de miles de personas y una buena vaca de la abundancia -no siempre ha de ser cuerno únicamente, sobre todo tratándose de la Beneficencia- para cuatro o cinco felices.

Hay caras nuevas. Rostros dolorosos que creen con una fe que sobrepuja a la de los médicos. Otros que dicen para sus adentros: ¿Sí me tocará? ¿Sí me tocará? Y quien aguarda indiferente chupando su puchito de cigarrillo. Le da igual no ser el agraciado.

No faltan personas que os cuentan historias tristísimas. Casi os angustian. Casi sollozan. Casi lloran. Y como punto final, lanzando un suspiro formidable, os dicen con alegría: -Si Dios me ayudase.

Comienza el sorteo

En las ánforas giratorias -la verdad es que no son ánforas sino dos grandes bolas que cobijan en su interior los números. Comienzan los preparativos. Ceremonias previas. Se alistan papeles y plumas para las anotaciones. Las gentes siguen desgranando sus comentarios y ruegos. A los muchachos encargados de sacar las fichas que ostentan los números se les remanga el saco para que no trampeen.

Comienza la tragicomedia.

El público mira ávido. Se suspira. Se alarga. Se inmuta. Padece. Es todo "pescuezo".

Se cantan los números imperturbablemente. El silencio es tan grande que se oye el canto de un jilguero, que desde la punta de la torre de Santo Domingo hace fúnebres augurios...

Se produce un movimiento en la muchedumbre. El gran revuelo. Enorme ansiedad. Los ojos van y vienen de un sitio a otro con una expresión de ansiedad tan grande, que da miedo. Esa fiebre es hambre. Esa ambición es necesidad. ¡Pobre gente, piensa el cronista! Se producen sonrisas. Se cambian impresiones gratas entre los empleados con el gesto y la mirada.

Por fin la voz comunica el premio gordo. Es el

36,514

Deponen todos su actitud. Los espectadores no han gozado con el fin del espectáculo. Están mustios. Apenados. La tristeza en esos rostros tiene la expresión de los pájaros que pliegan lentamente las alas para morir... Esto es curioso pero gráfico. Sólo uno que otro muchacho hace piruetas. Es un suertero que ha vendido dos o tres billetes premiados. Tiene propina y felices pascuas.

Los demás: con los bolsillos y el alma vacía...

Igual que el cronista que no obstante se ríe...

(En *La Prensa*: Lima, 24-XII-1915)

SICOLOGIA DEL JACQUET

El jacquet es una prenda esencial en la vida moderna. Comete un sacrilegio el Diccionario al no considerarlo en sus páginas. Verdad que hubiera sido difícil la definición de una prenda tan universal. Para un joven que gana cincuenta y cuatro soles en un Ministerio o que vive de las propinas de papá un jacquet es indispensable. ¡Qué sería de la juventud limeña sin esta prenda salvadora. Desgraciada juventud!

Aunque su nombre no lo parezca el jacquet es una prenda peruana por excelencia. Sin la etiqueta extremada de la levita, ni la vulgaridad de la americana, se conserva en un discreto término medio, que como Uds. saben es la característica de nuestra raza.

Su origen no peca de modesto. Como se comprenderá un jacquet sin antecedentes, un jacquet así no más no es aceptable. Un jacquet salido de la nada sería la afirmación de la teoría de la generación espontánea. Por eso, todo jacquet que se estima tiene su antecesor en el de papá o en el del hermano mayor. Esto se llama un privilegio de familia. En ello se parecen los jacquets a las películas de cinema. Se estrenan varias veces con distintos nombres. Y siempre con éxito.

El jacquet no viene solo. Así como los presidentes van siempre con escolta y se hacen tocar el Himno Nacional por donde van, el jacquet trae sus cortesanos. El día del estreno coincide con el de una matinée con mucha música y muchas flores. Junto con el vestido maravilloso luce el pollito que lo lleva, flamantes escarpines, botas de charol, pantalón, chaleco y corbatas de una gran fantasía y un soberbio tarro lustroso. Con todo el lustre de la familia encima.

La edad del neófito debe ser según los Códigos de la Elegancia de diecisiete a diecinueve años. Hay sin embargo quienes lo usan desde los quince alternando con el mandil de colegial. (Dicen que en la variedad está el gusto). El jacquet es para los jóvenes lo que el traje largo para las niñas. Pero están en razón inversa. Porque antes las niñas se bajaban el traje a los quince años y el jacquet era para los pollos privilegio a los veinticinco.

Ahora las niñas no se bajan el traje ni a los cincuenta y dos y el jacquet amenaza extenderse hasta los que visten de marinero. La estadística sastril anuncia que pronto no se harán en Lima sino jacquets.

Y no es por frivolidad que hablamos de esta pieza de vestir. El jacquet es una prenda utilísima, un factor educador en la vida de un pueblo. Vais a verlo demostrado.

Un joven que tiene jacquet cambia completamente de vida y de carácter. Adquiere cualidades excepcionales, superiores a su edad. Por de pronto se vuelve respetuoso admirador del pasado y de los hombres que le precedieron en la vida, y no deja de concurrir a ningún entierro o demostración de simpatía póstuma con su severa vestimenta. Adquiere hábitos de sociabilidad y de cortesanía. No dejará de concurrir al recibo de las señoritas X que frisan en los cincuenta ni a las recepciones diplomáticas del Nuncio Apostólico. El jacquet comunica también el sentimiento de respeto y sumisión a la autoridad. Un joven que lo posee acudirá ceremonioso y almibarado al besamanos de Palacio en 28 de julio y en año nuevo y visitará cortésmente a la señora del Ministro en el día de su cumpleaños. Irá a las carreras de gala y a las fiestas de caridad. E irá a éstas aunque para ello tenga que empeñar los gemelos o la próxima quincena. El jacquet lleva la caridad hasta el extremo simpático y generoso de la abnegación. Y por último -privilegio bendito de los que lo usan -el jacquet dispone favorablemente a las niñas. Un jacquet estrenado a tiempo impide unas calabazas. ¡De todo lo que se priva el que no tiene la felicidad de poseer este precioso talismán!

No utilizar estas cualidades del jacquet en bien de la nacionalidad es una falta imperdonable en nuestros gobiernos. Nosotros dueños del poder, decretábamos el jacquet vestido de uso obligatorio en los empleados públicos. Qué paz, qué orden y qué armonía reinarían en las oficinas del Estado y en toda la República. El respeto a la autoridad, la amabilidad, la lealtad y el patriotismo reinarían por doquiera. Sería un recurso natural como el petróleo y el salitre que explotado daría felicidad y bienestar a la República. Con qué ganas nos reiríamos entonces de todas las repúblicas del "señor Platón".

Decididamente mañana nos vamos a mandar confeccionar un jacquet en vez del terno verde claro que pensábamos hacernos para lucir en esta temporada. Es un deber de patriotismo.

JACK

(En *Alma Latina*: Nº 14, pp. 15-16; Lima, 4-II-1916)

ECOS SOCIALES

Causerie

El Tiempo no quiere que esta sea la vulgar sección de datos sociales acostumbrada. Aspira a hacer de ella, no sólo una escueta y árida información que recoja todos los ecos sociales, sino también una crónica amable donde la noticia ritual y el risueño comentario se junten y armonicen. Se propone el diario, y con él el cronista, que esta sección tenga para el lector y la lectora interés, gracia y atractivo de *film* cinematográfico y delicadeza y aristocracia de gacetilla literaria.

Cuando este diario aparece, no existe la alegría y luminosidad de los días de verano y de su séquito de fiestas veraniegas, y cotidiana y alborozada peregrinación a los balnerarios. Los días son fríos, neblinosos y austeros e imponen a las damas el recatamiento de sus siluetas bajo el abrigo severo y bajo las pieles sedosas. Alguien ha loado la aristocracia del invierno y estos cronistas humildes deben reconocerla en homenaje a quien la proclamara.

Lejanos los días luminosos y cálidos de la estación veraniega, en todos los salones las recepciones semanales restablecen el imperio del "five o'clock tea", de la tertulia y del baile discretos y risueños. La música, el "flirt", el baile y la ingenua y comentarista murmuración crean en todos los salones aristocráticos un instante de esparcimiento gentil y distinguido.

Es así la vida social en estos días. El teatro, las *matinées* familiares, las *soirées* de la Filarmónica y las *vermouths* de moda del Excelsior monopolizan el comentario y la preocupación de las gentes "bien".

Nosotros haremos un esfuerzo empeñoso por escribir al margen de esta vida sabrosa en su monotonía, una glosa diaria, ligera, galante y amable.

Posta fantástica

El señor Zeta y la señorita Ilusión son dos buenos amigos que se

entretienen inocentemente escribiendo cordiales y originales epístolas. Entre ambos tejen una correspondencia que tiene en su frivolidad la virtud de ser casi siempre interesante y amena. Nosotros copiaremos con mucho agrado, para los lectores de *El Tiempo*, la correspondencia sentimental y pícara del señor Zeta y la señorita Ilusión, incógnitos, misteriosos y raros.

Del señor Zeta:

... 13 de julio.

¿Se ha fijado usted alguna vez en la absoluta igualdad de la vida que hacemos todos los días? Yo confieso que sólo hoy he venido a apreciarla seriamente. Después de levantarme a la hora de siempre, después de tomar desayuno a la hora de siempre, después de leer los periódicos a la hora de siempre, pensé que hoy, como todos los días, tendría que hacer acto de presencia, rápido pero imprescindible, en la oficina donde yo, con más suerte que otros, rindo mi habitual tributo al trabajo. Más tarde me he parado en la esquina del Kiosco de la Merced, he saludado a varias amigas mías que han pasado alegremente y he bebido un cocktail donde Broggi. Y luego, he almorzado, he leído, me he aburrido, he tomado el té a las cinco y media, y a las seis me he encontrado con el problema de no saber qué hacer de mi persona. Diariamente casi, es una recepción familiar la que me evita aburrirme. Hoy, según mi carnet, no habrá para mí ninguna recepción amiga. No tenía siquiera la suerte de que fuera viernes de moda. Y estaba en el atrenzo de optar por entregarme a un teatro o a un cinema. La Martini, el pericón, Paco Ares, "Felipe Derblay", o una comedia de Paso y Abati, Francesca Bertini y Justin Clarel, parecía que me invitaban desde imaginarios afiches, seguros de que no podré escaparme de uno de ellos. El máximo de mis rebeliones podría llevarme cualquiera de estos días a Chosica para un dulce refugio invernal.

En el verano, el programa tiene la sola variante de uno o dos viajes diarios al balneario electo. Es una ligera variante que no nos satisface del todo, pero que nos entretiene siempre un poco. Los días de verano son plácidos, mientras no nos aburren. Lo mismo ocurre con los días de invierno. Probablemente esto fue observado y dicho hace mucho tiempo por Pero Grullo.

Le escribo a usted, después de comer en el Zoológico. Unos amigos míos y yo pensamos que comiendo juntos podríamos divertirnos algo. No ha sido así por mi parte. Mis amigos bebieron mucho vino y se pusieron impertinentes. Cerca de nosotros había en una mesa tres alemanes, en otra

un matrimonio con un niño y en otra dos señores graves, importantes y con abdomen. Los alemanes comen copiosamente. El matrimonio mimaba al niño y le enjugaba con la servilleta de supuesto lino los labios manchados por la salsa. Los señores graves conversaban despacio y concedían gran trascendencia a su menú. Todos ellos eran más felices que mis amigos, absolutamente empeñados en serlo a fuerza de vino, de verbosidad y de chirigotas.

Tengo que darle una noticia. El álbum de nuestra amiga O, que tenía hasta quince firmas preciosas y hasta cien firmas cursis, se ha extraviado en poder de un literato sin importancia. Otra noticia. A la señora H. le dicen ya "Misiá Pancha la Brava". No tiene gracia, por supuesto. Otra noticia más. Me he convencido de que el ópalo que le regalé a Helena es la causa de nuestra ruptura. Y un comentario de mi amigo Fernando: En el teatro argentino, lo más bonito es el pericón. No me discutirá usted que el comentario es como de Fernando. Estúpido...

Dejo de escribirle para enterarme del programa de carreras. Si usted me contesta, no se olvide de decirme si el color azul le sigue pareciendo más discreto que el color gris. Ah. También explíqueme la diferencia sustancial entre la piel de Suecia y el preville. Son cuestiones muy importantes en la estación.

El Señor Zeta.

Por la copia

JACK

Por la ancianidad

Nada hay más halagador en nuestro medio y que merezca los mayores elogios de todos, que la actitud de las damas limeñas prestas siempre al servicio de obras benéficas. El sentimiento caritativo y altruista de sus almas puesto en evidencia en múltiples ocasiones, ha logrado hoy llevar a efecto una nueva empresa de idénticas finalidades a favor de la ancianidad desvalida y abandonada.

Se trata de un grupo selecto de señoras y señoritas, las que han organizado una rifa de objetos de valor, cuyos productos serán destinados a proteger a los ancianos.

Los boletos de la rifa han sido distribuidos entre conocidas familias, quienes se han prestado entusiastamente a colaborar en la obra.

Estando en vísperas de verificarse la mencionada rifa, las tesoreras nos

indican avisemos a las personas que hicieran separar algunos números, se dignen enviar su importe a la calle de Belén Nos. 1049 y 403.

De Chosica

En este aristocrático invernadero de moda, la temporada adquiere en la actualidad los más simpáticos caracteres sociales.

Un núcleo de distinguidas familias se viene constituyendo en Chosica, lo que augura ofrezca en breve el aspecto de sus mejores épocas.

Como un exponente del éxito de la temporada chosicana, podemos citar los nombres de las siguientes familias: Elguera Diez Canseco, Tanco Mendoza, Barreda Bolívar, Santisteban, Vonn, del Solar, Ballón, Ayulo, La Rosa Duany, Arróspide Loyola, Mackennie, Tudela y Varela, Abrill, Fechan, Suero Puccio, Alvarez Calderón, Pardo de Zela, Garland, García Irigoyen, Bedoya, Arruz, Durand, Ramírez, Bravo Arenas, Marquina, Ganoza Chopitea, Mejía.

Cumpleaños

El día de ayer la residencia del presidente de la república estuvo muy visitada con ocasión de celebrarse el aniversario del natalicio de su esposa, señora Carmen Heeren de Pardo.

–Las señoritas Carmen Ortiz de Zevallos, Carmen Trou Stevenson, Carmen Elvira Camino, Carmela Sarria, con igual motivo, fueron muy cumplimentadas ayer por el distinguido círculo de sus relaciones sociales.

–Hoy cumplen años las señoras Emilia Menchaca de Aramburú y Augusta Quintana de Dorca, y las señoritas Ida Weiss y Carmen Eguren.

En el Club Nacional

En sesión de la tarde del sábado se trató de la renovación del directorio de este centro quedando constituido en la siguiente forma:

Presidente, Mariano Ignacio Prado y Ugarteche; vice, Andrés Alvarez Calderón; tesorero, Luis A. Rey; secretario, Fernando E. Palacios; vocales: Lucas Oyague Noel, José Puente Olavegoya y Enrique S. Wan Argote; bibliotecario, Guillermo Salinas Cossio. Junta calificadora: Baldomero Aspíllaga, Germán Arenas, Francisco Valle, Máximo Cisneros, Jorge Correa, Vicente C. Delgado, Carlos Elejalde, Pedro Gallagher, Salvador

Gutiérrez, Germán Loredo, C.A. López Goytizolo, Juan Pardo, Federico Palacios Villacampa, Marcos F. Porras, Juan Antonio Portella, A.N. Puente, José Rospigliosi y Vigil, Constantino Salazar, Salvador G. del Solar, Pedro Ugarteche, Aníbal Villegas, Ernesto Zapata.

Los que se van

–A sus haciendas de Huarmey se ha dirigido el conocido joven José Leguía y Swayne.

–Al sur el señor Genaro Barragán.

–A Huacho se ha dirigido el señor Guillermo Salinas Cossio.

Los que llegan

De Chancay ha regresado el señor Enrique Alvarez Calderón.

–Del norte el señor Julio Portal.

Enlaces

Se ha concertado el matrimonio del señor doctor José Arce Dávila y la señorita Elvira Larco Torres.

El jueves próximo contraerán matrimonio el señor Manuel Almenara Irigoyen y la señorita Adriana Rodríguez Guerra.

De salud

El señor doctor Javier Prado y Ugarteche, Rector de la Universidad Mayor de San Marcos, que se encontraba delicado de salud, ha experimentado ligera mejoría en estos últimos días.

–En vías de restablecimiento el señor Albino Carranza.

–La señora Alina Hughes de Balta se halla ligeramente enferma.

Comida

Un grupo de amigos del señor Augusto Peñaloza le ofreció anoche una comida, con motivo de cumplir años.

Fiesta íntima

Los esposos Escudero-Eguiguren, en su elegante residencia de la calle

del Padre Gerónimo, ofrecieron en la noche del sábado una tertulia íntima a sus amistades, la que resultó muy animada e interesante.

Servicios religiosos

En la mañana de ayer domingo, en el templo de Santo Domingo, se oficiaron misas por el sufragio del alma del que fue estimable caballero señor doctor Ricardo Ortiz de Zevallos y Tagle.

(En *El Tiempo*: Lima, 17-VII-1916)

Cuento trágico, doloroso e inquietante

EL CRIMEN DEL BALNEARIO

El, manso, silencioso y bueno, vino de una serranía. Su vida fue humilde e incolora.

Adolfo Sánchez, el raro asesino y suicida del cuarto A, casa I, calle X, del balneario del Barranco, era un hombre que podía haber sido personaje de Eca de Queiroz, de Gustavo Flaubert o de Maupassant. Algo tenía también de personaje de Máximo Gorki. María Ramírez, su amante, no era tan definida. Podía haber sido una heroína de Mürger y de Musset, pero podía haber sido también una heroína de Carolina Invernizio.

Ambos llegaron a ser protagonistas de una tragedia cuya delicadeza y sutileza son tales que las libran de la posibilidad de toda interpretación escénica. La tragedia de Adolfo Sánchez y de María Ramírez podría haberla contado Jean Lorrain, pero no habría podido contarla nunca el altísimo señor don Jacinto Benavente.

Adolfo Sánchez era un estudiante de derecho civil. Tenía veintisiete años. Varios hacían de la fecha en que Adolfo llegó a la ciudad después de abandonar su oscuro, andino y rústico rincón serrano. Adolfo había estudiado instrucción primaria e instrucción media en los colegios de su pueblo. Los colegios de su pueblo eran dos: uno estaba dirigido por unos curas franceses que profundizaban en latín, y otro estaba dirigido por unos profesores serranos, que pugnaban por compenetrarse bien del francés y del alemán. Los curas franceses decían horrores de los buenos maestros serranos. Los buenos maestros les contestaban con Voltaire y Diderot, los máximos herejes que entendían y conocían. Los curas franceses traducían a Virgilio. Los buenos maestros serranos traducían a Schiller y a Scarrón.

Adolfo sintió siempre el anhelo de ser algo más que un labriego, que un gobernador o que un boticario. La familia de Adolfo no pensaba de idéntica

manera, pero tenía siempre la ambición de que Adolfo fuese abogado y volviese a su provincia para ser juez de primera instancia, gamonal, alcalde o diputado. Y Adolfo había sido enviado a Lima para estudiar derecho civil.

Adolfo hizo en la ciudad una vida llena de esfuerzos, de sufrimientos y de sacrificios. La vida de la ciudad le hostilizaba y le hería. Adolfo sentía muy cerca de él las tentaciones del placer, de la holgura, del lujo. Su corta "mesada" de estudiante andino le impedía adquirir comodidades apetecibles. Adolfo leía, estudiaba, trabajaba. Aprendió a escribir en máquina. Hacía copias. Era manso, humilde, callado, bueno, laborioso. Como nunca hablaba alto, como nunca discutía, como nunca hacía alardes de ilustración, los demás universitarios pensaban que Adolfo era un pobre diablo. Los sabios catedráticos nunca prestaron oportunidad a Adolfo para lucir sus conocimientos. El nombre de Adolfo era demasiado modesto y vulgar para que Adolfo fuese llamado a hablar sobre uno de los temas de la enseñanza. Y cuando Adolfo demostraba en alguna forma que era culto y hábil, sus compañeros llegaban a convenir benévolamente en que Adolfo era un serranito "machacón".

Un amor y un alma de mujer. Hay almas providenciales. Son las que hacen una felicidad.

Un día Adolfo encontró un alma buena de mujer que le comprendiese y le amase, Adolfo sintió que su vida se trasformaba. Consagró a su amor todas sus energías. Descuidó los libros, equivocó en un paso y los sabios catedráticos decidieron mentalmente un día que Adolfo era un bruto. Adolfo tenía la insolencia de despreciar el juicio de los sabios catedráticos. María era la amada de Adolfo. Bonita, joven, alegre, romántica, sensible, se había entregado generosamente al amor del pobre estudiante bohemio que lo demandaba. María era una alma providencial que hacía la felicidad de otra alma sensible. Cuando un alma de mujer tiene tales merecimientos, no hay que averiguar si es un alma selecta, si es un alma exquisita, si es un alma elevada. Basta con saber que es un alma que hace una felicidad y esto la santifica. Por eso es que para narrar la novela de Adolfo y de María, no hace falta precisar exactamente si esta última era un tipo de Mürger o de la Invernizio, si era una Mimí o una Rosina apellidada en piamontés. Adolfo había encontrado la compensación de este amor, en un instante de

dolorosa miseria. No lograba casi atender a sus gastos cotidianos. A medida que había gustado de ciertas satisfacciones de la vida metropolitana, Adolfo había tenido mayores gastos y hallado más menguada su renta. Fausto, un amigo y compañero, bueno y caritativo, le ofreció un día su cuarto de soltero. El tenía familia: no lo necesitaba sino de raro en raro. Lo que para él podía adquirir carácter de alcoba galante, para Adolfo sería vivienda, refugio y hogar. Adolfo se estableció en el cuarto de Fausto. Fausto no iba a él casi nunca.

Esa alma providencial llevaba al cuarto de Adolfo algunos minutos de alegría.

María llevó a la estancia de Adolfo las fragancias de su amor, de su risa y de su huella. Sus visitas constituían los minutos de mayor felicidad para Adolfo. Adolfo tenía el amor propio de callarle que aquella estancia no era suya. Y tenía cuidado prolijo para que María no le visitase sino cuando Fausto no podía ir. Tampoco reveló a Fausto el secreto de estas visitas. No le parecía delicado emplear la habitación de quien le hospedaba en una aventura amorosa. El no tenía el derecho de Fausto para hacer de su estancia una estancia galante. No. Debía conformarse con que su techo le cobijara y sus muros le abrigaran. El era en ella un extraño. Y callaba a Fausto el amor que la vivienda propiciaba y a María la ajena propiedad de la vivienda. Era una mentira que mantenía con el más absoluto de los sigilos.

Este amor era un amor puro, a pesar de su sensualidad. El pecado no era en él pecado.

Adolfo y María eran buenos. Su amor, dentro de una apreciación comprensiva, era un amor puro. La sensualidad aparecía en él como una gran eclosión de romanticismo. El placer era para los dos bien inefable y espiritual. Tenía un significado altísimo. Si Adolfo y María hubieran tenido noticia de que alguien sabía sus relaciones y de que decía al verles pasar: "Estos jóvenes conviven", habrían sentido una indignación muy profunda. Habrían creído vehementemente que se profanaba el sentido de su amor. Ella se había entregado complaciente porque hacía de este modo

dichoso a su amante. El se afirmaba día a día en la convicción de que este amor no ofendía la pureza ni la inocencia de su amada.

Contadas eran las veces en que María podía visitar a Adolfo. Eran las suyas furtivas escapadas del hogar celoso y austero. En su casa tenía que mentir, disimular y fingir como una mujer mala. Y María era buena, tan buena que era la querida de un pobre estudiante, sólo por cariño y por deseo de hacerlo un poco feliz. Pero estos sentimientos no habría podido explicarlos jamás María a su familia. El criterio de su familia no transigiría nunca con que una joven honesta visitase a un hombre para concederle cierta especie de favores. La enunciación del hecho únicamente, le habría parecido monstruosa, inverosímil. Ella lo comprendía. Pero no cedía en cuanto a su conciencia de que obraba bien. Lo que ella hacía no era malo. Pero no podía intentar justificarlo, porque nadie habría sabido entenderla. María era muy dichosa cuando lograba un pretexto para estar ausente un rato de su casa y poder conceder ese rato a su amante. María era buena, tan buena, tan absolutamente buena, tan divinamente buena, que iba a la cita con la alegría de quien va a hacer una obra de caridad.

Y Adolfo abrigaba por ella sentimientos semejantes. La amaba con delirio. Y la esperaba no porque su visita fuese placer sino porque ese placer, así adquirido, así secreto, así furtivo, tenía una significación de inefable felicidad. Su posesión no tenía un sentido carnal, sino un sentido espiritual. Son cosas que sólo puede comprender quien ha sido joven, sensible, pobre y triste y ha concentrado en una mujer y un amor todas las ansias de su sentimentalidad.

Adolfo y María, eran dos amantes puros. La alcoba, el pecado, las complacencias, no representaban nada para hacer de su amor una vulgar y grosera fiebre de voluptuosidad, un tácito convenio sexual, una transacción de sus apetitos fisiológicos.

La noche de la complaciente y ansiada entrevista. En todo el pueblo hubo un soplo de felicidad.

Una noche Adolfo oyó de labios de María el más bello anuncio. Su familia había aceptado que acompañase a unas amigas durante los días en que la metrópoli, el balneario y todo el país, iban a celebrar el aniversario patrio. El celoso padre convino en que "pasase el veintiocho" en el balneario. Y ella habíase dado maña para burlar una noche todas las

miradas avizoras y dedicársela a Adolfo. Corría grandes peligros. Podía descubrírsele. Pero la felicidad buscada, valía bien el riesgo y su amenaza. María, alma sencilla y heroica, lo resolvió así. Y lo comunicó a Adolfo, aquella noche de "nochebuena", holgorio cívico, clamoreo patriótico, fuegos artificiales e himno nacional, en que ambos se encontraron en una alameda del balneario. Adolfo se hubiera arrodillado ante ella para agradecerla su resolución. Muchas veces él había soñado con esa entrevista que no tuviese los apremios de las antes gozadas. Pero sabía que nunca le habría sido posible demandarla.

Fue dulce y conmovedor el prólogo de la entrevista. Adolfo y María pasearon entre el bullicio y la alegría de la población en fiesta, indiferentes a todo regocijo y absortos en su frase, en su mirada y en su contemplación espiritual. Las gentes que a su lado pasaban, hacían una algarada indiscreta, murmuraban, reían y hacían demostraciones exageradas de un alborozo del cual Adolfo y María, más alegres y más felices que toda la multitud que se emborrachaba de fiesta, estaban absolutamente ignorantes. Su alegría pedía recato, mudez, silencio. La alegría de las gentes requería en cambio vociferación, estrépito y carcajada. Estaban pues bastante diferenciadas.

Y a la amante divagación en el parque del balneario, siguió la intimidad plácida y tibia del coloquio en la alcoba. El cuarto de Fausto amparaba las efusiones de un cariño sobrehumano. Adolfo estaba absolutamente seguro de que Fausto no les estorbaría esa noche con su presencia. Fausto mismo se lo había advertido casualmente.

Y había en el balneario, en una casita humilde, una gran felicidad que era más bella que todas las felicidades convencionales y groseras de la muchedumbre metropolitana.

La puntualidad del tranvía. Un propósito claudicante y una llamada.

El destino se valió de una sucesión de coincidencias torpes para destruir esta felicidad. Fausto tuvo la grave imprudencia de perder el carro penúltimo. Encontró mortificante esperar el último. Y resolvió ir a dormir a su cuarto. El destino se servía de él como de un inconsciente instrumento.

Fausto llegó a la puerta de su cuarto y la halló cerrada por dentro. Llamó a ella. Primero lo hizo con suavidad, luego con violencia. Y como nadie respondiera a sus llamadas tuvo la impertinencia inconsciente de querer abrir la puerta a viva fuerza. Empezó a forzarla.

Un conductor de tranvía eléctrico que ordena con puntualidad necia la partida, un joven distraído que no cuenta con esta puntualidad y llega al paradero tarde para tomar el tranvía, un descontento del mismo joven ante la consecuencia de esperar otro carro, pueden ser suficientes, como ve el lector, para determinar un drama.

La tragedia. Minuto de la angustia torturadora y fatal.

Adolfo se sobrecogió al escuchar las llamadas de su amigo. Comprendió que era Fausto. No podía ser otro. Y resolvió no abrirle. Abrirle equivaldría a provocar una catástrofe. Un individuo, de ideas vulgares y de alma vulgar aunque caritativa, iba a profanar el secreto de su amor y el sentido de su amor. María, iba a sorprender el ridículo de la situación de un hombre que se hace amar en un cuarto prestado. Ella iba a ser también expuesta a las miradas de una persona poco comprensiva y maliciosa, que seguramente la iba a tratar como a la querida de él. El aspecto de ambos, íntimo y amoroso, no podía dejarse observar por un hombre que iba a imaginar las groseras manifestaciones de un pecado que ellos interpretaban con gran delicadeza e inefable romanticismo. El intruso iba a tener para calificar el acto una palabra, que era seguramente la que le correspondía, pero parecería absurdo a ambos y particularmente a Adolfo, que se aplicase a los íntimos deliquios de sus entrevistas. Adolfo tuvo la percepción de una tragedia cercana. Ella sintió el sobresalto de sus pudores de mujer espiritualmente honrada.

Fausto insistía violentamente en sus golpes y en sus esfuerzos por abrir la puerta. Adolfo sintió entonces la tragedia misma. Le dominó ese sentimiento que domina a todos ante una amenaza del ridículo. Se cree entonces que la situación es desesperada y que la única manera de evitarla es la muerte. Si un espíritu delicado y sensible no va al suicidio en muchos momentos de su vida, en que lo grotesco lo amenaza, es porque no tiene siempre a su alcance formas oportunas para suprimirse. Adolfo escuchaba cada golpe y cada empujón como la inminencia de una catástrofe horrible que sólo podía evitar la muerte. Los grandes espíritus sienten generalmente que una gran catástrofe temida es más terrible que la muerte. En una catástrofe así puede concluir una existencia. Pero más doloroso es siempre supervivirla.

Y los golpes siguieron intensos. Adolfo se convenció de que la puerta

era demasiado desleal, aviesa y traicionera, para defenderlos. Seguramente se iba a rendir al empeño de Fausto. Una puerta, en tales circunstancias, no puede servir nunca para impedir el acceso a una estancia en peligro de ser violentada. Las puertas son como los centinelas, que sólo guardan una vigilancia eficaz cuando nada la hace precisa.

María estaba consternada. Su espíritu no podía percibir toda la angustia del instante. La presentía tan sólo. Un alma de mujer no puede comprender totalmente una tragedia tan grande.

Un patán desvergonzado se habría levantado en calzoncillos para abrir la puerta y detener al intruso. Adolfo no podía concebir tal procedimiento. Hay remedios más terribles que el propio mal que pueden remediar.

Y fue como en los versos de un poeta:
"Es la muerte quien llama señor y
está ya dentro".

Adolfo tuvo la certidumbre de que la puerta los entregaba. Y tomó una resolución. Sacó del velador un revólver y le dijo a su María:

–Muramos los dos.

No hubo tiempo para la protesta. Adolfo hirió mortalmente a su amante y se pegó un tiro certero enseguida.

Fausto tuvo entonces miedo y fue a llamar a la policía.

Una puntualidad del carro eléctrico, un descuido del que debía tomarlo, un perezoso raciocinio del individuo que se resiste a una espera y una llamada inoportuna, habían originado lo que al día siguiente los diarios llamaron un drama de amor...

JUAN CRONIQUEUR

(En *El Tiempo*: Lima, 30-VII-1916)

UN INCENDIO A MEDIA NOCHE

Interesante proceso de la catástrofe criolla

> *Incendio:* –Francés, Incendie.– Inglés, Fire.– Alemán, Brandt Flamme Leidenschaft. – Italiano, Incendio. – Fuego grande que abrasa edificios, mieses, etc.– *Fig.* Afecto que acalora y agita el ánimo. (Este término figurado, como comprende el lector, sólo se emplea dentro de la más ínfima cursilería). *Diccionario Pai-las*–N. de la R. En criollo se llama al incendio, quemazón.

Las gentes limeñas suelen ser despertadas a media noche por las estrepitosas y alarmistas manifestaciones del incendio metropolitano. Cuando tal cosa ocurre, las hay honestas y reposadas que son interrumpidas en la placidez de su sueño y se incorporan en la cama, prenden la luz y miran el reloj para constatar la hora del siniestro y poner en duda al siguiente día la autenticidad de las informaciones periodísticas: las hay más curiosas y precipitadas que se avientan de la cama para aguaitar por el balcón o la ventana el paso de las bombas y de los granujas; las hay abnegadas y nocherniegas, que colaboran en el arrastre de los gallos vocingleros; las hay inútiles que obstruyen la labor de los esforzados y cosmopolitas bomberos; las hay, investigadoras y obedientes a un deber periodístico, que inquieren la magnitud del siniestro, la cantidad del seguro y el "origen del fuego"; y las hay, enfermizamente artistas, que asisten emocionadas y gozosas al espectáculo de las llamas y de la devastación.

Pero, en general, un incendio conmueve a todas las gentes de la ciudad, a menos que pertenezca a la ínfima categoría que los cronistas denominan "amago" y que comprende todos los casos de "quemazón" de un baúl

mundo, un colchón, una estera o un lecho antihigiénico y combustible. Como Lima es una ciudad tan chica, no es posible que se queme una casa en Monserrate sin que se enteren de tal suceso las gentes del Carmen Alto y Cocharcas. Toda la psicología de esta ciudad, vocinglera, chismosa, murmuradora e inquieta, se manifiesta igual en el instante trágico de una catástrofe que en el instante trascendental de una revolución. En Lima, todo es pitos, campanadas, pregones, vítores, cañonazo de las doce del día, banda de músicos, corneta de heladero y alboroto cotidiano y habitual.

Y el incendio ha de ser nocturno para que sea emocional, interesante y trágico. El fósforo que arrojara distraído un individuo imprudente, el pucho de cigarro indiferentemente olvidado, el cruce eléctrico, la alevosa conspiración de las cenizas de un bracero, necesitan forzosamente de la complicidad de la noche para determinar la destrucción y el daño. En el día, todas las fuerzas trágicas y malignas de la naturaleza se sienten cohibidas y acobardadas. Pasaron ellas lo mismo que pasa con el alma delincuente, en la cual la noche solivianta todos los ímpetus y excita todas las tentaciones.

Y es así cómo el fósforo inservible que se apaga cobarde en el día, se torna amenazador y avieso en la noche; es así cómo el pucho miserable y tímido en el día, representa una acechanza y un peligro en la noche; es así cómo el cruce eléctrico que se encuentra vigilado e insignificante en el día, se agita y amenaza en las noches; es así cómo las cenizas del bracero que están en el día bajo la avizora y zafia mirada doméstica, se rebelan, excitan e inquietan en la noche.

La noche lleva en sí una incalculable cantidad de estímulos y complacencias misteriosas para el delito, para el pecado y para el mal. Y también para la sorpresiva, bulliciosa e inquietante "quemazón" criolla.

El incendio.– 1 de la madrugada.–
Mi amigo H. y yo, nocherniegos,
escribíamos.

La una de la madrugada. Mi amigo H. y yo, escribíamos en un grande y silencioso salón de la imprenta. Es el salón más vasto que hay en ella. Y es también el más silencioso y sonoro. A las 12 de la noche mi amigo H. y yo habíamos salido del teatro. Algunos minutos después habíamos bebido un refresco en el Palais Concert. En el Palais Concert nos habían hostigado los chistes y necedades con que pretendían requerir nuestra

atención personas amigas pero desocupadas, irrespetuosas y frívolas, que aplaudieron con estrépito a la incolora orquesta que tocaba el "Marchosito". Estas gentes no habían respetado el silencioso y reflexivo recogimiento con que nosotros habíamos bebido nuestros "ice cream soda".

Mi amigo H., escribía en una máquina "Underwood" que en muchas ocasiones utilizamos para la expresión metódica o inconexa de nuestras ideas. Y, aunque parezca cosa grave y anacrónica, empleando una máquina prosaica y yanqui escribía versos del más complicado y romántico lirismo. Yo también escribía versos empleando un vulgar lapicero mordizqueado en su cabo muchas veces por un amigo inquieto y neurasténico. El teatro argentino y el "ice cream soda", así parezca poco comprensible, nos habían inspirado, sin duda alguna.

Sonó una pitada policial. La identificamos pitada de incendio. Y comprobamos en seguida, permaneciendo atentos a las modulaciones de ella, que el incendio se había producido en el cuartel primero.

Nos asomamos al balcón de la imprenta y vimos a ciertas gentes de diversas y abigarradas fachas que corrían velozmente. Como en Lima se ve correr a las gentes siempre que hay un incendio, así éste se realice en lugar muy apartado, no nos parecieron tales carreras, un indicio de vecindad del siniestro.

Y tornamos a nuestro escritorio. El ruido de la Underwood volvió a aturdirnos a los dos.

Pero se hicieron más intensas las manifestaciones bulliciosas del incendio. Los pitos de los celadores insistieron con suma pertinacia. Las campanas de los templos vibraron acompasadas y trágicas, cual vibraran en épocas lejanas en que los filibusteros asaltaban las ciudades porteñas y en que los foragidos se escapaban de las cárceles y tocaban "a rebato".

Y nos asomamos nuevamente al balcón. Vimos entonces rojizo el cielo y cercano el humo. Esto nos decidió definitivamente a salir en busca del incendio.

Nosotros reconstruimos el proceso de la catástrofe. Antes, la policía, el agua y los gallos nos habían importunado y ofendido.

En la puerta de la imprenta nos noticiaron que el incendio se realizaba en la calle del Lescano. Cuando nos hallábamos inmediatos a ella, la

policía tuvo la lamentable incomprensión de suponernos "curiosos" y de pretender atajarnos. Esto nos pareció arbitrario y torpe. Nuestra indignada protesta nos sirvió para moderar el prejuicio de la policía y conseguir acercarnos a la calle del incendio.

A lo largo de la calle de la Merced, por la cual nosotros avanzábamos, operaba cierta tropa de bomberos. Unos azuzaban el fuego del "gallo", máquina de lo más estrepitosa y alarmista. Otros desenrollaban unas mangas pesadas como boas dormidas. Otros dispendiaban el agua de un grifo. Otros corrían de un lado a otro.

Era aquella una confusión babelesca que nos hacía perder por completo la sensación de la catástrofe. Nosotros habríamos pretendido que toda esta tropa de bomberos abnegados, que toda esta policía vigilante e incomprensiva, que todos estos curiosos impertinentes y comentadores, se alejasen, dejasen al incendio en libertad de acción y nos permitiesen a nosotros apreciar las modificaciones del siniestro desde la esquina de "Smart", que encontrábamos en ese instante muy propicia y conveniente.

Pero nuestro deseo no podía ser entendido por todas estas gentes empeñadas en cohibir los derechos de vida del fuego y que con sus trajines amenazaban atropellarnos y ofendernos.

Y desde la esquina de "Smart" quisimos reconstruir el proceso del siniestro de esta manera:

–Esta calle estaba silenciosa. En una esquina meditaba un cachaco. En la otra, dos amigos se repetían que las exigencias de sus oficinas respectivas les iban a obligar a dormir muy pocas horas. Y bostezaban antes de despedirse y seguir las divergentes direcciones de sus casas. Por fin, se despidieron. Un transeúnte con frío, caminaba por una de las aceras de la calle. Advirtió entonces que de un establecimiento de ferretería salía humo. Comprendió que se trataba de un incendio y dio voces. Acudió el cachaco. Acudió un mayor de guardias. Las pitadas que nos habían interrumpido a mitad de un espontáneo y generoso hemistiquio, sonaron entonces. Luego sonaron las campanadas de las iglesias. Sacristanes sonámbulos habían subido a las torres para tocar automáticamente las campanas. Los bomberos comenzaron a concentrarse en sus cuarteles. Casi todos eran interrumpidos en su sueño y se echaban a las calles mal vestidos y presurosos. (Los bomberos son gentes abnegadas que pagan cotizaciones, se imponen vigilias, echan agua, se uniforman y tienen la única compensación de vestirse de parada en días de festividad pública y asistencia institucional). Después el fuego se hizo visible. Los vecinos se

despertaron con alarma. Llegaron las bombas. Funcionaron los grifos. Y la situación se hizo tal como la encontramos nosotros en este momento.

Las llamaradas se elevaron crispadas y nerviosas sobre los techos de la casa incendiada. El cielo proyectaba sobre la esquina sombría una luminosidad caliente. Había un acre olor a tizón. El humo hacía veleterías siguiendo las insinuaciones veleidosas del viento. Nosotros volvimos a indignarnos de que se pretendiese cohibir la libertad del siniestro y de que las mezquinas fuerzas de los grifos, de las mangas, de los gallos y de los bomberos se permitiesen luchar contra las grandes fuerzas trágicas de la naturaleza estimuladas por la complicidad de la noche. Esto nos parecía sumamente ridículo. Habríamos querido explicárselo a todas las tumultuosas gentes que junto a nosotros se agitaban. Pero prontamente comprendimos que nuestro empeño habría sido semejante en ineficacia y necedad al suyo.

Teoría razonable.– El incendio nace y muere sujeto a determinaciones fatales.– Los hombres no pueden sojuzgarlo ni intimidarlo.

Las llamas se crispaban magníficas. El olor a tizón se acentuaba. Era un olor caliente que parecía empeñado en hostilizarnos. Los bomberos azuzaban el fuego de sus gallos. Nosotros nos dimos cuenta de que era muy original y contradictorio que para combatir el fuego de un incendio fuese preciso azuzar otro fuego. Sin el fuego de los gallos no es posible conseguir que el fuego de la catástrofe disminuya. Y los bomberos necesitan estimular el pequeño y esclavo incendio de sus máquinas para abatir el incendio majestuoso y destructor. Y aquél se alimenta de carbones mercenarios mientras éste hace su combustible de edificios y palacios. Se diferencian, pues, trascendental y significativamente.

Y nosotros teníamos simultáneamente un mismo pensamiento. Sin decírnoslo lo sabíamos. Pensábamos nosotros que es inútil, vanidoso y necio, que los hombres traten de sojuzgar a los incendios. Un incendio estalla contra la voluntad de los hombres. Es un acontecimiento rebelde y arbitrario. No puede, pues, terminar de acuerdo con la voluntad de los hombres. Juzgar que un incendio es como una montonera que las gendarmerías y guardias civiles debelan y reprimen es irrespetuoso y osado. Cuando un incendio termina brevemente, no es que los hombres lo hayan

intimidado y reducido. Es que este incendio no debía durar más. Las fuerzas trágicas de la naturaleza han determinado su duración precisa e inexorable y esta duración no puede ser contrariada por el empecinamiento de los ejemplares ciudadanos que combaten el fuego. Nuestra teoría es fatalista y proclama la inutilidad del esfuerzo. Califica la acción de los bomberos como un vano y quijotesco simulacro. Y define que un incendio termina tan sólo cuando se exhausta y languidece espontáneamente.

Las mangas de agua comenzaron a funcionar activamente. El fuego, parecía sentirse estimulado y soliviantado. Surgían copiosas columnas de humo. El olor de tizón se trasformaba. Simulaba humedecerse. En un balcón cercano se agrupaban gentes azoradas.

Cena tenebrosa.– Divagaciones.–
Lomito saltado, papas fritas, café
con leche y graves filosofías.

Nosotros nos dimos cuenta de que era difícil prever la hora en que terminaría el incendio.

Un bombero a quien interrogamos con fingida ingenuidad, nos dijo:

–¡Quién sabe!

Y nosotros comprendimos que éste era un bombero razonable. Tentaciones tuvimos de explicarle nuestra teoría, pero nos detuvo el temor de que no quisiera detenerse para escuchar nuestra frase y nos abandonara para coger una manga.

Volvió a nuestro ánimo la impresión de que el incendio terminaría espontáneamente.

Y nos preguntamos:

–¿A qué hora tendrá este incendio propósito de terminar?

Tuvimos la mala suerte de que un curioso nos escuchara. Y nos sentimos absolutamente seguros de que nos compadecía. Nosotros le despreciamos.

Inquirimos qué hora era. Se nos respondió que las 2 y 30 de la mañana. Y pensamos en la conveniencia grosera pero explicable de cenar. Hacia un oscuro y sigiloso café y restorán nos dirigimos. Otro amigo se sumó a nosotros. Y entre los tres hubimos de poner esforzado empeño para lograr que un mozo del café nos abriera. El café tenía un interior tétrico. Había sido cortada la luz eléctrica. En un rincón sospechoso como un rincón de bodega, junto a una pipa sucia y renegrida y en torno de una mesa

temblona, nos situamos. Un mozo puso sobre la mesa una vela de coche, ajustada a una botella. La flama de la vela oscilaba y humeaba como la gran flama del incendio.

Preguntó el criado –cholo, acucioso y servil– qué clase de vianda, aderezo y bebida preferíamos. Nosotros se la indicamos y sentimos hipnotizadas nuestras miradas por la flama tornadiza de la vela.

Y meditamos.

Luego nuestra conversación fue así:

–Yo tengo la sensación de que toda la ciudad está ardiendo.

–¿Será posible que toda la ciudad esté ardiendo?

(Carbonizado, el pabilo de la vela se tronchó súbitamente).

–Nosotros, con este pabilo cuya lumbre parpadea, podíamos hacer un incendio y consternar a la ciudad. Es, pues, muy fácil consternar a la ciudad. Un pabilo basta.

–Grande y morboso placer debe ser el del incendiario.

–Yo me explico a Nerón.

(El criado colocó sobre la mesa las viandas de la cena. Callamos. Y comimos).

–El incendio ha sido desde la más remota antigüedad siniestro y salvaje placer de los hombres. Los ejércitos vencedores incendiaban las ciudades vencidas.

–Exacto. Hasta ahora se conserva la misma brutal costumbre. La practicaron el califa Omar en Alejandría y el general Baquedano en Chorrillos.

–Ambos fueron grandes y aviesos bárbaros.

–Y los grandes incendios pueden determinar vulgares dichos populares que muchos siglos más tarde repiten las zarzuelas. Los griegos quemaron Troya. Y aún se repite con ruin gracejo: "¡Aquí ardió Troya!".

(La vela hizo una gran flama. Se agitaron sombras epilépticas en el techo. Los tres hubimos miedo, como si presintiéramos que la vela tuviese la intención de producir un incendio).

–Hay incendios serviles. Son los incendios que hacen los hombres con fines industriales. A esos incendios no les temen y no les combaten.

–Cierto. Esos incendios son, en relación a estos otros audaces y espontáneos, lo mismo que los animales domésticos en relación a las fieras indómitas.

–El incendio, cuando se presta a fines de comercio e industria, renuncia a todos sus atributos nobles y grandiosos de tragedia y destrucción.

–Es, entonces, un incendio claudicante.

–Porque el incendio es magnífico. No se concibe la guerra sin el incendio.

–Y el fuego es divino. La Iglesia Católica habla del fuego del infierno y del fuego del purgatorio. La Biblia santifica el fuego. Jehová destruyó las ciudades culpables de Sodoma y Gomorra con una lluvia de fuego. El fuego purifica los sacrificios de todas las religiones. El fuego es santo.

–¿Por qué entonces los hombres aseguran sus inmuebles en previsoras empresas anónimas?

Silencio. La flama de nuestra vela sigue hipnotizándonos. De fuera llega aún el bullicio de las bombas, de la policía y de las campanas. Mientras nosotros cenamos, hay una tragedia a muy pocos pasos, y hay muchos hogares en angustia e inquietud.

–Y el incendio es valiente y audaz. Suele destruir los vapores, desafiando al indignado tumulto de las aguas enemigas.

–Antes quemaban a los hombres vivos.

–Mas, cuando los hombres eran listos y puros como los hermanos de Daniel, burlábanse del fuego y de Nabucodonosor.

Y luego cesó el diálogo. Nuestra cena había terminado. Pagamos y salimos a la calle. El incendio seguía indomable y majestuoso. A veces se solapaba hipócrita y burlonamente. Pero, los bomberos, avezados a estas felonías, no se dejaban engañar. Y el incendio volvía a tornarse amenazador e intenso.

La calle por la cual avanzábamos estaba inundada. Nuestros pies se mojaron en los charcos. Comprendimos que cuando ocurre un incendio, es el agua más mortificante e intrusa que el fuego. Nosotros lo estábamos constatando. El fuego no nos había mortificado a nosotros en lo menor. Apenas si su reflejo caliente y su olor a tizón húmedo nos lo había hecho sentir cercano y amenazante. En cambio, el agua nos salpicaba, nos entumecía y nos hacía tiritar.

El incendio rebelde. Terminó cuando su fatiga se lo impuso. Y fue la suya, por mucho rato, no la muerte sino la catalepsia.

La madrugada. Amanecía. El incendio se cohibió con el día. Sintió celos al advertir apocada su luminosidad. Y avergonzado, se atenuó. Los

bomberos que exhibían a la luz de la mañana deplorables fachas, no se cohibían ni avergonzaban. Y seguían echando agua con encarnizamiento al incendio agonizante. El incendio terminaba espontáneamente conforme a nuestra teoría y a nuestra observación.

*
* *

Muchas horas más tarde, el incendio seguía aún latente. No había sido suya la muerte sino la catalepsia. Mi amigo H. y yo, que habíamos descansado en nuestras casas largas horas, volvimos a encontrarnos ante las ruinas. Era otra vez de noche. En un último instante de vida, en una última rebeldía, el incendio reaccionaba. Su agonía tenía un último gesto de poderío y majestad. Y los hombres se acobardaban ante su amenaza.

Nos alejamos de las ruinas.

Y nos dijimos:

–¿No le ha hecho daño a Ud. el agua de anoche? Yo tengo aún frío en los pies.

–Me ha enfermado el agua. El agua es traidora.

La última humareda se hacía vigorosa. Y tornaban a sonar con estrépito los pitos de los policías, las campanas de los templos y la algarabía de las bombas.

La noche amparaba el último estertor del incendio.

JUAN CRONIQUEUR

(En *El Tiempo*: Lima, 10-VIII-1916)

"THIM", EL PERRO FENOMENO

"Thim" es el perro que más se asemeja al hombre

> *A mi amigo "Baby", perro aristócrata, pequeño y bruto, que gusta del regazo de su ama gentil, que tiene el buen tono de ser absolutamente inútil y que no pretenderá jamás convertirse en perro sabio ni en perro famoso.*

Hace pocas horas que he conocido al perro Thim. Si yo fuera uno de los gacetilleros que hacen reportajes a las celebridades viajeras, diría que hace pocas horas he tenido el honor de conocer al perro Thim. Pero ni yo admiro al perro Thim, ni he deseado nunca tratarlo, ni he sentido necesidad alguna de conocerlo personalmente. Si los hombres famosos en la intimidad son generalmente vulgares, es justo suponer que los perros famosos en la intimidad lo serán también. Y que nada les diferenciará sustancialmente de los perros vagabundos o de los perros burgueses.

Recientemente, en un "diálogo indiscreto" de Falcón, éste me hizo decir sobre los perros cosas que en realidad siento y sostengo. No me parecen los perros animales muy apreciables y selectos. Les encuentro serviles y aduladores. Y sobre todo les encuentro desvergonzados. El perro es un animal que se humilla. Dadle un pescozón y esto no alterará vuestras relaciones con él. Su psicología le hace avenirse por igual con el maltrato y con la caricia. Su bajeza y servilismo no reconocen límites. Es fiel. Tiene definidamente alma de siervo. Como a los hombres nos place tanto la adulación y la fidelidad, elogiamos al perro y decimos que el perro es un animal noble. Pensamos probablemente que el perro ha de entender nuestro concepto y que esto le ha de tornar más agradecido y abyecto todavía.

Y tengo además una opinión particularísima sobre el perro. El perro no es valiente y sereno como se pretende. Yo lo niego. El perro es a lo sumo matón. Pero en realidad es medroso. En las noches trágicas, el perro que

tiene "ojos de ver", se espanta ante la muerte, y ante las sombras cuando pasan. Y aúlla y ladra. Y cuando la luna está muy lívida y muy redonda o cuando la luna semeja una hoz de aluminio, el perro tiembla y pregona su pavor. Es que el perro tiene probablemente la estúpida idea de que la luna va a quemarle o va a encenderle como una lente puesta al sol. El gato que también tiene "ojos de ver", el gato que también sabe cuándo pasa la muerte y cuándo se estremecen las sombras, jamás se espanta, jamás gruñe. Tiene un alma habituada al misterio. Y en tanto el perro es cobarde como un niño a quien han narrado en la noche historias de duendes y de ánimas del purgatorio.

Estos conceptos generalísimos míos acerca de los perros no vienen a cuento tratándose del perro Thim. Para el perro Thim tengo yo más dura invectiva. Yo podría ser buen amigo de un perro leal a su condición zoológica como Baby. Pero yo no puedo transigir con un perro como Thim. Thim es un renegado de su casta. Thim es un imitador de ajenos hábitos zoológicos. Thim es tan abyecto y ruin admirador de los hombres que simula sus habilidades. Thim tiene menos altivez que todos los demás perros del mundo. Y está tan envilecido que se ha expuesto a que las gentes digan de él:

–Este perro tiene talento.

Thim es un perro inteligente. – ¿Por qué decimos que Thim es inteligente? ¿Pensarán los perros lo mismo que nosotros?

¿Con qué derecho declaramos superior a un perro cuando le atribuimos inteligencia, cuando le asignamos talento? ¿Por qué ensanchamos nuestro arbitrario concepto del talento para todas las castas zoológicas? ¿Lo que para los hombres es el talento, será también el talento para los perros? ¿Sabemos lo que será el talento para las avispas? ¿Tenemos autoridad para legislar así sobre generalidades tan complicadas?

Si aceptamos que no es posible que nuestro concepto y nuestras sensaciones sobre la belleza sean también el concepto y sensaciones sobre la belleza de los demás animales, ¿cómo vamos a pretender que nuestro concepto sobre el talento sea también el concepto sobre el talento de los demás animales? Sería absurdo. Sería arbitrario.

Lo que para nosotros es hermoso, para otro animal puede ser horrible.

Las moscas, que tienen la alta calidad de insectos, se refocilan y gozan en el albañal. Y hallan gratísimo perfume lo que para nosotros es detestable fetidez. Y hallan plácida vianda lo que para nosotros es repugnante inmundicia.

Y dentro de este orden lógico de consideraciones que reposan en la verdad de la naturaleza, no tenemos derecho ni autoridad para creer que es un perro superior aquel cuyo talento se asemeja al nuestro.

Hay que creer que en la misma situación que los sentidos están los pensamientos misteriosos de los animales en relación con los pensamientos de los hombres.

Acaso, dentro de su familia zoológica Thim es un perro deplorable y torpe.

Thim es un renegado. No tiene el sentimiento de su altivez zoológica.

Pero, sobre todo, Thim es un renegado de su condición zoológica. El ladrido ha perdido en él toda su espontánea y normal significación. Le sirve para entenderse con los hombres para expresarse como ellos. Le ha dado mercantil utilidad. El ladrido de Thim tiene que inquietar siempre a Calvety su amaestrador. Jamás puede pensar Calvety que un ladrido de Thim es un ladrido sin importancia. Thim ha tenido el servilismo inconcebible de metodizar y disciplinar su ladrido.

Un perro que se empeña en parecerse a un hombre, es un perro que deja casi de ser tal. Y como jamás un perro puede llegar a ser igual a un hombre, el perro que lo imite renunciará a sus prerrogativas de raza y en cambio no llegará nunca a gozar de las prerrogativas de raza de los hombres. Será, pues, un perro imbécil.

Y esto es lo que ha hecho Thim. Se ha despojado de los atributos zoológicos del perro por aspirar a los atributos zoológicos del hombre. Y en vez de divertirse en una plaza o en un zaguán con otros perros, en vez de ejercitar sus aptitudes indiscutibles para el salto y para la carrera, en las horas de esparcimiento, Thim juega dominó o juega tresillo. Y se atormenta con las complicaciones del dado, de la ficha o de la baraja.

Thim es un perro que ha perdido a tal punto el sentido de su personalidad que trata de ser una calcomanía del hombre. Es un animal inferior. A mi juicio son animales inferiores todos aquellos que imitan a los hombres. Los considero desprovistos del sentimiento de su autoctonía. Y por eso es que

desprecio tanto a los monos y a los loros, que hacen piruetas como los hombres, que simulan los gestos de los hombres o que remedan las palabras de los hombres.

Thim y la felicidad.
Thim y el destino.

Thim es un pobre diablo. Thim no tiene el concepto de la felicidad. Thim ha tolerado que le amaestren y que le enseñen ciertas habilidades de histrión. Y Thim no sabe que esto va a hacer la fortuna del hombre inteligente que usufructúa su esfuerzo. Y Thim ignora que no va a hacer en cambio su felicidad.

¿De qué le sirve a Thim que los públicos le ovacionen y llenen los teatros en los cuales trabaja? ¿De qué le sirve a Thim ser un perro famoso? Thim no pasará a la posteridad. Y aunque Thim pasara a la posteridad, hay que creer que a un perro no debe importarle la gloria. ¿Thim es acaso dichoso porque gana mucho dinero? Y si no lo es, ¿por qué Thim se empeña en ganar dinero? Y Thim es más bien infortunado. No tiene libertad. Su amo le defiende y le cuida con avaricia. Jamás Thim puede ir donde le da la gana. Y su vida tiene sucesivamente por escenario habitaciones de hotel, interiores de berlina, camarines, salas de teatro, vapores, vagones y redacciones de periódicos.

Thim no puede amar. Thim es un nómade, un vagabundo, un trashumante que va de pueblo en pueblo sin encontrar en ninguno la felicidad.

Y mientras que otros perros plebeyos, como los que ambulan por las calles, o aristocráticos, como mi amigo "Baby", son felices, no trabajan y no tienen inquietudes, Thim vive afligido por sus preocupaciones. Tiene que pensar, tiene que sumar, tiene que dividir, tiene que conocer a las gentes, tiene que acordarse de sus nombres.

Vive cautivo. Duerme en un cuarto de hotel. Y ni siquiera puede satisfacer su glotonería –los perros geniales y los hombres geniales suelen ser glotones– pues su amo lo tiene en ayuno el día que trabaja. Y le escatima la vianda, para ofrecérsela más tarde como una recompensa si suma, adivina, juega y piensa como conviene al éxito del espectáculo. Y la vianda de Thim es una vianda de cantina. Una vianda mercenaria. Y el hueso que Thim roe es el hueso de un jamón ahumado. No es el hueso jugoso y noble hurtado en la cocina.

¿Por qué se esfuerza Thim? ¿Por qué trabaja Thim? ¿Por qué es hábil Thim?

La voluntad de su amo es la voluntad de Thim.– Thim es un abúlico.– Thim es un fracasado.

Thim es abúlico. Thim no tiene voluntad. Luego Thim es un fracasado. Y conforme a la teoría genial de Florencio Sánchez, Thim es un "muerto".

La voluntad de Thim es la voluntad de su amo. El alma de Thim es el alma de su amo. Cuando Thim está solo debe sentirse medroso y cobarde. Y si en esos momentos, perros o gentes, le sorprenden o atacan, Thim debe encontrarse aterrorizado.

Thim necesita en todo momento de la voluntad de su amo. Necesita de ella para comer, para vivir, para pensar. Thim es un autómata.

Thim ha "trabajado" en esta imprenta .– El perro histrión y nosotros.

En la redacción de este diario, en la misma sala en que yo trabajo, Thim ha hecho sus experimentos. Yo me he visto obligado a interrumpir un artículo sin importancia. Y me he acercado con curiosidad a Thim.

Thim se había acomodado sobre una silla. Y tenía erguida y avizora la cabeza.

Thim es un perro pequeño y lanudo, de vulgar catadura. Thim es un plebeyo. No es un perro aristócrata y refinado. Es un perro villano a quien los hombres han pervertido y han arrebatado su pureza racial.

Thim me ha mirado. Y el empresario me ha dicho:

–Thim triunfó en Buenos Aires en un gran concurso de artistas de variedades. Derrotó a Zazá y a la Quijano.

Y yo he preguntado:

–¿Thim sabe sistema métrico decimal?

El empresario me ha sonreído benévolamente convencido de que yo me burlaba. Y yo he pensado que un perro que ha derrotado a Zazá y a la Quijano, debía saber necesariamente sistema métrico decimal.

Y luego Thim ha sumado, ha restado, ha multiplicado, ha dicho cuál de los presentes tenía bigote rubio, cuál tenía barba, cuál era más viejo, ha alcanzado el periódico que se le ha pedido, ha ganado una partida de dominó a un compañero, ha hecho muchas cosas sorprendentes.

Su amo le ha obsequiado un trozo de carne fría. Thim, que debe estar

muy mal educado y que debe ignorar a Carreño, se lo ha comido, sin reparar en que lo hacía ante una distinguida concurrencia. Y no le ha pedido permiso a nadie.

Y cuando Calvety le ha dicho que la carne estaba envenenada, Thim que es un cobarde, la ha dejado en seguida. Thim es tan infeliz, que no tiene la entereza de suicidarse para poner término a su menguada situación de renegado, de autómata, de "medium", de abúlico, de "fracasado", de siervo y de prisionero.

Yo he preguntado:

–¿Qué objeto tiene la sabiduría de este perro?

Y la concurrencia se ha reído. Yo he tenido que callarme. En esos momentos no era posible que se me prestara más atención que a Thim. Y esto me ha indignado a mí, sinceramente.

Conceptos que sugiere
el perro Thim.

La aritmética es una ciencia sin importancia. La aprende cualquier bruto con "talento". Un perro aprende a sumar, a restar y a multiplicar.

La aritmética es una ciencia inferior.

*
* *

Un perro puede tener sentido común. ¿Por qué se nos pide que tengamos sentido común?

*
* *

¿En qué pensará el perro Thim cuando le retratan? Yo tengo interés en averiguarlo.

*
* *

He advertido que a todos los perros lanudos les place el agua y el baño. Thim es un perro lanudo. ¿Tiene importancia que Thim sea un perro lanudo?

*
* *

¿Quién sería el primer amo de Thim? Tiene una grave responsabilidad de conciencia.

*
* *

El orgullo, la dignidad, la vergüenza, son las supremas virtudes humanas. He advertido que ningún perro las posee.

*
* *

¿Quién sabrá decir el destino del perro Thim? ¿León Kendal o una gitana? ¿Cuándo morirá el perro Thim?

Dedicatoria a "Baby"

¡"Baby", buen amigo mío, perro discreto y prudente, perro perfectamente bruto, perro frívolo, perro inútil, conserva siempre el sentimiento de tu autonomía zoológica!

¡"Baby", buen amigo mío, no imites a los hombres!

¡"Baby", buen amigo mío, no aspires a ser perro famoso ni perro sabio!

¡"Baby", buen amigo mío, desprecia la gloria y la celebridad! ¿Qué te importa la celebridad, "Baby"?

Tú eres feliz, "Baby". Tú no tienes preocupaciones. Thim las tiene. Y por eso Thim ayuna. Y por eso Thim es infortunado. Compadécelo, "Baby". Tú serás feliz hasta tu muerte. Thim será desdichado hasta su muerte. Cuando Thim se muera su amo tendrá la aflicción de haber perdido una fortuna. La misma aflicción que se tiene cuando se ha perdido una cosecha. Cuando tú mueras, llorará por ti, conmovida, tu amita gentil. Y luego te sustituirá, "Baby", en su cariño, con otro perro, como tú, pequeño, como tú, hermoso, y como tú, inútil.

JUAN CRONIQUEUR

(En *El Tiempo*: Lima, 8-IX-1916)

"AVENTURA CON UNA DAMA QUE DESAPARECE"

"El fantasma de estas noches"
Ayer hablamos con la misteriosa dama
Ella nos contó la aventura

En pos del misterio

Ayer, a la hora y en el sitio convenidos, nos entrevistamos con "la dama del cuento". Nuestra sorpresa ante ella fue enorme. Creíamos encontrarnos ante un ente extrarreal, macabramente folletinesco; creíamos que el lenguaje humano no iba a bastar para la entrevista, y nos aprestábamos a sorprender la técnica del léxico de ultratumba. Ante la dama, no sufrimos precisamente la desilusión. Fue simple contrariedad de nuestra fantasía diabolizada por la vecindad del misterio y violentamente puesta ante la exactitud de la realidad.

Nuestra interlocutora –una rubia que es casi tan hermosa como la mejor morena– nos dio, pues, el disgusto de defraudar nuestras exaltadas expectativas, de defraudarnos sin discusión, la primera vez que esperábamos poder entendernos con un fantasma auténtico, seguro. Fue una visión positiva de Lombroso puesta ante los ojos poco menos que sonámbulos de unos hombres que esperaban encontrarse con una creación imposible de Allan Kardec. La realidad, madre de la ciencia, burló a estos simples soñadores que iban en pos de la ilusión, madre del arte y también de las informaciones periodísticas.

Nuestra interlocutora, repetimos, fue, y ojalá lo fuera aún, una de las estrellas de nuestra galantería. Vio rendidos –nos cuenta ella– a muchos poderosos y –siempre habla ella– nunca negó amor desinteresado a los artistas.

Frente al fantasma

El plan de reportaje que teníamos concebido se hizo completamente inútil. No podíamos interrogar a esta dama como interrogaríamos a un fantasma. Hubo en nosotros tentación de renunciar al esclarecimiento de

la aventura. La aventura, sin el fantasma, resultaba desde ese momento una aventura vulgar. Y su sitio aparecía en la crónica de hechos diversos.

Pero teníamos que ser corteses con la dama que nos había citado, en atención siquiera a su calidad de protagonista de una aventura exaltada por los periodistas.

Y entre la dama del cuento y nosotros fue así el diálogo:

–¿Usted es el fantasma?

–Yo soy el fantasma. Una noche vulgar me ha hecho heroína de una rara fantasía. Y estoy muy sorprendida. ¿Quieren ustedes consentirme que me ría una vez más?

–Puede usted reírse todo lo que quiera.

–Gracias.

–Ahora, el relato.

–"Las once sonaban en los alrededores de la estación".

–¿Sólo en los alrededores de la estación? ¿Y qué hora sonaría en los otros sitios de Lima?

–Sean ustedes serios. Fíjense que hablan con un fantasma.

–Está usted en lo cierto.

–Bueno. Las 11 eran en Lima, y yo vagaba en los alrededores de la estación. Vagaba buscando.

–¿Buscando?

–Sí. Buscando. Buscando.

–Bueno. Buscando. ¿Y por qué para buscar se enlutó usted tan rigurosamente?

–Porque, si ustedes recuerdan las novelas, sabrán que no se puede ser dama misteriosa sin ser dama enlutada.

–Cierto. El destino, el Hado, la condujo a usted, enlutada, o lo que es lo mismo, misteriosa, a la aventura. El destino, personalmente, la vistió a usted de negro.

–Sí. Ahora es el destino el que me viste.

–No entremos en confidencias. ¿Y el facultativo?

–En ese instante no tuve noticia de su calidad profesional. No tenía manifestaciones exteriores de ser médico. Me pareció un simple hombre.

–Menos mal.

–Bueno.

–¿Es buenmozo el facultativo?

–Sería descortés que yo afirmase lo contrario.

–Quedamos en que es buenmozo.

–No dejaría de serlo, o, si no lo fuera, no lo sería, gracias a que yo afirmase el pro o el contra. El facultativo...

–El facultativo me siguió. Esto no me causó asombro.

–¿No la asombra a usted que la sigan facultativos?

–Pónganse serios. Comienza a obrar el misterio en la aventura.

–Respiramos.

–El facultativo me habló.

–Y usted le contestó...

–Casi.

–Se hablaron.

–Nos hablamos. El facultativo trató de prevenirme contra los ladrones.

–Siempre los médicos usan preventivos.

–Sería por eso que me previno. Y no sé si sería por eso que me acompañó hasta mi casa. A un facultativo que la acompaña a una hasta su casa, no es posible dejarle en la puerta. Sobre todo cuando ese facultativo se apresura a prevenir contra los ladrones.

–¿Y eso de la casa? ¿Qué casa es esa?

–Eso ya es íntimo.

–Pero es preciso aclararlo.

–Como ustedes quieran. Mi casa era una casa circunstancial. No era mi casa. Me la había prestado un amigo, pero tampoco era de mi amigo.

–Ahí está el misterio. Esa casa de propietario indefinible es obsesionante.

–Ni mucho menos. Era una casa puesta judicialmente en depósito, y mi amigo el depositario. La casa estaba cerrada y conservaba sus muebles. La llave la tenía mi amigo.

–¿Quién es su amigo?

–No es discreto nombrarlo. Les diré, sí, que es uno de nuestros especialistas en cuestiones policiales, un detective insigne, un técnico en investigaciones y antropometría. Además de todo esto, es persona bondadosa...

–Y como usted de pronto no tuvo casa.

–Eso es más íntimo. ¿Han oído ustedes hablar de la situación, la crisis?

–La guerra europea, la falta de presupuesto, la dictadura fiscal.

–No se bromeen. Esto además de íntimo es doloroso. Decía, pues, que ese amigo que, aunque policía, es buena persona, quizá por ser policía científico, me dio, clandestinamente y burlando la intangibilidad del interdicto legal, la llave de la casa depositada.

–¿Y a ella llevó usted al facultativo?

–A ella me acompañó el facultativo. Yo le invité a pasar.

–Toda una invitación para un facultativo.

–El facultativo pasó. Como no tenía luz eléctrica, ni bujía, ni querosene.

–Culpa de La Brea y Pariñas.

–No conozco a La Brea ni a Pariñas.

–Una lástima.

–¿De veras?

–El facultativo y yo nos encontramos a oscuras.

–Como en el cinema.

–No nos parecía a nosotros lo mismo en ese momento. La falta de luz hizo comprensivo al médico.

–Parece mentira que un médico a oscuras sea comprensivo.

–Pues ahí tienen ustedes. El médico fue comprensivo. Tanto que quiso ir a comprar una bujía.

–¿Y usted se opuso?

–No. Quise probarle al médico que yo tenía servidumbre, y, a fin de probárselo, me escapé por el callejón.

–¿Cómo?

–Como yo no tuviese dinero suelto...

–Culpa de los cheques. Crisis nacional.

–Ojalá fuera. La falta de suelto, hizo que el médico me diera un sol.

–¿Con el sol salió usted?

–Sí.

–¿Entonces?

–Entonces, sin decirle nada al facultativo me fui a comprar la bujía.

–¿Y el sol?

–Por olvido, y ofuscación, lo dejé en una consola. Ya en la calle me di cuenta de que no lo llevaba. No me pareció prudente pedirle otro sol al facultativo.

–¿Y?

–Y en la calle me encontré con un amigo. Ya me había decidido a fiar la bujía.

–¿Pero?

–Pero algunas insinuaciones del amigo a quien encontré, y el deseo que yo tenía de alejarle de la casa, para que mi visitante no pensara mal de mí...

–No era posible que tal cosa ocurriera.

–Los hombres son muy mal pensados.

–Sobre todo a oscuras.

–Sí. Decía, pues, que el diálogo me distrajo.

–¿Mucho tiempo?

–Alrededor de media hora. Yo tenía gran inquietud por la suerte de mi visitante.

–Con razón: Aquello de los ladrones.

–Sí. Busqué un pretexto para volver a la casa, me desligué del amigo por un momento, y volví. Ya el médico no estaba.

–El médico tenía miedo a las ánimas.

–No me fue posible sospecharlo.

–Naturalmente.

–En vista de la ausencia del médico, cerré la puerta, eché el candado que el depositario, mi amigo, me recomendó que nunca dejara abierto para mantener la apariencia de inviolabilidad, y me fui por esas calles.

–¿Con el nuevo amigo?

–Sí. El nuevo amigo me había hablado de casa más cómoda y menos circunstancial. Como en la depositada yo nada tenía ni nada sacaba de ella, la dejé de hecho, reservándome devolver las llaves a mi amigo.

–¿Y el sol?

–Lo olvidé por completo.

–Aquí interviene otra vez el destino.

–Seguramente. Después he sabido que el médico se quejó a los tribunales. Llamó la policía, hizo sumaria investigación, pidió exorcismos, habló con periodistas, hizo abrir la casa.

–Y recuperó su sol.

–Sí. Ustedes están obsesionados con el sol.

–Nosotros y el médico. Aparte de que sin ese sol no habría misterio.

–Las informaciones de los periódicos me indujeron a escribirles. Me gusta la prensa de oposición.

–Gracias. Encantados acudimos y encantados nos vamos, aunque con la desilusión de no haber conversado con un fantasma, por mucho que ya sabemos cómo por un sol se hace un misterio.

Y después de charlar unos minutos más con la rubia tan bella como la mejor morena, nos despedimos.

Desde hoy, aunque Lombroso y Allan Kardec nos lo aseguran, no creeremos jamás en las almas del purgatorio. Líbrenos Dios de un alma que, aparte de ser del purgatorio, sea lombrosiana.

(En *El Tiempo*: Lima, 27-XI-1916)

TORTOLA VALENCIA EN SANTA BEATRIZ

Domingo 3 de diciembre. San Francisco Javier. Sol. Sol. Sol. El Sol es mi enemigo personal. El Sol me hostiliza. El Sol me exhausta. El Sol me aturde. Sin embargo yo voy a las carreras alegremente. Hay mucho polvo en el camino. Pienso a veces que entre el Sol y el polvo del camino se han confabulado para asfixiarme. Y pienso que el automóvil que me lleva es un cómplice solapado, avieso y sórdido.

*
* *

Primera carrera. Gana Tirolo. Parece que Tirolo tuviese que ganar siempre la primera carrera. Esto me mortifica. Encuentro indispensable que el handicapper cometa alguna arbitrariedad para evitar que Tirolo vuelva a ganar la primera carrera.

Segunda carrera. Gana Mignonette. También Mignonette suele ser candidato al triunfo en la segunda carrera. Y esta Mignonette es una yegua maligna. Se adueña de la punta con gran celeridad y burla a sus perseguidores como un ratero a la policía limeña. Si Mignonette no fuera yegua sería ratero.

Tercera carrera. Gana Haydée. Haydée tiene un nombre oriental. Y ha corrido con 60 kilos. Pero ha ganado. Debe haber ganado porque ha llegado al hipódromo Tórtola Valencia. Pienso que Haydée ha ganado seguramente porque tiene un nombre oriental y porque ha llegado Tórtola Valencia. No puede ser de otro modo. Es indispensable que el handicapper tenga el mismo criterio que tengo yo.

*
* *

La presencia de Tórtola Valencia es un suceso. Una gran figura artística en el Hipódromo de Santa Beatriz. Me imagino que el Hipódromo de Santa Beatriz debe estar orgulloso por este honor.

Un gran gentío sigue y aureola a Tórtola Valencia.

A Tórtola Valencia no la molesta la popularidad. Acaba de decírselo a Málaga Grenet y a Juan Croniqueur. A Tórtola Valencia le engríe que las gentes la admiren, la comenten y la sigan.

Tórtola Valencia viste un traje blanco, ingenuo, alegre, primaveral y colombino. Y pues el sol la hostiliza, se ampara bajo la sombrilla leve y protectora.

Y siendo muy hermosa en el escenario sigue siendo muy hermosa en el paddock.

Hay comentarios.

–¿Una artista que es hermosa en el escenario puede ser también hermosa en el hipódromo?

–Cuando es Tórtola Valencia, sí.

*
* *

Tórtola Valencia observa a los caballos de la cuarta carrera. Un fotógrafo. Otro fotógrafo. Otro fotógrafo.

Las gentes dicen a la sordina.

–¿Cuál caballo va a ganar?

–¿El que le guste a Tórtola Valencia?

Tórtola Valencia ama las carreras. Con su espíritu aristocrático y gentil se aviene mucho este espectáculo elegante y distinguido. Su hermosura ha brillado en Longchamps, en Chantilly, en Epsom, en Viena. Tórtola Valencia le ha apostado a The Tetrarch y a Sardanapale.

–¿Cuál caballo va a ganar, Juan Croniqueur?

–Springfield o Alino, Tórtola Valencia...

–Prefiero a Springfield por su nombre inglés.

*
* *

Gana Springfield. Se alboroza Tórtola Valencia. Ha ganado. Aplaude. Celebra. Comenta. Ríe. Las gentes siguen rodeándola. Hay una gran onda de admiración en el hipódromo de Santa Beatriz.

Y todos repiten:

–¡Tórtola Valencia le había apostado a Springfield!

Tenía que ganar Springfield.

*
* *

Tórtola Valencia le apuesta a Cosaco. Y gana Cosaco. El señor Orellana, dueño de Cosaco, se persuade de que Tórtola Valencia es una artista maravillosa. Y anhela que le apueste a Floridor. Pero Tórtola Valencia no le apuesta a Floridor sino a Cobalto. Y gana Cobalto. Todas las gentes pensaban que Raillery era una fija. Pero Tórtola Valencia opinaba lo contrario. Y tenía que ser como opinaba Tórtola Valencia.

JACK

(En *El Turf*: Año III, Nº 66, pp. 7-9; Lima, 9-XII-1916)

Tórtola Valencia y Juan Croniqueur / Tomado de "El Turf", Lima 9 de diciembre de 1916 en el Hipódromo de Santa Beatriz. En el centro, de izquierda a derecha: Julio Málaga Grenet, Juan Croniqueur y Tortola Valencia.

Tórtola Valencia y Juan Croniqueur / Tomado de "El Turf", Lima 9 de diciembre de 1916 en el Hipódromo de Santa Beatriz. Juan Croniqueur y Tórtola Valencia. A la izquierda, ps.n.i.

EL DESTINO, LAS GITANAS Y LA CLAROVIDENCIA DE LA MUJER

DESDE LA VOZ DE LOS ORACULOS HASTA LA VOZ DE LA CARTOMANCIA

Al Espíritu Abracadabrante y
Cabalístico de los Dados Impares.

Viendo a una gitana, pienso que el Destino habló siempre por labios de mujer. En los oráculos, fueron sacerdotisas las que dijeron el porvenir e interpretaron las predicciones sentenciosas de los dioses. ¿Por qué el Destino ha hablado eternamente por labios de mujer? ¿Qué raras complacencias ha tenido siempre para los ojos de la hembra? ¿Por qué estos ojos han poseído o han parecido poseer tan extraño don de videncia? ¿Qué razón secreta de afinidad existe entre el alma sospechosa y aleve de la mujer y el misterio del Destino?

Los paganos oyeron hablar a los dioses por boca de las Pitonisas. Y más tarde, y hasta hoy, parece que hubiera sido la predicción virtud accesible preferentemente para la mujer. Quien en los últimos tiempos, novísima nigromante, ha hablado del porvenir, ha sido una extraña mujer, Madame de Thebes. Quien nos dice la buenaventura un día cualquiera, a la vuelta de una esquina, es otra mujer, una gitana trashumante y misteriosa. Las leyendas dicen que las brujas vuelan cabalgadas sobre escobas en las noches del sábado en pos de horribles aquelarres. Las Sibilas tuvieron magna sabiduría de lo futuro. Y la barata y sofista sacerdotisa de la cartomancia que aguarda curiosos y afligidos, en el rincón oscuro de una casa desmantelada, es también una mujer. Entre los gitanos, esa gran raza agorera que va por el mundo como un símbolo de la inquietud de los hombres ante el misterio de lo futuro, son las mujeres las que tienen el sacerdocio de la predicción. Mientras ellas nos dicen el porvenir, los hombres reparan la vasija en deterioro. Mientras ellas ofician de ambulantes y mercenarias pitonisas, los hombres quitan el herrumbre y caldean el

metal. Ellos prenden la lumbre, ellos cuidan a los niños, ellos arman el vivac, ellos amparan la familia, ellos amaestran el oso maromero, ellos aprenden y ejercen un oficio rutinario y elemental. Son una tropa de hombres que completa la tropa de agoreras y que llena la función natural de la perpetuación de la raza.

Nadie sabe si sería por fuerza de la costumbre, por fuerza de la leyenda o, más bien, por fuerza de una íntima e inexplicable sugestión, que se encontraría anacrónico y odioso el augurio dicho por el hombre. Nadie sabe por qué se cree que sólo en la hembra puede residir la facultad de la profecía. Pero es así, sin embargo. No hay quien acuda con placer al oráculo de un sacerdote, brujo, eremita, hechicero o gitano. Parece que por extraña virtud, el Destino sólo fuera accesible a la videncia de la mujer.

La profecía en boca del varón ha tenido siempre distinto y más alto significado. Ha parecido revestida de un don evangélico y adoctrinante. En boca de los profetas semitas, poseía misterio grandioso y trágico de sentencia de Jehová. La Biblia es el libro de los profetas. Y la Biblia es majestuosa, pura, altísima y sabia como la voz de Dios. Debe ser distinta la voz del Destino. ¿Quién sabe del libro de las Sibilas? El libro de las Sibilas será como la voz del Destino: pagano, amenazador, caprichoso, aleve y malo. Los oráculos eran cotizables y se podía evitar un mal por el cohecho de una dádiva. Las profecías de la Biblia son inexorables y rotundas. Son puras y austeras como la ley mosaica. En la Biblia se podía evitar un mal con una virtud y con un sacrificio. La dádiva que pedía Jehová era un holocausto o una purificación.

Los profetas hablaban para los pueblos y para la raza. No hablaban para un hombre. Un profeta anuncia una desolación. Una adivinadora predice un casamiento. Un profeta promete al Mesías. Una adivinadora promete una buena cosecha. Hay evidente desigualdad en el rol del hombre y de la mujer que interpretan el porvenir. ¿Quién sabe de la íntima y misteriosa razón de esta desigualdad?

Cuantos miran en las trashumantes agoreras de la gitanería y en las cartománticas hechiceras de los arrabales, las cultoras de una industria y de un comercio solamente, pensarán que la mujer tiene sobresalientes aptitudes para la trapacería, el engaño, la farsa y el escamoteo. Pero quienes dicen con tanto sentido común la razón de esta videncia cotizable de las mujeres, se equivocan de seguro. Es, más bien, que en la traición, alevosía y maldad del Destino, penetra mejor que el alma del varón el alma sombrosa de la mujer. En la oscuridad del porvenir, las almas sombrosas

deben entrar como murciélagos. El misterio debe tener para estas almas visitantes o irruptoras cierta rara cortesía que debe ser mueca hostil y enigma impenetrable para las almas intrusas y desconocidas.

Tan remoto como la memoria de los tiempos, es sin duda el afán de los hombres de investigar el porvenir. Los hombres no han sabido nunca ni sabrán jamás conformarse con la ignorancia de su futuro. Por eso siempre al oráculo mitológico, como a la covacha de la agorera, fue la peregrinación de los hombres que quisieron preguntar lo que les esperaba. Los hombres sueñan con la felicidad y temen el dolor y se obstinan en averiguar si para ellos la vida va a tener la felicidad invocada o el dolor temido. Como son tan triviales e ingenuos, como seguirán siéndolo a través de todas las evoluciones de la civilización y de la ciencia, piensan que sabiendo el porvenir se puede adquirir un poco de dicha. Y no meditan que la ignorancia del Destino es siempre preferible. La amenaza imprecisa de una profecía funesta debe ser tremenda. La incertidumbre es consoladora. En el engaño está el único bienestar de la vida. Sólo somos felices las veces que nos imaginamos serlo. Y sin embargo de que lo sabemos, sin embargo de que coincidimos todos en que la felicidad no tiene forma precisa, nos empeñamos en saber si vamos a ser gloriosos, si vamos a ser viejos. Los que tienen un amor, inquieren por el porvenir de ese amor. Los que tienen una esposa, buscan la certidumbre de su fidelidad. Los que aspiran a la gloria, preguntan si les será accesible algún día. Los que tienen una chácara, anhelan saber si la cosecha será pródiga. Los que trabajan en un taller o en una oficina, interrogan si llegarán a ser amos. Todos aspiran a descorrer la cortina de un horizonte temido y anhelado. Y la inquietud universal no cesa de buscar la descifración del porvenir.

En esta investigación eterna, los hombres pensaron un día que la explicación de las cosas futuras estaba en los astros. Y los astrólogos envejecieron en la contemplación de los cielos y en la busca de raras cábalas que dijesen el Destino de los hombres. La profecía científica tuvo su origen del primer astrolabio. Y desde el primer astrolabio hasta hoy, muchos hombres han buscado con inútil empeño la ciencia exacta reveladora del raro logogrifo de las cosas.

Los gitanos, esa gente nómade, extraña, supersticiosa, trashumante, soñadora; esa gente a la cual no han preocupado nunca los problemas de la civilización; esa gente que ha visto sin su esfuerzo la invención del ferrocarril, del automóvil, del telégrafo, del transatlántico, es en la humanidad la facción misteriosa que cultiva la religión del augurio. Son un

oráculo ambulante y disperso que satisface la universal curiosidad de los hombres. Sus mujeres aprendieron desde jóvenes la quiromancia y saben encontrar las huellas del Destino en la palma de la mano. Fíngense intérpretes del porvenir –que es impenetrable a través de todas las ilusiones, de todos los oráculos y de todos los adivinos– y satisfacen la necesidad de los hombres de escuchar como una promesa o como un nuevo dolor una voz predictora. Tienen una función piadosa y consolatriz cerca de los hombres. No les dicen la buenaventura por trapacería o engaño consciente. Ellas también son ilusas que obedecen secretas sugestiones. Van empujadas por un ideal de vaticinio de la dicha o de la desgracia de los hombres ávidos.

Y parece que las gitanas tuvieran el don de la videncia durante un período de su vida. Aquellas que ya han envejecido, aquellas cuyos ojos caducos no tienen vigor, aquellas cuyos labios no tienen frescura, van al lado de las otras, de las jóvenes, de las iluminadas tan sólo como confidentes, como custodios. Hacen menesteres domésticos, cuidan a los chicos y refieren consejas.

Yo siento una gran emoción en presencia de esta raza nómade y vagabunda que ignora el hogar ciudadano; que gusta de todos los climas; que va del trópico ardiente a la puna austral; que ha visto ponerse el sol en muchos horizones distintos; que ha escuchado todas las lenguas y ha vivido entre todas las razas.

El mundo debe parecerles un babel espantoso y laberíntico donde todos los hombres tienen el mismo sueño de la felicidad y rinden el mismo y vulgar tributo al trabajo, a la superstición, al amor, a la muerte, a la fortuna, al hambre y a la pasión.

JUAN CRONIQUEUR

(En *El Tiempo*: Lima, 23-II-1917. Y en las *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (3ª ed.; Lima, 1985), pp. 138-143.

LA PROCESION TRADICIONAL

Es un desfile místico y tumultuoso que canta, reza y emociona.

La primavera de Lima –primavera anodina, neblinosa, gris, indefinida y cobarde– tiene dos días que resucitan súbitamente la tradición y la fe de la ciudad. En ellos la procesión del Señor de los Milagros dice la renovación y el florecimiento de la religiosidad metropolitana y hace pasar por sus calles híbridas, virreinales o modernas, una fuerte, melancólica y pintoresca onda de emoción.

La historia de los temblores pavorosos que han estremecido y quebrantado a la ciudad, auspicia el fervor de estos días místicos en que Lima siente muy acendrado y muy profundo el catolicismo que cotidianamente canta en sus campanarios y murmura en sus capillas.

La metrópoli transformada, morigerada y desteñida por el progreso, se arredra, cohibe y oculta por un momento para que surja, vibre y palpite la metrópoli creyente, coronada y virreinal.

Hay en estos días una intensa resurrección del misticismo de Lima, asfixiado y sojuzgado ordinariamente por el vértigo y el olvido de la ciudad moderna. Y se parece esta resurrección a esos súbitos despertares piadosos que asaltan las almas de los hombres vueltos escépticos, fríos y cerebrales por el análisis, por la vida y por la duda.

Lima es una ciudad católica, pero no es una ciudad ferviente. No es una ciudad sentimental. Es sólo una ciudad medrosa. Vive en ella la fe acaso por la superviviencia de la tradición y por el temor a un desamparo misterioso, ignorado y temido. La población que llora en las misiones es una población pecadora y asentimental que le tiene miedo al fin del mundo y al infierno. Y es una población débil para el amor pero fácilmente accesible para la atrición.

Y estos dos días de su indecisa y apocada primavera exaltan de proviso su catolicismo y su piedad, y la hacen prosternarse humilde y rendidamente ante las andas del Señor Crucificado que la defiende de los temblores y

que la bendice desde el viejo muro de adobe sobre el cual pintó su imagen la mano rústica de un negro del coloniaje.

La procesión del Señor de los Milagros
llena de tristeza las calles de la ciudad.

Las manifestaciones de la fe de una multitud son imponentes. Dominan, impresionan, seducen, oprimen, enamoran, enternecen. La contemplación de una muchedumbre que invoca a Dios conmueve siempre con irresistible fuerza y honda ternura. El paso de la procesión del Señor de los Milagros por las calles de Lima, produce una emoción muy profunda en la ciudad que se encuentra sorpresivamente invadida por un sentimiento ingenuo, sedante y religioso.

Desde la hora en que se abren las puertas de la iglesia de las Nazarenas –hora clara, serena y luminosa– para que la procesión del Señor de los Milagros salga a las calles, hasta la hora –hora tardecina, melancólica y oscura– en que las andas se pierden en la oquedad sombría y ahumada de la misma iglesia, Lima siente las palpitaciones de una unción y de una tristeza muy acendradas, muy sinceras, muy grandes.

Para gozar esta emoción suave y candorosa, igual es aguardar el desfile de la procesión en un umbral o en una esquina que asistir al ingreso de la imagen en una iglesia suntuosa o en una iglesia humilde y que unirse a la multitud que sigue al Señor de los Milagros en su peregrinación a través de las calles de la ciudad.

Pero singularmente, es grato e intenso gozarla cuando el rumor de la procesión, el canto de las campanas y el cristiano olor del zahumerio nos sorprenden dentro del hogar, de improviso, súbitamente, en una hora vulgar en que el espíritu está lejos de la devoción y la piedad.

Yo he sentido y he visto así la procesión. Yo he comprendido así lo que significa y lo que representa en la vida de la ciudad. Yo he amado así el instante en que el espectáculo magnífico de un recogimiento tumultuoso y sonoro ha cohibido y enternecido de pronto mi corazón.

Llegaron primero bajo mis balcones las voces de la gente que hacía la avanzada presurosa del desfile. Hay en las voces de esta gente una entonación muy distinta de la que hay en las voces de la que viene en el grueso de él. Son más vivas, más bulliciosas, casi regocijadas. Anuncian la cercanía de la procesión con alguna alegría y con algún alborozo.

Y luego llegaron las voces de los cánticos y de las plegarias, voces

femeninas, lánguidas y parsimoniosas que parece que nunca se extenuaran y nunca se fatigaran.

Lentamente llegó por fin la procesión. Su paso es moroso y tardo. La solemnidad es siempre majestuosa y sonora. No es posible concebirla apresurada e inquieta. Tiene la gravedad del gesto con que el sacerdote bendice en la misa a los cristianos y hace asperges en la mañana del miércoles de ceniza.

Acompasaba el paso de la procesión una marcha de una banda militar. La marcha era marcial y soberbia. Pero, al influjo de la decoración, se hacía religiosa y litúrgica. Y se hacía especialmente triste. Sonaba en cada acorde un latido lleno de melancolía.

Y yo supe entonces por qué el espectáculo de este desfile místico y tumultuoso impresiona tanto a las almas, enternece tanto a los corazones, silencia tanto todas las cosas y hace que los ojos lloren, que las rodillas se hinojen y que las manos se junten, por la señal de la Santa Cruz, etc.

Las andas del Señor de los Milagros

Son pesadas, fuertes, opulentas las andas del Señor de los Milagros. Sobre ellas un arco de plata oscilante y bruñido hace un halo glorioso para la imagen del Señor, pintada en un lienzo que hace untuoso la luz de los cirios y que lleva en su envés la imagen de la Dolorosa, la triste Virgen del corazón atravesado por las siete espadas.

Estas andas no pueden ser llevadas con presura. Son demasiado pesadas y afligen demasiado las espaldas de los hermanos que las cargan. Precisa llevarlas con sosiego. Y precisa que de trecho en trecho hagan alto, porque su marcha es jadeante y trémula.

Hombres fornidos, zambos, negros o mestizos, llevan estas andas. Se relevan de rato en rato. Y dejan las andas sudorosos, extenuados, exhaustos. Todos ellos son hermanos del Señor de los Milagros. Cofrades de una congregación humilde y piadosa de gentes del pueblo que tienen la misión de conducir las andas y de cuidar la cera del Señor.

Y estos hombres que sufren la fatiga de la carga no se quejan nunca. Tienen más que resignación, placer y recogijo en su trabajo. Saben que se cuenta, sobre su vida oscura y su devoción profunda, una verdadera leyenda. La leyenda de que el señor de los Milagros se lleva todos los años a uno de ellos al cielo. Ellos piensan acaso que esta muerte es una muerte edificante y cristiana y que es casi un premio que los conduce a la

bienaventuranza.

Las andas son antiguas. Año tras año se las repara, pero nunca se las renueva totalmente. Tienen la agobiante y grave pesadez de la cruz. Y parece que las hicieran más agobiantes, mucho más agobiantes todavía, las flores que portan en los días de la procesión. A medida que la procesión avanza hay más flores sobre las andas. Unas son puestas en ellas con la unción de una ofrenda religiosa. Otras son aventadas desde los balcones como una lluvia mística. Y se hacen tan profusas y tan abundantes, que parece que tornaran más fatigosa la carga de las andas.

Y estas andas, al avanzar, tienen a veces un crujido, a veces un temblor tan sólo, a veces una trepidación aguda. Hay instante en que se les ve bamboleantes. Y cuando son puestas en el suelo y la procesión hace alto, para que los "hermanos" descansen o para que desde el patio de una casa o desde el atrio de un templo se cante una plegaria, estas andas tienen un sonido bronco y fuerte.

La ruta de la procesión

La procesión tiene una ruta que es siempre la misma. La sigue desde hace muchos años. Y apenas si hace en ella la alteración de suprimir la entrada en una iglesia. La ruta de la procesión abarca aproximadamente toda la ciudad antigua. No llega a Abajo del Puente. Pero tampoco se acerca a los suburbios aristocráticos de la Exposición. Cuando se fijó la ruta, no existían estos suburbios aristocráticos que no son los suburbios donde la ciudad se envejece, sino los suburbios donde la ciudad se renueva.

La ruta de la procesión va de un lado a otro de la ciudad. Conduce el desfile primero a la iglesia de Santo Domingo, luego a la Catedral y luego a la Concepción. Y tiene todos los años los mismos descansos. El mediodía del 18 de octubre en la Concepción. La noche en las Descalzas. El mediodía del 19 de octubre en Santa Catalina. Las gentes dicen sencillamente que el Señor "duerme" en las Descalzas y "almuerza" un día en la Concepción y otro en Santa Catalina.

En la puntualidad y fijeza de esta ruta se siente un intenso latido de la tradición. Nada hay que las modifique. Nada hay que las transtorne. Las andas van de una iglesia a otra con una exactitud invariable. Y los devotos saben siempre, más o menos, en qué sitio puede encontrárseles a tal hora y a cual otra.

La entrada del Señor en una iglesia tiene siempre una grave solemnidad.

Cuando la iglesia es una humilde iglesia conventual, ¡cuán sencillos, inefables e ingenuos parecen los sones del campanario! Cantan en el coro las monjas enamoradas o los frailes broncos. Hay un homenaje amoroso y apasionado que vibra y resuena en el campanario y en el órgano. Cuando la iglesia es una iglesia grande y suntuosa, ¡cuán majestuosos y magníficos parecen los sones de las campanas formidables! Hay colegios de frailes que salen a recibir al Señor con la cruz alta y con los turíbulos y que entonan un cántico monótono y sonoro. Y entre ellos, a veces, tal prelado o cual obispo de orgullosa tonsura y porte arrogante o mezquino.

Y en esta ruta hay de todo. Pavimento metropolitano y pavimento suburbial. Adoquín, ripio, piedra de río o piedra barroqueña. Sendero cómodo y sendero hostil. Piso áspero y descuidado y piso suave y limpio. Aquí un trecho terso que será grato para la planta desnuda del penitente; allá un trecho duro y cruel que tendrá que serle grato también por el amor de Dios y por el recuerdo de lo mucho que padeció Nuestro Señor en su pasión y muerte, etc., etc., etc.

Las sahumadoras, los penitentes, los "milagros", las plegarias, los cánticos, el rosario y otras gentes, cosas y sucesos de la procesión.

El cortejo del Señor de los Milagros es abigarrado, heterogéneo, inmenso, amoroso, devoto, creyente. Es aristocrático y canalla. Junta al dechado de elegancia con el ejemplar de jifería. Hay en él dama de buena alcurnia y buen traje, moza de arrabal, barragana de categoría, mondaria plebeya en arrepentimiento circunstancial, criada y fregona humildes. Y hay por otra parte, varón pulcro y de buen tono, obrero mal trajeado y mal aseado, mendigo plañidero, hampón atrito, gallofero fervoroso y campesino zafio y rústico, todos ellos codeándose sin disgustos, grimas ni desazones.

Los zambos y los hábitos mantienen un jirón típico de la tradición. Son su oriflama, su heráldica y su pergamino. Coloran intensamente la fiesta y sus modalidades. Sin ellos sentiríase amortecimiento en una y otras. Y el hábito morado es sugerente y bello. Tiene un color lleno de sabiduría y de emoción, que es siempre un color litúrgico. Con lienzos morados se cubren las imágenes cristianas en los días de duelo de la Semana Santa. Y siempre cree uno haber visto el color morado en las cosas sagradas. Igual en el traje del prelado que en la casulla del párroco. Igual en una sacristía

que en una capilla ardiente. El morado es armonioso y es amable. Y es sedante y melancólico. Seguramente la ciencia sabe que el color morado, por piadoso y bueno, no le hace nunca daño a la vista humana.

Las sahumadoras del Señor de los Milagros son cristianas sahumadoras que no emplean el litúrgico turíbulo ni el oriental pebetero. El que arde en sus manos y sopla su aliento es un incensario de plata o de nickel, que finge generalmente la figura de una pava, sin que esto se explique bien porque el pavo no es símbolo cristiano a lo que se sabe.

Las penitentes llevan vestidos de jerga unas y de tela morada otras y acompañan la procesión con los pies desnudos. Sahuman o llevan cirios. Cantan rogativas o rezan el rosario. Y poseen casi una gravedad sacerdotal que se impone a los que van cerca de ellas. Inician el cántico o la oración, y los demás las obedecen con agrado y acatamiento, así la penitente sea pobre mulata y dama gentil quien la sigue en el rezo o en el canto. Y, como hay sahumadoras y penitentes, hay también ambulantes vendedores de cirios, cordones y estampas. Y hay también, dentro de la decoración de la fiesta, turroneros y vivanderas que portan la golosina y el manjar gratos al gusto y a la sazón limeñas.

Todo es emotivo, pintoresco, suave, melancólico y grato en la procesión del Señor de los Milagros. Los "milagros" cuentan siempre una leyenda así sean de oro o de plata, grandes o pequeños, de pulida o de torpe labor y con cifra o palabra o sin ellas. Y como los "milagros" son los cánticos. Y como los cánticos son las plegarias. Y el santo rosario que tiene quince misterios y quince evocaciones y que tiene también muchas gracias y virtudes.

Dos días todopoderosos resucitan la tradición y la fe de la ciudad; desde un muro de adobe la imagen pintada por un negro esclavo nos impone a todos recogimiento y unción; Lima torna a ser la ciudad colonial de los temblores y de las rogativas; la oración católica, apostólica y romana se pasea impávida y generosa por todas las calles; la música marcial acompasa un desfile dulce y místico; revive la leyenda de los balcones floridos engalanados y festonados; los frailes y los niños cantan alabanzas en el umbral o en el atrio de una iglesia mientras el tumulto se calla; la golosina criolla da mercancía al comercio trashumante del pregón; los tranvías eléctricos y el tráfico mundano se paralizan en la calle que atraviesan las andas y su cortejo; suenan las alcancías de metal que piden limosna y dan estampas u otras cosas benditas que sirven para librarnos de todo mal; las ingenuas palabras del catecismo vuelven a los labios; los corazones tienen

ternuras acendradas y vierten los ojos lágrimas sinceras; la ciudad pecadora se arrepiente por un instante de cuanto hizo de palabra, pensamiento y obra y no fue bueno; y, sobre todas las cosas, triunfa el señorío de Nuestro Señor Jesucristo que murió en una cruz para redimirnos del pecado original. Amén.

EL CRONISTA CRIOLLO

(En *La Prensa*: Lima, 10-IV-1917. En *La Crónica*: Lima, 10-IV-1917 y 18-X-1948. En *El Tiempo*: Lima, 12-IV-1917. En *Excelsior*: Año V, Nº , p. 6; Lima, 31-X-1938. En *Turismo*: Lima, X-1944. En *Boletín Cultural Peruano*: año II, Nº 2, p. 10; Lima, II-III de 1959. Parc. en *Escritura - Teoría y crítica literarias*: Nº 1, pp. 136-138; Caracas, 1º-VI-1976. En *Buelna*: Año II, Nº 4-5, pp. 36-40; Sinaloa, I-III de 1980. Y en diversas compilaciones: *Lima en el IV Centenario de su fundación* (Lima, Ed. Minerva, 1935); *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), pp. 16-28, y en las reediciones ampl. de 1978 y 1985; *Antología de la Tradición*, editada por César Revoredo Martínez (Lima, 1958), pp. 171-177; y *Crónica*, editada por el Concejo Provincial de Lima (Lima, 1959), pp. 75-83.

DEL MOMENTO

LA SEMANA SANTA

Hoy llegamos al término de la semana de Dios. Nos lo están diciendo con su repiqueteo pregonero y jubiloso las campanas de los templos, echadas a vuelo por fúnebres sacristanes o alborotados monaguillos.

A los días de apacible y solemne tristeza en que se conmemora la pasión y muerte del galileo divino, sigue éste de cristiano regocijo en que vibran alocadas y sonoras campanas. Hay en este repique de gloria una alegría vibradora y solemne que no es la que alborota en Pascua, pregonando la Navidad del Niño, ni la que llama a la primera misa en las mañanas matinales, ni la que propala sus sonorosas melodías en las otras fiestas, mientras estalla el bullicio de los cohetes y fugan, avariciosas de su tranquilidad habitual, las blancas palomas que anidan en las torres y cantan en ellas un himno de poesía y amor. Es otra decimos, la impresión que causan los toques de hoy. Son un clamor musical y metálico que habla de alegría y de triunfo. Y, aparte, este repiqueteo tiene el valor de su unanimidad. Hoy suenan todas las campanas y se inundan de robustas armonías todos los campanarios. Los que yerguen su gallardía arquitectural sobre hermosos templos y los que se levantan apenas, sobre pobres y destartaladas capillas. Es una explosión de sones gloriales la de este día.

La alegría alborotadora de hoy restituye a la normalidad bulliciosa del vivir urbano. Flota intensa y suave la impresión de los dos días de misticismo en que la iglesia se enluta y con la iglesia las gentes a ellas devotas. Por las calles han desfilado, en interminables procesiones, hombres y mujeres, viejas que llevan en el alma el dolor de sus recuerdos y el ansia de todos los fervores y de todos los ascetismos y mujeres jóvenes que gozan el presente, que sienten la caricia de su fragante primavera, y que ven en la serenidad de la oración, el refugio futuro consolador y caritativo que ha de brindarles su hospitalidad cuando la vida les haya robado su efímera riqueza de dones, juventud y gracia.

No encontramos nosotros en las romerías de jueves santo la tristeza y duelo que es sabido deben caracterizar las festividades de la Semana del

Señor. Muy al contrario. Hay en esos desfiles de templo en templo, de "monumento" en "monumento", mucho de mundano y festivo. Ni los trajes son negros, ni la modestia es nota predominante, ni la honestidad se impone en los vestidos femeninos. Las mujeres, quieren ser también ese día jóvenes y bellas y hasta el ambiente de luz y colores de los templos no dice nada de luto ni de amargura. La amable, la burlona alegría de la vida, quiere asomar aun en la celebración del jueves santo.

Otro carácter revisten las ceremonias del viernes santo. Las iglesias están totalmente enlutadas y en ellas flota un olor de cera, humo y flores. El Cristo exangüe y llagado, muestra la amoratada palidez de sus carnes suspensas de una cruz. Y hay una infinita expresión de dolor en el rostro angustiado de la Dolorosa que ilumina la luz parpadeante de los cirios. La voz del predicador vibrante y fervorosa, adquiere sonoridad extraordinaria.

Los sermones de tres horas, cuya institución se dice debida a una fraile peruano, constituyen la nota característica del viernes santo en Lima. Las gentes llenan los templos y los sacerdotes acopian sus más rotundos y convincentes ademanes, sus más sonoras frases, toda la grandilocuencia de la palabra y el gesto que es posible acumular en una oración sagrada. Y se oye discursos múltiples, igualados todos en el tema, pero distintos por la exuberante variedad de la forma. Los oradores de mayor prestigio pulen cuidadosos sus sermones y, mirando con orgullosa superioridad a los humildes, y los casi ignorados que escogen temas comunes también, buscan orientaciones nuevas en la predicación deseosos de afirmar las admiraciones ya conquistadas.

Han pasado los días de luto, de duelo universal. La iglesia sabe imponer a todos la conmemoración de estos días solemnes. Durante ellos se interrumpe la actividad urbana y se suspenden las diversiones públicas. Sólo los cinemas se abren para recordarnos las escenas apacibles y patriarcales de la vida del Niño, el apostolado de Jesús y el drama trágico del Gólgota. Por el lienzo desfilan las bondadosas figuras del Mesías, que predica sus doctrinas llenas de dulzura y esperanza y de la Virgen melancólica y bella que le sigue en sus peregrinaciones; Herodes enloquece y se excede ante la cabeza ensangrentada de Yo'Kaanán que la bailarina voluptuosa y depravada besa sedientamente; María Magdalena llora su pasado de cortesana y pecadora y se acoge a la nueva y dulce doctrina; los fariseos traman la conspiración contra el justo; en el huerto de Getsemaní florecen nuevas flores de dolor y sacrificio; el Pretor se siente cobarde ante

el clamor de un pueblo ansioso de sangre. Todas las escenas que conocíéramos por primera vez en las figuras iluminadas de una historia santa.

El recogimiento sigue siendo obligado, por más que no llegue al grado de otros tiempos, y son pocos los que no recuerdan, impresionados por las ceremonias de semana santa, los días más o menos cercanos de la infancia en que una madre buena y piadosa nos hizo la señal de la cruz y nos enseñó la primera oración. Pero Lucifer tampoco se da por vencido en estos días. No quiere desaparecer del todo en medio del duelo y solemnidad del momento y encuentra en sus amables aliados las mujeres, el medio de seguirnos hablando de pecado en la artística armonía de los trajes tanagras y en la seducción de las faldas abiertas. La moda femenina pone así su nota pecaminosa inevitable.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 11-IV-1914)

EL FIN DE UNA POETISA

Terriblemente conmovedor y doloroso es el suceso que nos dice hoy el cable. Ha sido un drama intenso, un drama triste, de aquellos que sólo pueden ser concebidos por imaginaciones apasionadas y violentas, y que reviven pasados tiempos de romanticismos y de fiereza.

Envuelta en un ropaje de tragedia, ha muerto Delmira Agustini, la joven y brillante intelectual uruguaya, cuyo nombre traspasara los estrechos límites de la nacionalidad. Fue Delmira Agustini, una poetisa llena de sentimiento y robusta de inspiración. Con María Eugenia Vaz Ferreyra, aquella otra mujer excepcional y talentosa, compartía la admiración que suscitaran en su país y fuera de él los más elevados exponentes de la intelectualidad femenina.

A los 18 años era ya una triunfadora. En las revistas y periódicos se había revelado como poetisa sentimental y soñadora y se abrió para Delmira Agustini, una senda prometedora y venturosa. Nada le dijera que el destino acechaba traidoramente en ella.

Hermosa y juvenil, talentosa y buena, se rindieron a sus pies muchos y muy fervientes admiradores, enamorados de su bondad y su belleza muchos, de su gracia e inteligencia todos. Y de entre ellos hubo uno que mereciera el don de su mano blanca y fina. ¿Fue acaso el escogido, el esperado que fingiera en sus ensueños de amor y de vida?

Pero, para la poetisa, toda sentimiento y toda imaginación, no bastaban la dicha y el regalo del vivir hogareño. Su espíritu inquieto y raro, ansiaba quizás distinta recompensa. Buscaba, quién sabe, que la vida se le brindara en toda su emoción y en toda su violencia, como no era posible en la vulgar, apacible y monótona tranquilidad de su hogar. Y tras un incidente cualquiera vino el divorcio, la separación definitiva entre la poetisa y su esposo, demasiado vulgar, demasiado bueno o demasiado enamorado, que todo ello sería defecto igual.

El espíritu de Delmira Agustini no encontró en su libertad la satisfacción buscada. En el torbellino de su labor intelectual buscó un aturdimiento

para la nostalgia de lo ido. En la senda florecida y misteriosa de su vida, estaba ausente el amor, que en distinto camino la reclamaba anhelante. Y fue este un torcedor angustioso y terrible en la vida de la poetisa sentimental y joven.

En un día cualquiera el hastío doloroso de esta vida sin razón y sin recompensa, reclamó con exigencia imperiosa un remedio definitivo, un término que ha llegado con el tremendo drama que nos cuenta el cable. Delmira buscó otra vez al esposo, al amado de otros días que tantas lozanas primaveras de vida inspirara, pero no para revivir la pasada tranquilidad de su nido de amor, sino para encontrar en sus brazos el final violento que anhelaba febrilmente su espíritu inquieto. Y la poetisa y su esposo, se inclinaron reverentes al caprichoso querer del destino y le hicieron la ofrenda de sus vidas en flor, junta y voluntariamente.

Así ha terminado la historia breve y sentida de esta mujer excepcional. Ayer no más naciera a la vida y germinó desde ese instante en su espíritu un ansia invencible de sentirla en toda su intensidad y en toda su fuerza. En sus rimas palpitaba el anhelo de cosas intangibles y soñadas. Decían una melancolía abrumadora y una desesperanza que aqueja a todos los que sienten y comprenden la miseria dolorosa de la vida.

Al pensar en este drama, rugiente de pasión, tremendo de dolor, cabe preguntarse si no fue una equivocación del destino, dotar a Delmira Agustini de una sensibilidad tan exquisita y de una imaginación tan grande. Y puede agregarse que mejor le hubiera estado nacer sencilla, humilde, y pobre de espíritu. Así habría cifrado sus expectativas para el porvenir en casarse bien y regalarse mejor y habría encerrado sus anhelos de dicha en los límites estrechos de un hogar dulce y tranquilo, alegrado sólo por el alborotador bullicio de unos cuantos chiquillos y los trinos de un canario enjaulado.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 9-VII-1914. Y en las *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), pp. 94-97, así como en las dos reediciones)

LA FIEBRE DE LOS DEPORTES

La atención pública se encuentra fija en este instante en la gran hazaña deportiva que un audaz deportista peruano, Carlos Olavegoya y Kruger, intenta efectuar. Las dificultades innumerables que es preciso vencer para la realización de esta empresa, con la cual se habrá batido el récord mundial de altura en automóvil, la rodean de excepcional interés.

Fue el mismo señor Olavegoya quien no hace mucho llevó a cabo en su automóvil una ascensión al Cerro San Cristóbal, hazaña que adquirió natural resonancia en nuestra vida deportiva tan lánguida y pobre en sucesos de tal magnitud. Varios lo siguieron en esta prueba que después de realizada y como siempre ocurre en estos casos, pareció sencilla y fácil. Pero todo el mérito de la ascensión corresponde, por supuesto, sólo al señor Olavegoya, que fue quien demostró lo factible que era practicarla y lo escaso del riesgo, circunstancias ambas que animaron seguramente a sus imitadores.

Posteriormente el señor Olavegoya practicó una ascensión al Morro Solar, empresa bastante más peligrosa y difícil, por lo escarpado del camino que en aquel cerro lleva a la cumbre. Y así fueron no pocas sus hazañas automovilistas que evidenciaron en él bravas condiciones de deportista hábil y atrevido.

Es que la fiebre de las más inverosímiles empresas del deporte, que por todas partes se difunde, ha llegado también hasta nosotros. Los hombres rivalizan hoy, heroicamente, en las pruebas más peligrosas y tremendas. Ora es un nadador vigoroso que atraviesa a nado el Canal de la Mancha, ora un inventor que se arroja desde la torre de Eiffel ensayando un paracaídas, ora incontables aviadores que ensayan las más fantásticas y riesgosas acrobacias y que ascienden a alturas prodigiosas enamorados del azul y del peligro. Son hazañas que tienen un poco de quijotescas y un mucho de heroicas y que en épocas distintas, caso de haber sido posibles, habrían sido tal vez desdeñadas como inútiles y nada prácticas. Porque, evidentemente, en este momento no es muy fácil darse cuenta de lo que va a ganar la civilización y el mundo con que un océano sea atravesado a nado, con que los aeroplanos vuelen invertidos y con que los automóviles

realicen el "looping the loop", en dos segundos. Y, sin que haga falta distraerse en deducciones, bastará que digamos que ha habido ya quien niegue la utilidad real de los deportes para la salud, sus efectos favorables en el desarrollo progresivo de la raza y hasta su pretendida influencia en orden a la prolongación de la vida, y quien afirme que, con o sin los ejercicios atléticos, nuestros descendientes no serán menos degenerados y débiles ni más longevos que nosotros.

Es sólo que el espíritu humano se refina, como podríamos decir, y busca febrilmente sensaciones nuevas y violentas, ansioso de sentir lo más cerca que sea posible el hálito de la muerte.

Indudablemente, deben ser de una intensidad y de una sutileza inconcebibles las emociones de las pruebas a que hoy lanza a los hombres esta delirante afición a los más audaces deportes. No es posible imaginarlas. Y, probablemente será más difícil describirlas, aun a aquellos que han sentido en toda su fuerza las más fuertes sensaciones del peligro y de su angustia.

Entre nosotros, hasta ayer, eran casi del todo desconocidas estas empresas deportivas de tan grande atrevimiento. Ausentes los aviadores nacionales que bien saben la inutilidad de un esfuerzo en esta tierra, nuestra vida deportiva se reducía a los tumultuosos juegos de foot-ball, a las elegantes y delicadas partidas de lawn tennis puestas de moda en nuestro medio por extranjeros aficionados.

Poco a poco han ido naciendo aisladas aficiones al automovilismo, aficiones que no han encontrado campo propicio principalmente por la incomodidad de nuestras carreteras y avenidas. De entre estas la más definida y sincera tal vez ha sido la revelada por Carlos Olavegoya y Kruger, empeñado hoy en atravesar los Andes en su automóvil, sin temor a las múltiples dificultades que ofrece la realización de tan atrevida empresa.

Y Olavegoya cuenta en su favor con condiciones de energía y carácter bastantes para vencer todas las dificultades materiales y alcanzar la coronación de su propósito.

Si el éxito premia su valiente esfuerzo de hoy, habrá conseguido para su país un triunfo y habrá unido su nombre al de todos los que, en esta ansia que empuja a los hombres en pos de las emociones más violentas del peligro, han culminado una empresa, ciclópea algunas veces, vertiginosa y febril siempre.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 12-VII-1914)

ENTRE SALVAJES

Los salvajes son, indudablemente, afectos a imitarnos. Tal como nosotros gustamos de llegar a sus selvas, ansiosos de conocerlos y estudiarlos en lo posible, ellos gustan también de llegar a nosotros y observarnos con la más solícita e inquisidora de las curiosidades. No hay duda acerca de que les interesamos.

Vienen a nosotros con la misma ansia de conocer nuestra civilización que nos lleva a las regiones en que habitan, anhelosos de sorprender su vida y sus costumbres. Y se nos antoja que ellos han sabido comprendernos mejor que nosotros a ellos.

Pero como no vamos a extendernos en deducciones sobre la psicología de los salvajes, ni mucho menos, nos limitaremos a apuntar algunas impresiones sobre los chunchos que han tenido a bien visitar Lima, acompañando al director de la colonia del Perené, probablemente con el objeto de enterarse si somos tan civilizados como se proclama.

Envueltos en trajes multicolores y pintorescos, cargados de adornos extraños, embadurnados los rostros, altivos y desembarazados los ademanes, han recorrido las calles, atrayendo la atención de las gentes que han encontrado, como es natural, exótico e interesante el espectáculo.

Podríamos asegurar que a los chunchos les ha importado muy poco el interés que su presencia haya suscitado. Por lo menos así lo han demostrado en sus palabras y sus ademanes, revelando una despreocupación que es rara entre los civilizados, y que a nosotros nos parece naturalmente muy plausible.

Aparte, y sin que pueda parecer atrevido afirmarlo, los chunchos demuestran en su trato hacia nosotros, una discreción y hasta un cierto buen tono, que dista mucho de la insolencia con que examinamos sus adornos y de la curiosidad con que les miramos. Para los salvajes los civilizados deben ser tan exóticos, como para los civilizados los salvajes. Esto es indudable. A ellos nuestros sombreros y nuestros afeites, parecen tan ridículos y extravagantes como a nosotros se nos antojan sus túnicas,

sus plumajes y sus pinturas. Sin embargo, los salvajes en sus modales respecto de nosotros, demuestran mayor educación, mayor respeto y menor curiosidad. Estamos seguros de que a ningún lector le han examinado el traje, ni le han preguntado sobre el por qué de sus escarpines, ni le han interrogado sobre la procedencia del perfume que emplea, ni se han reído de su monóculo, caso de usarlo.

Parecerán a primera vista tal vez algo raras y hasta caprichosas estas observaciones, pero aseguramos que quien se tome el mínimo trabajo de estudiar su fundamento y buscar su comprobación, no las encontrará ilógicas ni mucho menos.

Hace un instante tuvimos oportunidad de ver y hablar a los salvajes que visitan Lima. Fuimos presentados a sus jefes y nos sorprendió que gentes tenidas por salvajes, tuviesen tan corteses maneras. Uno de ellos, Zárate, se mostró muy comunicativo y jovial. El otro, López, nos pareció más grave y ceremonioso, y la autoridad con que tuvo a bien hablarnos, no halagó mucho que digamos nuestro amor propio de civilizados.

Zárate ha encontrado muy interesantes los triunfos de la civilización, que ha alcanzado a apreciar, pero no le parecen tan admirables ni extraordinarios como a nosotros. El no se explica, por ejemplo, por qué nos aprisionamos el cuerpo en un vestido rígido y estrecho, no encuentra tal exquisitez en los dulces y confituras que gustamos y le parece sumamente ridículo el uso de los escarpines. En cambio le ha encantado la comodidad de los automóviles y se ha dado cuenta muy pronto de sus ventajas. Y esta simpatía por el ejercicio de un deporte tan moderno, tiene seguramente su origen en el espíritu valiente, audaz y esforzado que caracteriza a los salvajes, dispuestos siempre a la ejecución de las empresas atrevidas, y de todo lo que envuelve emoción, violencia y peligro.

El cinematógrafo ha llamado mucho la atención del jefe campa y es seguramente algo de lo que más le ha maravillado. No concibe cómo se pueda alcanzar la reproducción en un simple lienzo de tantas y tan extraordinarias escenas. Zárate encontraría diabólico y sobrenatural este invento, si no fuese, como ya es, cristiano sincero y convencido, y prestase en consecuencia poca fe a cosas de sortilegio y hechicería.

No obstante, todas estas maravillas y prodigios, no bastan a convencer del todo a los salvajes respecto de la excelencia de la civilización. Son irreductibles, sin que haya lugar a duda, en sus creencias. Nos miran desdeñosamente, desprecian nuestras comodidades y regalos y gustan cada vez más fuerte e invencible la nostalgia de sus selvas exuberantes y

lujuriosas. Por nada del mundo sustituirían la rústica sencillez de su vida salvaje, por la inapacible y violenta de las ciudades. Desean regresar lo más pronto a sus montañas y apartarse lo más pronto del torbellino de esta civilización que a nosotros nos ufana, y que en ellos no despierta otro sentimiento que uno de admiración y de sorpresa.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 19-VII-1914)

CUENTA EL CABLE...

La amenaza de la conflagración europea se cierne hoy pavorosa sobre el universo. Austria y Servia están ya en guerra y los continentales de uno y otro lado se agitan en torno al conflicto.

Servia que lucha brava y resueltamente por su independencia, concita hoy en su rededor la mayor suma de simpatías. Es para todos el país pintoresco, celoso de su libertad y orgulloso desu tradición que se defiende de las asechanzas de una diplomacia codiciosa y de un afán dominador y expansionista.

Reside aquí el germen de la conflagración. Los intereses antagónicos a Austria se juntan para destruir sus planes de absorción, más por práctica conveniencia que por quijotesco afán de defensa al débil.

Apenas es posible imaginar las proporciones que alcanzaría una guerra general en Europa. Ni siquiera admitiría comparación con la más grande y legendaria de las contiendas médicas en que el ejército de Jerjes semejaba un mar humano impetuoso y arrollador. Y las cifras de los ejércitos que en lucha tan titánica tomarían parte, sobrepasan todo cálculo.

Reviste tan pavorosos caracteres de catástrofe, que basta su consideración momentánea para llevar al ánimo el convencimiento de que la guerra no llegará a producirse. Con su realización los proclamados triunfos de la civilización y las conquistas del pacifismo, quedaría una derrota y llevaría al espíritu de todos la evidencia dolorosa de que la humanidad sigue siendo salvaje, impetuosa y brutal, a despecho de todas las doctrinas y de todos los principios con que se ha pensado utópicamente encadenar sus pasiones.

No es posible prever los resultados de contienda tan terrible, en que habrían de quedar en claro las pretendidas ventajas de la dirección colectiva sobre la dirección unipersonal. Alemania representa en este momento la unidad en espíritu, en aspiraciones y en propósitos. En el Kaiser se encarnan todos los anhelos de esa nacionalidad vigorosa. El marca los ideales de su pueblo y resuelve sus destinos. La organización de Francia constituye la antítesis. Es el predomino del esfuerzo y de los

ideales colectivos sobre el esfuerzo y los ideales individuales. La organización de Alemania aunque antigua y casi anacrónica dentro de las tendencias actuales, representa tal vez mayor fuerza. Fue el espíritu conquistador y vigoroso de Alejandro el Grande el que llevó al ejército macedonio de uno al otro confín del mundo conocido. Y fue el genio de Napoleón y no la preparación militar francesa, quien dominó un continente tras una gloriosa sucesión de triunfos.

Ante el problema tremendo del presente, el espíritu se pierde en oscuras y laberínticas divagaciones. Todas son inútiles. El conflicto europeo nos coloca ante una sima insondable y misteriosa, ante una interrogación enigmática. Cabe sólo preguntarse si todas las conquistas pacientes y lentas de la civilización, si todas sus victorias por el predominio del derecho y la justicia, habrán de quedar deshechas ante el estallido de una pasión, ante la ambición de un pueblo, ante la locura de un monarca, ante el amor propio de un diplomático. Y cabe preguntarse también si, al través de miles de años de evolución y de progreso, seguirán siendo los hombres tan brutales y sanguinarios como en tiempos pasados.

*
* *

El proceso de madame Cailleaux, sensacional *affaire* que ha absorbido a la prensa parisiense en los últimos días, ha encontrado el final que ya se preveía, la solución que se dibujaba. Madame Cailleaux, ha sido absuelta.

El criterio penalista moderno no se encierra ya dentro del molde estrecho y enorinado de los códigos y las pragmáticas. Ha escapado de esta prisión y soluciona los problemas del delito de acuerdo con principios más humanos y más racionales, aunque un tanto arbitrarios a veces. Y, según este concepto, no son ya los tribunales, simples aplicadores de la ley y sus mandatos, sino cuerpos de deliberación que examinan las circunstancias del delito y restringen la pena a sus verdaderos alcances.

En casos como el de madame Cailleaux la voz de la opinión lleva su influencia decisiva al criterio de los jueces. Madame Cailleaux había alcanzado el perdón del mundo entero al siguiente día del crimen, y el unánime clamor de compasión y simpatía que en favor de ella surgió hubo de imponerse más fuertemente a la conciencia del jurado que todos los subterfugios legalistas urdidos por el abogado de la defensa. Madame Cailleaux era la mujer valerosa, heroica, celosa de su felicidad, que no

había vacilado en destruir el obstáculo que se imponía traidoramente en el camino de su vida. Habría sido inhumana la condena de esta delincuente a quien ya había sabido absolver la opinión.

Y además, el castigo de este crimen, habría sido seguramente de escasa eficacia. Madame Cailleaux habría sabido poner término a su existencia, mancillada ya por el ultraje de una condena, lo mismo que supo descargar el arma homicida sobre el detractor de su marido, que así tronchaba sus aspiraciones de dicha y de triunfo.

Esto aparte de que como ejemplo y sanción habría tenido también poco valor. Para que la delincuente de esta tremenda y conmovedora tragedia tuviese imitadoras, sería preciso que existieran muchas madames Cailleaux, fuertes de espíritu, grandes de corazón, impetuosas de sentimientos y de pasiones, capaces de hacer a su amor y a su felicidad el más heroico de los sacrificios.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: 1º-VIII-1914. Y en *Invitación a la vida heroica - Antología* (Lima, 1989), pp. 34-37.

LA MUERTE DE JAURÉS

En pleno apostolado de paz y justicia, ha muerto asesinado Jean Jaurés, el más grande de los pensadores de la Francia contemporánea.

La mano aleve de un demente, de un fanático, incapaz de comprender la magnitud de sus ideales, ha segado la vida de este hombre excepcional, de este predicador de humanas y valientes doctrinas, que en la crisis actual tuvo el gallardo gesto de oponer al desborde de las pasiones y de los rencores patrióticos el atajo vigoroso de su palabra de apóstol.

La vida de Jaurés se resume tan sólo en una lucha febril y constante por el triunfo de generosos principios, utópicos quizá.

Era Jaurés muy joven cuando sorprendió a todos con la publicación de una notable obra de filosofía superior, *La realidad del mundo sensible*, en la cual marcaba una tendencia reformista. La atención de los pensadores de Europa se concentró en torno del futuro tribuno que así ganaba el primer triunfo en la senda de su gloria.

Ansioso desde entonces de llevar a las mentalidades jóvenes principios sanos y altruistas, Jaurés se dedicó a la enseñanza universitaria, sin abandonar sus estudios filosóficos.

Fue en 1885 que Jaurés ingresó al parlamento. Perteneció a las filas de los republicanos moderados. Su actuación fue breve, pero en ella comenzó ya a dibujarse la figura de un gran tribuno.

Vuelto a la cámara en 1888, Jaurés evolucionó hacia el socialismo, por avenirse mejor con esta nueva orientación sus ideales de igualdad y de justicia. El verbo del tribuno resonó vibrante entonces en favor de todas las causas nobles. Pero cuando mayor elocuencia y mayor calor revistió fue cuando se levantó para condenar una injusticia, para destruir una arbitrariedad, para execrar un atropello. Jaurés combatió en aquella época con el más ardoroso de los entusiasmos y el más firme de los convencimientos al gabinete Dupuy. Y el juicio unánime de sus contemporáneos le consagró como el más grande de los oradores franceses.

Años más tarde, Jaurés tuvo principal participación en una de las más

honrosas y valientes campañas parlamentarias y periodísticas. Al lado de Zola, emprendió la defensa de Dreyfus, aquella víctima del error o del chauvinismo político. Tuvo, entonces, como el extraordinario escritor del "Yo acuso", que enfrentarse a la corriente más poderosa del país, al juicio casi unánime de la opinión.

Esta generosa defensa dañó el prestigio popular de Jaurés de manera inequívoca. El patriotismo no pudo perdonar a un representante osadía tan enorme. Y como consecuencia de este rencor público, Jaurés fue derrotado en las elecciones legislativas, perdiendo su regreso al parlamento.

Pero este golpe no podía causar apocamiento en ánimo tan vigoroso, ni restar fuerza a convicciones tan arraigadas. La figura de Jaurés se exaltó en aquel momento a gloriosas alturas, en la prosecución de su noble campaña. En la prensa, en la tribuna callejera, en todas partes Jaurés dejaba oír su voz en defensa de Dreyfus.

En 1901, volvió Jaurés a la Cámara, acrecentados ya notablemente sus prestigios y su fama de notable orador. Todos sus esfuerzos se encaminaron a conseguir la unificación de los partidos socialistas franceses, a fin de robustecer su acción y elementos. Triunfantes sus anhelos, le tocó presidir a la representación parlamentaria del socialismo, cuya importancia y significación política eran evidentes.

Sus esfuerzos por la asociación socialista no se detuvieron aquí. Realizó entonces una propaganda eficaz en todas las naciones europeas en favor de la unidad de los socialistas del continente. Y consecuente con sus propósitos, fundó en París *L'Humanité*, diario desde el cual prosiguió en forma más esforzada la difusión de doctrinas de paz, de unión y de justicia.

Entre sus numerosas obras se cuenta *La acción socialista*, varias colecciones de discursos parlamentarios y de artículos de crítica filosófica y los tomos de la Historia de la Constituyente y de la Convención, correspondientes a la *Historia socialista*, publicada bajo su dirección y con la colaboración de eminentes escritores.

Su elocuencia e ilustración, le habían elevado a prominente lugar entre los más famosos oradores de Francia. De imaginación ágil, de gesto sugestivo, de cálida voz, Jaurés desde su escaño en el parlamento o desde su improvisada tribuna callejera, movía a las masas, sugería en ellas el culto de elevados ideales, enardecía su instintivo amor a la libertad, las empujaba a la conquista del derecho y la justicia. Sus discursos se distinguían no sólo por la profundidad de ideas y erudición puestas al explicarlas, sino por la galanura de la forma. De aquí el éxito de su oratoria,

que por elegante y profusa en imágenes, encadenaba la atención del lector al desarrollo del tema. Jaurés, con muy buen sentido, se había apartado de todo lo que significase gravedad, estiramiento y aridez de estilo; gravedad, estiramiento y aridez que dan en los discursos la impresión de campos desolados y yermos, de fatigantes y pelados desiertos, en que no luce jamás la gaya flor de una metáfora.

Tal vez en este hombre todo fuego, todo pasión, todo idea, todo nervio, hubo un visionario, un utopista, un engañado, que no supo vislumbrar siquiera la angustiosa realidad de la vida, en su empeño de soñar una humanidad justa y buena. Pero, equivocado o no, visionario o no, fue Jaurés un apóstol, un convencido, digno de todas las admiraciones.

Su vida tempestuosa, febril, inquieta, ha tenido el final trágico pero glorioso que nadie esperara. Jaurés ha caído en plena lucha, en plena acción, cuando quizá si la desconsoladora miseria de las cosas humanas había llevado ya a su espíritu el doloroso convencimiento de la esterilidad de sus ideales.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 3-VIII-1914. En *Buelna*: Año II, Nº 4-5, pp. 26-27; Sinaloa, I-III de 1980. Y en *Invitación a la vida heroica - Antología* (Lima, 1989), pp. 37-40.

DEL MOMENTO

Hablan los telegramas de Montevideo, en los últimos días, del anuncio que hace uno de los diarios de esa capital, de que en próxima sesión de la cámara será presentado un proyecto de ley por el que se concede a las mujeres naturales del país, los mismos derechos políticos de que gozan los hombres, excepción de aquellas que estén incapacitadas por las excepciones que establece la constitución de la república.

En el Uruguay, la última etapa de civilización y progreso se ha caracterizado por una serie de reformas, de suyo tan avanzadas que en la mayoría han constituido fenómenos en la evolución de ese pueblo, que han quedado como iniciativas aisladas, sin base en la opinión ni raíces en la naturaleza misma de la sociedad para la cual surgieron.

No sabemos de ningún país americano, y al decir esto señalamos a todos los del continente, en el que se haya presentado un proyecto de la naturaleza del que nos da cuenta la información telegráfica y es así el Uruguay –que marca en sus anales políticos contemporáneos grandes progresos– el primero en dar paso de tanta trascendencia, no obstante sólo se trate de un proyecto. Sería necesario conocer el pensamiento, la opinión uruguaya, la verdadera opinión depurada y juiciosa, al margen de este proyecto, sobre el cual las informaciones no nos dicen nada, quizá porque no cuente con base alguna en esa misma opinión, y de allí que no podamos establecer si tal iniciativa haya de quedar como un signo meramente aislado, que es a lo que más se inclina nuestro sentir, o si ella encuentra desde ahora ambiente. En tal sentido nuestro comentario no va más allá de la noticia en sí misma.

Un conocido sociólogo americano en publicación reciente acaba de señalar la ausencia en los países sudamericanos de todos esos problemas que en relación directa con la mujer en un plano de colocación en igualdad con el hombre, son de latente preocupación en países de vieja civilización y circunstancias de diversa índole. En un ambiente que no la desnaturaliza, ha pretendido –felizmente para ella misma–, ir hacia el "sufragismo" en la

concreta significación política que éste tiene, y que dicho sea de paso con su cortejo de violencia hace la desesperación de los habitantes de Inglaterra.

La otorgación de iguales derechos a la mujer, a que se refiere la noticia motivo de este comentario, aparece hasta ahora como una dádiva generosa de algún legislador fácil a idealismos insólitos, quien ni siquiera ha soñado en exigirla, a esa misma mujer uruguaya que posiblemente en vez de sentirla en sus manos y de haber experimentado el fugitivo encanto de la novedad, siente el pesar de las cosas inútiles. Porque si hay mucho que resolver en materia legislativa respecto a la mujer en nuestros países, no vislumbramos qué van a hacer las hijas de la tierra de Artigas, Zorrilla de San Martín y Rodó, de justa fama adorables y espirituales, con un catálogo de derechos políticos entre el encanto de su "necessaire" femenino. No. Posiblemente sean ellas las primeras en resentirse de una concesión que va a desvirtuar su excepcional naturaleza, que quiere hacer que no sean más que lo que deben únicamente ser: mujeres; para llevarlas al campo de esta política en que los hombres, menos duros y más selectos, sienten siempre un dejo de cansancio con un poco de repugnancia.

A una comisión de sufragistas inglesas que vio al jefe del gabinete Mr. Asquith, éste propuso designar un condado para que se hiciese experimentos de lo que sería un régimen político en que las mujeres gozaran de iguales derechos que los hombres. Ni la comisión aceptó, ni ningún hombre de buen sentido en Inglaterra dejó de protestar... Ciertamente que si no supiéramos que iniciativas de su género no son extrañas en Uruguay, donde a la intensidad y profundidad de severos pensadores y hábiles políticos suele mezclarse cierto snobismo y cierta curiosidad de ensayo, pensaríamos que el proyecto que origina este comentario, encerraría acaso una ironía...

(En *La Prensa*: Lima, 4-VIII-1914)

Detalle de una fotografía de grupo. Círculo de periodistas de Lima, 1916. en la segunda fila, de izquierda a derecha, después de persona no identificada, César Falcón y José Carlos Mariátegui.

Reproducción de una ilustración aparecida en la revista "Variedades", Lima, 30 de diciembre de 1916. Agasajo al poeta y dramaturgo Eduardo Marquina organizado por Alberto Hidalgo. Alrededor de la mesa, de izquierda a derecha: dos personas no identificadas, Ricardo Walter Stubbs, César Falcón, José Carlos Mariátegui, Alberto Hidalgo, Eduardo Marquina, Abraham Valdelomar y p.n.i.

EL FIN HEROICO DE GARROS

Entre las innumerables noticias que el cable transmite a diario sobre el actual y tremendo conflicto europeo, hubo una hace dos días que despertó en todos los ánimos vivo sentimiento de admiración. Se refería a la destrucción de un dirigible alemán por un arrojado aviador francés, que sucumbió también víctima de su hazaña.

"Garrós fue el héroe de esta proeza", agregó ayer el cable, acrecentando aún más esa admiración con el nombre sobradamente conocido del glorioso piloto.

No hace dos años que comenzara a sorprendernos la noticia de las extraordinarias hazañas realizadas por Roland Garrós. Su audacia, su valor, su habilidad le elevaron muy pronto entre los más notables aviadores del mundo. Garrós era excepcional, Garrós era único, Garrós sobresalía sobre todos.

Fueron los primeros en darle fama y llevar triunfador su nombre por todos los confines del mundo, sus estupendos raids aéreos a través de Europa. Arrostrando todos los peligros, en un vuelo vertiginoso, febril, grandioso, Garrós recorrió casi todos los países de Europa, deteniéndose en sus respectivas capitales, en medio de estruendosas demostraciones de júbilo y de aplauso.

Y como ésta fueron muchas las proezas asombrosas que llevara a cabo Garrós, en su infinita sed de emociones, en su afán desesperado de peligros. Raids atrevidos que sorprendían a profesionales y profanos, ascensiones inverosímiles, acometidas en un ansia insaciable de altura, acrobacias audaces y apenas concebibles. Garrós no tuvo miedo nunca y llegó a las más extraordinarias empresas.

La vida de este hombre admirable ha tenido un final heroico, un final que colma sus glorias y exalta sus prestigios. Final de Icaro, de titán, de mitológico gigante castigado por su empeño de ascender al cielo. Final grandioso que nos habla de la Francia heroica, pujante y triunfadora, que paseara otrora sus legiones por todo un continente, que agitara al mundo

con la más trascendental de las revoluciones y que ostenta en su historia extraordinarias acciones de abnegación y de valor.

Garrós ha dado el ejemplo en el camino del sacrificio a todos los soldados de su patria y en especial a todos sus compañeros de profesión. Tal vez si la santa ambición de ser dueño de este honor, le empujó a la realización de tan estupenda hazaña, en cuyo elogio quisiéramos escribir la más calurosa y elocuente de las glorificaciones.

Ayer no más Garrós anunció su propósito de realizar la portentosa empresa de atravesar el Atlántico en aeroplano. Estudiaba desde entonces la ejecución de su proyecto que tanta admiración despertara en el mundo al ser revelada. Garrós habría conseguido con esta travesía el mayor triunfo posible en la aviación, dentro de sus actuales progresos, y habría conquistado brillante coronación para su triunfal carrera de piloto.

Ha sido en este instante que la patria reclamó el concurso de todos sus hijos para la guerra. Garrós quiso ser el primero en ofrendarle el suyo. Y partió en busca de la gloria y de la muerte. Bien sabía que casi siempre se ofrecen juntas.

Valiente, resuelto, sereno, agitado sólo por la inquietud de lo desconocido y por el presentimiento del fin, viajaba en pos de una ocasión, que no quiso tardar. Hacia él avanzaba raudamente otra máquina prodigiosa y gigantesca, ante la cual aparecía insignificante su aeroplano. Garrós creyó propicio el instante para una proeza atrevida. Sus conocimientos, su experiencia, le hablaban bien claro de que la muerte sería inevitable, de que junto con el dirigible destruido se precipitarían en el espacio los fragmentos de su avión y los ensangrentados despojos de su cuerpo. Pero quien nunca sintió miedo, no pudo vacilar. Y fue al sacrificio, con la misma serenidad, con el mismo valor con que afrontara el peligro en sus vuelos famosos.

Ha sido el glorioso término de una vida hecha de ensueños y de triunfos.

El fin de un valiente lleno de audacia y de heroísmo, enamorado del espacio, sediento de victoria, que supo unir al culto de lo bello la santa religión del patriotismo.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 5-VIII-1914)

UN MILLONARIO PERUANO, MUERTO EN CONSTANTINOPLA

Hace dos días, el cable nos trajo la noticia de la trágica muerte en Constantinopla del millonario don Ramiro Velando de Portela, representante de una de las poderosas firmas industriales y bancarias de la Europa oriental. Una bala asesina había puesto término a la vida de este hombre férreo, en su propio y suntuoso palacio de Gálata.

Incidentalmente y hace muy poco supimos que don Ramiro Velando de Portela era peruano de origen y nacionalizado como tal. Y supimos con esto al mismo tiempo que, fuera del Perú, teníamos también un Creso fabuloso, émulo de aquellos reyes del dinero que se llaman Rostchild y Rockefeller, cuyas fortunas incalculables nos asombran. Cesaría ya esta admiración y poco tendríamos que envidiar a los países más pródigos en grandes fortunas privadas.

Casi de inmediato nos ha sorprendido la noticia fatal que dejamos ya apuntada. Don Ramiro Velando, aquel modelo de voluntad y de talento, latino de origen y de espíritu, ha muerto asesinado.

Dicen las referencias en cuya posesión estamos, que fue peruano el abuelo de don Ramiro Velando. Ramiro se llamó también su padre, y aunque nacido en México, conservó la nacionalidad peruana. Espíritu emprendedor y noblemente ambicioso, su afán de trabajo y fortuna le condujo a Turquía, donde quedó establecido y donde adquirieron rápida prosperidad sus negocios. A poco poseía una crecida fortuna y un vasto comercio en el imperio otomano y en los países balkánicos.

El señor Velando formó su hogar en la tierra que tan hospitalaria acogida le brindase. Casado con una dama turca, tuvo siete hijos: Ramiro, que acaba de perder la vida trágicamente; Harkisch, Boris, Danilo, Josef, Mary Karit y Natalie. Y todos ellos fueron inscritos como peruanos.

La fortuna de los Velando, al influjo del entusiasta esfuerzo del extinto don Ramiro y sus hermanos, adquirió enorme desarrollo. Su comercio tomó mayor amplitud y se extendió a apartados países. El talento financiero del malogrado comerciante tuvo ancho campo de acción y sus energías

le conquistaron alta y espectable situación en el mundo de los negocios. La firma Velando estableció casas industriales y bancarias en Constantinopla, Esmirna, Damasco, Jerusalén y el Cairo, y agencias en Londres, París, Viena, San Petersburgo y capitales balkánicas.

Don Ramiro Velando conservó siempre pública devoción a su nacionalidad. Se nos refiere que en lo alto de sus grandes fábricas y usinas, en que se agitaba un vértigo de actividad y de trabajo, flameaba la bandera peruana, apenas conocida en esos lejanos países. Y se nos agrega que en una ocasión, de vuelta de Jerusalem, el señor Goyeneche, conde de Guaqui, fue sorprendido muy gratamente al hallar el pabellón del Perú, dominando la vasta extensión de territorio comprendida por las posesiones de los hermanos Velando en Turquía.

Don Ramiro poseía en Gálata, el barrio europeo en Constantinopla, una suntuosa residencia, en que vivía a la usanza oriental con todo el lujo y el esplendor de un *nabab*. Poseedor de una riqueza prodigiosa, árbitro casi de la vida comercial otomana, amo de un *harem* sultanesco, en que florecía la gracia y la belleza de las mujeres orientales, gozaba de una situación privilegiada de dicha y de regalo. Era fuerte y poderoso como un monarca y ante el tesoro fantástico de sus millones, se inclinaba humildemente el mismo Estado. Ayer no más vivía en plena fiebre de negocio y de especulaciones y le asediaban las instancias del gobierno turco para la contratación de un préstamo que pusiese al imperio otomano en condición de salvar sus necesidades económicas frente a la crisis europea del presente.

Este ejemplar modelo de voluntad y de carácter, este hombre enérgico, emprendedor, talentoso, que supo triunfar, que supo imponerse, que supo vencer todos los obstáculos y colmar sus aspiraciones, bien merece que desde la distante patria de sus antecesores, se le tribute un postrero homenaje de admiración. Fue un maestro de energía, que, al influjo de educación e ideales distintos, ha demostrado brillantemente las dotes excepcionales de voluntad y de fe que existen también en la raza latinoamericana y que no son únicamente patrimonio de los sajones del norte.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 17-VIII-1914)

LA MUERTE DE MAX LINDER

El cable nos trajo ayer la noticia de la muerte de Max Linder, el actor cómico admirable a quien popularizaran en el mundo entero las películas cinematográficas.

Max Linder ha muerto en la guerra, batiéndose heroicamente por la causa de Francia, que es para todos la causa de la civilización y la justicia.

Ha muerto como un valiente.

Cuando al estallar el conflicto, un formidable vértigo de patriotismo y entusiasmo agitó su país, Max Linder fue de los primeros en enrolarse en las filas del ejército, junto con esa pléyade gloriosa de literatos, artistas y académicos. Y fue también de los primeros en entrar en acción. Su porte heroico en las operaciones del norte de Bélgica le conquistó inmediata recompensa.

Y ha sido en esta batalla fabulosa, que reúne en un vasto territorio al mayor número de combatientes que la historia y la leyenda registran, que Max Linder ha muerto gloriosamente, peleando con el denuedo heroico de los hijos de Francia.

No hace muchos años que el nombre de Max Linder alcanzó celebridad mundial. Era el actor inconmensurablemente gracioso, que encerraba la más irresistible de las comicidades en su gesto y su expresión.

Las empresas cinematográficas le asediaban, ansiosas de las *poses* del artista, que apresaban avaramente en las películas de todas partes demandadas.

Max Linder era el predilecto de los públicos. El solo anuncio de una cinta suya, llenaba los cinemas de niños y de viejos, de hombres maduros y hombres jóvenes que iban a gozar infantilmente unos, a ahogar las horas de aburrimiento los otros. Amigo de los niños y consuelo de los hipocondríacos, tenía la más rara, la más sugestiva, la más envidiable de las popularidades.

Mimo admirable sabía como nadie reflejar en sus ademanes, todo un mundo de sensaciones y provocar en el público francas y bulliciosas

manifestaciones de hilaridad.

El comprendió hábilmente que la faz más amable de las cosas es la faz cómica, él proclamó el triunfo divino y optimista de la risa, por encima de todas las miserias y dolores de la vida. Supo reírlo todo, ironizarlo todo, supo ser un espíritu de robusta y generosa alegría, que compendiase la más compleja de sus expresiones en la sonora mueca de una carcajada.

El recuerdo del artista simpático, cuya muerte nos trasmite el cable, nos sugiere ideas múltiples y caprichosas sobre esta sana filosofía de la vida que él llevó a la práctica. Quién sabe si Max Linder tuvo enorme razón en preferir el aspecto risueño de las cosas, que tan placenteras explosiones de alborozo despierta en los espíritus.

Deteniéndose en este punto, puede preguntarse si su alegre comicidad, su ansia de divertirnos, no encerraba un bondadoso altruismo. Tal vez muchas veces, se debatían en su alma dolorosas angustias, cuando su rostro expresaba jocosas situaciones, y hubo de ahogar la pena íntima en gracia al público que le quería y le mimaba, deseoso de reír y entretenerse.

Su vida de artista que fue para todos una regocijada cinta de cómicos incidentes ha tenido un epílogo dolorosamente trágico, fatalmente trágico. Glorioso epílogo, que podría dar título a una película póstuma: Max Linder, héroe. Pero que probablemente no alcanzaría en el público el ruidoso éxito de sus comedias, llenas de alborozada alegría, que tan irresistiblemente invitaran a la risa.

(En *La Prensa*: Lima, 3-X-1914. Y en las *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (3ª ed.; Lima, 1985), pp. 135-137)

LA FIESTA DE LA RAZA

Se celebra hoy la fiesta de la raza latinoamericana. Hace más de cuatro siglos que ese arrojado y glorioso visionario de Cristóbal Colón, trajo a las playas de la América, vírgenes de inmigraciones extrañas, el benéfico renuevo de otra civilización, otra sangre y otras energías. Cuatro siglos hace de la fecha en que se consumó el desposorio de esa raza altiva, idealista y bizarra, con esta otra vigorosa, pujante y cálida.

El empeño entusiasta y heroico de Colón al abrir al mundo nuestro Continente, desbordante de riqueza y de vida, puso las bases de nuestra raza joven y robusta, cuya historia se ofrece tan fecunda en brillantes y nobles hazañas.

Tal es la alta significación de este día. La iniciativa de celebrarlo en forma digna de su importancia, nació hace varios años en Madrid, y corresponde el honor de haber sido autor de ella a la "Unión Ibero-Americana" de esa capital, institución que persigue con plausible interés el acercamiento más estrecho entre los hispanos de este y del otro Continente. Debido a sus gestiones y propaganda, se comenzó hace pocos años a festejarlo en algunos países, con creciente solemnidad, hasta el último en que revistió excepcional importancia la conmemoración del magno aniversario. En casi todas las naciones de la América Española se tributó a la memoria de Colón, el homenaje que los latinoamericanos le deben, y también España se asoció a este homenaje que al igual le obliga. El alma de una raza, poderosa, viril, esparcida en enormes territorios, vibró al influjo de un solo y generoso sentimiento.

Hoy que la repercusión universal de una guerra cruel y sangrienta, que ha puesto un paréntesis de horror y de barbarie en la vida de los pueblos civilizados, contrista a todos los espíritus y apaga todos los entusiasmos, la fiesta de la raza va a tener seguramente muy escasa resonancia. En nuestro país, en que tan poco se aprecia por la generalidad la elevada significación de estas cosas, pasará desapercibida. Apenas si una institución juvenil, que se esfuerza por despertar en las generaciones actuales la

admiración de los hombres y hechos gloriosos de nuestra historia, va a conmemorar la gran fecha en una sencilla ceremonia.

Pero el Perú no puede seguir manifestando tan imperdonable indiferencia hacia el aniversario de hoy. Es preciso que en adelante aporte más efectivo concurso a su celebración. Es imperioso que sintamos al igual que todos los países latinoamericanos el orgullo de nuestra historia y que se estimulen en nuestro espíritu los sentimientos de amor a nuestro pasado legendario y hermoso.

Las instituciones estudiantiles y literarias, los periodistas, los círculos intelectuales deben asociarse para que en los años venideros se celebre con el más ferviente y cálido de los entusiasmos este aniversario. Y el gobierno, por un deber de cultura imprescindible, está también obligado a prestar dentro de sus medios el concurso preciso, declarando feriado este día, como se ha hecho en otras repúblicas americanas, que saben mejor que la nuestra tributar merecida recordación a sus grandes hechos históricos.

La raza latinoamericana, como ninguna, necesita de manifestaciones como ésta, que estrechen más sus vínculos, que unifiquen sus aspiraciones, que hagan palpitar en los corazones de sus pueblos, nacientes todavía, idénticos anhelos de grandeza, idénticas y sagradas ambiciones de libertad y de gloria, y que aviven en ellos la fe en el porvenir. En todas las nacionalidades debidas a un mismo origen se excitan los sentimientos de solidaridad y se propaga ideales comunes de exaltación y poderío. Sólo en las nuestras se ha olvidado hasta hoy la necesidad de fomentar esta unidad, esta cohesión. Sólo en las nuestras, que por el hecho de estar en los principios de su desenvolvimiento, lo reclaman más que ninguna.

Es en efecto, entre nosotros, los latinoamericanos, donde en vez de estimularse tales sentimientos, se alimentan inexplicables convencimientos sobre supuesta pobreza de energías y de ideales, tristes pesimismos sobre nuestros destinos futuros. Hay renegados, hay cobardes que se lamentan de que fuesen hombres latinos los que descubriesen al universo la ignorada grandeza del Continente americano, y que hubiesen preferido civilizaciones y gentes distintas para modelar el espíritu de nuestras nacionalidades. No comprenden, no se les alcanza que sí fue la raza latina la que nos trajo el benéfico renuevo de su sangre, porque en ella hubo un soñador, un genio, un divino visionario que entrevió nuestra existencia y que acometió la loca, la quijotesca empresa de revelarla. No han sentido nunca el orgulllo de ser latinos, de llevar en sus venas junto con la sangre bravía e hirviente de los aborígenes de América, la sangre generosa de

otros pueblos heroicos, cuya gloria y pujanza no alumbran sólo en las páginas grandiosas de su historia, porque tienen todavía los más luminosos destellos. No es la nuestra una raza abatida. Es ardorosa, valiente, fecunda en idealismos, robusta de energías. Raza de criollos impetuosos y soñadores que cuenta en cada acción histórica un bizarro heroísmo. Raza de guerreros legendarios que quemaron sus naves como Hernán Cortés, que ofrecieron a su libertad el más valiente de los sacrificios como Cahuide, que hicieron flamear triunfal desde la cumbre de los Andes el pabellón de la independencia con Bolívar –ese soldado genial e incomparable, a quien nuestra admiración coloca entre los más grandes del mundo– y con todos los próceres de la epopeya libertadora. Raza gigante, raza gloriosa, cuya alma rugiente, encrespada y ardorosa, vibra con sonoridades de catarata en las estrofas de ese enorme cantor de la América que es José Santos Chocano. Raza de poetas y de idealistas, de aventureros y de luchadores.

Entonemos en este día el himno de nuestro amor y nuestra admiración por ella y sintámonos orgullosos de la gloria de nuestro pasado y seguros de la grandeza de nuestro porvenir.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 12-X-1914. En *Buelna*: Año II, Nº 4-5, pp. 28-29; Sinaloa, I-III de 1980. Y en *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (3ª ed.; Lima, 1985), pp. 131-135)

COSAS VULGARES

(Al margen de la crónica de policía)

Fue anteayer en el Hipódromo. Un hecho doloroso. Un hecho cruel que percutió hondamente en nuestro espíritu y puso en nuestro semblante un vago gesto de amargura. Los diarios han dado cuenta de él ampliamente, con la novelesca profusión de detalles acostumbrada. Pero no han reparado en uno conmovedor y triste. Los cronistas de policía desprecian tal vez estas insignificancias o no entienden de sentimentalismos inútiles.

Nosotros que gustamos de detenernos en estas cosas, que tenemos por desdicha, en estos tiempos febriles de positivismo, un alma sensible y hasta romántica, nos hemos recogido por un instante para dedicar un recuerdo al miserable suicida y notar un contraste doloroso, una ironía amarga de la vida.

Fue en el Hipódromo. Ambiente rumoroso de fiesta y alegría. Los espectadores se agolpan ansiosos de presenciar la gran prueba clásica anunciada. Se refleja en los ojos de muchos una extraña sed de sutiles emociones.

Un pobre diablo, un cualquiera ha sido aprehendido en las propias tribunas, sin que nadie lo vea. Es un ratero, un bribón impenitente, a quien los policías llevan a una celda. El ladrón ha sentido toda la rudeza de su desgracia, ha tenido un rapto de desesperanza y de locura y se ha pegado un tiro. Y a las puertas del Hipódromo, hasta donde llega el rumor bullicioso de las gentes ebrias de emoción, ha caído el cadáver sobre el charco caliente que la propia sangre ha formado en un segundo.

Dentro, la carrera clásica ha dado ya comienzo. Todos callan. Ha pasado un minuto, medio minuto más y los caballos corren veloces, luchando bravamente. De pronto ha estallado un grito unánime, un grito angustioso. Por un fatal accidente, ha caído el *crack* invencible hasta entonces, el favorito del público aficionado y fanático.

La carrera termina. Las gentes se lanzan hacia el sitio en que el caballo

predilecto yace herido. Todos corren ansiosos, dejando las tribunas desiertas. Jadeantes llegan junto al *crack* y le rodean. Ha estallado un coro de lamentaciones sinceras, anhelosas, en que se refleja la pena de quienes sienten el accidente, de quienes lo maldicen porque les ha robado la emoción del final a que tenían derecho, porque les priva de futuros y deseados espectáculos. El egoísmo feroz de los hombres rebosa en estos lamentos.

Inconscientes, autómatas, hemos seguido a la gente. Nos hemos dejado arrastrar. Y hemos asistido al desfile de cientos de personas en torno al caballo derrengado, que marcha penosa y pausadamente a su corral distante. La extraña procesión ha avanzado hasta las puertas del hipódromo y se ha detenido un breve rato, el bastante para que el *crack* descansara ligeramente.

Y hemos llegado al lugar donde el cadáver del suicida yacía. Tirado de bruces, con el sombrero sobre el cráneo deshecho, conservaba la posición de su caída. Nos hemos detenido. Hemos mirado con dolor este cuerpo ensangrentado y miserable. Unos cuantos curiosos se han parado un instante para verlo y han exclamado con más repugnancia que compasión: ¡Pobre diablo! Algunos han preguntado al comisario. Y el comisario ha dicho, con tono insolente y despectivo: Era un ratero.

El desfile en pos del caballo ha seguido lentamente su camino. Lo vemos perderse a lo lejos, como una procesión fantástica, que llorara la muerte de un héroe muerto. Y al volver la vista nos hemos hallado solos, junto al cadáver del suicida infeliz que la policía custodia y que debe esperar ahí tendido la llegada del juez del crimen que ha de instaurar el sumario.

Hemos señalado la amarga ironía del contraste, calladamente, melancólicamente. El pobre diablo que se quitó la vida, desesperado, no merece una sola palabra compasiva. Nadie ha arrojado sobre su cadáver caliente todavía, crispado por el último gesto de la muerte, la piadosa limosna de un recuerdo cualquiera. Todos han preferido seguir a su corral al caballo herido, al caballo heroico, de músculos de acero, de cabeza orgullosa, de ancas formidables. Lloran su apartamiento obligado de las pistas, sin pensar que más tarde curará sus tendones lesionados, recobrará el vigor que la tiranía del entrenamiento le restara y encontrará en una buena cuadra el descanso regalado que requiere, y la compañía asidua de las hembras antes inaccesibles dentro de sus boxes estrechos.

Para el público, cruel, egoísta, salvaje, no vale la vida de un hombre lo

que el remo inútil de un equino. No hay quien quiera pensar en la íntima, en la terrible aunque vulgar tragedia que puede encerrar la vida del infeliz que se ha volado los sesos antes que volver a la desesperante soledad de una celda. No hay quien le crea digno de una frase de compasión cualquiera. Es la eterna injusticia de las cosas humanas.

Nosotros que tenemos la sensiblería incalificable de consternarnos ante estas escenas, hemos vuelto en sí tras algún rato para exclamar tristemente: ¡Quién fuera caballo!

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 13-X-1914. Y en *Invitación a la vida heroica – Antología* (Lima, 1989), pp 44–46.

EL REY DE BELGICA

Es una de las más bizarras y simpáticas figuras de la hora actual. Gallardo, valiente, se ha erguido en defensa de la integridad territorial de su pueblo, ese pequeño gran pueblo, que no ha sabido resistir impasible el ultraje del imperialismo alemán. Y su actitud, resuelta y altiva, le ha elevado a un eminente pedestal de gloria y ha revivido pretéritos tiempos de heroicidad y de noble fiereza.

Años vendrán en que la historia establezca de modo definitivo las responsabilidades de este gran crimen de la guerra presente, de esta espantosa resurrección de adormecidas ansias de destrucción y de muerte que otrora lanzaran a los pueblos, unos contra otros, en sangrientas luchas. Entonces se calificará en toda su magnitud el delito enorme de Alemania, al sacrificar a sus anhelos de conquista y satisfacción de sus odios históricos un pueblo floreciente, lozano, libre, que el unánime acuerdo de los países de Europa se había impuesto la obligación de respetar. Sólo entonces se apreciará en rigor toda la injusticia que encierra este premeditado y traicionero ataque a la independencia de una nación que no ha tenido más culpa que la de ser vecina de otra a quien tan poca consideración merecían sus compromisos internacionales y la respetabilidad de su palabra empeñada.

Confió tal vez la Alemania en que Bélgica había de inclinarse humillada ante sus exigencias imperiosas y despóticas para que se le permitiera el libre paso de sus legiones invasoras. Olvidó quizá que no todos los pueblos saben tributar a su dignidad y a su independencia sacrificios heroicos. Pero Alberto I supo darle en respuesta una grande e inmediata lección. Al conjuro patriótico de la voz de su monarca, la Bélgica entera cogió las armas y empezó la resistencia a la más formidable de las invasiones que la historia registra. Las masas alemanas se estrellaban contra la barrera que la Bélgica oponía a su paso. Y en esa barrera de soldados, más que las bayonetas, eran invencibles los corazones.

Con bravura que los propios invasores han sido los primeros en

declarar, los belgas han defendido su suelo palmo a palmo. Ni los dos meses y medio de lucha constante y encarnizada que han sostenido con el más poderoso ejército del mundo, ni el arrasamiento e incendio de sus ciudades y monumentos, ni las crueldades de los invasores, nada de esa vorágine angustiadora que ha pasado por Bélgica como una ola de horror y destrucción, ha podido doblegar sus voluntades, acobardar sus espíritus, inducirlos en lo más mínimo a abandonar la resistencia. Nada ha bastado para abatirlos. Después de tantas batallas y de tantos esfuerzos, Alemania no ha logrado todavía dominar por completo a ese país viril, que sigue luchando, que sigue defendiéndose, que sigue combatiendo con las mismas energías y los mismos arrestos de antes. La figura del rey Alberto crece gloriosamente en esta magna epopeya. Ha sido el suyo el brazo heroico que ha señalado a su pueblo el camino de su consciente sacrificio. El mismo ha sabido colocarse a la cabeza de sus soldados, animarlos con el fuego de sus arengas y conducirlos de batalla en batalla. Su presencia ha inflamado de entusiasmo ardoroso a sus tropas. Hoy mismo le vemos siguiendo la vida azarosa de la campaña, junto a sus soldados, cuando todo, hasta los propios intereses futuros de su reino, justificarían que pusiese a salvo su vida, cuyo sacrificio, aunque glorioso, sería quién sabe estéril. Es que este rey joven y bizarro, antes que monarca, se siente soldado; antes que gobernante, patriota, y da así al mundo el ejemplo de abnegación y valor que todos reconocen y admiran.

Al lado de la de este bravo guerrero y monarca, se eleva en la contienda a que hoy asistimos, la augusta, venerable y abnegada figura de la reina de Bélgica. Ha hecho ella un santo sacerdocio de la asistencia de los heridos, del cuidado de los huérfanos. Sobre la Bélgica, asolada por las inclemencias de la guerra, pasea como un hada bienhechora, restañando en lo posible las heridas sangrantes de la patria. Su alma parece forjada en el mismo crisol en que fundieran las suyas las mujeres de Esparta, sus sentimientos revelan toda la infinita ternura del corazón latino, su voluntad es férrea, impasible, sajona. Ayer mismo nos dijo el cable, cómo desafiando todos los peligros, no se aparta de sus soldados y exalta sus entusiasmos.

Los horrores que esparce por Bélgica la lucha no podrán nunca abatir a estos dos reyes, al igual generosos y arrojados, que en horas de desgracia y de dolor para su patria, saben mostrar toda la heroica grandeza de sus espíritus.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 18-X-1914)

LA PROCESION TRADICIONAL

Ayer y anteayer, como todos los años, ha desfilado por las calles de Lima, de iglesia en iglesia, la procesión del Señor de los Milagros. Ha pasado imponente, pausada, rumorosa, fragante, solemne. Y su paso ha revivido en nuestro espíritu el recuerdo de tiempos lejanos, en que floreció amablemente el dulce misticismo de nuestros abuelos.

Es la procesión del Señor de los Milagros uno de los últimos rezagos del pasado tradicional. La más típica tal vez de las manifestaciones de ese risueño, fastuoso y alegre criollismo que se extingue, que se pierde con hondo desconsuelo para los pocos, los insignificantes que, como nosotros, aman la tradición fervientemente. En ella palpita el alma de Lima colonial, el alma de nuestro pueblo de criollos perezosos y juerguistas, místicos y sensuales, que tanto han gustado siempre del pintoresco abigarramiento de las pompas religiosas.

Y al revés de lo que ocurre con los historiados paseos de festividades característicamente limeñas, la procesión del Señor de los Milagros no pierde en un ápice su solemnidad y su fausto, por más que los años pasan, que el celo cristiano disminuye, y todo, hasta las más típicas costumbres, son abandonadas en obsequio al afán invencible de europeizarnos, de transformarnos, despertado en este pueblo por las personas que han visitado París, Londres y Nueva York y que consideran estas resurrecciones de nuestro pasado incompatibles con la cultura de una ciudad moderna.

Pese a los años, pese al snobismo predominante, pese a todas las "necesidades" del progreso, de la civilización, el entusiasmo de los limeños por la procesión tradicional no disminuye, antes bien aumenta, y así es como la que antes fuera peregrinación de negros y de plebeyos es hoy suntuosa romería que realzan, devotas, las damas más aristocráticas y gentiles. Deteniéndose en la observación del espíritu de esta fiesta y aunque tal vez resulte un poco profano suponerlo, el cronista cree que no es el fervor religioso, que no es el prestigio de los milagros que generoso prodiga el Crucificado, lo que congrega año tras año en torno de la imagen

venerada a miles de fieles, lo que da a esta romería tal carácter de suntuosidad y de pompa, sino el íntimo, el secreto, el arraigado culto que tiene nuestro pueblo a la única de las festividades que en esta época le recuerdan su tradición y sus costumbres. Es un instintivo y cariñoso sentimiento de respeto por el pasado que huye.

Esta procesión tradicional viste a Lima de un risueño ropaje de fiesta. Discurren por las calles gentes innumerables con hábitos morados, y la ciudad se envuelve en fragantes y azulosas nubes de sahumerios. Y el color de los hábitos varía entre las más distintas y complicadas tonalidades del morado. Morado oscuro, cárdenos, rojizos, lilas. Violentamente cárdenos como ojeras que enciende el pasado, tímidamene violetas como las coronas que ponen su fúnebre nota en la cámara de los niños muertos.

La hemos visto pasar meditativos. Ha desfilado delante de nosotros como una romería interminable. Devotas aristocráticas y elegantes, sahumadoras vestidas de tosco hábito, morenos sudorosos, monaguillos adolescentes a quienes la solemnidad del momento pone una extraña seriedad en los semblantes, mozos alocados que corren, que alborotan y aprovechan de la fiesta como un campo propicio para sus galanterías. La imagen ha pasado lenta, cadenciosamente, alumbrada por pesados cirios. Y en su torno han subido al cielo los cánticos piadosos de los fieles y las nubes azulosas del sahumerio.

Y ha seguido así el desfile, solemne y rumoroso, de iglesia en iglesia. En alguna en que el "anda" penetrara, ha sonado el dulce coro de las voces femeninas de las monjas. Sus siluetas vagas se agrupaban tras el enrejado inaccesible. Y hemos adivinado manos blancas que se juntaban y se alzaban en un ademán angustioso de plegaria.

Al caer la tarde ha llegado la imagen a la iglesia conventual en que se le rinde culto. Gravemente, oscilando sobre los hombros cansados de los buenos "hermanos", la hemos visto penetrar en el templo. Los ojos de los devotos la han despedido con una mirada de pena. "Hasta el año que viene –ha dicho un viejo–. Tal vez no volveremos a verla". Y en su gesto doloroso hemos creído sorprender el presentimiento de la muerte amenazadora e implacable.

El órgano ha llenado de armonías las sonoras bóvedas del templo. Los creyentes fervorosos han elevado nuevamente sus cánticos llenos de fe y devoción.

Fuera, en la plazuela, las gentes se agolpaban, flotaba en el ambiente el aroma del incienso sagrado, y sobre las mesitas tradicionales se ofrecían

provocativos los turrones dorados, las golosinas incitantes que fueran también característica del criollismo floreciente de otros tiempos.

(En *La Prensa*: Lima, 20-X-1914. X En *Escritura - Teoría y crítica literarias*: Nº 1, pp. 131-132; Caracas, 1º-VI-1976. Y en *Reconstrucción de Mariátegui*, por Mario Castro Arenas (Lima 1985), pp. 138-140)

PUNTOS SENTIMENTALES

Los diarios de ayer, registran en su crónica parlamentaria una interesante postura del diputado por Huaraz, señor Eleodoro Macedo, quien ha querido que se suprima la subvención destinada al sostenimiento de la Academia Nacional de Música. Pero como no fuese de igual parecer el ministro del ramo y el señor Macedo es tenaz e insistente y guarda entre otras devociones la del más obstinado regionalismo, ha querido ahora que se reduzca en trescientas libras esa subvención y se dedique esta suma al colegio nacional de Huaraz, que no sabemos cuál mayor significación reviste en cuanto a nuestra cultura respecta.

Pero no existiría hasta esta parte, motivo para extrañarse mayormente ni para considerar interesante la postura parlamentaria del señor Macedo, si el señor Macedo al fundamentar su pedido –que encontró asequible la voluntad de la mayoría– no hubiera dicho que la Academia Nacional de Música no sirve para nada, no presta prácticas ventajas, y si no tratase a un arte sublime como algo más que inútil y superfluo. ¡La música! ¡Psch! ¿Para qué sirve eso?, ha dicho su señoría honorable.

Y lo más sensible y lo que con más dolor anoto, pues que tengo esta chifladura sentimental por las cosas bellas, es que no hubiese una voz, una voz tan sólo que opusiese su opinión a la del señor Macedo y tomase la defensa de la pobre y maltrada música, que nada ha hecho al señor Macedo, como no sea regalar su espíritu –que no suponemos rehacio a las emociones artísticas– en muchas tediosas horas de aburrimiento.

Esto es lo que me duele, esto es lo que me lanza a pintar mi impresión de pena y desconsuelo, porque tengo ante tal hecho que preguntarme ansioso si será realmente el criterio de la cámara éste que ha expresado el señor Macedo, de que la música para nada sirve...

Ni la penuria fiscal, ni las angustias de nuestra situación económica, pueden justificar que en nuestro país, que es en el mundo el que menos dinero dedica al fomento del arte, se quiera la supresión de la única academia de música que poseemos y que está bajo los auspicios de una institución como la Filarmónica, formada y mantenida en bendita hora, y

cuya subsistencia aunque sólo fuese, como se pretende por unos pocos, en el nombre, libra de un bochorno a nuestra cultura. Y tampoco puede, en mi concepto, justificarse que lo que se quita a la academia, se emplee en incrementar los ingresos de un colegio de instrucción media, de uno de aquellos colegios que precisamente son los que menor beneficio hacen a la instrucción pública y de los cuales con razón se dice que sólo contribuyen a la creación de una clase parasitaria, de un colegio que será sin duda alguna un foco más de burocracia empecinada y provinciana y al abrigo de cuyos claustros germinarán quien sabe cuántas tempranas aspiraciones a puestos parlamentarios.

No sirve para nada. No presta utilidad práctica. Así ha dicho el señor Macedo, de la música, alentado por el silencio con que se asentía a sus palabras. Y no es posible dejar pasar opiniones tan curiosas, porque el señor Macedo, iniciada su labor, podría querer proscribir por entero de entre nosotros, un arte que con tanto afán detracta. Porque el señor Macedo, es muy positivista, muy práctico, personalidad muy a tono con el siglo, que sólo quiere para nuestro país puentes, caminos, cañerías, vías férreas y otras cosas provechosas y prácticas. Y no desea saber de sentimientos artísticos ni de emociones estéticas.

¡Oh, genios maravillosos de Wagner, Beethoven, Schumann y Chopin que perseguisteis la quimera de este arte excelso! El senador Macedo os abomina...

Tal vez algún lector, tan práctico, tan positivista, tan utilitario como el señor Macedo, sonría del romanticismo inocente con que este cronista se extraña de que se hagan tales apreciaciones singulares en el propio Parlamento peruano.

Tal vez esta apacible y pobrecita protesta, encuentre apenas eco simpático en los menos, en los pocos, en los chiflados que aman cosas así inútiles y superfluas.

Tal vez esté muy de acuerdo con las tendencias modernas este afán iconoclasta y novedoso.

Tal vez es que yo pienso con un siglo de atraso y no entiendo de los beneficios del progreso. No importa. Más fuerte que todas estas consideraciones, que todos estos temores, que todas estas incertidumbres, habla en el espíritu de los que tenemos ideas tan sentimentales, nuestro porfiado culto por esas míseras cosas que son el Arte y la Belleza...

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 27-I-1915)

DOS TRAGEDIAS

La Prensa dio ayer cuenta del triunfo alcanzado por Felipe Sassone con el estreno de su tragedia *Un intérprete de Hamlet*, y al consignar con satisfacción la noticia, dijo la amarga ironía, la cruel ironía de la suerte, que encerraba este éxito para nuestro compatriota, cuando al mismo tiempo le abrumaba el pesar de perder a su amada compañera.

Fue una dolorosa, una irreparable, una ruda desgracia la que afligió a Sassone con la muerte de su esposa. El que durante diez años paseara su caprichosa bohemia por España, Italia y la Argentina, él que tuviera una existencia siempre inquieta, siempre tornadiza, de trovero peregrino, de vagabundo y de nómade, él que buscara ansiosamente el camino de la gloria, llena el alma de generosas idealidades, él que sacrificara todo a la locura de sus sueños de poeta, sintió un buen día el cansancio de esta vida agitada pero infecunda, alegre pero sin recompensa, libre pero amargada por infinitas tristezas y ansias insatisfechas y anheló el descanso y quiso un hogar.

En medio a la vorágine de su bohemia intranquila y vehemente, se vio solo, experimentó el hastío de sus placeres y de sus amores fáciles y deseó una compañera amorosa y buena que le diera nuevos alientos para la lucha y que pusiera un oasis de amor y de alegría en el desierto infinito de su vida. El poeta hizo alto en su camino y buscó el santo refugio del amor. Y fueron sus nupcias el preludio de una vida reposada y dichosa. En la triunfal sonoridad de su epitalamio, Sassone cantó la aurora de un día nuevo.

A España lo devolvieron sus anhelos de gloria y en España florecieron para él hermosas promesas de éxitos y de victorias. Un día una comedia, otro una página de pulida prosa, otro unos versos, mantenían creciente la reputación de Sassone y consolidaban sus prestigios de literato galano y talentoso. Se enamoró de una idea, de un "asunto", hermoso como casi todos los que su imaginación concibiera y quiso llevarlo al teatro. Y escribió una tragedia, robusta, intensa, vibrante, una concepción luminosa, en la cual palpitaban todas las amargas filosofías de la genial obra de Shakespeare y de su personaje símbolo. En ella cifraba las más firmes esperanzas de triunfo. La dicha más completa presidía sus destinos.

Pero sobrevino fatal, dolorosa, la desgracia. Sassone perdió a su compañera, a su bella y amada compañera, a su buena musa, a la más eficaz colaboradora de su obra. El oasis naciente y florecido, cuyo amparo había buscado el peregrino ansioso de descanso, se marchitaba, desaparecía y en la senda de su vida todo volvía a ser desierto, desierto yermo, desolado, candente. Penosa, cruel tragedia, que ponía inesperado término a un idilio, que destrozaba las ilusiones del poeta, que lo abandonaba a la desesperación.

Y en estos angustiosos instantes, cuando la pérdida de su esposa acababa de afligirle y abría un infinito paréntesis de dolor en su vida, ha sido que a Sassone ha mimado la victoria. El éxito de la tragedia, el éxito anhelado, el éxito buscado, ha sido completo, rotundo, clamoroso. Hasta el doliente recogimiento de Sassone, en Madrid, han llegado los ecos de su triunfo. Un telegrama de Francisco Morano, el gran actor que estrenara en Zaragoza su tragedia, le avisaba el éxito en los precisos momentos en que el poeta veía derrumbarse el castillo de sus ensueños. El telegrama dice así:

"Acabo estrenar *Intérprete Hamlet* con grandísimo éxito. Felicítole orgullosamente. Todos los actos han sido aplaudidísimos y tengo satisfacción comunicarle, inmodestamente, he obtenido personalísimo triunfo, grande, hermoso. Puedo asegurarle que puse en interpretación cuanto cariño usted merece y que ahora tengo verdadera alegría decirle hemos triunfado. Para que todo fuera felicísima satisfacción, deseo que su querida compañera haya vencido todo peligro. Escríbole mañana y mándole sueltos. Abrázole".

Este es el mensaje que ha dicho a Sassone el más amargo de los contrastes de la suerte. Mientras perdía a su esposa y sufría un rudo golpe del Destino, la Gloria le sonreía y la obra con calor concebida, la obra que el cariño de su musa le inspirara, arrancaba al público ruidosas ovaciones, daba motivo al actor para hacer una portentosa creación y le ganaba el mejor laurel de su carrera literaria. La musa muerta le ha dejado este recuerdo, hondamente triste en medio del triunfo que representa. ¡Pobre amigo, a quien la suerte ha herido con tanto ensañamiento! ¡Pobre peregrino, que vuelve a sentirse solo, triste, abandonado! ¡Pobre bohemio, que asiste al desbaratamiento de sus queridos ideales! ¡Pobre poeta, que mira destruirse su mejor y más sentido poema: el de su Amor!

JUAN CRONIQUEUR.

(En *La Prensa*: Lima, 27-II-1915)

PARIS DE DUELO

"Un gran incendio ha destruido el Moulin Rouge". Son las solas palabras en que el cable nos cuenta la destrucción del fantástico centro de fiesta y de placeres de la Ville Lumiére. Nada se nos dice de las circunstancias en que se produjera la catástrofe, nada de la impresión que ha causado en París, nada del duelo que aflige a todos los *bon viveurs* y a todas las *cocottes* de la gran metrópoli.

Y es que esa única y lacónica noticia dice casi todo lo que precisa saber y sugiere casi todo lo que puede haberse realizado.

La casa de la alegría, la aladinesca mansión que era emporio del amor y del champán ahí hermanados, no existe ya. Un hacinamiento de escombros dice el lugar donde la población elegante de París y los paseantes del mundo entero agotaran el vino rubio de las vegas que fertiliza hoy la sangre de miles de soldados y se embriagaran de alegría, de luces y de alocadas y reidoras armonías.

Fue quizá de noche, en una noche clamorosa y orgiástica, en que el alma del París nocturno y divertido se estremecía en una convulsión de placer, cuando prendió el incendio destructor.

Las llamas penetraron asfixiantes a los salones llenos de luz y de colores y espantaron a las parejas que danzaban siguiendo voluptuosas las fugas y los ritornellos del país cadencioso y del tango rítmico. Y de las manos ensortijadas de los trasnochadores y de las manos leves de las *cocottes* se escaparían las copas cien veces besadas para hacerse añicos en el suelo e inundar el Moulin Rouge con una caprichosa carcajada de cristal. Habría sido el fin más hermoso y pintoresco del alegre restorán. Fin un poco poético, como gustara a los que como el cronista tienen un sentimentalismo irreductible que tan rotundos desprecian los hombres positivos, los hombres utilitarios que saben estar con el siglo. Fin de orgía sardanapalesca, trágico y violento, que habría dicho a los que practican la sana y fácil filosofía del placer, los dolores, las amarguras, las angustias que ponen un rumor de lamentación y de queja en el silencio de las noches calladas y que no llegan a los centros mundanos donde vibra el torbellino de quienes se divierten.

Pero, si así no ha ocurrido el fin del Moulin Rouge. Si la ironía de

las cosas humanas lo ha hecho vulgar, grotesco. Si ha sido a una hora cualquiera silenciosa en que la casa de la alegría se reparaba de su trasnochada. Si ha sido cuando la luz del día opacaba y empobrecía las cristalerías multicolores y deslumbrantes. Si ha sido cuando la ciudad estaba llena de bullicio y se agitaba entre un clamor de trabajo y de vida. Si ha sido un descuido de cocina, un mísero y ridículo descuido. Si ha sido un fin vulgar, prosaico, torpe, cabe decir que el Moulin Rouge ha muerto triste y miserablemente. La que fuera mansión de locas alegrías, sólo podía acabar en medio del desenfreno báquico de una fiesta pagana.

El Moulin Rouge tenía un prestigio mundial. Su nombre era conocido en todas partes, popularizado como estaba por operetas y *pochades* que fingían sus escenas bajo el amparo de las aspas luminosas del nuevo y simbólico molino del placer. Y sobre todo en América, donde lo rodeara del más extravagante prestigio el *rastacuerismo* criollo, el *rastacuerismo* que en París conoce todos los centros de diversión y se olvida del Louvre y de todos los santuarios del arte, ese nombre raro y sugestivo era dicho con devota satisfacción.

En París era quién sabe el símbolo de eso que podríamos llamar la religión del placer. Religión de todos los que piensan tal vez no sin razón que la vida se ha hecho para gozarla, de todos los que ahogan en un vórtice de alegría penas y amarguras, de todos los que consagran su existencia al culto del vino y del amor. Y que es al mismo tiempo religión que afianzan los pesimismos e inquietudes contemporáneas y que tiene la más extravagante y faustosa de las liturgias. El Moulin Rouge era, repetimos, el símbolo de este nuevo culto, en medio de cuyas risueñas manifestaciones se siente, se advierte, un fondo de tristeza, de melancolía y de desconsuelo.

París, que ante la gran tragedia de la guerra y del dolor que lo aflige intensamente, sabe ser fuerte, espiritual, regocijado y conservar su máscara luminosa de alegría, tiene que lamentar la destrucción de su viejo Moulin. Sobre sus ruinas se alzará quién sabe uno nuevo más suntuoso, más rico, más decorativo. Pero no será nunca el mismo. Los antiguos e impenitentes *habitués* no le hallarán igual, y extrañarán el otro, el destruido inesperadamente por un incendio intruso y que prendió todo en una roja y gigantesca llamarada en la cual quemara como en un místico incensario la esencia de sus voluptuosidades. El Moulin Rouge no existe. París está de duelo.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 1º-III-1915)

RECORDANDO AL PROCER

Es Mariano Melgar, el dulce y romántico poeta de los yaravíes y el esforzado y joven paladín de los patriotas, uno de los más bizarros próceres de la magna epopeya libertadora.

A sus laureles de bardo soñador se suman los que conquistara en el campo de batalla, cuando se produjeron los primeros estallidos de la reacción patriótica. Y en las páginas que historian la guerra de la independencia sugestionan hondamente los arrestos generosos de este enamorado de bellos ideales, que erigiera en su Apolo a Tirteo.

Hoy se celebra el centenario de la muerte heroica de este patriota. Hoy la patria rinde el homenaje ferviente de su admiración a la memoria del gallardo revolucionario que sacrificara en los campos de Humachiri la ferocidad de un capitán de los virreyes. Hoy vibra en todos los corazones y florece en todos los labios un recuerdo sincero y cariñoso para el que, empujado por los ímpetus de su lozano idealismo hiciera a la causa de la independencia el sacrificio de su vida fecunda.

Al lado de la noble figura del poeta, se agiganta la gloriosa del soldado. Y por eso el cronista, el mísero cronista de las cosas cuotidianas, que ha sabido admirar hondamente, profundamente, enamoradamente, las bizarrías romancescas de Melgar, quiere trazar estas líneas para loar el heroísmo del poeta que se irguiera en un gesto denodado junto a los que echaron la simiente de la nacionalidad peruana y para loar el idealismo del guerrero que escribiera con la punta de su espada el más intenso y sentido de los poemas.

Melgar fue un verdadero poeta y fue ante todo un poeta peruano. No fue la suya la lira majestuosa de los épicos, sino la triste, la dolorida, la quejumbrosa quena de los indios pastores. En la lamentación amarga, en el llanto angustiado de sus elegías y de sus yaravíes, palpitan todas las melancolías del alma indígena, toda la desolación de los dormidos panoramas de la puna, toda la augusta e imponente serenidad de las noches andinas. La voz de una raza sentimental y humilde, que siente a veces

ansias de redención, parece que vibrara en sus estrofas.

Precursor del romanticismo en Sudamérica, sus versos son suaves, sencillos, armoniosos, sin ampulosidades, sin altisonancias, sin donosos artificios. Su inspiración se desborda como la clara linfa de un arroyo y así en la pureza argentina de sus canciones hay frescura y transparencias de agua soterraña.

Lírico, profundamente lírico, sólo sabe contar sus inquietudes y sus desvelos, sus amores y sus ansias, la delicadeza de sus sentimientos intensos y apasionados.

Un amor inmenso al cual consagrara todas sus devociones, toda su alma, amor de romántico, amor de trovador, ocupa por entero la vida del poeta. Lo canta en sus endechas, lo exalta en sus canciones, lo llora en sus yaravíes. Y la visión de la amada, de la amada dulce y bella, aparece en cada verso. Silvia absorbió sus ideales, ocupó sus pensamientos, cautivó su imaginación. El cantaba, sentía y soñaba sólo por Silvia. Y fue su musa. La musa tangible, la musa consoladora, que pusiera la luz de sus amores en la vida de los grandes líricos, de los grandes románticos que como Bécquer y como Musset iluminaron la senda de sus idealismos con perfumadas caricias de mujer.

Pero Melgar sufrió también el sino de los grandes líricos, de los grandes románticos. No supo ser comprendido. A la frágil cabecita de su amada, no se alcanzaba la intensidad de esta pasión, el fervor de este culto. Y un buen día los desvíos y los desdenes de su amada, pusieron un doloroso torcedor en la vida del prócer. Sus versos dicen toda la angustia de su desolación y de su olvido que le hinojaban a las plantas de Silvia, en demanda de su gracia. Más tarde se tornan desesperados y reflejan la intensidad de su pena. Serénanse luego y son dulcemente melancólicos. Hasta que sus nacientes ideales de libertad, los inflaman de fuego patriótico y les dan sonoridades épicas.

Sin embargo, aun cuando canta a estos ideales, Melgar sigue siendo dulce, apacible, tranquilo. El no sabe arrebatar con sus estrofas muchedumbres batalladoras, él no sabe despertar bélicas ansias, él no sabe hacer sentir la grandeza majestuosa de un paisaje de la cordillera nevada ni la lujuriosa exuberancia de la selva virgen. Su poesía, sencilla, suave, doliente, llega mejor al alma del pastor lunático que dice sus tristezas en el silencio sonoroso de las noches claras.

La primera llamarada revolucionaria prendió en el sur. Melgar, se sintió inflamado por el fuego romancesco de los caballeros andantes, que cada

día resulta más exótico, más raro, más loco. Se armó paladín de la santa causa. Cambió la musa real, la musa de carne y hueso, la musa amada, por la otra incorpórea y severa de la libertad. La musa dulce y buena por la musa imperiosa y guerrera.

La epopeya del primer ejército patriota, fue cruenta y ruda. Los reveses afligieron unos tras otros a los libertadores. Melgar se dio cuenta del fin inminente y fue a él consciente y valeroso. Tal vez los dolores de su pasión, las inquietudes de su alma superior, lo decidieron más aún al sacrificio.

Y sobrevino la derrota definitiva, completa en los campos de Humachiri el 11 de marzo de 1815. Al siguiente día, en un amanecer nublado y frío, el poeta de los grandes heroísmos, el soldado de los amados ensueños y de las locas quimeras, caía fusilado. Y quién sabe si en la calma augusta de la mañana, cuando el panorama silencioso recobraba su plácida serenidad campesina, el lamento de una quena quejumbrosa sonó como una oración.

Este fue el prócer que hoy recuerda la patria reverente.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 12-III-1915. Y en *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), pp. 84-88)

EL BUQUE FANTASMA

Su nombre breve, rotundo, recorrió el orbe desde que la gran guerra estalló. A partir de entonces, el cable consignó, día a día, una nueva hazaña, una nueva proeza del corsario nuevo. El Dresden desaparecía en un mar, para presentarse luego en otro, dejaba un punto en que todos le suponían para reaparecer en otro en que nadie le imaginó. Y raudo y ligero y audaz, fue dejando una estela de muerte a su paso por los océanos tormentosos y por los océanos serenos.

Solo, unas veces, acompañado de naves igualmente audaces y aventureras otras, el Dresden paseó el pabellón guerrero de los teutones, de los últimos conquistadores, a través de todos los mares y burló la dominadora y orgullosa soberanía naval de Inglaterra.

La intrepidez, la intrepidez inverosímil y osada del buque fantasma, la tenacidad con que hería el comercio marítimo del reino británico, tuvieron el alto valor de preocupar a su solemne y grave almirantazgo, cuyos comunicados flemáticos rebosaron el encono de la gran potencia contra el enemigo pequeño e impávido que así desafiaba su poder naval.

Y comenzó la persecución decidida, la caza indispensable del Dresden. Y comenzó la etapa más gallarda y romancesca de su epopeya. Varias veces se anunció su destrucción por los buques británicos, otras tantas se le dio por apresado. Pero la leyenda de los descalabros definitivos o parciales del crucero germano, se desvanecía apenas forjada, y el Dresden reaparecía a poco y hundía nuevos y nuevos vapores.

Unióse a una escuadrilla alemana, a una escuadrilla que formaran los barcos a quienes sorprendió la guerra lejos de su continente, los barcos aventureros, los barcos vagabundos que miraban como un problema insoluble la posibilidad de tornar al amparo protector de la patria. Con ella actuó y triunfó en el combate de Coronel. Más tarde esta escuadrilla era deshecha por los ingleses, que así castigaban la ofensa, pero el Dresden escapaba y seguía atrevido la ruta de sus aventuras y de sus proezas.

Por mucho tiempo, el buque fantasma no volvió a ocupar a las agencias

informativas ni a los comunicados oficiales. Una versión cualquiera lo llegó a suponer en las bases navales de Alemania. Se creyó que el corsario, perseguido, fatigado, había burlado todas las vigilancias y reparaba al abrigo del pabellón de su patria los cansancios y las inquietudes de la jornada. Pero no fue así. El Dresden navegaba en el Pacífico. No habían disminuido sus arrestos, no se habían agotado sus energías, no se habían extinguido sus entusiasmos. Y dio cuenta de su existencia con un hecho resonante, echando a pique a un buque mercante, que agregaba una cifra más a las víctimas de sus piraterías. El Dresden rubricaba así su paso con una nueva hazaña.

Era el mismo. El buque fantasma que reaparecía. Volvería a sufrir sus asechanzas el comercio marítimo de la Inglaterra. El filibusterismo de un puñado de valientes que arrostraban todas las inclemencias y acometían la más riesgosa de las aventuras, tornaba a esparcir el temor en los mares.

El Dresden desempeñaba una misión llena de peligros, una misión heroica. No era la suya la actuación de las grandes unidades, que esperan el momento de las batallas decisivas. Lejos de su país, de sus bases de operaciones, desamparado casi, perseguido por las flotas de tres naciones adversarias, era un trashumante caballero de la muerte que cruzaba raudamente el océano, en cuyas profundidades había de encontrar tarde o temprano su tumba.

La valerosa tripulación no temía ya nada. Afrontaba todos los peligros, burlaba todas las persecuciones, desdeñaba los combates, sonreía ante las tempestades. ¿Cuántas veces las tormentas, los peligros amenazarían al corsario en sus trágicos viajes? Otras tantas, ante el mar encrespado, ante el cielo tenebroso, los marinos del Dresden creerían oír tal vez la voz del infinito como una amenaza. ¡Quién sabe si se sentían perseguidos por las sombras vengadoras de las víctimas que sembraran en su correría de desolación y de exterminio! Y por todo esto –en medio del clamor de condenación que se eleva contra la injusticia, contra el delito del pueblo que ha precipitado a un continente en la más espantosa de las guerras, contra el crimen de ese mismo pueblo que ha sacrificado a sus ambiciones la vida de otro pequeño y heroico– el buque fantasma rodeó su nombre de un ambiente de simpatía e inspiró ese cariñoso sentimiento de admiración que despiertan las audacias y las bizarrías.

Hace quince días se supo que el Dresden, navegaba cerca de las costas chilenas y acertaba nuevos golpes al tráfico marítimo de Inglaterra. Fue su última aventura. El corsario estaba acosado por los buques de la gran

potencia, por la armada invicta que no podía soportar que un crucero apenas protegido siguiese infiriendo constante ultraje a su orgulloso dominio. Y el Dresden sentía ya el cansancio de su trágica gloria y veía acercarse a prisa el fin de su epopeya. Herido, hostigado, sin carbón y sin víveres, llegó a una isla. Las inflexibles leyes de la neutralidad le impidieron quedarse. Sin reparar sus fatigas, debilitado y solo, dejó el momentáneo asilo, y puso decididamente su proa hacia el peligro.

El fin no tardó. Lo acosaron los perseguidores y el buque fantasma izó bandera blanca, bandera de paz, en el mismo mástil en que flameara al tope su pabellón trágico de corsario. Los ingleses vencían, la armada invicta castigaba los ultrajes del osado. Estalló una explosión y el Dresden se hundió en las aguas. Y fue quizá el estallido como un grito de maldición y de venganza, como la voz de las víctimas innumerables del corsario. El solo responso del trashumante caballero de la muerte.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 18-III-1915)

EL APOSTOLADO DE MAETERLINCK

Grande, santa, hermosa propaganda la que realiza Mauricio Maeterlinck en Italia. El cable nos dio cuenta hace dos días de la gira del eminente poeta, del filósofo sutil y nos dijo al mismo tiempo los fines que lo llevaban a este viaje por tierras del mediodía.

Cuando las garras del águila prusiana, destrozaron la independencia de Bélgica y una clarinada de venganza llamó a todos sus hijos a oponer la barrera de sus pechos al avance invasor, Maeterlinck abandonó el voluptuoso ensimismamiento de sus ideales y puso los ojos en la patria angustiada. Con el valor consciente que da una mentalidad elevada, con el menosprecio por la vida que tienen todos los que han sabido comprender lo poco que ella vale, se decidió a hacer la vida azarosa del soldado y a asistir muy de cerca al espectáculo maravilloso de los combates. El, cuyo espíritu experimentara las más hondas inquietudes, las más sutiles ansias ante el enigma torturante de la Muerte; él, que sintiera por momentos la nostalgia de su abrazo redentor; él, que la creyera en instantes de íntimas amarguras y tristes desesperanzas la suprema consoladora, pensó tal vez que la amada misteriosa lo esperaba en los campos pavorosos de la guerra. Y entrevió sus nupcias con la desconocida en el fondo ensangrentado y cálido de un reducto. ¡Oh, el beso sedante y frío que lo aguardaba acaso y abriría a sus ojos las regiones soñadas de la Quimera!

Pero los altos comandos y los estados mayores que no pensaron lo mismo –no es posible que los altos comandos y los estados mayores piensen como los poetas– rehusaron aceptar el ofrecimiento de Maeterlinck. Esos brazos que sólo sabían sostener la pluma, no podían soportar la carga penosa del fusil; esas piernas que gustaban perezosas de mullidos y regalados divanes, no resistirían las largas, las interminables caminatas; esos ojos cansados de embriagarse en lo infinito y en la contemplación de la belleza, serían torpes para fijar la precisión matemática del tiro; esos oídos hechos para descubrir las más secretas y suaves melodías, no se acostumbrarían a la orquestación estruendosa de la batalla. ¿Fue este concepto fríamente utilitario y práctico el que encontró a Maeterlinck inútil para servir a Bélgica en la contienda? ¿Fue la sincera convicción de que más eficaz sería a la patria su esfuerzo de escritor que su esfuerzo de

soldado? El cronista no quiere aventurar la respuesta. ¿Por qué no suponer también un sentido de reverente admiración, que exaltase gloriosamente al poeta ante el pueblo de Bélgica e hiciese a sus ojos preciosa su vida?

Y Maeterlinck que no pudo ser Tirteo –no es épica su lira, ni tocados de patriotismo sus más altos anhelos–; Maeterlinck que no ha podido darse cita en el reducto con la Enamorada ignota de la Muerte, es hoy apóstol y ha ido a Italia a hacer vibrar las fibras de su alma latina y a proclamar el deber que ella tiene de sumar su concurso a la causa de Francia y de la civilización y de aunar su esfuerzo al que el mundo reclama para vencer a las huestes del imperialismo militar –los últimos conquistadores que decía ayer– que ha desatado en Europa la vorágine de una bárbara regresión.

La incansable propaganda germana, la fascinación de sus Von Bülow y de todos sus Von con almas de Bismarck, ha ido ejercitando intensamente su influencia por mantener para Alemania la amistad de Italia, cuyos diplomáticos han mirado sola y ávidamente a las compensaciones de esa amistad. El poeta ha ido a invocar en este pueblo inextinguibles sentimientos de raza, a conmover su corazón latino y a arrebatarlo a la sugestión del águila imperialista que en estos tiempos de pomposas civilizaciones, de bellas teorías y de generosos principios, involucra la doctrina odiosa de la fuerza.

A avivar estos sentimientos que existen y vibran intensamente en el pueblo italiano, a hacerle sentir la voz de la raza que acalla el clamor de la catástrofe, ha ido Maeterlinck a Roma. Si su palabra cálida, sincera y sugestiva hiriese el alma de ese pueblo y pudiese más que las sugestiones de las diplomacias, el poeta haría el milagro. Milagro de poeta que hablaría de esta santa religión del idealismo y la quimera, a todos los espíritus prácticos, a todos los Sanchos de la edad presente.

Esa es la misión que se ha impuesto Maeterlinck. Su gesto es hermoso, es simpático. El dulce filósofo, el selecto poeta abre un paréntesis de lucha y de esfuerzo en su vida de meditación y de ensueño, interrumpe el ritmo de su vida íntima. Y es amplio y es imponente su ademán de sembrador.

Mientras en el horror del combate se agitan multitudes formidables y atruena la orquestación triunfal de los cañones, el grito del poeta vibrará como una épica trompa, como el conjuro de un pueblo desgarrado y heroico.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 19-III-1915)

PIERRE LOTI EN LA GUERRA

Si al exquisito novelista de *Las Desencantadas*, al dulce pintor de las cosas orientales, al artista enamorado del poético encanto de las odaliscas, le hubiesen dicho hace unos años que su deber militar le llevaría a batirse contra los otomanos y a regular el tiro de un cañón de su nave contra una ciudad oriental, tal vez se habría sonreído incrédulo o tal vez le habría asaltado la inquietud de que el vaticinio llegase a ser una dolorosa realidad. Pierre Loti, no pensaría que una exigencia del destino pusiese la proa de su buque guerrero hacia la costa serena y aromada del amado país de sus recuerdos. Pero la ironía amarga de la vida nos obsequia hoy también con esta mueca sarcástica. Ayer apenas nos dijo el cable –este cable bendito de las diarias sorpresas– que Pierre Loti estaba al mando de una cañonera y actuaba con ella en el bombardeo de los Dardanelos.

Sabe el lector que este gran Pierre Loti, se llama a la verdad Julian Viaude. Sabe también el lector, que como yo ha saboreado la delicada y sugestiva belleza de sus libros de Oriente y como yo le ha admirado, que este célebre Pierre Loti o, más bien, este semi-ignorado Julian Viaude es oficial de la marina francesa. En misión de su país o sin ella, ha viajado muchas veces por los países islamistas de la Europa y del Asia y ha permanecido años tras años en su adorado y plácido refugio de Estambul. Y si Julian Viaude es tan sólo un oficial de marina que se confunde en la anónima multitud de las playas mayores, Pierre Loti es un mágico novelista de las cosas, de los paisajes y de las almas musulmanas.

Espíritu refinado, sensitivo, armonioso, supo gozar toda la intensa seducción de la vida de Oriente, adoró el misterio de tristeza y de sensualidad de los harenes, amó el encanto infinito de los ojos de las odaliscas, se embriagó en el perfume de gomas terebínticas y experimentó la exquisita voluptuosidad de sentirse musulmán, de creer en Mahoma, de orar en sus mezquitas y soñar en el fabuloso paraíso del Corán.

Estambul le brindaba junto al efluvio acariciador de sus perfumes, a la fantástica policromía de sus galas, al prodigio de armonía de sus paisajes

y a la secreta seducción de sus liturgias, una intensa, una adorable vida de recuerdo y de evocación. Pierre Loti se acodaba a la ventana de sus añoranzas y sentíase asomado al panorama dormido de lo préterito. Este pueblo místico y sensual, estos fastos asiáticos, estos palacios aladinescos, estos tapices suntuosos, le sugerían amables visiones del pasado, y tendían a su vista el cuadro pleno de luz y de color, de poéticas costumbres que la civilización sacrifica, que la civilización ahoga en el vértigo de sus monumentos y de sus especulaciones y la vocinglería de sus automóviles raudos. Sentía el encanto de esta vida oriental en un rincón de Europa, de una raza decadente, como el último refugio del islamismo en el viejo continente en que domina victoriosa la cruz.

Y vistió como los otomanos y vivió como ellos y como ellos pensó. Como ellos dio al amor la mitad de su vida, como ellos gustó el agotamiento del placer y buscó en las caricias cálidas de las mujeres del oriente, la sedante laxitud de sus efluvios.

Tal grande artista, tal virtuoso de las emociones exóticas, tal encantado peregrino, que es también literato cultísimo y un pulcro estilista, sabéis cómo aprisionó sus sensaciones de amor, de voluptuosidad y de misterio, en las páginas de libros admirables. Al artífice de la palabra, al mago del color, se unía el fino psicólogo, el observador sutil que llegó al íntimo santuario de muchas almas y se adentró en la vibrante agitación de intensas pasiones. Y en sus novelas puso toda su devoción por las cosas musulmanas. Parece que en ellas se encontrase ecos de fervientes plegarias bajo la sonoridad abovedada de las mezquitas, rumor de besos y de confesiones en el fondo penumbroso de los harenes, aromas de encendidos pebeteros.

Pierre Loti, dio prueba siempre de su amor por el viejo imperio semicaduco y especialmente por Constantinopla. Cuando la última guerra de los Balkanes, su pluma condenó las atrocidades de los invasores búlgaros que destruían a su paso irrespetuosos e iconoclastas cosas y costumbres que para el novelista eran relicarios de recuerdos. Dijo el crimen que sería destruir Constantinopla, asesinar su encanto y turbar la población de los serrallos.

Es este enamorado del oriente y de sus fastos, este enamorado de Estambul y sus mansiones, el que hoy combate contra los turcos y pone la puntería de sus cañones contra las para él queridas márgenes del Helesponto. El deber patriótico, ese deber que en Francia sabe inspirar los mayores sacrificios y los mayores heroísmos, lo obliga a esta irónica contradicción. Ese deber ha acallado todos los sentimentalismos.

Yo pienso en las aflicciones que turbarán a Pierre Loti, literato, y que ahogará Julian Viaude, marino. Pienso en este choque de los sentimientos del artista y la convicción sagrada del patriotismo y del deber.

Quizá cuando los fuegos de la marina aliada dominen el paso de los Dardanelos y sus disparos saluden los primeros minaretes de Estambul, Pierre Loti, cumplido ya su deber de patriota, llorará sobre el puente de su nave de combate, la profanación y el desgarramiento del país de sus ensueños.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 20-III-1915. Y en *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), pp. 79-83, y en las reediciones ampl. de 1978 y 1985.

UNA CARTA DEL DOCTOR SEQUI

Creería faltar a un deber de consideración personal e intelectual para el doctor Emilio Sequi, si no prestase a la carta que se ha servido dirigirme y que publica *La Prensa* en la edición de la mañana de ayer, toda la atención que se merece por la autoridad de quien la escribe, la cortesía en que se encuadran sus términos y el espíritu de patriotismo muy justo y muy respetable que la inspira.

Y, sobre todo, hace necesaria la respuesta la circunstancia de que al referirme a la propaganda de Maeterlinck en Italia, no he deseado en ningún momento juzgar mal de la actitud de ésta frente a la guerra, pues no podría hacerlo quien como yo guarda arraigadas devociones por ese pueblo grande e histórico.

Ha querido el doctor Sequi, en la carta que comento, dedicarme elogios tan calurosos como exagerados, que por su sinceridad y por venir de quien provienen tengo que agradecer de veras. Sólo que debo atribuirlos, no a mis merecimientos –que si los tengo son muy menguados–, sino a la bondad y a la indulgencia en que tan pródigo es para conmigo el distinguido director de *La Voce d'Italia*. Apenas si de este modo podría explicarme que en tanto precie mi labor periodística y le conceda magnitud e interés que yo no voy a hacerme el engaño de aceptar.

Reconoce el doctor Sequi, que no ha habido en mí intención de ofender al pueblo italiano, en forma alguna, pero sí declara, a propósito de uno de mis conceptos, que nunca en Italia se ha buscado ni admitido las compensaciones ofrecidas por Alemania con tanta insistencia como infructuosidad. El doctor Sequi, cuyo patriotismo me complazco en exaltar, no quiere que se suponga a la diplomacia de su país sentimientos inspirados en el cálculo y presuntos generadores de resistencias a intervenir en la guerra, al lado de la "entente". Pero yo, que admiro y respeto al pueblo italiano, tengo que decirle al doctor Sequi que al atribuir cálculo a determinada gestión diplomática de Italia, no he supuesto una monstruosidad, ni pecado venial siquiera en sus dirigentes, pues es sabido que un concepto utilitario

y no sentimental es el que informa la conducta de todas las cancillerías del mundo, desde las más ingenuas –si las hay– hasta las más descaradas, verbigracia aquella que hace letra muerta de los más santos convenios y proclama sobre todos los principios del derecho, los de la fuerza. Que los pueblos débiles, paguen el crimen de no haber sabido ser fuertes, dice, más o menos, Von Bernhardi, uno de los apóstoles más grandes de esta osada doctrina de la super-nación.

Es, pues, tan sólo una ligera divergencia de concepto la que me separa del doctor Sequi. Si yo hablé de que la diplomacia italiana había mirado ávidamente a las compensaciones alemanas, fue, como ya he expresado, porque pienso que es legítimo en estas épocas el anhelo de los gobiernos de realizar sus negociaciones externas con un criterio práctico. Y ocurre, tal vez, también, que el doctor Sequi que es un espíritu maduro y sereno, desea la conservación de la neutralidad de Italia y no aprecia como yo, romántico y vehemente, la necesidad de que sus gestos respondan sólo a la voz y las tradiciones de la raza. Tal la divergencia que me impide ver las cosas con la razonadora prudencia del doctor Sequi.

De otro lado, y esto lo sabe muy bien el doctor Sequi, son muy grandes y muy sinceros mis sentimientos de admiración por el pueblo italiano, por sus hombres, por sus artes y por su historia, para que fuese por motivo alguno a imaginar de él actitudes que traicionen su pasado y su presente.

Está explicada la intención del concepto recogido por el doctor Sequi en forma deferente y galana que obliga mis agradecimientos hacia tan culto periodista.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa:* Lima, 21-III-1915)

VIENDO LA CUARESMA

La quieta, la mística, la silente primera etapa de la cuaresma ha tocado a su término. Ha pasado calladamente, entre suaves efluvios del incienso cristiano, misteriosos rumores de confesionario, desfiles callejeros de mujeres bonitas que ponían en la solemne austeridad de las tardes cuaresmales la nota de poesía y color de sus encantos, y rotundos, cálidos, vibrantes gestos del predicador que ha querido despertar en las conciencias el anhelo del arrepentimiento.

Fue anteayer el último de los tradicionales sermones de cuaresma. Sermones que son como un conjuro de la iglesia católica que invita a las gentes al recogimiento y a la penitencia, que las mueve a esperar fervorosas los días de la semana de Dios y que dice a todos los corazones una dulce epifanía de amor y contrición. Y anteayer, el cronista, ha visto pasar la ronda procesional de las buenas y bellas devotas, que vuelven de escuchar la palabra llena de unción del misionero.

Porque el misticismo de las limeñas, el misticismo que tuvo su más hermoso trasunto en esa flor de santidad y penitencia que fue Santa Rosa, alcanza en estos días un risueño, un inefable, un sacro florecimiento. Ellas, se sienten espoleadas por la fe que arrullara sus años primeros, por el divino amor del cual son un dulce glosario epistolar las páginas perfumadas del perfumado libro de misa –ese libro pequeño de dorado canto que a mí se me antoja algo así como un símbolo de alma de mujer–, se recogen en la contemplación de los santos pasajes de la vida de Jesús y acuden fervorosas a avivar sus sentimientos de religiosidad, escuchando las paradójicas y vibrantes invocaciones del predicador.

Y es, tal vez, éste de su espíritu cristiano, uno de los aspectos más simpáticos de la mujer limeña, el que nos dice todas las delicadezas y todas las sensibilidades en ella latentes, el que alimenta su caridad, su compasión piadosa para el dolor, para la angustia, la lacería ajena. La mansa y humilde doctrina del manso y humilde galileo, toda amor y toda misericordia, llega a su alma irresistiblemente y descubre el caudal de ternura que

encierra y despierta el reverente respeto a la tradición, que en ella se cultiva.

Estos sentimientos de misticismo, de devoción, desbordan al conjuro de la voz de la iglesia que vibra en la sonorosa y plañidera atalaya de cada campanario. Y en el templo donde antes triunfara la fastuosa liturgia de festivas solemnidades y donde hoy los altares disfrazan el capricho laberíntico de sus santuarios, de sus columnatas y de sus capiteles, bajo la cortina morada que simboliza el duelo católico, escuchan fervorosas las mujeres la palabra del orador sagrado que gesticula con ímpetu de iluminado.

El cronista ha oído a uno de estos predicadores. Ha sentido como el efluvio de los años en que la fe ingenua y sencilla de su infancia tenía alburas de eucaristía y no había sido aún salpicada por el fango de la vida. Pero, por más que ha deseado ser creyente y devoto como los buenos fieles que miraban conmovidos al misionero, por más que ha querido que sus frases y sus ademanes repercutieran en su alma, por más que ha querido tornarse místico y fervoroso, ha tenido que confesar al final para ser sincero que la oración del misionero no ha despertado en él los sentimientos que tanto habría anhelado y que habrían puesto en su existencia inquieta y tornadiza un amable paréntesis consolador. Y ha experimentado una intensa, una acerba desolación, cuando ha visto reflejadas la compunción y el dolor en los semblantes de todos los oyentes y ha envidiado la sencillez, la pureza de quienes saben llorar y arrepentirse al influjo de la vibrante palabra del predicador.

Ya esta dulce y quietante etapa de la cuaresma ha concluido. Se inicia hoy la semana memorable en que la iglesia llama al recogimiento a todos sus fieles. El drama del Calvario revive en los evangelios y en los corazones. La humanidad sencilla y buena, se descarga de pecados en la penumbra triste de los confesionarios.

Y en esta ciudad monótona, vieja y devota, despiertan hoy las campanas de los templos, diciendo su sonora armonía de bronce, y en las calles soleadas y tristes vibra el pregón del tradicional bizcocho...

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 28-III-1915)

VON BERNHARDI Y LA GUERRA ACTUAL

Leyendo la respuesta oficial del gobierno francés a las declaraciones que hiciera el eminente general Von Bernhardi con el objeto de cohonestar la execrada violación de la neutralidad belga, respuesta que ha trasmitido el cable hace tres o cuatro días, se me ha ocurrido que pudo consignarse en ella un argumento al que no habría podido replicar el ilustre neo-imperialista, pero que tal vez no tendría cabida dentro de la seriedad estirada y ceñuda que debe limitar la grave, la imperturbable, la serena palabra de los gobiernos.

Esta multiforme e interesante personalidad de Von Bernhardi, general de los ejércitos del Kaiser y el más atrevido paladín de las doctrinas de expansión que en Guillermo II son anhelo y ambición nativa, está demasiado popularizada y ha adquirido en el conflicto sobrado relieve, para que yo pretenda hablaros de la arrogancia de sus gestos, ni de la locura de sus visiones patrióticas.

Toda el alma del imperialismo alemán se trasunta en este soldado escritor que proclama sin embozos ni disfraz la teoría del derecho de la fuerza y profetiza el advenimiento de la Germania vencedora, de la Germania que imponga al mundo su hegemonía y en cuyos dominios jamás se oculte el sol, como en la España de otrora.

El ha dicho cómo la moral de Alemania es la que dicta su fuerza y cómo no le importa el sacrificio de los débiles cuando da un paso a su engrandecimiento. El se ha erguido airado para defender esta novísima moral alemana que es la más escandalosa antítesis de los principios y derechos establecidos por la civilización. El ha dicho cómo estos principios y estos derechos nada valdrán para la Germania dominadora, cuando no la favorezcan. El, en fin, ha sonreído de los candorosos, de los crédulos, de los románticos, que se escandalicen de que tales teorías puedan ser el credo de una nación en este siglo.

Y, sin embargo, cuando la violación de la neutralidad de Bélgica, y el desgarramiento de su independencia, arrancan al mundo civilizado un grito unánime de condenación, Von Bernhardi, este mismo Von Bernhardi

que es el máximo apóstol del imperialismo, ha tenido una vacilación, ha incurrido en un renuncio y ha tratado de exculpar a su país, denunciando que dentro de los planes militares de Francia e Inglaterra se contemplaba también, para caso preciso, esta misma execrada ruptura de la neutralidad belga.

¿Cómo, si la moral de Alemania, es sólo la que sirve a sus propósitos, si en ella hay sólo un exponente de su cultura, de su poderío, de su civilización, si nada vale a sus ojos la respetabilidad circunstancial de los tratados, el neo-imperialista, el vidente de la Germania por venir, el apóstol de su hegemonía, se preocupa de cohonestar este que, dentro de sus teorías, no sería delito, ni violación, ni atropello, sino legítimo ejercicio de los derechos que derivan de su fuerza?

¿Cómo este serenísimo profeta de la conquista y la expansión, este preconizador del orgulloso lema de "Alemania sobre todos", se espanta del clamor de protesta que la deslealtad de Alemania suscita en el Universo, que tiene aún el sentimentalismo de pensar en bellas e inútiles doctrinas?

¿Cómo puede así turbarse la ecuanimidad de los nietzscheanos de la supernación, de los patrocinadores de este egoísmo sin límite, ante el concepto de los pobres diablos que aún creen en el derecho de los débiles y sueñan con Don Quijote?

Esta contradicción, este renuncio pudieron ser puntualizados como una amable ironía en la declaración en que el gobierno francés contesta al escritor imperialista, cuando éste le atribuye el plan secreto de violar la neutralidad belga, si a sus conveniencias militares hubiera servido. Pero como en las graves y trascendentales declaraciones oficiales no caben las ironías, ni valen las sutilezas, este argumento que enfrenta al circunstancial Von Bernhardi de hoy con el vidente de la Germania futura, habría estado demás.

Y he aquí cómo al influjo de un interés momentáneo, se desvirtúa todo un apostolado, se contradice todo un principio, se aplasta toda una teoría. En presencia de estas vacilaciones, de estos desfallecimientos, que sorprenden más aún en un maestro de energía como Von Bernhardi, invade el espíritu el convencimiento de que las debilidades, las incongruencias humanas que hicieron vana la fantasía del superhombre, dirán pronto a los iluminados apóstoles de Alemania, la bancarrota de esta ilusa doctrina de la super-nación.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa:* Lima, 31-III-1915)

LA SANTA EFEMERIDES

Estos días tranquilos, apacibles, beatos, en que el mundo católico tiene un gesto de recogimiento y devoción, llevan en su mística tristeza una calma sedante, una amable consolación a los espíritus fatigados por el vértigo de la vida diaria. Son a lo menos dos días en que no nos sentimos hostigados por el trajín febricitante de las especulaciones y en que una tregua de serenidad y de quietud nos permite olvidarnos de amarguras y lacerías y detenernos en la contemplación bienhechora de nuestro mundo interior.

Se diría que las inquietudes y turbaciones de la vida, que la fiebre de sus negocios y de sus ansias, que los requerimientos y exigencias de este vórtice que, como observaba un amable e irónico cronista, hacen del H.P. de los automóviles raudos todo un símbolo de la existencia contemporánea, nos sustrajesen al regalo espiritual de sentirnos solos, de meternos dentro de nosotros mismos y escuchar los latidos en que palpitan todos los anhelos de nuestras almas angustiadas y tristes.

Este mareante torbellino de todos los días nos aletarga en un engañoso sueño de alegrías convencionales y placeres fugaces, nos extasía ante el cuadro impresionante de una civilización aparatosa, nos sume en un grato adormecimiento de nuestra voluntad y nuestros sentidos y excita a nuestra imaginación de opiatizados el florecimiento de las ficciones.

Y por eso, cuando el trajín de las especulaciones humanas se serena, cuando las gentes se hinojan ante los altares del recuerdo y se abre un paréntesis de tranquilidad y de calma, nos sentimos aliviados en nuestras inquietudes y agradecemos que las kalendas marquen junto con la conmemoración del jueves y viernes santos, un instante de recogimiento para nuestros espíritus.

La tragedia bíblica resucita en nuestra mente, pero no para despertar un fervor de ascetismo y penitencia como otrora en la imaginación enfermiza de iluminados y cenobitas, sino para decirnos toda su grandiosidad simbólica y restañar heridas y curar dolores con el bálsamo de las dulces

y paradójicas doctrinas de Jesús. En el horizonte de sus recuerdos, el cronista ve alejarse los días serenos de su infancia, que arrullara la fe entonces intacta. Y se hace la ilusión de sentirse otra vez niño y bueno, como cuando no había amargado aún su espíritu el torcedor fatal de la duda. ¡Oh la virtud consoladora de creer, que pondría claror de aurora en su vida ensombrecida por dolorosos pesimismos y lacerantes desesperanzas!

La figura blanca y amable de Jesús se pierde en la lejanía de sus sueños y el eco de la última parábola de amor y de fraternidad pone una nota de cruel ironía en estos momentos en que una regresión salvaje arroja unos contra otros a los hombres de un continente que tuvo siempre la altisonante jactancia de su civilización. La doctrina de paz y de amor, la buena, mansa y humilde doctrina que es el más grande y dulce de los poemas divinos, se ve en quiebra, derrotada, sola y contempla como a través de miles de años, los hombres siguen siendo feroces, sanguinarios y brutales. Ya eminentes maestros que han hecho el análisis de la actual han dicho cómo la guerra es una necesidad periódica de los pueblos.

En esta ciudad vieja, monótona y triste, en cuya vida aún se sienten las pulsaciones de su pasado tradicional sobreponiendo al snobista afán de quienes importan auras de renovación exótica y prosaica, este día de hoy como el de mañana, florecen las rosas albas del dulce misticismo de sus mujeres y una onda de recogimiento y oración pasa por la calle, por las cosas y por las almas.

Igual que todos los años, las mujeres harán poética romería de templo en templo, para deshojar al pie de cada *monumento* la sortílega flor de sus rezos. Perfumarán con su gracia y su belleza la conmemoración solemne de la sacra efemérides. Y si no harán, aferradas a su coquetería invulnerable, el sacrificio de ser alguna vez sencillas y pobres en el vestir, no será porque en sus espíritus sea menos viva la flama del amor divino.

En los campanarios que se alzan como cúspides sagradas, las campanas dirán por última vez la sonora sinfonía de sus místicos toques y enmudecerán luego para que nada turbe la quietud serena de la ciudad de duelo.

El alma de la Lima virreinal, de la Lima de los austeros inquisidores y de los autos de fe, revivirá mañana para despertar en las conciencias el recuerdo del drama cruento y bajo la abovedada sonoridad de los templos resonará como una admonición y como un conjuro la palabra del predicador. Un Cristo ensangrentado y exangüe, dará la sensación de una agonía, en la penumbra morada de los cortinajes de luto. El rumor de la muche-

dumbre penitente que reza y se conmueve, subirá con angustias de congoja, entre las ofrendas del incienso místico.

Y una dulce, una grata, una amable quietud pondrá calma sedante y bienhechora en los espíritus de quienes desean la voluptuosa serenidad de los días callados, silenciosos, y recuerdan tristemente el poema de la última parábola...

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 1°-IV-1915. Y en *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (3ª ed.: Lima, 1985), pp. 112-115)

LA DERROTA DEL COLOSO

La celebridad triunfal de Jack Johnson, del negro coloso que durante largos años humillara a los mayores campeones del boxeo bajo la potencia férrea de sus puños formidables, ha sufrido su primer eclipse. El luchador de los biceps amedrentadores, que recorriera el mundo invencible y orgulloso, ha saboreado la amargura de la primera derrota.

Cuantos supieron de la universal fama del coloso, cuantos le siguieron en su epopeya de rudos puñetazos, cuantos vieron asombrados su musculatura inverosímil en las páginas de las revistas ilustradas en que se ofrecían sus poses rotundas de gladiador, no pensarían seguramente que Johnson, el atleta, habría de asistir pronto al primer destello de su ocaso y no sabría resistir a las leyes inmutables de la vida. Porque mirando a este etiope fornido, no era posible imaginarse que sus músculos de acero no le sirvieran también para conservar intacta su fama y defenderse a golpes de puño de las fuerzas misteriosas del destino.

Hace ya varios años que este campeón recién vencido, según nos cuenta el cable de ayer, llegaba a las cúspide de su bárbara gloria y rubricaba con un definitivo puñetazo en las mandíbulas de Jim Jeffries, su mundial hegemonía. Los detalles de ese encuentro gigantesco en que el más vigoroso, de los boxeadores blancos, rodó agobiado por los golpes del negrazo, fueron a todas partes del globo y consagraron la celebridad del triunfador.

Y a partir de entonces, la carrera de Johnson fue sin interrupción una serie de victorias y de éxitos. El gladiador de ébano sonreía a las multitudes que lo aclamaban, con una sonrisa jactanciosa y onmipotente. Fue, repetimos, una triunfal epopeya de puñetazos. A los pies del coloso, cayeron humillados y exhaustos los más atrevidos luchadores. El puño cerrado de Johnson era como el símbolo de la barbarie humana, latente, aletargada sólo al influjo deslumbrante de la apoteosis de la civilización.

Llegó un día en que el campeón no tuvo casi con quien luchar. El prestigio innegable de sus fuerzas excepcionales amedrentaba a luchado-

res intrépidos: la elocuencia de sus biceps infundía pavor en atletas fornidos. ¿Supo acaso el coloso, ya en la cúspide de su gloria, del dolor de llegar? ¿Le agobió la esterilidad triste de sus triunfos? ¡Quién lo sabe! Admiradora de su fuerza bruta, la humanidad ha visto en él únicamente la sólida contextura de su cuerpo y no se ha acordado nunca de que Johnson tuviese también alma.

En esta etapa de su vida, el nombre de Johnson volvió a sonar en las vibraciones diarias del cable, subrayado por los estigmas del escándalo. El coloso se había convertido en un vulgar tratante de blancas. Avido de emociones, de aventuras o de oro, comerciaba con delicadas y jóvenes carnes de mujer y añadía a su bárbara celebridad de gladiador esta triste celebridad del *maquereaux*. Diarios y revistas comentaron esta nueva faz de la vida de Johnson que así se defendía del olvido.

Como ocurre siempre que se trata de la vida de un hombre que tiene ganada la universalidad, los más mínimos incidentes relacionados con la de Johnson, han repercutido instantáneamente, y han agregado una piedra más al monumento de su fama excepcional. La esposa del atleta popularizó también su nombre y la aureola de novela que en torno de su figura forjara no sabemos si la realidad o la leyenda, puso un capítulo de folletín en la historia de Jack Johnson. Ella, la compañera del gladiador de ébano, era blanca y era bella. Amaba a su marido y le prodigaba ternuras que trazarían una dulce tregua de hogareño reposo en la existencia agitada del atleta. Pero, un buen día –¿desencanto, olvido, abandono?– Mrs. Johnson atentó resueltamente contra su vida. Y los irónicos comentadores del cable, glosaron, cada cual a su modo, el intenso drama.

Hoy, Jack Johnson ha sufrido su primer descalabro. Otro buscador, Willard, otro coloso, otro bárbaro luchador, lo ha vencido; ha vengado a Jim Jeffries y ha consumado la revancha de la raza blanca contra la supremacía de la negra en el deporte terrible. La raza blanca coge, por las manos rudas de Willard, el cetro del campeonato del boxeo.

El cable ha dicho como fue un porfiado, reñido, tremendo duelo. Johnson luchaba con los mismos arrestos, con los mismos ímpetus, con los mismos arrojos de sus mejores tiempos. Willard hacía prodigios de vigor y de destreza y se esforzaba, ambicioso, por derribar al negro de su pedestal de victoria. Y los *rounds* se sucedían entre la espectación ansiosa de una multitud, ávida de emoción, sin que uno de los luchadores desmayara. Al fin, Johnson, sintió el cansancio de su larga y agitada vida de héroe del boxeo. Y rodó vencido, bajo un golpe certero del campeón blanco.

Ante su primera derrota, ante el eclipse de su gloria efímera, Johnson, sentirá la infinita tristeza de su ocaso y añorará con pena la pasada etapa de sus triunfos, la celebridad engreída que ha deshecho un golpe de puño, rotundo y cruel.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 7-IV-1915)

CAUSERIE SENTIMENTAL

Tú, lector inquieto, que recorres ansioso las columnas de los diarios buscando la nota sensacional ávidamente; tú, lector amable, que los lees regalado y sereno como una distracción de sobremesa; tú, lector práctico, a quien sólo atraen las noticias en que se refleja la fiebre de las especulaciones diarias; tú, lector despreocupado, para quien esta revisión ritual de la prensa es un frívolo pasatiempo, te detuviste quizá ante el relato de ese doloroso, de ese triste drama pasional que anteayer pusiera en la grotesca y jocunda bufonada de la crónica de policía una trágica nota de guignol.

Y tal vez, tú lector inquieto, tú lector amable, tú lector práctico, tú lector despreocupado, encontraste demasiado vulgar el drama y doblaste la página del diario en busca de otra que dijese algo más interesante, algo más sugestivo, algo que mejor satisficiese tus curiosidades y mejor calmase tu sed de emoción.

Es que día a día, sólo suspenden el espíritu, sólo cautivan la atención, los hechos, las cosas y los crímenes que están tocados de los refinamientos del siglo y en que laten –¡oh irónica paradoja!– las pulsaciones de la civilización. Madamas Stendhal en cuyos semblantes hay un rictus macabro de sensualidad y de muerte; aventureros rocambolescos en quienes el frac disfraza salpicaduras de sangre; nihilistas neuróticos que urden en la penumbra cómplice de un sótano la fantasía enfermiza de sus rencores y de sus odios. Se diría una sarcástica aristocracia del delito que tiene la extraña virtud de sugestionar a los hombres y de marearlos con el vértigo de los crímenes en que hay voces de automóviles, rumores de sedas, puñales blandidos por manos enguantadas, hálito voluptuoso de vida mundana. Romeo y Julieta se pierden en el olvido y en la lápida triste de su recuerdo, el tiempo difuma los nombres y marchita las siempre-vivas.

Por esto, acaso nada te dijo la intensa, la sentida tragedia que se esconde tras del crimen oscuro que han registrado los diarios en sus crónicas de policía y que en medio de su vulgaridad tiene un sello de dulce aristocracia y de romántico exotismo. Ese delito, ese vulgar delito que es de los que aún

se repiten aislada y cada vez más lejanamente, me ha dicho cómo todavía se mata y se muere por amor y cómo el amor que es poesía, que es simiente, que es renovación, que es vida, no pierde del todo en momentos de utilitarismo frío su divino ropaje sentimental y sabe despertar en espíritus ingenuos y sencillos, resoluciones heroicas.

La leyenda romántica y caballeresca de edades lontanas tiene un grato, un risueño florecimiento en este pobre suceso callejero. El lirismo de las almas otrora infinito revive fugazmente y es en el yermo desolado de la vida como un lozano brote en tronco añoso y milenario. Y es este el significado amable que el cronista descubre en el rapto pasional que ha sido una noticia nueva en la información diaria de la prensa y un delito más para el lector ávido y curioso.

Ya sabéis como –y esto es quien sabe lo único que os ha conmovido de veras–, los protagonistas del acerbo drama fueron dos adolescentes, dos niños casi. La juventud rimaba en ellos un fragante, un florecido poema de vida y de amor. Miradas acariciadoras, confidencias entrecortadas, besos furtivos, fueron acaso los eslabones en este quebradizo engarce del idilio. Pero se interpuso de pronto entre ellos la primera barrera, el primer tropiezo y poco a poco el destino fue tronchando el idilio, truncando el poema y sembrando en sus espíritus la desesperanza y el desencanto.

Ella fue la primera en rendirse ante la imposición de la suerte. Tal vez la apenó un momento, tal vez abrió en su pecho virgen una temprana lacería, pero débil, inconstante, mujer, olvidó por otro la pena y anestesió la temprana lacería. Y poco a poco, un día tras otro, el amor pasó a ser sólo un recuerdo. Otros amoríos le sonreían y ella no supo ser indiferente ante su seducción. Casquivana y locuela, el sentimiento de cariño por su galán de otra época fue esfumándose, fue desapareciendo. Una sonrisa, una coquetería, un melindre, brindados con inconsciencia como recompensa a requiebros y galanteos ajenos, fueron otros tantos crueles golpes para él. Y él la dijo tal vez toda la angustia de sus anhelos, toda la creciente intensidad de su pasión. Ella se quedaría muy pensativa, muy triste y hablaría sólo para inferir un nuevo dolor al enamorado. No era culpa suya, seguía queriéndolo, lo querría siempre; pero mejor sería que la olvidase, era vano perseguir un imposible. Las palabras de la muchacha, caerían lacerantes, desgarradoras en el alma del mozo.

La idea del crimen se arraigó en ese cerebro joven, trastornado por el mal de amor. ¡Oh el mal misterioso que en las imaginaciones apasionadas siembra terribles locuras, el mal que enciende en los labios anhelantes la

fiebre de los besos, el mal que es como una eterna simiente de dolor y de crimen! El criterio razonador y austero de la ciencia lo define enfermedad, y estudia el proceso complicado del delirante desvarío.

El fin trágico del pobre amorío, fue inevitable. El quiso arrebatársela al destino, desposar con la muerte las vírgenes purezas de aquel cuerpo núbil y hacerle a su amor el sacrificio de su vida, de su vida que era inútil, que era triste, que era infecunda desde que la soñada quimera huyó.

Lector que me seguiste a través de esta ingenua, de esta plañidera divagación, escrita al margen del drama vulgar y triste, haz la limosna de un recuerdo al truncado idilio, sé un momento romántico, sé un momento sentimental y escribe un epitafio compasivo sobre la tumba de los amantes muertos. Sea un dulce coloquio de elegías el que no lo pudo ser de madrigales...

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 9-IV-1915.

LA EPOCA DE HIERRO

La frase en que el Rey de Prusia, Emperador de Alemania y César presunto de la soñada Germania, ha hecho la denominación de la época actual, es hondamente reveladora, simbólica del espíritu de la mentalidad alemana, y de ese neo-imperialismo brutal que tiene el evangelio en las páginas audaces de Von Bernhardi, sus normas en la habilidad diplomática de Von Bulow y su brazo en otro Von cualquiera guerrero –no diré Von Kluck, a quien atenacean los tentáculos férreos del estratega Joffre.

"La época de hierro", ha dicho el trágico histrión de este drama terrible. No sé cómo pronunciarán los alemanes esta frase símbolo, pero se me antoja que en idioma germano tendrá sones estridentes de bárbara onomatopeya.

Fue hace pocos días. Y como todos los gestos teatrales del emperador tudesco, nos lo trasmitió también el cable. Fue en ocasión del aniversario de Bismarck, del diplomático estupendo que ha vinculado su nombre de rotunda eufonía al surgimiento maravilloso de esta Alemania guerrera que ha estremecido a la civilización con los crujidos de su armadura medioeval. "Recordemos al canciller de hierro en la época de hierro". Así habló S. M. Guillermo II.

El hierro entronizado otra vez en Europa al conjuro de las ambiciones de un pueblo y la demencia de un monarca, es el símbolo del momento actual. Vibra en la orquestación triunfal de los cañones, fulge en la lámina aguda de las bayonetas, brilla en los cascos lucientes de los soldados, rechina en las corazas y entona su sinfonía de desolación y de dolor en el monorritmo formidable de las herraduras que golpean y destruyen al paso de los ejércitos en lucha. La guerra bruñe en él las facetas de la muerte. Y por eso el César tudesco ha sido preciso, ha sido simbólico, ha sido elocuente cuando llamó a la actual la época de hierro. Los reductos erizados de bayonetas, en que acechan los ojos vigías, las moles de metal de los obuses, los acorazados monstruosos, las naves aéreas y blindadas que llevan la guerra a las regiones hasta ayer vírgenes de sangre del

infinito, el férreo crujir de las plazas de guerra tras las amuralladas atalayas de los fortines, el clamor ululante de los combates, todo nos habla del simbólico hierro. Vulcano forja la lanza y el escudo que ha de cargar el Marte nuevo.

La voz de metal de la guerra no se resigna con la superficie del planeta. Quiere inundar también el infinito. Y es así como rasgan las nubes impolutas, y es así como cruzan los aires que a nuestros ojos visionarios son el confín del cielo, los aerostatos raudos. Ellos esparcen ráfagas de muerte que arrasan los pueblos y a veces chocan y se embisten, violando la serenidad de los espacios con la orquestación sacrílega de sus disparos.

Cada día que pasa, cada instante que transcurre, esta regresión bárbara de la guerra lleva más honda turbación y más hondo desconsuelo a los espíritus. Diríase que una marejada de sangre y de crimen pasase por Europa y aturdiese las cosas y los hombres en el vórtice rojo de las barbaries.

¿Leéis acaso las profecías tétricas de los vaticinadores autorizados? Sabréis entonces que falta aún mucho por recorrer en este camino de desolación y de muerte, sabréis entonces que los horrores de mortandad a que hemos asistido han sido simple preludio de otros por venir, sabréis que ha sido una obligada, una inevitable tregua la impuesta por el invierno –una tregua, ¿es posible llamarla así?, que significa sin embargo centenares de miles de vidas perdidas, ciudades arrasadas, millones de gentes envueltas en luto–, sabréis que se ha esperado con ansiedad la primavera, la amable estación de las flores, del amor, de la poesía –la estación en que parece que la Naturaleza tuviese una sonrisa y un desperezo de placer–, para precipitar la campaña, para arrojar unos contra otros los ejércitos hasta hoy casi inactivos dentro de la vida azarosa de las trincheras. Los pueblos en guerra han aguardado anhelosos la primavera, pero no como otrora para aguirnaldarse con la perfumada floración de sus campos, sino para inundar de sangre esos campos risueños. ¡Oh trágica, dolorosa, amarga primavera esta que para Europa empieza! Bajo los cielos claros, en los panoramas polícromos, no aromarán las flores, ni asomará la armonía polirrítmica de las aves canoras, sino vibrará el grito estridente de los clarines, detonarán los fusiles y fulgirán como haces luminosos las bayonetas. Callará el sagrado himno del amor y de la vida y atronará el clamor fragoroso de la metralla. Las "midinettes" gráciles y bellas, ahorrarán las flores frescas con que antes adornaran sus búcaros frágiles para dedicar un recuerdo a sus amantes muertos.

La época terrible. El canciller de hierro, evocado en esta ocasión de su aniversario, proyecta su silueta gigantesca sobre el panorama de la contienda y ampara los anhelos neuróticos de Guillermo II, que ha dicho la frase comentada. Cuando se serene este torbellino, cuando se apague esta sed de sangre, cuando se extenúen estos ejércitos en lucha y la paz apacigüe los rencores y aletargue los odios, debía erigirse como una recordación de la lucha un monumento. Sobre él pondría la Guerra su figura trágica y alzaría en sus manos como un símbolo un hacha de sílex.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 14-IV-1915)

LIMA, A LOS OJOS DEL SR. JAMES BRYCE

(Al margen de un libro reciente)

Impresa en Nueva York con lujo y pulcritud, ha llegado a nuestras manos una lamentable traducción castellana del libro *"La América del Sud.–Observaciones e impresiones"* que acaba de publicar el señor James Bryce.

Este señor James Bryce es inglés y además de inglés –que no sería título bastante para escribir un libro– es publicista autorizado. La firma del señor James Bryce está abonada por otros libros sajonamente trascendentales, dos de los cuales se intitulan *"El Sagrado Imperio Romano"* y *"La República Norteamericana"*, según reza la primera plana del tomo que nos ha dado el gusto de leer.

El señor Bryce es muy interesante y hace gala de un humorismo que es por cierto muy sajón, pero que no tiene por cierto la agilidad ni el excentricismo de Mark Twain sino una cachazuda ingenuidad muy propia seguramente del señor Bryce.

De corrido y a largos acápites se ha escrito el señor Bryce un libro de 475 páginas justas, cuya lectura nos informa que el señor Bryce se ha paseado por toda la América del Sur, que el señor Bryce lo ha oleteado todo con una curiosidad explicable, que el señor Bryce se ha encaramado sobre las vértebras de los Andes para ver si eran tales vértebras y que el señor Bryce ha metido la cabeza en el cráter del Misti a fin de averiguar si olía a azufre y comprobar su latente actividad.

Esto nada tendría de particular, ni le interesaría al lector para otra cosa que para saber que el señor Bryce es uno de los tantos excursionistas que van de ceca en meca inquiréndolo y oleteándolo todo y se dan luego el entretenimiento de catalogar sus impresiones, en la ilusión de que a alguien puedan atraer e instruir. Pero es que el señor Bryce cuando habla de nuestro país –el señor Bryce ha estado en Lima por más que nosotros no nos hayamos enterado nunca de su amable visita– lo hace con tan mala suerte

que a menudo lo mistifica, probablemente no con mala intención y sí con inocencia.

No es el señor Bryce el primero que nos observa con miopía. Por desgracia para nosotros, muchos de los extranjeros que nos visitan y se pasean por Lima dos días en un coche de punto que les estropea los riñones, van luego a Europa a publicar libros impresionistas en que nos retratan del modo más desfavorable. Otros, mercachifles de la propaganda, si no consiguen un estipendio que los neutralice, nos difaman y nos befan. Y así, entre unos y otros, entre miopes y especuladores, tenemos la mala fortuna de que en el viejo continente se nos falsee y mistifique con una injusticia que espolea los sentimientos del patriotismo hasta en quienes más aletargados lo tienen.

Cuando el señor Bryce habla de Lima lo hace con un tono tal, que es negocio de concluir, atando cabos y zurciendo apreciaciones, en que se ha supuesto defraudado en sus expectativas por no encontrarse con que embellecía el cuadro de la capital el panorama de las montañas imponentes. Deducimos esto leyendo la siguiente observación que permite darse cuenta de la lamentable miopía del señor Bryce:

"Me hallo obligado a confesar que las grandes expectativas con que vinimos a Lima –¿con quién vendría a Lima el señor Bryce?– fueron apenas realizadas. Los alrededores son mucho menos hermosos que los de México y la ciudad misma no sólo mucho más pequeña, sino también menos majestuosa y con menos apariencias de capital. Es posible que nuestro aprecio haya sido disminuido por el mal tiempo. Se nos había dicho que las montañas presentaban un lindo aspecto; pero las nubes las encubrían todas menos sus bases...".

¿Quién le habría dicho estos disparates al señor Bryce? ¿Quién le habría metido en la cabeza que en Lima se asistía al espectáculo de las montañas? Porque es indudable que de que así hayan hecho cándido al señor Bryce proviene que este señor publicista se indigne de que no asentándose Lima sobre un imaginario panorama exótico, no sea tampoco una urbe prodigiosa, plagada de *rascacielos*, cruzada de opulentas avenidas y embellecida por monumentos soberbios. ¿Cómo –se habría dicho el señor Bryce– esta ciudad que no sabe permitirse el lujo de un solo quinto piso, puede exhibir la insolencia de tal pobreza panorámica? Y entre chupada y chupada a un cigarro puro, se escribiría de tirón un acápite íntegro.

Pero el capítulo que a Lima dedica el señor Bryce es fecundo en curiosidades. Leed esta observación y decidme si no es originalísima:

"Durante más de la mitad del año Lima tiene un clima singular. Nunca hace frío bastante para tener fuego, pero por lo común hace lo suficiente para desear tenerlo. No llueve pero no hay seca tampoco; es decir, no llueve bastante para que tenga uno que usar paraguas, y sin embargo lo suficiente para mojarle a uno la ropa".

¡Oh el grave y cachazudo humorismo del señor Bryce, inglés y publicista! El párrafo que acabamos de copiar sería lo más sabroso y truculento del capítulo, si a continuación no tuviera este otro:

"Siendo así el clima nos sorprendimos de saber lo que la etiqueta del galanteo, requiere de un galán limeño. Todo novio ha de demostrar su amor permaneciendo de pie por horas bajo la ventana de la casa donde vive el objeto de su cariño. En el desempeño repetido de este acto de devoción puede consolarse con una guitarra, pero en una atmósfera tan húmeda las cuerdas de la guitarra producirían música lánguida".

No es posible imaginarse más graciosa impostura. Se nos ocurre que la estada del señor Bryce no sería tan corta que no le permitiese prendarse de una pícara limeña que así como pudo darse el capricho de ponerlo en berlina, le impuso la obligación de tan fantástica ronda nocturna y de amenizarla con una serenata de guitarra. Experimentalmente comprobaría el señor Bryce la languidez de la música humedecida por la atmósfera. ¿Dice así el señor Bryce?

La lectura del mismo capítulo nos regala esta otra parrafada, a propósito de las construcciones limeñas que, según el señor Bryce, quien ha descubierto cosas de que nosotros, ciegos, no nos habíamos enterado antes, son hechas de cañas y junquillos enlucidos con fango:

"Se dice generalmente en Lima que un ladrón no necesita nada más que una escudilla de agua y una esponja para ablandar el fango y una cuchilla para cortar las cañas".

¿Con quién habrá conversado en Lima el señor Bryce? ¿Quién habrá gastado con él la broma inocente de contarle tonterías y mentirle sin reparos?

Y así es inagotable el señor Bryce en ocurrencias estupendas que le hacen a uno preguntarse si habrá tenido como único y circunstancial cicerone a un inspector de esquina, abordado en un castellano tan malo que dejaría atrás el de la traducción. Que es mucho aventurar...

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 15-IV-1915. Y en *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (3ª ed.: Lima, 1985), pp. 115-119)

SOBRE JAMES BRYCE

Un sentimiento de solidaridad profesional y de recíproco respeto entre cuantos sonora o modestamente colaboran en la prensa nacional, había hecho desparecer en los últimos tiempos de sus columnas cuanto significaba procacidad o insulto. Es por lo mismo injustificable que se haya abierto paso –seguramente a espaldas de sus redactores– hasta las páginas de un diario de Lima, un suelto o artículo corto, casi soez, contra uno de los más constantes, inteligentes, moderados y cultos colaboradores de **La Prensa**, *el miembro de su redacción que firma habitualmente bajo el seudónimo de Juan Croniqueur.*

Ello nos obliga a recoger en estas columnas y no llevarlas a las que generalmente destinan los diarios a esta clase de publicaciones, los párrafos en que nuestro amigo contesta en forma áspera, las frases groseras con que se le ha tratado anónimamente.

Las columnas de **La Prensa**, *no volverán a prestarse para escritos del género, pero ello no significa que estemos dispuestos a dejar pasar sin protesta que en diarios que forman con nosotros el conjunto del periodismo limeño, se repitan lamentables descuidos que dañan su cultura.*

Un anónimo Z., cuyo encono contra mi persona no alcanzo a explicarme, me dirige, desde las columnas de un diario local, un ataque tan envenenado y torpe, que no voy a cometer el imperdonable pecado de prestarle una atención que no merece.

No dilapidaría el tiempo –que por otra parte no me es en lo absoluto apreciable– si este pobre Z., que, en medio de su bilis, tiene el gesto paternal de darme consejos, se limitase a dedicarme adjetivos insolentes y a hacer chirigotas en rededor de mi labor de prensa.

Si se concretase a llamarme "bebe con pretensiones de sensatez que con unas cuantas frases de cliché y unas perogrulladas estampa diariamente en *La Prensa* un conglomerado de necedades", Z. podría pasarse la vida diciendo iguales o peores cosas de mi persona y de mi literatura. Yo no me defenderé nunca de una agresión tan mezquina, que sólo puede ser

concebida por uno de estos pobres espíritus estériles que creen anonadar una labor cualquiera con las chirigotas de mal gusto que les sugiere su ingenio siamesco. No descenderé nunca a este campo de malevolencia estulta y de impúdica chilindrina en que triscan gozosos los rascacueros de la crítica. Me engríen demasiado mis arraigados sentimientos de altivez y estimo mucho la orgullosa aristocracia de mis ideas, para descender a tal debate que me encanallaría. Créome obligado a estas actitudes y a esta elevación, mientras mi esfuerzo periodístico –muy modesto, pero muy bondadosamente apreciado–, merezca el estímulo de personas cuyo juicio y significación literaria las libran de la comparación con todos los anónimos Z. que mal me quieran.

Pero, como este señor inmisericorde, que al final endulza su gesto y me obsequia una caricia hipócrita atribuyéndome talento, adultera mis conceptos y expresa que yo he tratado a James Bryce como un desconocido, tengo que defender la limpieza de mi opinión. Ahí está para desautorizarlo el tercer acápite de mi artículo, que, consecuente con el espíritu de suave ironía que lo informa, dice:

"Este señor James Bryce es inglés y además de inglés –que no sería título bastante para escribir un libro–, es *publicista autorizado*. La firma del señor Bryce está abonada por otros libros sajonamente trascendentales, etc.".

A usted, grave y dogmático Z., es a quien le hace falta aprender a leer y comprender lo que lee. Yo, a pesar de que según usted soy un bebe, tengo a lo menos más sentido común para interpretar una lectura. Porque usted, es de los que ven la brizna en ojo ajeno y no la gavilla en el propio, como cuando habla de mis charlatanerías y vaciedades y palabras de cliché y estampa en medio de un verdadero mosaico de chabacanerías esa frasecita de "hilvanes cuotidianos de sandeces", llamada a ganarle a usted la inmortalidad que de otro modo se le ofrece inaccesible.

Dardos alevosos como el que Z. me dispara, no lograrán nunca intranquilizarme. Mi desdén para estos espíritus pigmeos no tiene límite. Por eso, puede Z. seguir desbordando su bilis si a bien lo tiene. Me quemaría las manos antes de tornar a ocuparme de lo que Z. suscriba.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa:* Lima, 17-IV-1915)

EL HOMENAJE A GUISE

Entre la pléyade gallarda de extranjeros que prestaron el noble concurso de su sangre y de su espada a la causa de la independencia sudamericana, la figura bizarra del almirante inglés Martín Jorge Guise, adquiere singular relieve.

Su abnegado idealismo, su sobrio temperamento de luchador, su arraigado culto a la libertad, y, sobre todo, su hermoso, su byronesco gesto de abandonar su patria y venir a Sud-América a contribuir con su esfuerzo al triunfo de la campaña libertadora, imponen en todos los corazones fervientes sentimientos de admiración a su memoria y prosternan los espíritus ante la grandeza del marino inglés.

Guise fue un marino forjado en el crisol en que modelaron sus temperamentos de héroes de los mares los Nelson invictos. La brumosa nación insular que hasta hoy conserva su tradición de señora de los mares, tiene en él una exaltación más del arrojo y denuedo de sus legendarios marineros.

Las primeras notas de gloria de su foja de servicios, escritas fueron durante la cruenta, la porfiada, la titánica guerra contra el pujante imperio de Napoleón. Guise fue entonces uno de los bizarros oficiales de la gran armada que desafiara orgullosa el poder del emperador de los franceses. La lucha templó su alma de guerrero, robusteció su valor, curtió su cuerpo a las inclemencias del combate y de la tempestad, hizo germinar en su cerebro el anhelo de empresas epopéyicas. Y cuando, vencidas las jornadas navales contra Napoleón y reducido el coloso al cautiverio, Guise sintió toda la esterilidad de la vida de apontonamiento y de la actitud permanente de espera a que iba a sometérsele, sus ideales de libertad, sus ansias de lucha, lo trajeron a las costas de la América del Sur, a bordo de la "Galvarino" legendaria.

Entonces, la América del Sur se erguía nostálgica de libertad, después de la larga etapa de letargo en que la dominación de España anestesió sus virilidades. Y Guise, soñador e idealista, abrió sus ojos, ebrios de azul y de

infinito a los destellos del sol de la libertad y admiró toda la majestad del esperezo altivo de la América del Sur.

La "Galvarino" izó en su mástil la bandera redentora y vibró en ella la voz de zafarrancho como una admonición de batalla. Llegaba tarde su almirante para ser el jefe de la flota de los libertadores, pero como no cabían en espíritu así gigantesco ambiciones ni bastardías, aceptó que otra figura noble y compatriota la llevara a la lucha. Guise, batallador, supo ser también abnegado y despojarse en el umbral de sus ideales, del ropaje de los egoísmos.

La epopeya acrecentó la gigante grandeza de su figura. Y culminó su bizarría en esa brava acción del abordaje de la "Esmeralda" en que Lord Cockrane y Guise depusieron sus rivalidades heroicas y se confundieron en un solo abrazo de admiración recíproca y de fraternidad.

La vida febril del almirante reclamaba un final bajo el oriflama de gloria de una hazaña nueva. Después de formar en su escuela de sacrificio la marina peruana, Guise llevó a su flota a una póstuma acción contra Guayaquil. Vigilaba allí la muerte. Y proyectaba sobre la figura de Guise sombras de ocaso.

Dominadas ya las defensas de Guayaquil, con el sacrificio doloroso de la nave almirante, la legión libertadora sufrió el más doloroso sacrificio de la vida de Guise. No resta brillo a tan heroico fin que ese sacrificio se produjera en aras de la primera lucha fratricida en que se ensangrentaran las naciones de la América que juntas rubricaron la independencia del continente en la jornada de Ayacucho. A pesar de que la nueva campaña trazaba una nube, la primera, y presagiaba una tempestad, la primera también, en el cielo de paz de la América libre, la gloria de Guise no se empaña.

Porque se agitaron en su espíritu muy hondos y muy sinceros anhelos de libertad, porque puso su espada al servicio de las causas que enamoraron su corazón, porque tuvo ideales lozanos y generosos, cuyo servicio fue la norma de su vida, porque hizo de sus actos una síntesis de abnegación y de nobleza, porque fue fuerte, porque fue altivo, el prócer tiene derecho a que su recuerdo sea un recuerdo sagrado, a que la memoria de sus bizarrías perdure como un evangelio de fecundas enseñanzas y a que sobre su tumba no se marchiten nunca los lises de la admiración de un continente.

La historia del Perú está más ligada que la de ninguna otra nación de Sud-América a la historia de Guise. La primera página de sus triunfos la escribió el gran marino; el más legítimo blasón de su abolengo, fue

conquista suya.

Y Guise tiene también lugar excelso en la legión de los grandes soñadores, y de los grandes idealistas. Cruzado de la libertad, ganó por ella sus mejores laureles. Y fueron también suyas actitudes que dicen de la más sublime locura. Lord Byron lo envidiaría.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 17-IV-1915. Y en *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (Lima, 1955), pp. 89-93, y en las reediciones ampl. de 1978 y 1985.

LA NOSTALGIA DE HUERTA

El nombre del ex-dictador de México que cayera en casi absoluto olvido después de haber culminado la celebridad en una apoteosis de sangre, ha vuelto a sonar en las vibraciones del cable y ha tenido nuevamente la virtud de despertar inquietudes ante la hoy enigmática amenaza de los propósitos que alienta el viejo tirano.

La figura bizarra de Huerta llegó a su eclipse no hace aún un año, cuando al influjo de una rebelión largo tiempo reprimida y escuchando las solicitaciones de una situación angustiosa más que abatido en sus energías y en sus virilidades, el dictador abandonó la patria convulsionada hasta el presente e hizo voluntaria dejación del gobierno que ejerciera en medio del más tormentoso desquiciamiento.

Desde entonces Huerta fue apenas un oscuro, un desconocido burgués que viajaba. Un barco lo llevó a España. En un principio, el eco de su efímera fama, le rodeó de una aureola de popularidad. Los periodistas le asediaron y quisieron a todo trance saber lo que pensaba. Huerta dijo sólo que no quería nada, que no proyectaba nada, que no opinaba nada. Quería vivir tranquilo, tras de tan agitado torbellino de inquietudes y turbaciones. Quería aletargarse en una sedante placidez de olvido. Pero los periodistas fueron implacables, inmisericordes y le exigieron una opinión cualquiera. ¿Qué pensaba Huerta de la guerra europea? El ex-dictador sonreiría, con ese su gesto felino, ante la pertinacia de los periodistas y dijo que le parecía que Europa se había vuelto loca.

Luego el olvido fue completo. La popularidad de estos personajes, de estos grandes actores de los dramas grandes, es siempre la que quieren darle los periodistas. Son los periodistas los orientadores mágicos del público y basta que prestigien con sus interrogatorios a un hombre, para que la celebridad le haga un guiño. Ellos erigen un día un fetiche, para derribarlo al siguiente. Se dirían las suyas coqueterías de mujer bonita que juegan a capricho con los hombres y con las cosas.

Huerta fue otra vez un anónimo y feliz mortal que tenía a mano todas

las vulgares y apacibles satisfacciones de los buenos burgueses. Hasta la víspera, su carácter, su audacia le habían hecho amo de un pueblo. Después de una tragedia tremenda, después de espantosas escenas de sangre y de crimen, se encumbrara al poder y asombrara al continente con sus actitudes de déspota. Y cuando las asechanzas y las maquinaciones de la república del norte se cernieron como una amenaza en el cielo de su patria, tuviera un gesto viril y lanzara un grito de alerta como un albatros majestuoso que presagiara la tempestad. Un grande instinto de conservación patria hablara en él y fuera heroica y fuera gallarda su actitud defendiendo la dignidad mexicana y ahogando los fermentos de traición que en el propio seno del país se agitaran.

En el voluntario ostracismo, Huerta querría hallar un bienestar, un reposo que no pudo hacer suyos en medio de las vicisitudes de su vida de dictador. Ansiaría una calma bienhechora que pudiese repararle de las fatigas de los azares de la lucha. Haría por olvidarse de la honda seducción que tuvieran para su espíritu de soldado y de caudillo, las inquietudes cotidianas del peligro.

Pero, tal vez, toda su voluntad, todo su esfuerzo por acostumbrarse a la placidez inactiva de su nueva vida, por adormecer sus ansias de combate y de trabajo, por atenuar su sed de dominio y de poder, por habituar a la holganza y al descanso estériles su cuerpo hecho a las agitaciones de una perenne intranquilidad, habrán sido vanos, habrán sido inútiles. Las turbaciones, los anhelos que aquejaron a Itúrbide en pasada época, revivirían tal vez, en él, ancestrales inquietudes. Su alma bravía, batalladora, tenaz, alma en que vibraran heroísmos y crueldades de déspotas aztecas, de Moctezuma y Cuauhtemoc, sentiría la odiosa apacibilidad de tal vida burguesa e infecunda. Le abrumaría la nostalgia del mando y de la lucha.

Enfermo de esta nostalgia, enamorado de sus recuerdos, Huerta pensaría que la felicidad buscada no podría hallarla nunca en medio de una existencia tranquila y serena. De la felicidad ha escrito un psicólogo sutil que es una autosugestión. Por eso el problema de conquistarla es insoluble. Lo que para un individuo sería una dicha infinita, para otro sería una tortura desesperante. Y por eso, quien fuera siempre soldado, quien fuera siempre luchador, no podrá hallar nunca la felicidad en el reposo, en la fortuna, en el regalo que resultarían ideales para cuantos encierran sus aspiraciones dentro de los límites de una amable dicha hogareña.

Tal vez estas ansias, estos anhelos, son los que han devuelto a Huerta

a la América del Norte. El cable nos ha recordado hace dos días su presencia en los Estados Unidos, a propósito de un reportaje en que se ha querido auscultar sus secretas intenciones. Los periodistas tornan a ocuparse de él y a encontrarlo interesante. Su nombre grave y español, vuelve a mezclarse entre los que pregonará al azar la lotería de la celebridad que dice Max Nordau. Y el eco lejano de los clarines y de los tambores de combate, repercutirá acaso como un conjuro de lucha en el alma inquieta y nostálgica del tirano.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 20-IV-1915)

GARROS, PRISIONERO

Ha sido la última aventura del aviador heroico. Días tras día, el triunfador de los raids continentales, el recordman invencible, venía efectuando audaces proezas. El cable nos había familiarizado con la simpática eufonía de su nombre. Garrós era para nosotros casi como Joffre, como Hindenburg, como Pau. Y era el centinela celoso y atrevido de la legión aérea de la Francia y en su afán de gloria y de peligro paseaba por sobre los campamentos alemanes la osadía avizora de su aeroplano. Anteayer cayó. Los disparos alemanes le obligaron a descender cerca de Courtrai y fue hecho prisionero.

Hace ya algunos años, tres más o menos, cuando en la historia de la aviación comenzaba a escribirse las más sorprendentes proezas, Garrós inició la serie hoy detenida de las suyas. Ora salvaba distancias fabulosas en un solo y veloz recorrido, ora se elevaba a alturas nunca alcanzadas, en un loco vértigo de azul y de infinito, ora ejecutaba las más riesgosas acrobacias y trazaba en los aires con su avión dócil, elipsis, círculos y parábolas milagrosas. Roland Garrós, fue consagrado como el príncipe de los aviadores del mundo. Bizarrías, y audacias suyas condujeron a la más elevada exaltación la fama de la aviación francesa. Su rostro, enmarcado dentro de la capucha protectora, sonreía a los públicos, desde las páginas de ilustraciones de todas las revistas y de todos los "magazines".

Culminada la gloria, profanados los secretos del infinito, sorprendió al héroe la guerra. Y como quiera que desde que la gran tragedia comenzó, las agencias de noticias tejieron las más absurdas fábulas y sirviéronlas por alimento cuotidiano de los públicos neutrales o como quiera que asistiese tan arraigadamente la fe de que Garrós, el primero en la abnegación y el patriotismo, no tardaría en consumar una hazaña, se forjó la leyenda de su muerte en victoriosa lucha contra un dirigible alemán. El mundo entero loó la proeza de Garrós y desde estas mismas columnas hice yo el elogio –torpe elogio por cierto– del Icaro nuevo.

Pero pronto –no tanto como reclamara la magnitud del engaño–, la

leyenda se esfumó y se supo la verdad. Garrós no había muerto y cumplía sus deberes de soldado en la gran masa armada que la Francia lanzara para detener el ímpetu de la invasión.

La proeza era falsa, pero, ante los méritos excelsos del aviador, había que esperar que la fábula fuese también una previsión. Y fue una previsión. La barquilla de Garrós era el ojo vigía de los aliados sobre los puestos avanzados de su campamento. Y como una mera función de centinela no cuadraba a sus aptitudes y su arrojo, Garrós, despreciando el peligro, iba a buscarlo encima de los vivacs del invasor. Un día avistó cercano a otro avión. Era alemán y llenaba misión semejante a la suya, al servicio de su ejército Garrós fue contra él y en el duelo titánico fue también el triunfador. La hazaña se repitió otra vez. Tornó a repetirse. En sólo una quincena cuatro "taubes" cayeron vencidos por Garrós. La noticia del último duelo en el cual su valor y pericia se impusieron, se encuentra en la información cablegráfica de hace muy pocos días. El héroe cobraba mayores arrojos después de cada hazaña. En su epopeya magna de triunfos, quién sabe cuál habría sido el final.

No ha querido la fortuna que el final sea el que los anhelos de Roland Garrós reclamaran. El que sonriera ante todas las amenazas de los espacios insondables, el que triunfara en todos los combates y arrojara a tierra derrotados a todos sus adversarios, el que deseara una muerte gloriosa tras de una lucha porfiada y sintiendo calofríos y angustias febriles al precipitarse vertiginoso desde el espacio, ha tenido una caída casi vulgar, ha descendido indefenso, vencido por un azar de la suerte, al campamento enemigo, igual que otros muchos pilotos que no tuvieron su nombre ni realizaron sus proezas. El cautiverio ha de serle seguramente más odioso que la muerte. Mirando la inmensidad del infinito que antes fuera su ruta, sentirá las nostálgicas ansias de una águila prisionera. Vencido, triste, quien alentara tan grandes ideales saboreará toda la amargura de la derrota y de la impotencia. Caído en tierra, sus alas de gigante no han de dejarle andar. Tal dijo Baudelaire, en la bella elegía del albatros.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La prensa*: Lima, 21-IV-1915)

D'ANNUNZIO Y LA GUERRA

El inmenso artista, el poeta selecto, el novelista mágico, nos sorprende en este instante con un gesto que por suyo es magnífico. Fueron siempre soberbias y aristocráticas las actitudes de este genial italiano que ha escrito en la suave eufonía de su nombre literario de Gabriel D'Annunzio, la más delicada expresión de su selección artística y de su latinidad. Sacerdotal, majestuoso, las subrayó siempre con ademán de exégeta y en su deseo novador de cenobita, del arte y la belleza revistió siempre sus actos de una serenidad abacial.

El cable de ayer consigna la noticia de esta última actitud que quiero glosar. Dice así:

"El novelista Gabriel D'Annunzio, que se halla incorporado a un regimiento de caballería, como reservista, ha pedido al gobierno que lo traslade a la marina, en caso de que estalle la guerra. Dice que cuando la batalla de Lissa, Austria admitió a bordo de la escuadra a un historiador, para que escribiese la derrota de Italia. Ahora él quiere escribir la victoria".

Cuantos han seguido, a través de sus salientes manifestaciones, la vida de D'Annunzio –vida intensa y febril– saben cómo el gran escritor ha hecho del arte la profesión de fe de su vida. Su culto por la armonía, su religión de lo bello, le hicieron abominar de ese nombre duro y prosaico que se descubriera como el suyo propio, y en las liturgias de ese culto y de esa religión inspiró el ritmo de su vida y sus ideales. Detestaría a la manera griega el furor de las pasiones que altera la serenidad de las fisonomías y destruye la euritmia de los movimientos. D'Annunzio tendrá siempre la virtud de esquivar un tropiezo vulgar y de que a ninguno de sus actos falte la elevación y la superioridad que es norma en sus ideales. La vulgaridad repugna a la altísima aristocracia de su genio.

Advertisteis tal vez que por eso, en todas sus obras o en casi todas, puso tal excelsitud de ideas, tal pureza de forma, que deja siempre algo virgen, algo impoluto a la exploración epidérmica de los intelectos mediocres. Para llegar hasta la cumbre de sus ideales, para adentrarse en la urdimbre

laberíntica de sus sutilezas, para escuchar la música sagrada que en el jardín de sus ensueños toca en su pífano encantado este fauno nuevo, hace falta una diafanidad que deja llegar hasta el fondo de las almas como una caricia de luz las sensaciones del poeta.

Y así fueron sus gestos. Serenos, reposados, caprichosos o enigmáticos. Los que no los comprendieron hablaron del *poseur*. De ellos sólo puede decirse en justicia y con razón que trasuntaban los anhelos del artista. D'Annunzio quiso sólo que respondiesen al ritmo de su vida.

Consagrada con reverente y universal admiración su gloria, D'Annunzio, como todos los grandes espíritus se ha detenido cautivado ante el inquietante problema de la muerte y ha sentido la tristeza y la esterilidad de esta vida de dolor y de angustia. A su alma de selecto han tocado furtivamente los mismos anhelos que sembraron la desesperanza en las almas de Leopardi y de Manfredo. Y fue así que un día la prensa universal dio la notica de que D'Annunzio había resuelto suicidarse. Pero suicidarse en una manera original. El gran poeta era dueño de una fórmula para apagar las pulsaciones de su vida, lenta, gradualmente, experimentando la intensa voluptuosidad de sentirse poseído poco a poco por la muerte que llega. Su cuerpo se iría consumiendo, reduciendo, evaporando casi, al influjo de un filtro misterioso como de un sortilegio conjuro cabalístico. Sería un pausado, un extático desposorio con la muerte que iría anestesiando progresivamente los órganos de la vida con la caricia sedante de sus besos. ¿Fue una fantasía morbosa del poeta o una invención a esa misma fantasía? Exquisita voluptuosiad, de todos modos, esta de irse dando a la muerte lentamente, de ir sintiendo segundo tras segundo su halago extenuante, de ir dispendiando la vida inútil e infecunda pero amada por todos los que tienen un cobarde temor al más allá de hallarse envuelto en el hálito misterioso de lo infinito, de lo enigmático, de lo incognoscible. Sentirnos asomados a la muerte, en plena existencia, cuando aún sentimos los latidos de nuestra carne y nos aturde el torbellino del mundo.

D'Annunzio busca hoy la emoción de la vida de soldado, quiere embriagarse con el olor de la pólvora y la sangre y aturdirse con la orquestación terrible del combate. Y se ha hecho soldado. El cable no lo cuenta en el breve despacho que he transcrito. Pero su inquietud tornadiza y vehemente, ha modificado sus anhelos. Sus ideales de gloria, renacen en esta hora intensa que le devuelve ansias de vida y aletarga el cansancio y el hastío de las jornadas vencidas con la promesa de nuevas sensaciones. La majestad de las luchas navales le seduce y ha pedido que se le incorpore

a la marina. Igual que en otras épocas Austria alistó en su flota a un historiador para que escribiese la derrota de Italia, él quiere que Italia le embarque hoy en la suya para escribir la victoria.

El novelista poeta, en quien los sentimientos de latinidad tienen noble arraigo, ha escuchado las pulsaciones de su pueblo y ha sentido sus anhelos de redención. Por eso quiere que la actitud de Italia en este momento responda a la voz clamante de la raza y sume el esfuerzo de la nación del mediodía al que ejercita Francia para abatir el osado imperialismo teutón. Y ofrece su pluma –la misma que apresara en páginas admirables las errantes libélulas de sus ideas– para escribir el triunfo de Italia en los mares.

Quiere ser nauta de su flota. Igual que la de ese divino visionario de Cristóbal Colón, ¿la figura de este hombre genial será a modo de talismán que conduzca por la ruta de la victoria a la armada de Italia?

Acaso, enamorado de la gloria de Don Miguel de Cervantes en Lepanto, Gabriel D'Annunzio quiere que en la historia su nombre rubrique la epopeya naval de la Italia de hoy.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 27-IV-1915)

EL MAL DEL SIGLO

A partir de aquel día en que un obseso, un fatalista, obediente al mandato misterioso del destino, se suicidó en el Cementerio Laico, nostálgico de la quietud del campo santo, legando el extraño testamento de una amarga filosofía, la prensa local no ha cesado casi de consignar en su crónica de policía, en esa que un día llamé grotesca y jocunda bufonada, la noticia de un suicidio o de un intento de suicidio nuevos. Cuando no es el crimen consumado irremediablemente, es el conato frustrado por la intervención intrusa de amigos o vecinos o por las irresolutas vacilaciones del suicida. Pero siempre igual suceso, siempre el mismo anhelo de descanso piadoso e idéntica desesperanza de la vida.

No importa que en el fondo de un hecho de estos se esconda unas veces la miseria y otras veces el honor perdido. No importa que sea una pena de amor la que haga germinar en el cerebro del suicida la idea de la muerte, ni que la neurastenia asesina sea la que despierte tales ansias. No importa tampoco que el oculto móvil del suicidio sea la obsesión de raro fatalismo que llevó a Carlos Atencio a dispararse en la sien el pistoletazo fatal. El hastío incurable de la vida, el desencanto, el afán de encontrar en brazos de la que no siempre sin traicionar nuestra sinceridad llamamos la Intrusa, son los mismos invariablemente. Y los suicidios se suceden día a día, escribiendo en sus trágicas estadísticas una amarga impresión de desengaño, desesperanza y lacería.

Tragedias vulgares éstas en que una pasión, un dolor, una miseria decidieron el renunciamiento de la vida e hicieron amable y grata la caricia gélida de la muerte. En el horizonte cambiadizo de la existencia, ella se ofrece impenetrable, enigmática, con la esfíngica solemnidad de un símbolo. Su misterio la reviste a nuestros ojos miopes de la forma inquietante de una interrogación. Es el refugio eterno que se nos brindará inesperadamente y que enciende en veces en las almas nostálgicas anhelos, cuando el torcedor de una pena entenebrece la existencia.

El dolor de vivir invade los espíritus y despierta en ellos el deseo de

buscar en la muerte la consolación ansiada. La miseria infinita que es la vida, aletarga todos los ideales que son luz, alegría y optimismo y dibuja en los semblantes de los desengañados prematuros un rictus de desolación y de tristeza. Y son la desolación y la tristeza que luego contemplan como fórmula de solución, las cápsulas de plomo de un revólver, la dosis de estricnina o bicloruro o el remanso traidor de un río. Es el mal del siglo. El cansancio de la vida, la neurosis que hace abominar de cuanto rodea y que sume las almas en una lacerante melancolía. La amargura de Werther y Leopardi, que en el lírico italiano, fue fuente de divina poesía y reflejó en poemas de palpitante dolor la voluptuosidad de la tristeza.

Yo que en veces me he sentido tocado de estos anhelos e inquietudes que sumergen los espíritus en un nirvana de ensueño y de dolor, he de decirte lector que creo y temo esta hiperestesia de los corazones que los hace sangrar a cada amargura y a cada pena y arraiga lentamente en los cerebros la desesperación y el deseo vehemente y también voluptuoso de la muerte.

Los cantos del optimismo y de vida se apagan prematura y cruelmente y pasa por las almas una onda de desesperanza y desaliento. La voz de Schopenhauer adoctrina. Y en la filosofía de casi todos los escritores actuales flota un acre sedimento de pesimismo, de desengaño y de tristeza.

¿Es la civilización que enferma las almas y las toca del letal anhelo de la muerte? El desencanto del progreso, la dura ley perenne de los poderosos, el clamor de la miseria de los que sufren, cuanto deja en los espíritus la convicción de que la injusticia es una norma inexorable. Y la vorágine de esta vida febril que nos enferma, la electricidad que sensibiliza nuestros nervios gradualmente, el teléfono que genera muy paso trastornos mentales, la mareante confusión de los automóviles que pasan raudos lastimándonos con el grito ululante de sus bocinas, todo va siendo germen fecundo de la neurastenia.

Un neurasténico fue el suicida de anteayer. Un neurasténico vulgar. Un neurasténico anónimo. No le ha movido la miseria; era casi un burgués y gozaba de algún bienestar. No ha sido por amor: a su edad atáxica son generalmente exóticas las pasiones. Nada le faltaba. A su espíritu rudo y sencillo no podían llegar anhelos sutiles y enfermizos que hacen correr calofríos sensuales por las vértebras de los refinados. Se ha suicidado porque sí. Le aburría vivir. Estaba enfermo. La neurastenia le había invadido, le había hecho su siervo. Dueña de sus energías, le condujo finalmente al suicidio. Trágica, inexorable como una voz sibilina que leyese los

mandatos del destino.

¿El de hoy? Quién sabe el dolor y la angustia que tras su muerte se oculta. Fue un hombre de bien, trabajador y honrado. El reporterismo criollo novelador e imaginativo, escribrá quizás un capítulo de folletín...

El lector que lleve dentro ese poco de neurosis común, que en veces nos esclaviza y nos hace aburrirnos, displicentes y esplináticos, se preguntará acaso al final de esta divagación, seguida a través de tanta incoherencia y tanto yermo, si también en su camino acecha el mal del siglo. Pero el lector feliz, práctico, utilitario, gordo, sonreirá, seguro de su bienestar inalterable y se recetará a sí mismo como un antídoto eficaz contra turbaciones y las horas extrañas un *beesfteack* jugoso y en sazón...

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 29-IV-1915. Y en *Reconstrucción de Mariátegui*, por Mario Castro arenas (Lima 1985), pp. 141–143)

LA INQUISICION DE ATE

Yo no quiero saber si esos vergonzosos procedimientos de tortura, hechos instrumento de investigación por la policía preventiva, van a quedar impunes y si va a aumentarse con una indiferencia cómplice la magnitud del delito. Yo no quiero saber si los responsables de esa bárbara regresión, de ese tormento inquisitorial y crispante, van a merecer un castigo severo, una sanción ejemplarizadora. Por honor de mi país, al cual por uno de esos arraigados sentimentalismos que en mí laten aún, a pesar mío en veces, amo fervientemente, creo que la acción de la justicia, en camino ya, se abrirá paso y los autores de este método inverosímil, que os ha espeluznado a todos, serán penados por las leyes y confundidos por la execración pública.

Pero, me asusta, me abruma la idea de que la denuncia de hecho tan salvaje, acogida por la prensa local, y censurada con mesura pero sin vacilación, no despierte en este pueblo un sentimiento de protesta, de condenación, que se cristalice y se trasunte en una actitud viril y altiva.

Y es por esto que quisiera aprisionar en dos párrafos elocuentes y cálidos toda la indignación que en mí despierta este bochorno y dar el primer jalón en el sentido de que esa indignación que en todas partes palpita, no se deje escuchar únicamente en el comentario estéril de las calles y de los salones y se manifieste en forma rotunda, clamorosa, en un gran grito de protesta que diga cómo en este pueblo laten virilidades y altiveces perennes y acalle el murmullo hipócrita de quienes tratan de atenuar el crimen y exculpar a alguno de los responsables.

Apenas es posible pasear la mirada por las informaciones, en las cuales se acusa a esa legión de corchetes estultos que es el personal de investigación, apenas es posible evocar las escenas macabras y crueles que han tenido por teatro una mazmorra vecina del cementerio, sin que un calofrío de repugnancia y de cólera nos recorra los nervios y nos llene de vergüenza.

Yo reconstruyo en mi imaginación esas escenas horribles que hablan de

este girón de barbarie y oscurantismo que nos lega nuestro pasado de criollos fanáticos e inquisidores y que descubre una asquerosa lacería disfrazada por la capa de cultura y de renovación con que nos engañamos. Y en la penumbra de un antro, oliente a sangre, a crimen y a miseria, veo a los sayones de esta inquisición nueva herir los cuerpos desnudos de sus víctimas maniatadas. Los verdugos interrogan feroces, ávidos y ante los lamentos de los martirizados que se contorsionan, que se lamentan, que maldicen, sonríen fríamente, cínicamente, bárbaramente. El planto desgarrador de los delincuentes presuntos o reales pero seres humanos al fin, por monstruosos que fueran los delitos que mancharan con un baldón de ignominia su dignidad de hombres, vibra en el silencio de la noche callada que envuelve en un manto de complicidad y de misterio la trágica visión. El eco de esta voz de lamento y de imprecación se pierde en la quietud sonora del paraje y turba sacrílego la tranquilidad del campo santo. Y, ante la pena de los torturados, comienza a aplicarse el martirio inverosímil de los "palillos" que harán crugir los dedos y esparcirán el dolor por todas las vértebras, del "cepo ballesteros" que aprisionará las extremidades y sujetará contorsionados y convulsos los cuerpos de las víctimas y las privará, exhaustas, vencidas por el martirio. La humillación del castigo, bastaría para ocasionar en un hombre digno tal congestión de cólera impotente que le quitaría la vida. Y para los delincuentes avezados, el dolor físico, el horrible dolor que dibuja una mueca angustiosa en sus semblantes contraídos y que no basta sin embargo para atenuar la crueldad de los verdugos. Luego, los agentes que ahí mismo, satisfechos de la confesión arrancada entre estremecimientos de agonía, se beben un trago que anestesiará con alcohol la primera pulsación de arrepentimiento que vibre en sus conciencias dudosas. Y las víctimas, abandonadas, solas, desmayadas, que quedarán debatiéndose en el fondo de los calabozos lóbregos, escuchando como se apaga el rumor de la ronda de inquisidores que se aleja chanceando.

Y si a la contemplación de esta vergüenza, si a la vista de este rezago de barbarie, si ante procedimientos así crueles, así inhumanos, al lado de los cuales las atrocidades de la guerra actual trazan un paralelo de horror, la indignación de este pueblo no adquiere forma tangible, categórica, vibrante, se podrá decir sin pecar de exagerado que este es un pueblo muerto, que este es un pueblo inerte, de vitalidad epidérmica pues que dentro de él no palpitan las virilidades que en otros son fe de vida y testimonio de ideal.

Pensemos que el relato de estos salvajismos no va a quedar dentro de nosotros. Llevará al extranjero el eco de nuestras miserias. Y el escándalo que se produzca, cuando aún el olvido no se ha hecho en torno de las, al lado de ésta, pálidas denuncias de los crímenes del Putumayo, pregonará cómo en el Perú el tormento, la tortura, son instrumento de investigación, con patente oficial. Es por eso preciso que a renglón seguido del relato de estas vergüenzas, se refiera cómo ante ellas este pueblo no ha permanecido indolente y se ha erguido en arrogante gesto de multitud consciente.

No nos hagamos el poco honor de suponernos contemporizando con el delito. El anatema que brotaba ayer de todos los labios para los inquisitoriales métodos, presta la seguridad de que la actitud de este pueblo sabrá ser digna. Lo he leído en los sentires que a mí han alcanzado en todas partes y que quiero interpretar en un franco llamamiento a la juventud cuyos ideales y cuyas altiveces la destinan a encauzar estos anhelos.

Ha sido un vergonzoso girón de barbarie que se asilaba en el apartamiento urbano de una comisaría rural y en la brutalidad de unos pocos hombres, con alma de inquisidores. Execrémoslo con todas nuestras energías. ¡No se diga que este latigazo de ignominia, no nos ha sonrojado la piel y no ha despertado en nosotros un estremecimiento viril de dignidad!

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 2-V-1915. Y en *Páginas Literarias*, seleccionadas por Edmundo Cornejo Ubillús (3ª ed.: Lima, 1985), pp. 151-155)

LAS MUJERES PACIFISTAS

El cable ha venido noticiándonos día a día del proceso de este solemne congreso femenino de la paz reunido actualmente en La Haya.

Varias decenas de señoras maduras, vehementes y pertinaces discuten allí los medios que pueden poner en práctica las mujeres para conseguir el fin de esta fantástica y cruenta tragedia de la guerra europea que en todos los espíritus despierta un sentimiento de dolor y desconsuelo. Y con motivo de discusión tan enmarañada dan rienda suelta a su afán declamatorio y divagan sesudamente en torno de proyectos que acaso significarán concurso a la obra santa de la paz.

Dije ya, en circunstancia que no recuerdo bien, mi aversión por este feminismo dogmático y petulante que tiene su más antipática pretensión en el derecho al voto y su más grosera representación en la turbulencia impertérrita de las sufragistas inglesas. Yo no concibo a la mujer abandonando el ritmo encantado de su vida quieta y tornándose vocinglera, correcalles y exaltada como uno de nuestros capituleros criollos. Es tanta mi devoción por la armonía, por la gracia de sus actitudes, que la prefiero cien veces frívola y loca que adoptando el ademán hierático y doctoral de la mujer letrada, abstraída en la contemplación de tremendos problemas científicos. Y dicho esto, piense el lector cómo he de detestar a esas marimachos desgreñadas, empeñadas en la conquista de un derecho tan prosaico y vulgar como el voto. A todas las sufragistas me las imagino nurses histéricas, a cuyos oídos ninguna voz caritativa deshojó jamás la flor de un requiebro.

Sin que pretenda desconocer la generosidad de los ideales de paz que inspiran tal actitud de las feministas en esta hora trágica que pone el más triste paréntesis de horror en la historia del mundo, perdonad que no sepa admirarla y que os lo confiese con toda tranquilidad y sin remordimiento. Respeto tan sólo la nobleza del ideal que congrega en la misma ciudad a cuyo amparo florecieran tantas quimeras de internacionalismo y paz universal, a mujeres de diversas naciones del mundo anhelosas de conseguir un medio que haga posible la cesación de la guerra presente.

Eso en cuanto al espíritu mismo que informa la actitud, que en cuanto

a su eficacia, soy más rotundo y debo declarar que me parece asombrosa la ingenuidad de las ilusas pacifistas que creen posible dejar oír su voz de admonición en estos momentos en que llena los ámbitos del mundo el clamor de la batalla. Es al mismo tiempo, lo que tiene de más hermoso y simpático este gesto. La sinceridad altruista que lo inspira y que refleja en el candor a que acabo de referirme. Todo generoso idealismo, impone reverencia. Y los románticos enamorados de una quimera, más vehementes en su aspiración cuanto más inaccesible es, mueven a admiración.

La esterilidad del empeño, no hace menos noble y loable el anhelo que lo vivifica. Será siempre muy bella la actitud de los predicadores en el desierto, de los apóstoles de ideas novadoras, de los cultores de un intangible ideal. Jaurés, invocando los sentimientos de humanidad de su pueblo para conjurar la guerra, no es menos admirable porque su invocación cayó en el vacío y no repercutió siquiera entre sus discípulos que fueron los primeros en renegar de sus quiméricas doctrinas de internacionalismo.

Y es sólo lo sublime y quijotesco del empeño lo que lo salva del ridículo, a juicio mío. Por la genrosidad de su ideal, vale la pena exculpar a los amables congresistas su afán declamatorio y dogmático. Su chifladura es nòble y esto la libra de toda ironía y de todo sarcasmo. Sin embargo, no nos va a hacer admirar su actitud, que por fuerza de tantas razones respetamos tan sólo.

A nuestros ojos, visionarios o no, al lado de las de estas mujeres pacifistas, crecen a gran altura las figuras de las heroínas de la cruz roja, que realizan la más abnegada, la más divina misión de humanidad en la guerra terrible. Más humildes, más calladas que las feministas, van a los hospitales de sangre y ponen la nota poética de sus tocas blancas en la angustiosa quietud de las ambulancias. Consolatrices divinas de los heridos, confidentes de los moribundos, ejercen un sacerdocio de bien y de bondad, que las sublimiza. Ellas llenan un cometido práctico, utilitario y a la vez infinitamente poético. Su abnegación, su grandeza nos hacen reverenciar a la mujer como no alcanzarán nunca a lograrlo las congresistas de La Haya, en cuyos cónclaves una voz ha gritado histérica "¡Qué nos devuelvan nuestros hombres!"

Podrá tener el significado sentimental de que guste esta frase, pero yo quiero interpretarla como un grito del sexo.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 2-V-1915)

EL ARMA DEL TERROR

Hoy que el hundimiento de ese moderno y portentoso leviatán que fue el "Lusitania" escribe la más espantosa tragedia marítima de esta contienda espantosa, vienen a cuento las ideas que el publicista germano Walter Bloem ha expuesto recientemente desde las columnas de "La Gaceta de Colonia" que ha sido a partir de agosto último una verdadera almáciga de noticias sensacionales y de revelaciones asombrosas.

Las ideas del escritor alemán, a las cuales han hecho referencia muchos diarios de Europa y América, despertaron, como no podía dejar de ocurrir, un sentimiento de indignada protesta, un gesto de condenación que redime a la humanidad del delito de que en su seno se haya concebido lógica tan fría y criminal como la que Walter Bloem explica y defiende.

Bloem preconiza la sistematización del terror en los países conquistados, como medio cierto de dominación. Demuestra cómo el miedo sembrado en la forma en que lo han hecho los alemanes en esas horribles resurrecciones de la barbarie que narran las páginas de sus atrocidades en Bélgica y Francia, es susceptible de método y de este modo adquiere una eficacia cierta, absoluta, infinita. El terror aplicado científica y calculadamente, igual que cualquier otro sistema experimental, decía este hombre que tal vez podría contarse entre la legión de profesores alemanes que se dirigieron al mundo para decirle bajo su palabra de honor que Alemania es un país civilizado. Que todo sería posible.

La lógica de Bloem es crispante. Con el método del terror o con el terror metódico si lo queréis mejor así, se busca no la represión de rebeldías francas o latentes sino la asfixia, la petrificación de las rebeldías posibles, de las rebeldías por venir. Eliminar a los rebeldes reales, pero eliminar ante todo a los rebeldes probables o a los que con su muerte pueden ser escarmiento y ejemplarización.

Leed y decidme si no os crispáis:

"Hemos partido del principio de que la falta de uno solo debe expiarla la colectividad entera. Si el culpable no es descubierto, deben ser fusilados

en virtud de la ley las personalidades más salientes de la población.

"Los inocentes deben pagar por los culpables. Ellos deben purgar no sólo los delitos que ya se han perpetrado, sino aquellos que podrían perpetrarse en lo sucesivo. Cada vez que una aldea es presa de las llamas, cada vez que los habitantes de una comuna caen bajo nuestras balas, se tendrá en cuenta que no se trata de una venganza vulgar, sino de una simple advertencia a la parte del país que aún no ha sido ocupada".

Así, de esta manera pavorosa, que pone frío en las arterias y parálisis en los nervios, se explica un hombre que quiere decir por qué los alemanes han procedido con crueldad y con violencia en Francia y Bélgica. Su país tan utilitario, tan positivista no podía consumar inútilmente esas atrocidades de que se le acusa. Se indigna en nombre del sentido práctico de sus connacionales. Y prefiere presentarlos así, fríos y razonadores del crimen y del terror y se encara con la humanidad entera que los ha llamado bárbaros por algo que no es más que un método científico. Podría defendérsele con el argumento de que no ha sabido ser hipócrita y ha dicho a los cuatro vientos su sentir y el de su pueblo, tal como lo interpreta, y de que es un gran gesto de sinceridad y de franqueza este de confesar tan salvajes propósitos. Será como se quiera. Pero cuando se desafía así la conciencia del mundo y se defiende una intención criminal, no cabe defensa posible.

Y es lo peor que ese hombre no habla por sí. Parece que quisiera reflejar todo el pensamiento de Alemania. Esto es lo que horroriza, esto es lo que sorprende. Y horroriza y sorprende más aún cuando tenemos, como prueba dolorosa de que el método del terror no es sólo fantasía morbosa de una imaginación enfermiza y malsana, la tragedia dolorosa y cruenta que ha conmovido al mundo entero y que es en estas horas de amargos quebrantos una culminación trágica de la barbarie.

Son un día los submarinos –corsarios aleves– que disparan sus torpedos contra una nave de pasajeros, para presenciar luego el espectáculo de angustia del naufragio; son otro día las legiones invasoras que arrasan, exterminan y destruyen, marcando su paso con una huella de desolación y de muerte; es siempre el ataque cruel a las masas indefensas, cómplice en este esfuerzo de Alemania que pugna por llevar el desaliento y el terror a las nacionalidades adversarias que tienen aún el candor de pensar en las legislaciones de la guerra, en los convenios humanitarios y en la fe nacional que empeñara un signatario olvidadizo y versátil.

Y disimulando todo esto, justificándolo, defendiéndolo, la palabra de

Walter Bloem que dice cómo no es una campaña irreflexiva y loca, sino una aplicación metódica de teorías y principios que tienen su fundamento en investigaciones filosóficas y en axiomas científicos.

Ya no es Von Bernhardi que adoctrina osadamente, proclamando como un reto el neoimperialismo de su "Germania" utópica. Es un frío preconizador del miedo como instrumento eficaz de dominación y de conquista, que sale al encuentro de todas las viejas pragmáticas del derecho y desafía la indignación universal.

El terror, esta nueva arma de guerra que debemos a la bondadosa ciencia alemana y que al igual de los explosivos asfixiantes semeja un producto de laboratorio, hace su camino entre clamores de duelo y aves de muerte. El millar de víctimas de "Lusitania" es una cifra más en los cálculos de eficacia del procedimiento que escriben los sabios germanos. ¡Quién sabe cuántos de ellos firmaron sin remordimiento ese papel en que dijeron al mundo que Alemania es un país justo!...

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 16-V-1915)

EL LIBRO DE UN ESPAÑOL SOBRE LA GUERRA

Quiero dedicar a mi culto amigo e irreductible germanófilo don Emilio Huidobro, estas breves líneas destinadas a glosar las ideas que en un interesante volumen intitulado *La verdad sobre la guerra* y que acaba de llegar a mis manos, expone el escritor español don Alvaro Alcalá Galiano.

Parecerá a primera vista pretencioso el título de *La verdad sobre la guerra*, pero a pocos que con espíritu desapasionado –hasta donde es posible tenerlo– lo lean, habrá de escapárseles que este es uno de los libros en que más justas apreciaciones se hace de la gran contienda.

Alcalá Galiano efectúa el análisis de los orígenes del conflicto y establece las responsabilidades de Alemania. No admite ni cree en la escrupulosidad diplomática de Rusia, Francia ni Inglaterra, –mucho menos en la de Inglaterra–, porque sabe que casi siempre, siempre más bien, quien dijo diplomacia dijo cálculo y perfidia. Mas sostiene y fundamenta su convicción de que Alemania es la causante de la guerra, pues que para ella ha venido preparándose día a día y han sido de dominación e imperialismo sus más arraigados anhelos patrióticos.

Alemania, para Alcalá Galiano, es un país guerrero. Sus ideales han sido siempre caracterizados por el más definido espíritu de fuerza. Nietzsche, Treitsche y Von Bernhardi son los voceros de los sentimientos en su esfera directriz. Y ya sabemos cómo adoctrinan los tres. Nietzsche proclama la teoría egoísta de la fuerza. Treitsche, que, como Guillermo II, disfraza su audacia de ideas con un devoto convencimiento deísta, escribe que "Dios cuidará siempre de que la guerra se repita como un drástico medicamento para la humanidad". Y Von Bernhardi, que ha asombrado al mundo con sus osadas tesis y sus vaticinios imperialistas, sostuvo ya que "los pueblos débiles no tienen el mismo derecho a la vida que los fuertes" y habla de la super-nación.

Si Alemania ha alentado estos anhelos, si su emperador –ídolo y amo– ha mirado en las de poderío y dominio sus más caras aspiraciones, si por último ella resulta la intransigente, la alentadora de la agresividad austria-

ca en los días de dolorosa inquietud que precedieron al estallido del conflicto y la que lanza primero sus legiones invasoras precipitándolo, claro está que es ante la historia la responsable lógica de la contienda. Piensa también así Alcalá Galiano, quien para pronunciarse favorablemente a esas conclusiones, recurre a una argumentación sólida, precisa y fundamentada.

Para condenar el sacrificio de Bélgica por Alemania, tiene vibrantes frases que traen a mi espíritu hondo consuelo en estas horas en que uno de los más nobles gestos de heroicidad, bizarría y abnegación que hallaremos en la historia, merece ser conceptuado de insensatez, antihumanitarismo y antipatriotismo.

Leed a Alcalá Galiano en el párrafo pertinente:

"La invasión de Bélgica ha sido la invasión del 'vandalismo' armado. En esta universal tragedia de intereses, surge una figura alegórica de abnegación, de valor, de heroísmo, de dignidad y de sublime patriotismo coronado por el sacrificio: el Reino de Bélgica, pequeño David que se atrevió a ponerse frente al atropello, la fuerza bruta y la injusticia simbolizados por el Goliat prusiano. ¡Pobre Bélgica! Su nombre será grabado con letras de oro en el libro de la Historia. Quien califique su heroísmo de necia temeridad, no tiene en sus venas una sola gota de sangre que corrió por Agustina de Aragón, por Daoiz y Velarde. La violación del territorio patrio es el mayor ultraje que puede hacerse a una raza. Todo ser civilizado ha debido estremecerse ante el resurgimiento de la barbarie armada aniquilando al débil, arrasando ciudades y destruyendo la industria y la riqueza de este país admirable".

Combate rudamente Alcalá Galiano las consideraciones que parecen influir en España para determinar una corriente de opinión germanófila. El concepto alemán de que los pueblos débiles no tienen el mismo derecho a la vida que los fuertes no es de los que deben merecer poca atención por parte de España y el caso de Bélgica podría representar una advertencia de cómo la trataría Alemania si la encontrase alguna vez en su camino. Se burla de los germanófilos que fundan su devoción por Alemania en que está peleando a la vez con muchas naciones, "como si se tratase de una riña callejera" y de los francófobos que detestan a Francia, porque miran sólo, con ojos de moralistas trasnochados, a las corrupciones de que es foco París, como si esas corrupciones tuvieran su origen en el pueblo francés que desconocen y no en el cosmopolitismo que las fomenta y para el cual la Ville Lumiere es un gran oasis de placer y de refinamiento.

Extrema la claridad y solidez de su lógica para oponerse a las razones en que pretenden encontrar asidero que explique su germanofilia muchos católicos que no sólo abundan en España, sino también en América. Ni el pensamiento enciclopédico, ni el radicalismo de la filosofía francesa han hecho tanto daño al catolicismo como el cisma luterano y las ideas atrevidas de Nietzsche, Hegel, Kant, Schopenhauer y otros que han herido tan profundamente el sentimiento cristiano. En medio de todo, Renán es un filósofo dulce y amable mientras que el autor de *Así hablaba Zaratustra* combate a Cristo y odia sus enseñanzas. Y Guillermo de Hohenzollern es un príncipe luterano que adula a los católicos seguramente con la misma sinceridad con que se llama aliado al oído de los musulmanes y los azuza para la guerra santa.

A mi juicio, es el de Alcalá Galiano, un libro sereno y concienzudo que entre otros actos de justicia realiza el de rendir homenaje merecido a esa pequeña gran nación que se llama Bélgica y que irguiéndose denodada ante el ultraje germano ha dado al mundo el más noble ejemplo de altivez y heroísmo...

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa*: Lima, 21-V-1915)

EL CENTENARIO DE WATERLOO

La evocación de la figura grandiosa de Napoleón I, surge hoy en todos los espíritus. No es que la recuerde un pasaje cualquiera de su heroica epopeya triunfal, sino que se conmemora la derrota del prócer que pusiera término doloroso a esa misma epopeya. Y envuelta en los celajes de su ocaso, la magnífica figura nos parece más admirable, más altísima, más gloriosa.

Vence un siglo desde el día en que fatigado por la lucha y hostigado por el rencor de los rivales, el más grande guerrero de Europa fue vencido. Y el sol que alumbrara la llanura fatal de Waterloo el 18 de junio de 1815 fulge otra vez.

La eterna lucha por la hegemonía, por el predominio, la aspiración perenne de ser el más fuerte, culmina nuevamente en los episodios de esta hora trágica. La historia torna a repetirse, burlándose de las civilizaciones que no han sabido sino anestesiar la latente barbarie de los hombres. Y en idéntico escenario de sangre y de dolor se pelea una primacía hacia la cual convergieron en todas las edades las ambiciones de los pueblos forzudos.

El centenario de Waterloo podría acaso tener un alto valor simbólico en estos momentos. Con él la historia de una vívida lección de cosas, pero no a la patria del coloso abatido el 18 de junio de 1815, como tal vez pretenderían aquellos a quienes la pujanza de la Germania deslumbra por todo lo grande de su brutalidad. Es a los pueblos que ambicionan el triunfo de sus ideales imperialistas, es a los hombres que caricaturizan la grandeza del César francés a quienes va dirigida. Los responsables de este crimen horrendo que nos ha dicho la verdad angustiosa de cómo todas las bellas teorías de la paz, del derecho y de la civilización son tan sólo palabras y nada más que palabras, sentirán hoy acaso la lacerante amargura de esta dura enseñanza.

Si el prócer genial, si el conquistador invencible no supo coronar sus sueños de poderío, si no pudo sustraerse al cumplimiento de leyes inmutables de la historia, menos puede suponerse tal virtud en los héroes

histrionescos de esta hazaña de barbarie. La fortuna que propició las ambiciones de Napoleón y que le abandonó sin embargo con una mueca hostil en la jornada de Waterloo, no va a brindar sus favores a S.M. Guillermo de Hohenzollern que nunca tuvo del emperador de Francia, ni la arrogante bizarría de gran capitán, ni la vasta visión de estratega.

Y como hace cien años, los legionarios de la Albión, herida en su orgullo por osados golpes, combaten contra los soldados del emperador tudesco, alma y brazo de la hegemonía nueva. Su misión es la misma, su rol es igual. Nada importa que luchen al lado de Francia que no quiere ya saber de cesarismos y tiranos. Waterloo no fue derrota de Francia: fue derrota de Napoleón. El poderío del genio fue el único que sufrió en esa batalla quebranto decisivo. Y es por eso que la fecha de hoy no recuerda un desastre de la nación gloriosa, sino la caída, el ocaso de un gran hombre cuyos anhelos infinitos de dominio han creado la aspiración enfermiza de su émulo presunto.

Dije líneas más arriba que en la derrota de Waterloo, la figura del primero de los Bonaparte crece a más excelsa altura que nunca. En el crepúsculo de su vida, más enormes y admirables se alzan sus triunfos y tiene voces más épicas su epopeya. Sobre la desgracia del prócer cae el olvido generoso de los pueblos que humillara su espada victoriosa. Y si hay quienes lancen el grito estéril de su denuesto contra la gloria del héroe vencedor de Alemania, de Austria, de Rusia, de España, no hay quienes no rindan reverente homenaje de admiración ante el héroe cautivo y solitario de Santa Elena.

No sé si este centenario va a ser o no festejado por los vencedores de Waterloo y si se va a ver en él caracteres de símbolo. A mis ojos, visionarios o no, los tiene y de gran relieve. La fecha de hoy dirá tal vez a su majestad Guillermo de Hohenzollern el principio de su caída.

JUAN CRONIQUEUR

(En *La Prensa:* Lima, 18-VI-1915)

INDICE ONOMASTICO

ABATI, Joaquín: 99.
AGUSTINI, Delmira: 152, 153.
ALBERTO I (de Bélgica): 179, 180.
ALCALA GALIANO, Alvaro: 246–248.
ALEJANDRO: 160.
ALMENARA, Manuel: 102.
ALVAREZ, Melquiades: 3.
ALVAREZ CALDERON, Andrés: 101.
ALVAREZ CALDERON, Enrique: 102.
APOLO: 190.
ARAGON, Agustina de: 247.
ARCE DAVILA, José: 102.
ARENAS, Germán: 101.
ARES, Francisco: 99.
ARLEQUIN: 40.
ARTIGAS, Gervasio: 166.
ASPILLAGA, Baldomero: 101.
ASQUITH: 166.
ATAHUALPA: 26.
ATENCIO, Carlos: 235.
AZCARATE, Gumersindo de: 4.
AZZATI: 3, 4.
BAQUEDANO, General: 117
BARRAGAN, Genaro: 102.
BAUDELAIRE, Carlos: 231.
BEATRIZ: 38.
BECQUER, Gustavo Adolfo: 191.
BEETHOVEN, L. Van: 185.
BENAVENTE, Jacinto: 104.
BERNARD, Maurice: 42.
BERNARD, Sarah: 41, 42, 43.
BERNHARDI, Federico von: 205, 206, 216, 245, 246.
BERTINI, Francesca: 99
BISMARCK, Otto von: 197.
BLOEM, Walter: 243, 245.
BOLIVAR, Simón: 175.
BONAFOUX, Luis: 86.
BRYCE, James: 219, 223.
BULOW, Karl von: 197, 216.
BYRON, Jorge Noel Gordon, Lord: 226.
CAILLEAUX, (Madame): 160, 161.
CALVETY: 122, 125.
CAMINO, Carmen Elvira: 101.
CARRANZA, Albino: 102.
CARUSO, Enrico; 84.
CASTELAR, Emilio: 79.
CERVANTES, Miguel de: 38, 234.
CESAR: 216.
CISNEROS, Máximo: 101.
CLAREL, Justin: 99.
COCHRANE, Thomas: 225.
COLON, Cristóbal: 173, 234.
COOPER: 23, 24.
CORREA, Jorge: 101.
CORTES, Hernán: 175
COSTA, Joaquín: 4.
CRESO: 169.
CUAUHTEMOC: 228.
CHAVEZ, Jorge: 88, 89.
CHOCANO, José Santos: 175.
DAM, Christian: 71.
D'ANNUNZIO, Gabriel: 232, 234.
DANTE ALIGHIERI: 38.
DAOIZ Y TORRES, Luis: 247.
DELGADO, Vicente C.: 101.
DIDEROT, Denise: 104.
DREYFUS, Alfredo: 163.
DULCINEA: 38
ECA DE QUEIROZ, José María: 104.
EGUREN, Carmen: 101.
ELEJALDE, Carlos: 101.
FALB, Rodolfo: 69.
FALCON, César: 120.
FIGUEROA PONCE, Clodomiro: 88, 92.
FLAUBERT, Gustavo: 104.
"FRAY CANDIL" (seud. de Emilio Bobadilla): 86.
GALLAGHER, Pedro: 101.
GARROS, Roland: 167, 168, 230, 231.
GORKI, Máximo: 104.
GOYENECHE Y GAMIO, Juan Mariano de: 170.
GUERRERO, María: 84.
GUILLERMO II (de Alemania): 205, 216, 218, 246, 248, 250.
GUISE, Martín Jorge: 224, 226.
GUTIERREZ, Salvador: 101, 102.
GUTIERREZ DE IBAÑEZ, Rosalía: 64, 66.
HAMLET: 187.
HEEREN DE PARDO, Carmen: 101.
HEGEL, Jorge Guillermo Federico: 248.

HERODES: 150.
HINDENBURG, Pablo von: 230.
HOMERO: 38.
HUERTA, Victoriano: 227, 229.
HUGHES DE BALTA, Alina: 102.
HUIDOBRO, Emilio 246.
IBAÑEZ ROBLES, Luis: 64, 66.
ICARO: 88, 230.
IGLESIAS, Emiliano: 3, 4.
IGLESIAS, Pablo: 4.
INVERNIZIO, Carolina: 104.
JAURES, Jean: 162, 164, 242.
JEFFRIES, Jim: 210.
JERJES: 159.
JESUS: 145, 150, 208, 248.
JOFFRE, Cesáreo: 216, 230.
JOHNSON, Jack: 210, 212.
JULIETA: 213
KANT, Manuel: 248.
KARDEC, Allan: 127, 131.
KENDAL, León: 126.
KLUCK, Alejandro von: 216.
LA CIERVA Y PEÑAFIEL, Juan de: 5.
LARCO TORRES, Elvira: 102.
LEGUIA SWAYNE, José: 102.
LEOPARDI, Giácomo: 233, 236.
LERROUX, Alejandro: 3, 4, 5.
LINDER, Max: 171, 172.
LOMBROSO, César: 127, 131.
LOPEZ: 157.
LOPEZ GOYTIZOLO, C. A.: 102.
LOREDO, Germán: 102.
LORRAIN, Jean: 104.
LOTI, Pierre: 198, 200.
MACEDO, Eleodoro: 184, 185.
MAETERLINCK, Mauricio: 27, 196, 197, 201.
MALAGA GRENET, Julio; 133.
MANFREDO: 233.
MARIA, Virgen: 146.
MARIA MAGDALENA: 150.
MARQUEZ V., Honorio: 73, 74, 75, 76, 77.
MAUPASSANT, Guy de: 104.
MAURA y Montaner, Antonio: 5.
MELGAR, Mariano: 190, 192.
MENCHACA DE ARAMBURU, Emilia: 101.
METTERNICH: 43.
MOCTEZUMA: 228.
MORANO: Francisco: 187.
MURGER, Henri: 104.
MUSSET, Alfredo de: 104, 191
MUTSUHITO: 25.
NAPOLEON BONAPARTE: 160, 224, 249, 250.
NIETZSCHE, Federico: 246, 248.
NODGI, Maresuke: 25, 26.
NOEL: 84
NORDAU, Max: 229.
OLAVEGOYA Y KRUGER, Carlos: 154, 155.
OMAR, Califa: 177.
ORTIZ DE ZEVALLOS, Carmen: 101.
ORTIZ DE ZEVALLOS Y TAGLE, Ricardo: 103.
ORY, Armand: 17.
OYAGUE NOEL, Lucas: 101.
PACHECO: 40.
PALACIOS, Fernando E.: 101.
PALACIOS VILLACAMPA, Federico: 102.
PARDO, Juan: 102.
PARDO Y BARREDA, José: 101.
PASO, Antonio: 99.
PAU, Pablo María: 230.
PAZ SOLDAN, Carlos: 72.
PEÑALOZA, Augusto: 102.
PEREZ ZUÑIGA, Juan: 5.
PEYRONEL, Humberto: 17.
PFLUCKER, Manuel: 77.
PI Y MARGALL, Francisco: 4.
PLATON: 97.
PORRAS, Marcos F.: 102.
PORTAL, Julio: 102.
PORTELLA, Juan Antonio; 102.
PRADO Y UGARTECHE, Javier; 102.
PRADO Y UGARTECHE, Mariano I.: 101.
PREVOST, Marcel; 35, 37.
PUENTE, A. N.: 102.
PUENTE OLAVEGOYA, José: 101.
QUIJOTE, Don: 38, 206.
QUINTANA DE DORCA, Augusta: 101.
RAIMONDI, Antonio: 31.
RAMIREZ, María: 104, 110.
RENAN, Ernesto: 248.
REY, Luis A.: 101.
RICHEPIN, Jean: 42.
ROCKEFELLER, John D.: 169.
RODO, José Enrique: 166.
RODRIGUEZ GUERRA, Adriana: 102.
ROMEO: 213.

ROSPIGLIOSI Y VIGIL, José: 102.
ROSTAND, Edmundo de; 43.
ROTSCHILD, N.: 169.
SALAZAR, Constantino: 102.
SALINAS COSSIO, Guillermo: 101, 102.
SALOME: 42.
SANCHEZ, Adolfo: 104, 110.
SANCHEZ, Florencio: 124.
SANCHO: 197.
SANTINI SGALUPO, Alberto: 71.
SARAK, Alberto de: 67, 72.
SARDOU, Victoriano: 43.
SARRIA, Carmela: 101.
SASSONE, Felipe: 186, 187.
SCARRON, Paul: 104.
SCHILLER, Juan Cristóbal Federico: 104.
SCHOPENHAUER, Arturo: 236, 248.
SCHUMANN, Roberto: 185.
SEQUI, Emilio; 201, 202.
SILVIA: 191.
SOL Y ORTEGA: 3.
SOLAR, Salvador G. del: 102.
SOUZA REILLY, Juan José de: 86.
STENDHAL, Madame: 213.
THEBES, Madame de: 135.
"TIRIFILO": 58, 63.
TIRTEO: 190, 197.
TREITSCHKE, Heinrich; 246.
TROU STEVENSON, Carmen: 101.
TWAIN, Mark: 219.
UGARTECHE, Pedro: 102.
VALDERRAMA, Alejandro; 76.
VALDERRAMA, Petronila de: 73.
VALENCIA, Tórtola: 132, 134.
VALLE, Francisco: 101.
VARGAS, Etelvina Vda. de: 73.
VARGAS, Julia: 73, 77.
VAZ FERREIRA, María Eugenia: 152.
VEGA, Gerónimo: 53, 54.
VELANDO DE PORTELA, Ramiro: 169, 170.
VELARDE ALVAREZ, Mariano: 77.
VELARDE Y SANTIYAN, Pedro: 247.
VETER, Eugene: 30, 31.
VILLEGAS, Aníbal: 102.
VIRGILIO: 104.
VOLTAIRE, Francois–Marie Arouet: 104.
WAGNER, Ricardo: 185.
WAN ARGOTE, Enrique S.: 101.
WEISS, Ida: 101.
WERTHER: 236.
WILDE, Oscar: 42.
WRIGHT, Mary Robinson: 11.
WILMANN, Emilio: 58, 63.
WILLARD, Jess: 211.
YO'KAANAN: 150.
ZAPATA, Ernesto: 102.
ZARATE: 157.
ZOLA, Emilio: 163.
ZORRILLA DE SAN MARTIN, Juan: 166.

INDICE

	Págs.
Nota Editorial	VII
Estudio preliminar por Alberto Tauro	IX

CRONICAS

Crónicas madrileñas	3
La moda "harem"	7
Lecturas amenas. Los badauds de París	12
La semana de Dios	14
Los andarines	16
Por esas calles. Tonterías	18
Por esas calles. El apachismo	20
Un vaticinador de desgracias	23
El sacrificio bárbaro de Nodgi	25
El suceso del día	27
Por los árboles	30
Contigo, lectora. Causerie	37
El año universitario	39
El ocaso de una gloria	41
Los reportajes ocasionales	44
"La historia se repite, señores..."	51
Cómo mató Wilmann a "Tirifilo"	58
Espantoso drama de celos	64
Un aventurero de folletín	67
El crimen de anoche	73
Por los suburbios	78
A la vera del camino. Los saltimbanquis	84

Comentarios. Bonafoux proscrito 86
La ruta de Icaro 88
36,514 93
Sicología del jacquet 96
Ecos sociales. Causerie 98
El crimen del balneario 104
Un incendio a media noche 111
"Thim", el perro fenómeno 120
"Aventura con una dama que desaparece" 127
Tórtola Valencia en Santa Beatriz 132
El destino, las gitanas y la clarovidencia de la mujer 135
La procesión tradicional 139

DEL MOMENTO

La semana santa 149
El fin de una poetisa 152
La fiebre de los deportes 154
Entre salvajes 156
Cuenta el cable 259
La muerte de Jaurés 162
Del momento 165
El fin heroico de Garrós 167
Un millonario peruano muerto en Constantinopla 169
La muerte de Max Linder 171
La fiesta de la raza 173
Cosas vulgares 176
El rey de Bélgica 179
La procesión tradicional 181
Puntos sentimentales 184
Dos tragedias 186
París de duelo 188
Recordando al prócer 190
El buque fantasma 193
El apostolado de Maeterlinck 196
Pierre Loti en la guerra 198
Una carta del doctor Sequi 201
Viendo la cuaresma 203

Von Bernhardi y la guerra actual 205
La santa efemérides 207
La derrota del coloso 210
Causerie sentimental 213
La época de hierro 216
Lima, a los ojos del Sr. James Bryce 219
Sobre James Bryce 222
El homenaje a Guise 224
La nostalgia de Huerta 227
Garrós, prisionero 230
D'Annunzio y la guerra 232
El mal del siglo 235
La inquisición de Ate 238
Las mujeres pacifistas 241
El arma del terror 243
El libro de un español sobre la guerra 246
El centenario de Waterloo 249

INDICE ONOMASTICO 251

3 9001 02933 5364

Este Tomo II de ESCRITOS JUVENILES (Crónicas) de José Carlos Mariátegui se terminó de imprimir el 18 de febrero de 1991, por encargo de la Empresa Editora Amauta S.A., en los talleres de la Editorial Gráfica Labor S.A., sita en la Calle Uno Nº 146, Ate, Distrito de Vitarte, Lima, con Registro Industrial Nº 15–14457–G.

La corrección de pruebas estuvo a cargo de Pedro A. Rodríguez Vidal y Jorge Rosales Hinojosa.

La carátula fue diseñada por Carlos González.